



LAS LLANURAS DE ABRAHAM

James Oliver Curwood



Lectulandia

La acción de esta novela —una de las más famosas de Curwood— tiene lugar en el Canadá, alrededor de 1749. En aquella época, mientras Jorge II de Inglaterra y Luis XX de Francia, después de la paz de Aquisgrán, se fingían mutua amistad, las vastas colonias de ambos, batallando en pos de su propia salvación, iban con tenaz persistencia pisándose el terreno. Las colonias rivales de América aprendían a recelar y a odiarse y anhelaban que llegase el día del exterminio y la venganza. Rotas por fin las hostilidades, tanto los colonizadores franceses como los ingleses procuraron valerse de las distintas tribus indias y emplearlas contra el enemigo. La gran novela de Curwood transcurre sobre este agitado fondo histórico.

Lectulandia

James Oliver Curwood

Las llanuras de Abraham

ePub r1.0
mandius 03.03.18

James Oliver Curwood, 1928
Traducción: Editorial Juventud

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prologo

En mi opinión, ya expresada anteriormente, un autor de novelas no es un historiador, ni como tal puede considerarse, aunque sus páginas contengan más veraz historia de determinada época y de los particulares personajes, que la ya existente. Porque, de igual modo que en la novela histórica hay momentos en que los hechos obligan a correr un sombrío velo entre el romance y su completa realización, hay momentos también en que las circunstancias autorizan la poética licencia de que disfrutaban los novelistas desde tiempos remotos y de la que seguirán disfrutando por más tiempo del que podemos calcular. En *Las Llanuras de Abraham* he procurado, en la modesta medida de mis fuerzas, desarrollar mi plan con la fidelidad a la verdad que me impuse ya en mi primera novela histórica, *El Cazador Negro*, y resulta probablemente más grato para mí mismo que para mis lectores saber que María Antonieta Tonteur y su impetuoso y anciano padre vivieron y amaron tal como yo he escrito; que Catalina Bulain y su valiente hijo fueron carne y hueso en su día, que Tiaoga y Shindas, “Talón de Plata”, “Paloma Torcaz”, Mary Daghlen y “La Grulla” no son creaciones de la fantasía y que *Las Llanuras de Abraham*, como *El Cazador Negro*, es esencialmente una novela de la vida tal como se vivía y no como podría haberse vivido.

Con clara noción de mis propias limitaciones, comprendo haber logrado que revivieran sólo en parte aquellos personajes, mujeres y hombres, que seleccioné entre el cumulo de material disponible. Considero una de las más emocionantes aventuras de mi vida la selección de este material; el recorrido palmo a palmo de aquellos terrenos consagrados; la lectura de cartas pergeñadas por manos que se deshicieron en polvo ciento cincuenta años ha; el dar rienda suelta a la imaginación sobre amarillos manuscritos de sacerdotes y de mártires; el haber conseguido la amistad de las santas monjas de Ursulinas y los devotos padres de Quebec, custodios hoy día de los tesoros de quienes formaron la avanzada de su religión en el Nuevo Mundo y, finalmente, la revelación de amores, odios, tragedias y aventuras del casi olvidado período que abarca el verdadero nacimiento de los pueblos americano y canadiense, atestado de eventos que conmovieron a las principales naciones de la tierra e hicieron de ellos, en buena parte, lo que son hoy día.

Si bien *Las Llanuras de Abraham* y *El Cazador Negro* no dependen en absoluto una de otra, fue mi intención que ambas formasen en conjunto un cuadro de los hombres, mujeres y sucesos de sus tiempos, mas completo de lo que hubiera sido posible conseguir separadamente. La novela actual empieza, poco más o menos donde su predecesora termina, comenzando la una con los episodios subsiguientes a

la batalla del Lago San Jorge y dando fin la otra en *Las Llanuras de Abraham*. Ana San Denis y Nancy Lotbinière, de *El Cazador Negro*, desempeñan su modesto papel en las vidas de Antonieta Tonteur y Jeems Bulain, de *Las Llanuras de Abraham*. Eso demuestra la contigüidad de ambos periodos.

La ignorancia que nosotros, como nación, tenemos de la parte más íntimamente humana de nuestra historia y lo sepultados que están sus más pintorescos y dramáticos incidentes bajo una masa de versiones impresas que sólo dan beligerancia a loa grandes o a los que más se acercaron a ellos, pónese de manifiesto con el olvidado informe de un oficial a las órdenes del coronel Enrique Boquet cuando invadió la "Ciudad Oculta" de los indios, descrita en esta historia, "libertando" a prisioneros blancos allí encontrados y congregándolos después en su campamento, al que acudieron de las provincias cercanas mujeres y hombres, blancos también, en busca de aquellos a quienes daban por perdidos. Este notable documento se imprimió en la "Correspondencia Provincial del Registro de Pensilvania" en 1765, y desde aquella fecha, tengo entendido, ha permanecido ignorado aunque arroja más luz sobre el carácter indio que cualquier otra cosa de cuantas se han escrito.

Parte del informe dice así:

“De momento, los indios entregaron veinte prisioneros, prometiendo restituir los restantes. El Coronel, no fiándose de sus promesas, marchó inmediatamente al corazón de su territorio, donde recibió a un gran número, incluso niños nacidos de madres blancas. Esas criaturas estaban en tan salvaje estado que fueron traídos al campamento atados de pies y manos, porque no hubiera habido forma, no siendo así, de arrancarlos de los wigwams^[*]. Entregaron doscientos más, aunque se supuso que cuando menos otro centenar quedaban en el interior, diseminados, entre las diferentes tribus.

No hay palabras para describir su alborozo, t:error, decepción, anhelo, horror y pesadumbre: cada semblante expresaba una emoción distinta. La escena era indescriptible; esposos que hallaban a sus esposas, padres a sus hijos, hermanos a sus hermanas. Este abrazaba a la tierna compañera de sus primeros años, madre hoy de hijos indios. Varios fueron los grupos así reunidos; algunos, por su desconocimiento del idioma de sus recién hallados sonrientes, se veían imposibilitados de expresar sus deseos, otros recuperaban hijos, a los que tenían por muertos; otros más permanecían abismados en su desesperación monumentos vivos de angustiosa incertidumbre. Abrazando por última vez a sus cautivos, los indios derramaron torrentes de lágrimas, ofreciéndoles sus pequeñas posesiones en prueba de afecto. Incluso solicitaron y obtuvieron el consentimiento de Boquet para acompañarlos a Pittsburgh, y en el viaje cazaron para procurar comida a los ex cautivos durante la marcha. Entre éstos hallábase una joven, oriunda de Virginia, de la que un joven Mingo estaba rendidamente enamorado. Su sincero afecto, su constancia y sus atenciones hacia ella eran una cosa extraordinaria. El joven Mingo recibió por distintos conductos avisos de guardarse de la familia de su amada y replicó: “Viviría ante sus ojos o moriría en

su presencia. ¿Qué placer podría disfrutar el Mingo?... ¿Quién guisará el venado?... ¿Quién le agradecerá la suave y fina piel?... ¡Nadie! El venado puede correr por la selva... la piel permanecerá intacta... ¡el Mingo ya no cazaré más!” El Coronel le despidió con adecuado presente. Todos los cautivos se separaron de los indios a disgusto. Los niños Indios lloraban considerando barbáricos a los blancos. Durante la noche, varias mujeres se dieron a la fuga para reunirse con sus amistades indias. La familia de una joven tuvo que atar a ésta para evitar que imitase el ejemplo. No se pudo citar ni un solo caso de ofensa a sus sentimientos más íntimos con enlaces obligados. Tenían completa libertad de elección y las que prefirieron permanecer solteras no fueron por tal causa objeto de vejación alguna. Había cierta joven historia suscitaba inusitado interés. Fue su sino que la capturasen a edad temprana, llevándola a una remota tribu alejada de las moradas de los blancos. El decurso de los años hizo vana toda esperanza de reintegración a su nativo hogar. La familia de un jefe indio la adoptó. Su delicadeza de formas y facciones impresionó a un joven indio, que la ayudaba y atendía en el cumplimiento de sus menesteres, simpatizando con su situación, aliviando sus pesares... hasta ganar su afecto a fuerza de cariñosas atenciones. Se casaron, tuvieron descendencia, eran felices..., ella sentíase dichosa con el amor de su esposo y de sus hijos. Cuando supo que iba a ser devuelta a sus relaciones primitivas, su dolor no tuvo límites. Razonaba así: “¿Puedo franquear el umbral de la casa, de mis padres como mujer de un indio y madre de hijos indios? ¿Recibirán a mis hijos con amor? ¿Querrán mis antiguas amistades asociarse con la esposa de un piel roja? ¿No se apartarán de mí? Mi esposo indio, que tan bueno, tan bueno ha sido conmigo, ¿merece que le abandone?” No; no quiso renunciar a él, y aquella noche huyó del campamento acompañada de su marido y de sus hijos. Cuando el coronel Boquet se informó de las circunstancias, dispuso que no se saliese en su persecución, juzgando que sería más feliz con su jefe que restituida a su antiguo hogar.”

Al regreso de esta expedición, el coronel Boquet fue inmediatamente ascendido a “mayor general, comandante en jefe de las fuerzas de Su Majestad en el departamento occidental de América”.

Mi bisabuela fue una india Mohawk y son, por lo tanto perdonables mi orgullo y mi satisfacción de poder presentar al público pruebas del más noble aspecto del carácter indio, reprimido durante un período de centurias por el egoísmo y los prejuicios del hombre blanco. El Indio era el mejor de los amigos, el mejor de los patriotas, el más férvido enamorado de su patria. Despojados, subyugados, aniquilados, murió salvaje.

J. O. CURWOOD
Owosso-Michigan, 20 nov. 1926.

Capítulo Primero

En una soleada tarde de mayo de 1749, un perro, un muchacho, un hombre y una mujer salían de los robledales del cerro de Tonteur para internarse en las más hondas soledades de la frontera francesa, al oeste del Richelieu y del lago Champlain: el perro a la cabeza, el muchacho detrás y la mujer siguiendo al hombre.

Contemplando como se alejaban, Tonteur había gruñido:

—¡Van al revés! ¡Bonita manera de afrontar una comarca infinita e infestada de salvajes!

El hombre debía ir al frente de su preciosa columna, ojo avizor y la escopeta a punto; la mujer, pisándole los talones para otear y vigilar con él; luego, el muchacho y el perro, si era preciso tolerar semejantes engorros en jornada de tal naturaleza y teniendo la noche encima.

Tonteur era el paticojo *seigneur*^[1] dueño del molino harinero del valle, desde el que los cuatro aludidos marchaban hacia su hogar.

Sus pupilas habían seguido a la mujer con un reprimido y apreciante anhelo. “Enrique Bulain es un hombre extraño —pensó—. Tal vez algo loco, tal vez insensato, mas, indudablemente, afortunado, por tener por esposa a una mujer tan dulce de semblante y tan divinamente pura de corazón como Catalina. Jeems es no menos afortunado, ya que la tiene por madre”.

Incluso el perro era un granuja con suerte. ¡Y un perro indio, para mayor lance! Chucho inútil y rastrero, un animalejo sin alma, que se dejaba alimentar por ella, cuidar por ella, ¡incluso sonreír por ella!..., como él la había visto sonreír.

Al verle desaparecer por sus prados, Tonteur hundió en la blanda tierra la contera de su pata de palo. El rey de Francia le había honrado y era el primero de la larga serie de heroicos barones guerreros instalados en las márgenes del Richelieu para contener a los ingleses, y a sus rojos aliados bárbaros. Era guardián del curso de agua que llevaba al corazón de Nueva Francia. Si los ingleses se presentaban con sus amigos los cazadores de cabelleras, los Mohawks y los Senecas, tendrían que pasar primero sobre su cadáver. Era la más alta distinción a que podía aspirar un general. ¡Honor! ¡Fortuna! ¡Amplios dominios sobre los cuales era rey! Y, sin embargo..., envidiaba a Enrique Bulain.

Mediaba la tarde. Las sombras de un breve crepúsculo de mayo se alargaban hacia el Este. El sol tendía aún su suave manto sobre la tierra, una áurea radiación sin resplandor ni violencia; un plácido mar extendiéndose en cálidos remansos y flotantes

velos sobre un mundo que parecía suspirar dulcemente paz y alegría. Hacía varios días que era así desde la mañana hasta la noche. Lluvias bienhechoras y mansas habían favorecido el brote de verdes tallos del suelo; después, vientos, nubarrones oscuros, fragorosos truenos, mas siempre de noche, comenzando a contar una quincena antes de aquel miércoles por la tarde. Cada alborada había traído la faz de un nuevo sol, el trino de los pájaros construyendo sus nidos, el brote de las flores, el aumento de tonos de los plásticos verdes de la selva.

Tal era el sosiego de aquella tarde, durante la cual podía oírse el zumbido de las abejas y, al unísono, con tan amigable y consolador sonido, la cristalina sinfonía del agua corriente abriéndose camino en cien diminutas caletas y arroyuelos hacia los prados ribereños del Richelieu. No agitaba las hojas el más leve soplo de viento y, sin embargo, parecía notarse un viviente hálito de algo indefinido... un espíritu de resurgimiento, el canto de las flores, una sonrisa perfumada errante por los altozanos y por el valle, demasiado misteriosa tal vez para ser perceptible por las pupilas humanas.

Era la hora en que los pájaros cantan a media voz. Por la mañana lanzan su glorioso y despreocupado desafío a los genios de las sombras; mas con el crepúsculo, los alados cantores ponen una nota de gratitud y de plegaria en sus depuradas voces. Un tordo cantaba así, uniéndose a la suya la melodía de la alondra, de garganta de plata, que desgranaba sus himnos en los macizos de verdura. El pie hollaba las flores en la senda. En los claros, ponían sobre la madre tierra un tapiz blanco, azul y rojo. Flores, pájaros, paz —un mundo envuelto por el sol poniente—, un cielo amable sobre las majestuosas copas de los árboles y, con ellos, un perro, un muchacho, un hombre y una mujer que caminaban hacia el Oeste. A tres de éstos, incluso al perro, envidiaba Tonteur.

El can tenía un nombre que, según Tonteur, le cuadraba. Porque era... la ruina de un perro... más ruina aún que el viejo *seigneur* con su muñón de muslo y el pecho acribillado por sablazos capaces de acabar con un hombre ordinario. El perro era, primordialmente, grande, huesudo y escuálido, una amalgama de músculos y huesos salientes y puntiagudos, hijos de su naturaleza y no del hambre. Era, además, un perro *casero*, tan irremediablemente *casero* que se hacía querer a simple vista, aun por el más reacio. Su pelaje erizado e hirsuto estaba siempre revuelto. Sus patas eran enormes, sus mandíbulas largas en demasía, y, las recias orejas, reliquias de múltiples combates con otros animales de su ralea. Del rabo quedábale tan sólo un parvo y ridículo remedo que agitaba en las grandes solemnidades. Andaba cojeando, con una cojera que parecía sacudir su largo cuerpo de punta a punta, porque, como a Tonteur, le faltaba la pata izquierda. Un perro, en fin, adorable, inartístico, alegre y tullido, al que la mujer, en un momento de inspiración por la idoneidad de las cosas, había dado el nombre de *Revoltijo*.

Así, aunque Tonteur no anduviese equivocado al tenerle por la ruina de un perro, erraba en otro punto. El can poseía un alma, un alma propiedad del muchacho, su

indiscutible amo. Y aquella alma tenía la profunda huella de una cicatriz que el hombre y los malos tratos habíanle infligido en un campamento indio, donde Enrique Bulain lo encontró años antes, y, movido a compasión por el moribundo animalito, se lo había llevado a casa, para Jeems. Era una herida causada por golpe y puntapiés, una herida que jamás se curaría y que hacía de él lo que era... un incansable y receloso seguidor de rastros y triscas en el bosque.

Iba siempre un paso o dos en vanguardia, aun en días en que el trino de los pájaros y la melodía de la paz llenaban el ambiente. A vanguardia iba hoy. De los cuatro que se encaminaban hacia el Oeste, él parecía ser quien atisbaba, venteando posibles peligros encubiertos por la belleza y la calma que los rodeaba. De vez en cuando miraba a su amo. En el semblante y en los ojos del muchacho se leía cierta agitación; y el perro, adivinándolo, se informó de ella con un hipido que era una pregunta.

Daniel James Bulain se llamaba el muchacho, pero desde su infancia su madre le había llamado “Jeems”. Tenía doce años y pesaba veinte libras más que su perro *Revoltijo*, llamado *Tijo* en gracia a la brevedad, pesaba sesenta, si no mentía la báscula del molino de Tonteur. Entre una muchedumbre se habría conocido al punto la relación entre el perro y el muchacho, porque si *Tijo* era un veterano guerrero, curtido en mil combates, el muchacho, por su parte, evidenciaba la ambición de conseguir similar apariencia física.

—¡Pero si vas vestido como un pirata audaz y sanguinario, venido a secuestrar a mi pequeña para exigir después un rescate! —había exclamado Tonteur mientras el padre de Jeems secundaba al barón en su hilaridad.

Luego, para mayor ignominia, Tonteur le había hecho dar vueltas lenta y apreciativamente mientras la pequeña María Antonieta le miraba con la naricilla en alto indicando un patricio menosprecio; y Pablo Tache, su detestable primo de la gran urbe de Quebec, se mofaba de él abiertamente, gesticulando a espaldas de ella. ¡Y esto, después que se había ataviado con minucioso detalle por si las miradas de María Antonieta acertaban a posarse en él! ¡Ahí estaba la tragedia! Aprovechando la visita al molino de Tonteur en busca de un saco de harina de maíz, Jeems hablase puesto su traje nuevo de piel de gamo, y se había echado al hombro un fusil de dos pulgadas mayor que él. Del cinto colgaba un frasco de pólvora a un lado y un cuchillo al otro, y en el hombro que el fusil dejaba libre, la más preciosa y preciada de sus posesiones, un flexible arco de fresno y un carcaj lleno de flechas. No obstante lo caluroso del día tocábase con un gorro de piel de conejo, más vistoso, a su juicio, que el otro a rayas; y en este gorro, una larga pluma de ánade ponía su nota marcial y arrogante. *Tijo*, el perro, mostrábase ufano de la gallardía bélica de su dueño, aunque sin llegar a comprender el cambio que había experimentado a la sazón de volver hacia el hogar con tan extraño y solemne continente.

Enrique Bulain estaba como sobre ascuas, deseando narrar la pequeña escena a su mujer en cuanto Jeems se pusiera fuera del alcance de su voz. Enrique era muy dado

a ver la parte divertida o favorable de las cosas. Ésa era una de las razones por las que se había casado Catalina con él y el motivo de amarle, ahora, tanto o más que quince años antes, cuando Jeems aún no había venido al mundo. Asimismo era ésta la razón que explicaba por qué la selva, con sus árboles, sus flores y sus ocultos riesgos, gustaba a Enrique Bulain. Porque él amaba la vida; la amaba de un modo tan vastamente inclusivo y misteriosamente confiado, que Luis Edmundo Tonteur, el marcial barón del señorío, le llamaba simple por su sencillez y predecía el momento en que su cuero cabelludo y los de su esposa e hijo adornarían los pequeños aros redondos de los salvajes.

Desde su sitio, detrás del perro, del muchacho y del hombre, Catalina Bulain miraba serenamente su mundo con gozoso y decidido orgullo. En su opinión, muchacho alguno podía equipararse a su Jeems, ni ningún hombre a su marido; y aquella vanidad estaba siempre presente en sus oscuros ojos, llenos de luminosos resplandores que reflejaban la hoguera de su amor. Su felicidad era patente, tangible y, de igual modo que Tonteur daba rienda suelta a su secreto anhelo cuando estaba solo, ella regocijaba su alma con el tesoro de su amor cuando *sus hombres* iban delante y no podían ver lo que se reflejaba en su rostro. Aquel deseo de reservarse para sí una parte parva y sagrada de su alborozo se debía a que ella era inglesa y no francesa. Razón asimismo de que Daniel James tuviera un nombre inglés legado de su abuelo, antiguo maestro de escuela en Nueva Inglaterra y más tarde agente de los Penn^[2] en Pensilvania. En la frontera de aquella remota provincia la había encontrado Enrique y allí contrajeron enlace dos años antes de la muerte de su padre^[3].

—Y desde entonces —decía él— has venido rejuveneciéndote y embelleciéndote. ¡Qué tragedia cuando llegue el día en que yo sea viejo y corcovado y tú continúes siendo una chiquilla!

En efecto, Catalina no aparentaba sus treinta y cinco años. Su rostro y sus ojos eran juveniles, con la suave y radiante juventud de la adolescencia; especialmente aquel miércoles por la tarde, caminando detrás de su hijo y de su esposo, por los prados de Richelieu. La ascensión del cerro de Tonteur había puesto dos rosas en sus mejillas y con el fulgor del sol en el cabello resultaba una encantadora visión para Enrique, quien volvía la cabeza de vez en cuando, al pasarse el saco de harina de un hombro a otro.

No se ocultaba a Tonteur, acaso menos que a Enrique Bulain, que la adoración de Catalina por los suyos y por todo lo que con los suyos se relacionase, incluso las primitivas incomodidades de la vida selvática que la reclamaban, tenía por fondo algo más que su condición de compañera de un hombre y madre de un hijo. Cultura, educación y amor; notable amplitud de ideas y de visión, primariamente fomentadas por su madre y, a la muerte de ésta, desarrolladas y robustecidas por un padre pedagogo, habíanle proporcionado un medio de inestimable valor para la justa

medida de la felicidad, Ocasionalmente, suspiraba un poco por lo que estaba allende esta felicidad, soñando con telas recamadas de oro, azules satenes y gualdas sedas, moarés blancos y galanos encajes de Valenciennes; y por tal causa, en la cabaña de Enrique veíanse picarescas cofias como tela de araña para el cabello de Catalina y tantos otros sencillos, pero lindísimos, aderezos, hijos de sus hábiles y primorosas manos.

Confeccionaba chorreras y *fichus* tan finos como los que *Madame* Tonteur pudiera gastar no obstante su coste, y aun hoy mismo, su sencilla falda de muselina rameada, con frunces sujetos por lazos azules, y su manto y caperuza rojos le prestaban una gentileza a los ojos de Tonteur, que le habían hecho brincar el corazón en su aguerrido pecho, como si fuera un mozalbote. En cambio, por su femenil habilidad en el adorno de su belleza y por el buen gusto de las cosas de poco valor, así como por considerarla engendro de un despreciable inglés, *Madame* Enriqueta Tonteur había sentido, al verla, tal aversión y desagrado como si le hubiera dado un tósigo.

Tonteur lo sabía, renegando en su honrado interior de la mujer que era su consorte, con su frío semblante patricio, su empolvado cabello, sus aderezos, sus galas y su platónica ignorancia del amor... dando gracias a Dios, a la vez, de que la pequeña María Antonieta se pareciese menos y menos a ella con cada año que pasaba sobre su linda cabecita. María Antonieta era tempestuosa y vehemente para contrarrestar la desventaja. Y por ello también rendía gracias a la fortuna, que tan poco amable había sido con él en determinados aspectos.

Caminando detrás de su esposo y del muchacho, Catalina pensaba en Tonteur y en su consorte, la aristocrática Enriqueta. El aborrecimiento de *Madame* Tonteur le era conocido de antiguo; en cambio, nunca, hasta aquella tarde, había tenido ocasión de hacer otro descubrimiento. A pesar de sus heroicos esfuerzos por dominarse, Tonteur se había traicionado a sí mismo cuando de improviso le sorprendió mirándola. Catalina vislumbró la sombra de su secreto... como un fantasma rápido y fugaz. Ascendiendo el cerro, había ido atando cabos hasta que con certera intuición femenil adquirió la convicción de cuáles eran los pensamientos de Tonteur. Y, a pesar de todo, el conocimiento no le inspiró ni temor ni recelo.

Pero sí una clara apreciación de su propia buena suerte, al contrastar la infidelidad de un hombre y el fracaso conyugal de aquella mujer, con los beneficios por los cuales ella debía murmurar la más devota de las plegarias. El hombre que la precedía tarareaba una tonadilla francesa para aligerar el peso de las cien libras de harina que portaba, y hasta la última gota de la sangre que corría por sus venas revelaba su origen francés. Catalina amaba el temple de aquella sangre exótica mucho más que el de la suya propia. Así como ella se había afrancesado, Enrique, en el fondo de su corazón, se convirtió en un completo inglés, no cansándose de jurar y perjurar que no trocaría el más leve soplo, de vida en el cuerpo de Catalina por toda su adorada Nueva Francia. Desde un principio su influencia fue mayor que la de su mujer, por

cuanto, mientras Catalina conservaba vivo en su memoria todo lo inglés, enseñando a su hijo este idioma conjuntamente con el francés, cantando cancioncillas inglesas y leyendo libros ingleses, amaba a Nueva Francia como jamás amara los más severos aspectos de su hogar en Nueva Inglaterra, amando también a sus efusivos y alegres moradores con una simpatía y devoción que más bien parecían de nacimiento que adoptivas.

Y, no obstante, *Madame* Tonteur la aborrecía. No dando crédito a cuanto de bueno pudiera decirse de Catalina, la aborrecía, primero considerándola tradicional enemigo de su raza; después, por atreverse a llevar la cabeza tan engallada y erguida como la consorte del barón, y, por último, porque no siendo sino la esposa de un despreciable rústico como Enrique Bulain, tenía la audacia de ser la mujer más bonita de todo el señorío de Tonteur.

En cuanto estaba en su mano procuró inculcar y desarrollar este odio en el corazón y en el espíritu de su altiva hija María Antonieta, y Tonteur, ciego a la felina sutileza de su mujer en tales asuntos, se extrañaba de que la niña, a la que adoraba sobre todas las cosas, manifestase tan abierta enemistad y evidente disgusto, cada vez que Jeems los visitaba.

Capítulo II

Precediendo a sus padres, Jeems iba pensando en algo muy parecido. Su mente estaba, de momento, embargada por belicosas ideas. Moral y, en parte, físicamente, experimentaba todas las emociones de una encarnizada refriega. Desde el comienzo de la larga ascensión del cerro de Tonteur había aniquilado de seis maneras distintas a Pablo Tache, y en cada fase de los seis mentales combates, María Antonieta le contemplaba con horrorizado asombro mientras Inexorable y despiadadamente asaltaba y vencía al apuesto y gallardo primo venido de la gran urbe de Quebec^[4].

No obstante el ardor de la vívida lucha imaginaria, Jeems sentíase el corazón angustiado, y fue la sombra de esta angustia lo que *Tijo* percibió al mirar a su amo. Desde que, a los nueve años, Jeems vio por primera vez, a María Antonieta, que contaba siete, soñaba con ella, esperando con impaciente antelación los días en que podría acompañar a su padre en sus viajes a Tonteur Manor^[5].

En aquellas contadas ocasiones había reverenciado con infantil adoración a la princesita del señorío, ofreciéndole presentes de flores y plumas, nueces, azúcar de sicómoro y raros tesoros, fruto de sus excursiones por la selva. Mas aquellas pruebas de su sincero afecto fueron ineficaces para colmar el abismo que los separaba.

Jeems soportó la afrenta y continuó entronizando a María Antonieta en su pensamiento, porque no había ninguna otra que pudiera ocupar su sitio. Pero, desde el pasado otoño, con la llegada al señorío de la hermana de *Madame* Tonteur y su hijo Pablo, sus sueños habían ido tomando un aspecto más lúgubre, hasta culminar, aquel miércoles por la tarde, en una acerba y despiadada visión de futuras represalias contra aquel jovenzuelo que se había mofado de él, que le había humillado y que, sin atributo alguno a sus ojos que lo justificase, podía regodearse con las sonrisas y amabilidades anejas al favoritismo de María Antonieta.

Desvanecidas todas sus esperanzas de amistad con Tonieta, hallaba excusa para censurar al ostentoso y elegante joven, con sus trajes de terciopelo verde y carmesí, sus vueltas de encaje y sus brocados de oro, su espadín de empuñadura de plata y, sobre todo, el aire engreído y desdeñoso. El antagonismo no era tan sólo fruto de su mente: Pablo Tache, hijo de un oficial del ejército de Quebec, muy al tanto de las intrigas del Intendente, representaba la final destrucción de cuantas esperanzas pudiera alimentar de conseguir, al fin y a la postre, impresionar a la hija del *seigneur*. Con la llegada de Pablo, dos años mayor que él y llevándole la cabeza en estatura, alardeando de cuantos refinamientos cortesanos aprendía la juventud de Quebec, ella le miraba con más altanería que nunca. Aquella misma tarde, por lo menos, no hizo esfuerzo por disimular su alborozo al oír a Pablo con sarcástica soma decir:

—¿No te cansas viniendo a pie por el bosque, pequeño? ¿Cómo es que tu madre deja que cargues ese anticuado fusil con pólvora y bala?

La memoria de aquel momento le abrasaba..., aquel momento en que había permanecido mudo, arrebolado el rostro, incapaz de coordinar una respuesta apropiada, con el corazón latiéndole apenas, viendo al mozo de Quebec alejarse con Tonieta, pavoneándose como un pato y mirándole despectivamente por encima del hombro. La conciencia de su propio fracaso, de su inhabilidad para replicar o hacer algo... algo que no fuese ponerse ridículo y colorado, y quedarse con la boca abierta como un simple, aceptando el insulto sin protestar, era lo que acrecentaba su ensimismamiento y su amargura.

Acogió con alegría el alto que sus padres hicieron para descansar junto a un peñasco lindante con el camino, porque el intervalo le dio oportunidad de pro seguir a solas, y... yendo solo podía abofetear al primo de Tonieta más contundentemente que llevando a la familia pisándole los talones. Cuando *Tijo* le precedió en la altiplanicie, rica en hierba y poblada de enormes castaños, su mental orgía de venganza y de sangre empezaba a apaciguarse.

De pronto, *Tijo* se detuvo tan en seco que su escuálido cuerpo formó una barrera contra las piernas de Jeems. Quedó con el muñón de pata en alto, y cuando, poco a poco, lo dejó descansar en tierra fue en forma que causó un escalofrío a su amo. Estaban en los bordes e un claro salpicado de flores, entre los castaños, lugar que su madre, al cruzarlo por la mañana, había calificado de salón de baile de las hadas del bosque, y en cuyo derredor crecía un espeso matorral de avellanos silvestres, especie de valla puesta por las hadas mismas para ocultar sus piruetas a los ojos indiscretos. Aquel soleado campo de expansión tenía cien metros de anchura y en su extremo más lejano, entre los matojos, Jeems sabía que se ocultaba caza de alguna clase.

Se tiró al suelo, arrastrándose tras la carcomida masa de un enorme tronco caído una centuria antes; *Tijo*, agazapado junto a él, puso el hocico a nivel del parapeto. Pasó un minuto, después otro y varios más sin que el can ni su dueño dieran señal alguna de impaciencia o desaliento. Tan inmóviles estaban que una ardilla roja los contempló curiosamente esperando descubrir algún signo de vida, y un pájaro casi se posó a descansar en el cañón del fusil de Jeems. Un tenue aroma de violetas y anémonas se elevaba del suelo, aunque el muchacho no pensara ni un instante en mirar las fragantes masas blancas, encarnadas y azules que sus rodillas aplastaban. Toda su atención se concentraba en una línea tan recta como la puntería que indicaba el hocico de *Tijo*.

Otro minuto de silencio y un magnífico pavo silvestre salió majestuoso y orondo al soleado raso. Jeems juzgó que no pesaría menos de veinte libras. Su cabeza parecía de sangre, su hermoso cuerpo, de oro y bronce purpúreo, y el arrogante plumaje del pecho tocaba el suelo. Era un ave altiva e inmaculada, desafiando al mundo desde el claro, sacudiendo las alas y fanfarroneando en círculo mientras su satisfecho y engreído cloqueo llegaba claramente a oídos de sus espectadores. En aquel momento,

Jeems pensó en Pablo Tache, pues el muchacho de Quebec era como aquel pavo, siempre alardeando de su atavío y comportándose con la importancia de un hombre hecho y derecho.

Reprimió un respingo al ver aparecer de entre las matas a una esbelta hembra de pardo plumaje, afanosa por reunirse con el monarca de la cabeza roja. Un estremecimiento de aterciopeladas alas le siguió y en otros tantos segundos seis hembras más aumentaron el corro. El pavo, más orondo y engreído que nunca, se *pavoneó* literalmente, hasta llegar casi a doblar su legítimo tamaño, pareciéndole a Jeems que las “señoras pavas” le festejaban como otras tantas Marías Antonietas deslumbradas por su espléndida figura, acrecentando el deseo del muchacho de tomar las primeras represalias contra su odiado rival dando muerte al ave.

Poco a poco, quitó de encima del tronco su escopeta y atirantó la cuerda de su arco. Después aguardó a tener al volátil a menos de ochenta metros. Pulgada a pulgada, se fue incorporando de rodillas, mientras *Tijo* se envaraba, rígido. De la garganta del perro salió un ahogado sonido, viendo curvarse el largo arco. El zumbido de la cuerda fue como el vibrar de un diapasón de acero y una grisácea centella surcó el claro bosque. Le siguió un armonioso sonido, una gran conmoción, una ráfaga de brillantes colores por los aires y un batir de alas frenético de las siete formas oscuras buscando asilo entre los matojos. Pablo Tache, el pavo, yacía en el suelo, moribundo, y habían bastado menos de doce segundos para que sus siete “Marías Antonietas” desapareciesen.

Un momento después, Jeems y *Tijo* contemplaban al inerte animal, y en las pupilas y en el semblante del muchacho reaparecía el habitual alborozo. No tan sólo por tener a sus plantas una espléndida cena el siguiente día, sino porque en su imaginación acababa de asestar el primer golpe a su enemigo.

Del centenario sendero, allende el cerro de Tontear, arrancaba una angosta vereda, hecha por incontables generaciones de Caughnawagas, Algonquines y Ottawas, que bordeaba una precipitosa elevación con millas y millas de bellísimo terreno en su base. El valle se extendía hacia el Oeste y era rico en bosques y rielantes lagos; paraje de incomparable quietud, lleno de misterio y de belleza, cuyo ambiente rara vez venía a mancillar el humo de algún campamento indio. Por diversas razones, era un valle afortunado. Estaba lo bastante lejos de Richelieu para escapar de las hachas destructoras de los blancos; demasiado próximo a las viviendas de los Mohawks para la seguridad de sus enemigos, los cazadores rojos de la parte alta del San Lorenzo, y formando demasiado estrecha parte de los franceses y de sus aliados para verse más accidentalmente invadido por las partidas cinegéticas de las Seis Naciones. Tales circunstancias habíanle valido paz y silencio durante largos años, a pesar de que incontables pupilas debieron contemplarlo en pasadas centurias, pues en la vertiente del valle, el sesgado cantil estaba liso y como pulido por los incontables pies de

cuantos habíanse detenido a descansar ante la atracción de aquel lugar vedado, en el que la vida hubiera sido tan grata.

Visto desde donde Catalina y Enrique pausaron a tomar aliento, el valle parecía un inmenso tapiz oriental tejido en verde, oro, negros y plata —verde marcando los prados y los oteros; oro que ponían los rayos del sol sobre los álamos y abedules; negros de las siemprevivas que crecían en tupidas masas de variable y sombría tonalidad, y plata sugerida por los tres diminutos lagos que rielaban con cálido resplandor de joyeles—. Sentados sobre la roca, llegó hasta ellos una tenue y exquisita melodía de suave e invariable cadencia, que adormecía los sentidos, mezclada, al elevarse, con el ambiente saturado de la sutil fragancia de las flores. Era un murmullo únicamente perceptible en el valle cuando salía el sol y en el momento en que parecía detenerse antes de atravesar la cortina de las selvas occidentales; era el parloteo de millares de ardillas. La tradición quería que aquel típico ruido fuese eterno, porque las más antiguas historias y leyendas indias hablaban ya de aquella roca con la denominación de “Peña de las Ardillas”.

Descansando los ojos en la placentera escena, Enrique narró la aventura de Jeems y se regocijaba aún con el humorismo de lo ocurrido cuando acertó a ver el preocupado semblante de Catalina.

—Es lo que hace tiempo venía suponiendo —dijo ella sin asomo de risa en la voz—. ¡Madame Tonteur me aborrece y ha enseñado a Tonieta a aborrecer a Jeems!

—¡Qué estás diciendo! —exclamó su marido—. ¡Aborrecerte a ti *Madame Tonteur*! ¡Es imposible! ¡Ir a poner su odio precisamente...!

—En mí —dijo su esposa—, y tú, pobre Enrique, con tus ilusas ideas de que todo el mundo ha de querernos, no te has dado cuenta de la verdad. Me aborrece hasta tal punto, que si pudiera me envenenaría; y al no serle posible, ha envenenado el espíritu de la pequeña Tonieta contra nuestro Jeems.

—Pero... ¿no entraste hoy a saludarla?

—Sí; porque soy mujer.

—¡Es imposible que te odie!

—¿Lo es acaso que deteste bichos, serpientes o ponzoña?

—Pero... Tonteur... ¡Es imposible, vaya! ¡Él no piensa así!

—No; estoy segura de ello.

—Pues si Tonteur nos aprecia y nos acoge tan cordialmente, ¿qué motivos tiene su mujer para detestarte? —preguntó.

—Primero porque soy inglesa. No lo olvides nunca. Aunque ame a tu patria tanto o más que a la mía, soy inglesa y Jeems lleva sangre inglesa en sus venas... Pertenece a una raza enemiga de tu país. Ésa es una de las causas de su odio.

—¿Aún hay más?

—Si. Me odia también porque su esposo juzga oportuno considerarme amablemente —contestó Catalina. Iba a decir más, pero una alegre carcajada irrumpió de labios de Enrique, y, un segundo después, estaba estrechamente presa

entre sus brazos.

Luego la apartó con fingida brusquedad y señaló hacia el valle.

—Mientras tengamos eso, ¿qué puede importarnos *Madame Tonteur* o el resto del mundo? —exclamó—. ¡Allá ellos! Allá mujeres como la Tonteur con sus querellas y sus rivalidades. Mientras sea feliz en una tierra como la que tenemos a la vista, no cambiaría mi lugar por todos los reinos del mundo.

—Ni yo, mientras os tenga a ti y a Jeems —dijo Catalina. Y añadió, en tanto que Enrique se echaba el saco auestas—: Aunque... no es en ti ni en mí misma en quien pienso, sino en Jeems.

Lentamente reanudaron la marcha.

—La animadversión de *Madame Tonteur* me resulta divertida y me ha proporcionado inocentes satisfacciones como la de hoy, por ejemplo —continuó aprovechando el silencio de su preocupado esposo—. Con tu compañía y la de Jeems me basta para sentirme feliz; por eso, la inquina de *Madame Tonteur* no me preocupa demasiado. Me he permitido, incluso, provocarla y desazonar, de lo que debería avergonzarme. Hoy mismo me solté las trenzas pretextando dolor de cabeza, cuando lo cierto era que deseaba hacerle notar lo gruesas y largas que son, para que las comparase con los cuatro pelos que ella tiene, a pesar de ser casi de la misma edad. ¡Si la hubieras oído sisear cuando su hermana de Quebec dijo que mi cabello era magnífico y que sería un crimen empolvarlo o llenarlo de pomada! Tal vez sea censurable, Enrique, mas no puedo remediar el humillarla con esas nimiedades, viendo su empeño en hacerme aparecer desagradable a sus propios ojos. Al principio, hice cuanto pude para captarme su amistad; pero al considerar que era inútil, comencé a ver el aspecto cómico de la situación, como tú me has enseñado a hacerlo, apreciando lo pintoresco de las cosas desagradable. Mas... con Jeems y Tonieta es distinto. El muchacho sueña con ella, y ha hecho de la niña su compañera espiritual de juegos y aventuras.

Enrique miró a Catalina.

—Ya lo sé... me hago cargo... fui estúpido burlándome de él... pero Tonteur también bromeó... y no creí que siendo un chiquillo lo tomase tan a pecho.

—Un niño es como una mujer —dijo ella—. Es más fácil de lo que los hombres creéis herir su susceptibilidad.

—Voy a decirle lo mucho que lo siento.

—Te guardarás de hacerlo —replicó Catalina.

—Pero... si cometí una ligereza...

—Por esta vez, basta que tú lo sepas —decidió su esposa. Él esperó discretamente y su mujer añadió—: Enrique, me consta que Luis Tonteur es un hombre bueno, amable y noble, cuyo corazón siente una inmensa soledad y un anhelo de algo irrealizado, o no conseguido, a pesar de su adoración por Tonieta. No habría hombre capaz de amar a tal esposa, por refinada y de *sangre azul* que sea. Está tan tristemente solo que proyecto invitarle a frecuentar nuestra casa y a que traiga a Tonieta.

—¿Crees que vendrá? —preguntó anheloso Enrique.

—Estoy segura —replicó ella. Pensando únicamente en Jeems, se felicitaba de no haber dicho a su marido lo que tuvo en la punta de la lengua, el secreto de su descubrimiento de aquella tarde—. Vendrá —añadió—, y, si yo se lo pido, no dudo de que traerá a Tonieta.

Enrique sonrió con satisfacción.

—Tonteur es persona que cuenta con todo mi afecto —dijo.

—Es un hombre digno de ser amado —asintió Catalina.

—Pero... Tonieta... —Enrique cambió de hombro su carga—. Si *Madame* Tonteur dice que no, ¿qué pasará?

—Que su marido traerá a Tonieta a pesar suyo —replicó Catalina—. Es decir... suponiendo que yo le afirme que sería muy de mi agrado —rectificó sonriendo a Enrique.

—¡No hay duda! —exclamó convencido—. ¡Si le miras así, ángel mío, traerá a Tonieta inmediatamente! Mas... si lo hace y *Madame* protesta, y lo repite...

—Acaso le acompañe ella en lo sucesivo —dijo Catalina— y acreciente la simpatía que *Madame* Tonteur me profesa. —Puso una mano sobre su brazo. Habían llegado al lindero del abetal y, frente a ellos, Jeems y *Tijo* contemplaban el difunto pavo.

Al ver acercarse a sus padres, un salvaje y cálido orgullo juvenil por su éxito se apoderó de Jeems y, por su parte, el can, más semejante que nunca a una erizada gárgola con patas, meneó gozoso el muñón de rabo. ¡Era su triunfo! Las pupilas del mozo brillaron al observar el interés de su madre y la franca sorpresa de su padre, que soltó el saco de harina para admirar mejor el magnífico volátil traspasado por la flecha.

A hurtadillas de ambos, Catalina miró a su hijo. Sus propias pupilas refulgían y, un momento después, Enrique, comprendiendo lo que pensaba y lo que veía, puso una de sus manazas tiernamente sobre el hombro del muchacho.

Sí; Jeems era como su madre, salvo por el rubio cabello y los grisáceos ojos, en cuyos atributos se parecía al hermano de Catalina, al errante y batallador vagabundo Hepsibah Adams, siempre amado, a pesar de sus defectos. El orgullo con que contemplara Catalina a su hijo enorgullecía el alma de Enrique, haciéndole prorrumpir en alabanzas por la hazaña del muchacho.

—¡Qué flechazo! —exclamó agachándose para examinar el volátil y el dardo—. ¡Recto de ala a ala y limpio como una bala! ¡Y hasta el astil! ¡Habría jurado que no tenías brazo para tanto, muchacho! ¿Y dices que disparaste desde el lindero del claro? ¡Me cuesta creerlo! Es un tiro más propio del Capitán Pipa o de “Ojos Blancos” o de “Gato Grande” que tuyo.

Los tres personajes aludidos eran indios Caughnawagas amigos, que habían enseñado a Jeems a tirar, y el Capitán Pipa era el constructor de su arco de fresno especialmente seleccionado.

Prosiguieron adelante mientras el sol se ponía tras la selva y las sombras se iban enseñoreando a su alrededor, aterciopeladas y más densas entre los árboles. La proximidad de la noche, con su acompañamiento de calma y de belleza, y un instinto nacido de las grandes soledades, hacía los pasos de los cuatro tan valientes, que apenas podían oírse unos a otros. El sol alumbraría aún por más de una hora el cielo con su primaveral resplandor, hacia occidente, pero la selva, a través de la cual el portel indio serpenteaba, parecía más vasta y más sombría convirtiendo el crepúsculo en noche oscura. Para el muchacho y el perro, aquel trecho de arboleda entre el señorío y su hogar era un lugar misterioso de aventuras, lleno de murmullos, de prodigiosas sombras y de fantasmas; fantasmas por doquier, cosas atrayentes y prometedoras a las que ni uno ni otro temían. Para el hombre y la mujer era distinto, porque para ambos, con su experiencia y su comprensión, la belleza de Dios en sus obras era siempre nueva y siempre maravillosa. En aquella vasta selva de centenarios árboles y almenados linderos, el corazón de Catalina latía más apresurado en su pecho, y su alma se compenetraba con la majestuosidad y la grandeza espiritual que, aunque visible, se dejaba sentir como una cálida presencia a su alrededor. Caminaba por el estrecho sendero, cogida de la mano de Enrique, y por espacio de más de media hora su conversación fue casi un murmullo. Parecía un sacrilegio elevar la voz. Después, jirones de cielo rojizo se dejaron ver hacia el Oeste, y luego abetos diseminados, pequeños claros ente castaños y hayas, verdes praderas desarrollándose como cintas entre ellos y, por último, al desembocar en un prado mayor que los demás, conducidos por un suave declive al recatado valle que habían contemplado desde la “Peña de las Ardillas”, vieron su hogar.

Estaba situado en una resguardada depresión que parecía hija diminuta del vasto valle, y era una achatada cabaña, placentera a la vista, construida con troncos descortezados, con más ventanas de las que un hombre precavido habría abierto y una enorme chimenea de arcilla y piedra en un extremo. No se trataba de una construcción de poco más o menos, hecha de troncos plantados verticalmente alrededor del tocón de otro para poder utilizarlo como mesa, sino de su verdadero *hogar*, bello, confortable y lujoso, en las proporciones que su situación permitía, y... el mejor que Enrique Bulain pudo edificar. El amor de Catalina por su casa corría parejas con su amor por Enrique y su hijo. Desde sus ventanas, no cerradas contra enemigos de ninguna clase: podía mirar al Este, Oeste, Norte y Sur. Allende el valle, veía alzarse diariamente el sol sobre el señorío Tonteur y la “Peña de las Ardillas”; por el Norte, seguir el declive hasta las profundidades de la selva; por el Oeste, las inmensas regiones inexploradas con las que Enrique Bulain soñaba de continuo y hacia las cuales Jeems ya comenzaba a volver los ojos con cierta expresión de curiosidad, no exenta, al crecer en años, de anhelo.

Mas Catalina poseía la gloria femenil que tendría la virtud de retener siempre a su lado a sus hombres. Contiguos a la cabaña estaban sus dominios, sus flores, su macizo de arbustos, sus pajareras de corteza de castaño, sus setos de boj entre los

aclarados árboles, con lindos senderos bordeados de piedras enjalbegadas serpenteando entre ellos. Todas sus flores estaban en capullo, y desde entonces hasta que llegasen las primeras escarchas, sería una ininterrumpida sucesión de flores de todas clases; habría malvas de olor, celidonias, rosas, ibéridas, espuelas de caballero, guisantes de olor, girasoles y apacinos, claveles y margaritas de la reina, en variedad tal y en tan magnífica abundancia, que un extraño, compareciendo allí inesperadamente, hubiera hallado difícil creer encontrarse en los linderos de la inexplorada frontera.

Junto a los jardines estaban las tierras de labor de Enrique, comenzando, en gracia al sentido artístico de Catalina, por las destinadas a los cultivos domésticos, por decirlo así; bancales pulcramente cuidados de hierbas y verduras, lechugas, acederas, perejil, perifollos, pimpinelas, tomillo, salvia, zanahorias, nabos, remolachas, rábanos, judías, coles, calabazas, espárragos, melones y cohombros; allende estos bancales, se extendían los más dilatados predios destinados a cereales de mayor importancia; diez acres de bien laboreada tierra, que terminaban en el linde del bosque de arces, del que, en el precedente mes de abril, Enrique había derivado su provisión anual de cincuenta galones de jarabe y sus doscientas libras de azúcar.

Desde la verde ladera contemplaban los cuatro sus preciadas posesiones y Catalina no habría cambiado ciertamente ni la mitad de ellas por toda la opulencia de *Madame Tonteur*.

No quedaba del día sino un pálido resplandor y el mundo se aprestaba a la noche. Sobre sus cabezas, una interminable bandada de palomas dirigíase al santuario del vedado valle; los cuervos se acomodaban en las lobregueces de la selva y las ardillas negras y grises cesaban en su insensato parloteo. La volatería de Catalina buscaba el refugio de sus cobijos, y el buey y la vaca se encaminaban lentamente hacia el corral desde el cercado predio, que un cristalino arroyo atravesaba cantes de ir a perderse en la selva.

Catalina sonreía a su esposo y la felicidad ponía una cálida llama en las pupilas de Enrique, cuando, de improviso, un agudo y escalofriante grito vino a turbar la paz y la belleza que los rodeaba, un grito que pareció ahogar todo otro sonido, llegando hasta las palomas y haciéndolas desviarse temerosas de su ruta, sobresaltando al cachazudo novillo; un grito monstruoso en su profundidad y en su extensión, y con él, una salvaje figura emergió de su escondite entre la verde masa de arbustos del jardín de Catalina dirigiéndose hacia ellos.

Enrique dejó caer al ardo el saco de molienda que llevaba al hombro, mientras Jeems, que iba delante, aprontaba su escopeta y *Tijo* dejaba oír un sordo gruñido. La misteriosa y tosca figura siguió avanzando por el declive y Jeems examinaba ya su pedernal y su cebo en la cazoleta con el pulgar a punto en el gatillo del arma, cuando Catalina, a la zaga de su marido y de su hijo, dio un sobresaltado respingo, luego lanzó un grito, y, por último, adelantándose a sus protectores, salió al encuentro de la extraña figura tendiéndole los brazos:

—¡Es Hepsibah! —gritó—. ¡Es Hepsibah!

Capítulo III

Apenas salida de labios de Catalina la precedente exclamación, Jeems dejó su escopeta en el suelo y corrió detrás de su madre. No obstante su prisa, Catalina estaba ya en brazos de su hermano cuando logró alcanzarla, mientras que Enrique, recobrándose más lentamente de su pasmo y con el pavo aún en la mano, se reunía al jubiloso grupo. Al llegar, Hepsibah Adams sostenía a su hermana con un brazo y con otro cargábase a Jeems al hombro, bastándole un ligero movimiento para libertarse y tender a Enrique una de sus manos, rugosa y recia como el roble que protegía la cabaña contra el sol.

Si semejanza puede hallarse entre un hombre y un roble por su fortaleza y fornido crecimiento, era Hepsibah Adams excelente sujeto de comparación. En él había algo también que recordaba a *Revoltijo*. No obstante, su aspecto era el de la criatura más alegre que amigo o enemigo pudiera desear. Su estatura, menor que la de Enrique, carecía asimismo de su esbeltez. Ancho de espaldas y corpulento, poseía un rostro rotundo como una manzana y casi tan bermejo, acribillado por señales y cicatrices de pasadas contiendas, aunque de tal forma, que su vivacidad y el buen humor de sus chispeantes ojos, más que otra cosa, se avaloraban con aquellas vicisitudes de la fortuna. No gastaba sombrero, y la cúspide del cráneo aparecía monda y lironda como un huevo, pero alrededor y debajo de aquel “lunar”, como Hepsibah lo llamaba, su cabello, de un rubio rojizo, crecía exuberante, rizado en sus puntas. Habría bastado un ligero esfuerzo de imaginación para tomarle por un tonsurado fraile recién salido de reñir enconada lucha con los discípulos de Satanás.

Pasada la excitación del primer momento, Catalina se apartó de su jocundo hermano, contemplándole con ojos radiantes de afecto y, a la vez, con una curiosidad que sus labios no tardaron en patentizar.

—Hepsibah, me alegro tanto de verte que se me ensancha el corazón, y eso que, según puedo advertir, no has cumplido tu promesa de abstenerte de pelear. Veo una muesca en una de tus orejas, tienes la nariz al sesgo y sobre la ceja una señal que no tenías cuando te vi por última vez, hace dos años.

El curtido semblante de Hepsibah se iluminó con una sonrisa.

—Nada puedo decir de tu nariz, Catalina, salvo que cada vez la encuentro más linda —dijo—; pero si por casualidad se encontrase en la trayectoria de un puño holandés, mayor que un jamón, como le ocurrió a la mía durante una pequeña justa en Albany Town..., te seguro que, si quedaba algo de ella, también estaría al sesgo. En cuanto a la muesca de la oreja, ¿qué puede uno esperar de un francés, hecha debida excepción del bueno de tu marido, cuando se le presenta la oportunidad de valerse de

los dientes en lugar de las manos que Dios le dio para defenderse? La señal de la ceja no es más que una arruga causada por el cuchillo de un Oneida que creyó, erróneamente, que yo había sacado la mejor parte en un trato, cosa que no ocurre nunca. ¿Qué más? ¿No has observado nada más en mi persona?

—Que la calva se ha agrandado, Hepsibah, y me sorprende su regularidad y pulidez.

—Gracias a que le di a un barbero Seneca un hacha excelente a cambio de que arrancase los pelos a estilo indio para conseguir tal resultado, hermana; me era odioso pensar que parecía tener apolillada la mollera; ahora, redonda y pulimentada, me gusta más.

—Al reírte vi que te faltaba un diente.

—Fue el viaje de retorno del puño holandés de marras. ¡Dios me valga! ¡Tendrías que haber visto pelear a aquel ciudadano!

—¿Y tu atavío? —dijo Catalina llegando por fin a lo que más la extrañaba—. Por tu aspecto, cualquiera diría que has estado jugando con un oso, Hepsibah... ¿Ha ocurrido algo... cerca de aquí?

—Una nimiedad, hermana. Unos kilómetros atrás tropecé con unos cuantos franchutes que me juzgaron demasiado lejos de Nueva Inglaterra y pretendieron hacerme volver sobre mis pasos. No fue nada..., nada. ¡Pero me avergüenzo por ti, Catalina, al ver que no te das cuenta de lo principal!

—¿Que es ello?

—¡Mi estómago! —declaró Hepsibah llevándose ambas manos a la rotunda panza—. Mi estómago que, como claramente puedes observar, está hundido y más que flácido. Tan replegado le noto sobre sí mismo que me duele el espinazo. Se ha agostado reduciéndose a las proporciones del de una damisela. Es un estómago enano, encogido..., disecado por la falta de alimentos, y si no acudo muy pronto a tal necesidad...

La risa de Catalina ahogó el resto de la frase.

—¡Adorable Heppy! ¡Famélico... siempre famélico! No cambiarás nunca. En menos que tarde el humo en salir por la chimenea, cenaremos. ¡Qué contenta estoy con tu llegada!

—¡Y yo! —exclamó Enrique metiendo por fin baza en la conversación.

Jeems, aferrado a la mano del errabundo nómada de su tío, que a sus ojos era el más grande héroe concebible, le arrastró hacia el lugar donde había dejado su escopeta.

Camino de la vivienda, la alegría del semblante de Catalina pareció nublarse un punto.

—Convendría, Enrique, que a partir de ahora no perdieras de vista a Jeems —dijo, y añadió—: Ya sabes lo singularmente imprevisor y aturdido que es Hepsibah y la de tretas y aňagazas que almacena en su imaginación, llenas de extraordinario atractivo para un muchacho, pero que a mí me inspiran cierto miedo por Jeems.

Enrique se limitó a rezongar. En el fondo de su alma pensaba que sería una acrecencia de buena suerte el aprender ardidés y añagazas de un hombre como Hepsibah Adams. Catalina descubrió una sutil columna de humo que se elevaba de la chimenea de piedra.

—¡Ya ha encendido el fuego Hepsibah! —dijo.

Cuando franquearon el umbral de la amplia doble puerta de la cocina, Enrique dio un respingo de satisfacción y su esposa un grito de complacida sorpresa.

Era un famoso aposento de treinta pies de largo por veinte de ancho, iluminado aún por los últimos fulgores del día. A su débil claridad aumentaba el rojizo resplandor de un llameante tronco y una inmensa masa de ascuas de arce que estaba ardiendo cuando entraron. Enrique había invertido un mes en la erección de aquella chimenea y no existía en todo el Richelieu señorío alguno que pudiera ufanarse de poseer joya semejante. Mientras edificaba la vivienda, Catalina y Jeems residieron en Three Rivers con una tía suya, y cuando su esposa vio por vez primera aquella magnificencia, fue derecha a ella, pudiendo pasar bajo su campana sin inclinarse. Tan digna de su anchura era la altura, que Enrique levantó unos asentaderos a ambos lados poniendo sobre ellos ganchos de los que colgaba las armas de fuego e incluso pequeños estantes con cajones, embutidos en la piedra, para sus pipas y su tabaco. Más adentrados, pero horros siempre de humo y de hollín, veíanse otros ganchos para los tesoros de Catalina: potes, ollas y escalfadores, de modo que la chimenea venía a ser una cocina en sí mismo, amén de su comfortable y placentero cobijo en las noches de frío y de ventisca. Al principio, el problema del combustible había alarmado no poco a Catalina, aunque no a Enrique, quien durante el invierno acarreaaba con su buey troncos de arce de seis pies de largo por dos de grueso, llevándolos después por medio de rodillos hasta el hogar. Con un leño así como base o fundamento y dos o tres de menor tamaño para conservarlo, obtenía una hoguera que, a más de durar un día y una noche, presentaba la ventaja de mayor comodidad que si hubiese quemado leña menuda, evitándose la tarea de aserrarla.

La vivacidad del alegre fuego y el aroma de primores culinarios que los saludó al llegar era lo que había arrancado las expresiones de gozosa sorpresa a Catalina. Hepsibah no se recataba de hacer verdadero alarde de sus aptitudes en tal sentido y, por lo visto, las había puesto a prueba desde el momento de su inesperada llegada. Del recio travesaño empotrado en la pared, a siete pies de altura del hogar, pendían media docena de llares, y de los ganchos de su extremo inferior otros tantos potes y escalfadores humeantes, hirviendo con ruidoso acompañamiento de tapaderas contra las que el vapor entonaba animada y grata melodía. Para Enrique, eterno enamorado de aquellos prometedores anuncios de manjares suculentos, era aún más deleitoso el enorme cuarto de venado que Hepsibah había puesto a asar ante las brasas. Prescindiendo del horno de Catalina, del que, dicho sea de paso, sentíase en extremo ufano, lo había substituido por el más primitivo procedimiento de una sólida cuerda de cáñamo anudada a una estaquilla del techo por una punta y por la otra a la pierna

del cervato. Haciendo rotar de vez en cuando la cuerda, ésta imprimía su movimiento durante algunos minutos al asado, cuyos jugos iban goteando en el perol colocado debajo.

El tostado color y la sabrosa apariencia del trozo, que giraba lentamente ante el fuego como movido por invisibles manos, evidenciaban que Hepsibah prestó toda su atención al condimento.

El instinto doméstico impulsó a Catalina a dar media vuelta a la cuerda antes de despojarse de su manto y de su capelina, atusándose el cabello frente al espejo que colgaba de un clavo en la pared.

Después echó una ojeada a la mesa que Hepsibah había puesto con su peltre, en preparación para el venado. Enrique adivinó la turbulencia de los latidos de su corazón al tomar entre las suyas sus manos, manteniéndolas asidas unos instantes, durante los cuales vio enturbiadas sus pupilas por las lágrimas. Hacía dos años que no veían a Hepsibah; dos años de inquietud y anhelo, suspirando y llorando por aquel impulsivo y vehemente hermano, último de sus cercanos parientes, que iba y venía con la misma inconstancia que los vientos, sin haber conseguido, empero, curarla aún de su perpetuo sueño de contarle algún día como miembro permanente de su pequeña grey. Cada vez que se les presentaba, deshacíase Hepsibah en protestas, jurando por su alma estar resuelto a quedarse con ellos para siempre, como Catalina le pedía; y luego, de improviso, de noche o de día, desaparecía sin que nadie supiera adónde iba ni le oyera marchar, y pasaban seis meses o, como a la sazón, dos años, antes de que volviese, dispuesto a jurar de nuevo por su alma y probablemente a escabullirse luego como de costumbre. En cierta ocasión, confió a Enrique:

—No sé despedirme ni de un indio, pero menos aún de Catalina. Prefiero dejarla con la sonrisa en los labios que con lágrimas en los ojos.

Cada vez que llegaba era con un enorme ható a cuestras como en penitencia, y el abrirlo y repartir su contenido constituía el evento de mayor monta en la vida de Jeems y, en grado escasamente menor, en la de su madre. Pero Jeems no pensaba en el infalible fardo al retroceder de la mano de su adorado tío Hep en busca de la escopeta. En el más providencial de los momentos, su héroe entre los héroes estaba a su lado y, previa solemne promesa de discreción, le confió sin pérdida de tiempo el secreto odio que por el mozalbete de Quebec sentía. Al notar la inusitada fuerza de la presión de la mano del muchacho y la delatora inseguridad de su voz, Hepsibah sentóse sobre el saco de molienda y no abandonó su puesto hasta que un hábil interrogatorio y un interés que demostraba su simpatía hubieron extraído del corazón de Jeems gran parte de lo que por la tarde había ocultado a sus padres. Al oír el segundo trompetazo del cuerno de Enrique, llamándolos a cenar, se pusieron en pie y, al echarse a cuestras el saco de harina, el rotundo semblante de Hepsibah parecía una luna llena de promesas y alientos.

—No es con la *estatura* con lo que se gana una pelea, Jeemsey —dijo confidencialmente—. A excepción de ese holandés de Albany, no me he visto nunca

aporreado por ningún gigante y eso que, como observarás, no paso de tener una mediana estatura. Es más, siempre he sentido preferencia por los talludos, vengan como vengan, porque son más pesados de movimientos, se caen desde más alto cuando caen y a nueve, de cada diez, les sobra grasa. A ese Pablo Tache, por ejemplo, según lo que me dices, estoy seguro de que puedes aporrearle hasta hacerle impetrar merced, que es el momento más propicio, si está en el suelo, para propinarle unos cuantos lapos más para hacer buen peso y dejarle mejor recuerdo. Todo depende exclusivamente de lo que te propongas, Jeemsy, ni más ni menos. Si te propones “calentarlo”... manos a la obra y no escatimes la leña. Ése es mi consejo.

Catalina salió al encuentro de los conjurados y Hepsibah se abstuvo discretamente de palabras, guiñando un ojo a Jeems como apostilla.

En la vivienda de Bulain fue una velada excepcional que compensó los dos años de separación. Catalina echó, en su honor, la casa por la ventana, encendiendo profusión de lámparas y una docena de velas, de suerte que al cerrar la noche encapotada y sin estrellas sobre aquellas oscuras selvas, con hoscas masas de densos nubarrones sobre ellas, el oasis lindante con el Valle Prohibido era una ascua de oro, resplandeciente, cálida y alegre. El alborozo que en el hogar reinaba hizo pasar inadvertidos el fragor del trueno, el diluvio que batía sobre la techumbre de corteza de castaño y las ráfagas de viento que sacudían los cristales de sus ventanas. Sé repartió el asado con su noble acompañamiento de *sukputtahhash*^[6], patatas y zanahorias y un improvisado budín, abundantemente regado con jarabe de arce; dando ambos platos amplia oportunidad para tal festejo, que transcurrió más de una hora antes de que Hepsibah Adams apartase su banqueta del extremo de la mesa y trajera el célebre y voluminoso hato que había dejado debajo de la escalera que conducía al dormitorio de Jeems, en el desván.

Para el muchacho, aquélla había sido siempre la señal para despejar la mesa de cuanto contuviera; por lo que, mientras su padre fumaba su larga pipa holandesa y su tío Hep con fingida torpeza, prolongaba la operación de desnudar las ligaduras del fardo, entre el y su madre se entabló verdadera competencia para ver cuál de ambos lados quedaría antes limpio. Libre la mesa por fin, Catalina colocó una lámpara en cada extremo, sentándose luego frente a su hermano con una expectante y alborozada expresión de deleite, comparable a la de Jeems, que arrebolaba sus mejillas y hacía resplandecer sus pupilas.

Hepsibah hundió ambas manos en las misteriosas profundidades de su fardo.

—Unas cuantas chucherías —comenzó, valiéndose de idénticas palabras que empleara año tras año en semejante ocasión—. Unas cuantas fruslerías y bagatelas para el chico; algunos abalorios para ti, hermana, y un centavo de nada de particular para Enrique...; todo ello recaudado a poca costa y menos esfuerzo en la ciudad de Albany, donde reside un holandés dotado del par de rompecabezas mayor y más fuerte de todas las colonias. ¡Así! Aquí tenemos el primer envoltorio, con una inscripción de puño y letra del erudito que me vendió los géneros... una capelina, una

gorguera, un camisolín y una pieza de encaje de cinco chelines el metro. Mas... ¿para quién pueden servir semejantes galas en este aposento... como no sea...? —y arrojó el paquete en el regazo de la encantada Catalina.

Apenas ésta lo había desenvuelto, atenta a su tarea, cuando Hepsibah desplegó una falda de seda encarnada a cuya vista Catalina se puso en pie sin poder reprimir un respingo de asombro. Tan hábilmente había preparado Hepsibah sus sorpresas que, uno tras otro, fueron apareciendo un capuchón blanco, otro negro y tres faldas más sobre la mesa, escarlata una con encajes negros, buriel con adornos de tul bordado la otra y una tercera de seda negra con forro gris ceniza. Mientras Catalina contemplaba con arrobamiento aquellas galas dignas de una reina, añadió a ellas dos pares de corsés propios para dieciocho pulgadas de cintura y luego un verdadero diluvio de encajes, gorgueras, pañoletas y varias ciales de capillos y pañuelos, que hicieron cerrar de momento, y luego abrir desmesuradamente los ojos a su hermana, como temerosa de que todo aquello acabase como un ingenioso juego de prestidigitación.

—¡Santa Madre de Dios! —gritó—. ¿Son para mi todas estas preciosidades?

—¡Qué disparate! —dijo seriamente Hepsibah—. Los corsés son para Jeems y la falda de buriel para que Enrique pueda presentarse como cumple al sermón dominical.

Catalina no hizo caso de sus chanzas, si es que llegó a oírlas. Sus ágiles dedos acariciaban los presentes, uno después de otro, con tal fruición que Enrique olvidó su pipa y Jeems se incorporó para ver mejor la excitación del semblante de su madre.

—¡Debes de haberte gastado una fortuna! —reprochó, mirando a su sonriente hermano, con la falda roja entre manos—. Esto, por ejemplo...

—Dos libras quince chelines —dijo Hepsibah ahondando en su fardo—. Pero, una onza o dos de oropel como éste, *ma cheri*, vale más —añadió, pretendiendo lucir su francés—. Una capucha, la mejor de Albany, cuatro libras con diez; media pieza de muselina bordada, de dieciocho chelines el metro; un poco de lustrina de doce chelines; calicó, de seis chelines con tres peniques, y durando, con el precio al revés, tres con seis... Tela bastante, al decir de los eruditos que roe la vendieron, para confeccionar vestidos y lindezas para la señorona de más campanillas del lugar; y para que no falte nada, aquí tienes adornos y gorgueras, hilos y botones, cintas y puntillas y cuatro pares de los mejores zapatos que arribaron jamás por el Hudson—. Colocando, a medida que hablaba, los citados artículos sobre la mesa, Hepsibah terminó con una especie de respingo, haciendo una pausa para encender la pipa.

La impaciencia que consumía a Jeems pareció acentuarse al ver a su tío rebuscar de nuevo en el inagotable fardo. El método de proceder había sido siempre el mismo... primero su madre, después él y finalmente su padre, admirado espectador. Mas este año, Hepsibah decidió alterar su orden, sacando un paquete que tendió a Enrique.

—Las tres pipas mejores que he visto en mi vida —anunció—; holandesa una, de Londres otra, y la tercera americana; y para hacerles compañía, cinco libras de tabaco

de Virginia, Enrique, y un sombrero, un traje y unas botas que podrán llevarte digna y honradamente a cualquier *soirée* o elegante regodeo de aquende los mares; y ahora, ¿qué os parece? —preguntó, apartándose como si el fardo hubiera rendido ya todo su contenido sin que a Jeems le hubiera tocado nada en el reparto.

A juicio del mocito, su tío permaneció durante una eternidad en tan alarmante actitud. Después, con deliberada y exasperante lentitud, Hepsibah Adams volvió a su hato.

Ninguno de los que contemplaban podían ni por asomo adivinar que la acción de Hepsibah estuviese poderosamente influida en aquella hora por la fuerza del destino, ni que, dramática e inevitablemente, vendría a alterar el curso de varias vidas humanas, derribando a tierra a los ensalzados y ensalzando a inconcebibles alturas a los humildes, desatando pasiones y amores, creando tragedias y alegrías, y, en una palabra, acarreando los sucesos que esta humilde crónica relata.

Un simple cambio de idea; la sencilla devolución al fardo del pequeño paquete que en principio había destinado a Catalina, y Hepsibah hubiera cambiado un mundo. De tan triviales causas dependen a veces los más poderosos efectos. De un rincón de su hato sacó a la luz el pequeño bulto, desenvolviéndolo a la par que interpelaba a su anhelante sobrino.

—Jeemsey —dijo—. Si mi calendario mental no anda trastocado, naciste en el más glacial día de enero de que guardo memoria, y, según mi cuenta, hoy hace doce días y cuatro meses. Lo cual quiere decir, o los números mienten, que tan sólo te faltan tres años y ocho meses para considerarte un hombre. Según la Ley, a partir de esa fecha serás un súbdito real hecho y derecho, con plena libertad de tomar en tus propias manos la vida y cuanto con la vida se relaciona, siempre y cuando procedas honradamente. Te será dable alternar en pie de igualdad con el más tieso y empolvado juez de las Colonias o de Nueva Francia. En otras palabras, Jeemsey, quiero significar que dentro de tres breves años serás todo un hombre^[7].

Y al terminar su perorata, Hepsibah acabó de desenvolver el paquete, y ante los atónitos ojos de Catalina apareció la pieza de terciopelo más perfecta que vieron en su vida. Era el mejor *par excellence* de los tesoros que había traído su hermano, un tejido de incomparable belleza; una gloria carmesí tan llena de color y de vida que parecía poseer animación en sus manos; Jeems pensó que de fijo era un regalo más para su madre. Pero ante su indecible pasmo y sorpresa de Catalina, Hepsibah puso la tela en las manos del muchacho.

—“Para *Mademoiselle* María Antonieta Tonteur, de su devoto admirador Daniel James Bulain” —proclamó—. No te ruborices, Jeemsey. Doce y diez no están muy separados de dieciséis y catorce, cuando seáis hombre y mujer, y si hay ocasión en que la hija de un *seigneur* pueda considerarse afortunada, será el día en que se una a un hijo de la tribu de Adams. En la etiqueta hallarás su procedencia y su coste, Jeemsey, y a más de eso te he traído un corte de nankín para calzones y chaquetas, cuatro camisas y un sombrero de tres picos con cinta negra, seis pañuelos, una navaja,

dos pares de calzas de sarga y otros tantos de zapatos y, además, esto —añadió sacando del ya exhausto fardo una magnífica pistola de largo cañón, mientras refulgían sus pupilas con orgullo de hombre de acción al acariciarla a la luz de las velas y poniendo de relieve a Jeems sus perfecciones—. No debes separarte de esta pistola mientras vivas, Jeemsy —le dijo—. Como ves, no es nueva mas su historial es glorioso y tan largo como mi brazo. Algún día te lo contaré. Es mortífera, muchacho, mortífera y segura, a cien pasos y con menos de una pulgada de caída —terminó, poniendo el arma en manos de Jeems.

Una sombra de desaprobación enturbió los ojos de Catalina.

—Fue amable por tu parte el traer el paño para Antonieta, pero no puedo decir lo mismo de la pistola, Hepsibah —observó—. Un arma así me hace pensar en hombres... luchando contra hombres, y aquí estamos en paz sin requerir otras armas que el rifle y el arco de Jeems para procurarnos caza. No veo con gusto ese regalo.

Oyéndola hablar tan confiadamente de paz, una nube ensombreció el semblante de Hepsibah; mas pronto se disipó mientras la tranquilizaba asegurándole que pronto estaría ufana de la excelente puntería del muchacho como temerosa ahora de la influencia de la pistola en su porvenir.

Una hora después, al retirarse Jeems a su aposento en el desván, no fue pensando en el arma o en sus futuras proezas, sino en el corte de terciopelo rojo, que colocó junto a su almohada antes de apagar la vela y recogerse para la noche. Si su corazón latía con menos premura, sentíase en cambio más exaltado que cuando se hallaba con su familia. El fragor del trueno y el centelleo de los relámpagos habían cesado, sucediéndoles una fina lluvia primaveral que repiqueteaba sobre el tejado, a unos pies escasos sobre su cabeza, apagando su armonioso y musical ritmo los sonidos y las voces que pudieran de otro modo haber llegado hasta él desde el aposento de la chimenea. Oía en cambio el rápido correr del agua por cien arroyuelos y regueros, por la techumbre, y el más continuo rumor de su caída por el canalillo de corteza de castaño que la recogía al borde del depósito.

Jeems deleitábase siempre con el sonido del agua corriente. Le apaciguaba, le fortalecía y prestaba mayor vivacidad a sus sueños. Disfrutaba contemplando los riachuelos que en época de deshielo se formaban en las selvas; los arroyos sombríos y recónditos que serpenteaban como buscando parajes de mayor frescura y arboleda en verano; los caudalosos cursos de agua, los lagos, incluso los grandes lavajos que en agosto se cubrían de una verde capa de lama. Mas, sobre todo amaba la lluvia, y ahora, con la mano descansando encima del presente destinado a Tonieta y la grata compañía del agua sobre su cabeza, el mundo, que por la tarde pareció haberse fragmentado destrozándose para él, se recomponía en su mente. ¡Por fin veía plasmarse la clase de ofrenda que había intentado concebir en sueños! Flores y plumas y frutos y panes de azúcar eran pobre homenaje para su belleza. Aquel terciopelo era infinitamente superior a cuanto había visto usar a Antonieta y su espíritu se elevó con tan creciente exaltación que en la obscuridad de la estancia sus

pupilas se agrandaron desmesuradamente y el suelo huyó de ellas.

Mañana era el día señalado para la almoneda de útiles y enseres de Lussan. Este era un acaudalado granjero, establecido en los lindes del señorío contiguo, a quince kilómetros de la cabaña. Preparaba el regreso a su antiguo hogar de la isla de Orleáns, comarca más de su agrado que la del Richelieu, y, en consecuencia, decidió vender gran parte de su haberío y aladrería. Entre ésta contábase un arado con reja de hierro, un escalfador de cuarenta galones de capacidad para fabricar jabón y un telar que el padre de Jeems deseaba adquirir, a cuyo efecto había proyectado ponerse en camino al amanecer, con el buey y la carreta. Jeems recordaba haber oído a Tonteur su propósito de comprar los tres esclavos de Lussan, padre, madre e hija, destinada esta última al servicio personal de Tonieta. Por lo tanto, *ella* estaría allí con su padre, y si llevaba el paquete con su tesoro a la granja Lussan, de fijo hallaría oportunidad para entregárselo.

¡Que se atreviera Pablo Tache, si estaba presente a pretender abrumarle con sus grandezas o simplemente a sonreír con segunda intención, o a pronunciar la menor palabra despectiva para él o para su regalo a Tonieta! Entonces...

Una nueva tormenta avanzaba procedente del Oeste precedida por una ráfaga de viento y un diluvio. Los cristales del cubículo se iluminaron nuevamente con el vívido fulgor de los relámpagos, y el tejado pareció crujir y combarse bajo el peso de la masa de agua que sobre él caía en repentino bombardeo. Jeems combatió al unísono con los elementos. Su espíritu acreció con el estruendo, Tenía ya a su enemigo en tierra, restregando implacable su cabeza sobre el cieno. En su rostro y sobre sus ojos descargaba puñadas incontables, reduciendo a harapos sus magníficas vestiduras, arrancándole a manojos el cabello, mientras María Antonieta presenciaba el combate con la espléndida pieza de terciopelo en la mano y las pupilas chispeantes. Presenciaba el combate, viendo cómo despiadada e inexorablemente, él iba estrangulando, magullando, aniquilando a Pablo Tache hasta dejarle inerte.

Tan rápidamente como había venido, pasó la turbonada, y al pasar dejó a Jeems respirando acelerada y entrecortadamente en su lecho, crispados los puños con feroz y ominosa fuerza.

Durante aquellos instantes había llegado a inconcebibles alturas, y su espíritu, ávido de manifestarse en actos, determinó con fría resolución la conducta a seguir en el próximo día.

Primero presentaría su ofrenda a Tonieta.

Después seguiría el consejo de tío Hep:

Darí una paliza a Pablo Tache.

Capítulo IV

Enrique y su mujer prolongaron la velada con Hepsibah Adams, porque en aquella ocasión motivaba su visita una causa firme y determinada. Si Jeems hubiese tenido idea de asomarse al aposento, al final de la conferencia, habría descubierto que el ambiente de feliz despreocupación de las primeras horas se templaba por la tensa y casi trágica seriedad de los semblantes de su madre y de tío Hep. El aspecto del traficante era torvo y las mejillas de Catalina, a la luz de las velas, recordaban, por su palidez, las de una monja enclaustrada. Sobre la mesa yacían los ricos presentes de su pródigo hermano, pero algo de mayor importancia que la contemplación de su belleza y el orgullo de su posesión asomaba a sus pupilas. En el rostro de Enrique Bulain se distinguían aún los familiares rasgos de animación, buen humor e imperturbable ecuanimidad, de confianza y fe que Hepsibah, no obstante las negras tonalidades del cuadro que acababa de pintar, no logró perturbar.

Hablaba de guerra. En tan temprana época como aquella primavera de 1749, las selvas americanas comenzaban a poblarse de rumores de una inminente conflagración destinada a convertir, en fecha no lejana, toda la parte oriental del continente en un caótico hervidero de terror y de muerte.

Mientras Jorge II de Inglaterra y Luis XV de Francia fingíanse mutua amistad después de la paz de Aquisgrán (Aix-la-Chapelle); mientras Francia pugnaba por recobrar alientos, con la flor de sus ejércitos enterrada en los campos de batalla europeos, e Inglaterra se veía con sus fuerzas militares reducidas a dieciocho mil hombres en tierra y menos de diecisiete mil en los mares, las vastas colonias de ambas, batallando en pro de su propia salvación, iban con tenaz persistencia y fatal intento pisándose el terreno mutuamente. Mientras las dos monarquías más grandes de Europa disfrazaban su agotamiento ocultándolo bajo un velo de hábil política y un desenfreno de orgías cortesanas que transformaban sus capitales en fantásticos carnavales llenos de extravagancia y de sensualidad, las colonias rivales de América aprendían a recelar la una de la otra, a odiarse y a anhelar la llegada del día del exterminio y la venganza.

Todo estaba, pues, a punto para el desarrollo de las páginas más sangrientas y más pintorescas de la historia de América. Al sur del Richelieu acampaban los acérrimos enemigos de los blancos, los guerreros de las Seis Naciones, y al norte, abarcando el este y el oeste, por los Canadá, unas cuarenta tribus dispersas que rendían pleitesía a Nueva Francia. Tras estos salvajes vasallos había por un lado ciento diez mil colonizadores ingleses, dueños de la costa desde Maine a Georgia, y por el otro, unas ochenta mil almas, contando mujeres y niños, para defender y conservar los

ilimitados dominios de Nueva Francia, que alcanzaban desde el Canadá superior al Golfo de Méjico y desde los Alleghanies a las Montañas Rocosas.

De tan alarmante disparidad de fuerzas y del implacable azote del lago Champlain y del Richelieu había estado discurriendo Hepsibah Adams ampliamente, aunque con nimio efecto en el espíritu de Enrique Bulain.

—Que venga la guerra si es menester —dijo Enrique—. El corazón de Nueva Francia está protegido por una impenetrable valla de rocas y de selvas, y con tales murallas a nuestro favor, ochenta mil serán más que bastantes para repeler a un millón de ingleses, si un millón viniera a presentarse. Mas ¿por qué hablar de guerra, hermano, cuando a nuestro alrededor todo es paz, abundancia y mundo admirable del que disfrutar? Allá los reyes que luchen o que jueguen como su capricho les dicte; en cuanto a mí, si por azar llegase a presentarse la contienda... procuraría conservar la amistad de ambas partes sin agraviar a ninguna. Sea la que fuere la causa originaria del conflicto, ni podría volverme contra quien lleva en sus venas la misma sangre que mi Catalina, ni ella aprobaría que me volviese contra la mía propia. Luego, ¿para qué movernos de aquí? Es un lugar espléndido. Es tierra neutral y nosotros, neutrales también, estamos magníficamente situados. A nuestra mesa se han sentado Oneidas y Mohawks y también Hurones y Algonquines; si enemigos perpetuos como éstos se han reunido en terreno común, ¿qué podemos temer?

Un fulgor de orgullo brilló en las pupilas de Catalina escuchando las palabras de su esposo, y añadió:

—Enrique ama a los indios y yo he acabado por amarlos también. Son nuestros amigos.

—¡Amigos! —rezongó Hepsibah—. Enrique, si te llamo simple es por Catalina y por Jeems. Llévatelos adonde el peligro no sea una constante sombra amenazando las lindes de las fronteras. Llévalos al San Lorenzo, si quieres, o al Sur, a tierras de Catalina, pero... o lo uno o lo otro, por amor de Dios, si no quieres que llegue el día en que el mismo Cristo sea incapaz de salvarte. —Y su voz temblaba con reprimida vehemencia.

—No habrá guerra —aseveró tercamente Enrique—. Inglaterra y Francia se han desangrado en los campos de batalla continentales y la paz que firmaron el pasado octubre no se quebrantará seguramente mientras tú o yo vivamos, porque Hannover y Austria están saciadas como las demás y yacen como muertas.

—Cierto —asintió Catalina estremeciéndose—; a mi juicio, pasarán muchos años sin nuevas contiendas.

Hepsibah hinchó los carrillos como un globo, vaciándolos luego con un cachete. Era un resabio infantil del que no había logrado deshacerse; una manera indirecta de dar a entender que estaba en extremo malhumorado. Recordándolo así, Catalina sonrió, aunque sus dedos se entrelazaran nerviosamente en su regazo.

—¡Locos!... ¡Inocentes! —gruñó su hermano—. Os repito que ni Jorge ni Luis tendrán nada que ver con esta guerra hasta que el último palmo de terreno en las

selvas que median entre nuestras colonias y vuestra ciudad de Quebec esté empapado de sangre y arrasado por el fuego^[8]. Los traficantes franceses e ingleses se acometen en cuantas ocasiones se encuentran en las fronteras, y los indios asalariados por los unos despojan de sus cabelleras a los otros. Incluso los blancos, han tomado cartas en el juego, porque Massachusetts ha enviado a Lovewell con sus cincuenta hombres a caza, de cabezas de indios y franceses. Aunque las órdenes dicen Pieles Rojas solamente, no hace diferencia, al precio de cinco chelines diarios y una prima por cada melena; y en la comarca de Nueva York, sir Guillermo Johnson paga dinero inglés por pelo humano, en tanto que los franceses (¡y a ti te consta, Enrique!) están pagando cien coronas por cabelleras, sean de blanco, sean de indio. En vez de pieles, los indios llevan *cueros cabelludos* porque los precios son más altos y el mercado mas seguro; y nuestra propia sangre, francesa o inglesa, está afanándose sin cesar, con *whisky*, con dinero y con armas, para convertirnos en demonios desatados, y... sabiendo que vuestras cabelleras valen cincuenta libras la pieza, ¡pretendéis quedaros aquí como un par de tórtolas con la cría en el nido!... Las ventanas de par en par, la puerta abierta, el sentido común por los tejados, cuando a escasos kilómetros de vosotros ese Tonteur vecino vuestro fortifica sus casas, adiestra a sus dependientes en el uso de armas, levanta barricadas ante las ventanas, cambia sus puertas por otras de roble y convierte en una fortaleza su capilla. Él sabe lo que se le viene encima de la región Mohawk y se prepara lo mejor posible para afrontarlo.

—Su profesión es guerrear —replicó Enrique, sin que alterase su serenidad el sombrío y trágico porvenir que Hepsibah presentaba en su argumentación—, a más de que en la Real cédula de su concesión se estipula expresamente que ha de fortificar su morada, estemos en paz o en guerra.

—Y además —añadió Catalina— no se ha separado de los suyos. Si creyese que existe algún riesgo, de fijo habría alejado a las mujeres. —Se levantó de su asiento acercándose a su hermano por detrás, poniéndole las manos sobre los hombros—. Ya sabemos, Hepsibah, que cuanto nos has dicho es cierto —dijo juntando su mejilla a la de él—. En las fronteras de las que tú vienes imperan las violencias y los asesinatos. Por eso, Enrique nos ha traído a Jeems y a mí a esta su comarca, en la que todo es paz y amistad y nadie piensa en los horribles crímenes y odiosos tráfico de que hablas. Has argüido en contra tuya, hermano, cuando si algo procede es que seas tú quien abandone esos lugares inseguros y turbulentos, viniendo a vivir con nosotros. Nuestra dicha sería así completa. Muchos años llevo suplicando que llegara el día en que te establecieses aquí, para volver a marchar.

—Juntos, sería un paraíso la vida —apremió Enrique.

—Y yo me encargo de encontrarte esposa —añadió Catalina—. Esposa que te ame como te mereces, y hasta que lleguen tus hijos, te cederemos la mitad de nuestro Jeems.

Hepsibah se desasíó suavemente de sus brazos.

—Por Jeems precisamente deberíais trasladaros aun lugar en que hubiera un

maestro y algo más que aprender para él —dijo recurriendo a la desesperada a aquel timo argumento, al ver el fracaso de los anteriores.

—No hay en toda Nueva Francia ni en las colonias inglesas mejor maestro que nuestra Catalina —contestó orgullosamente Enrique—. Ha enseñado ya en francés y en inglés a nuestro Jeems más de cuanto podría aprender en tu ciudad de Albany o en nuestro colegio de Quebec, porque en la una hubiera sido todo francés, y todo inglés en el otro; aquí fueron ambos, como su padre y su madre, y jamás pasará por sus mentes ofender alas dos sangres que lleva en las venas.

—Segura estoy de ello —asintió Catalina— y pido a Dios que mi hijo no sea jamás pendenciero.

Cuando Hepsibah subió a su yacija del desván, quedóse un instante parado con la vela en la mano junto al lecho en el que Jeems dormía con la pieza de terciopelo entre los brazos y la sonrisa en los labios. Soñaba y el sueño borró la sonrisa substituyéndola por algo más acerbo en su semblante. Mirándole, Hepsibah pensó en las postreras palabras de su conversación con Enrique Bulain y en la súplica de su hermana. Sus labios se movieron murmurando: “No podrán apartarlo de ti, muchacho... ni las esperanzas..., ni toda su fe. Se acerca, y cuando haya llegado descargarás el golpe con toda tu alma... y entonces serás lo que estás obligado a ser, Jeems..., un hombre de acción”. La pieza de terciopelo pareció contestar con sus fulgores a Hepsibah Adams, pero no pudiendo ver más adentro con los ojos del cuerpo, ni más hondamente con los del alma, el traficante se desnudó, sopló su vela y se acostó.

Con los primeros albores del nuevo día, Catalina puso el desayuno sobre la mesa; Jeems se le había anticipado, para ayudar a su padre en los diarios quehaceres domésticos. El buey recibió su pienso y la carreta quedó pronta para el rudo tiraje que la esperaba antes de que tío Hepsibah saliera de su profundo sueño. Ni las bélicas profecías ni el anuncio de matanzas y de muerte habían dejado sombra alguna en el corazón de Catalina, y su hermano pudo oírla cantar cuando, desnudo el fornido torso, se encaminó al hontanar contiguo a la vivienda para hacer sus abluciones con el agua pura y glacial. El sonido de su voz le hizo detenerse de cara al Sur, donde las brumas y nieblas matutinas se alzaban rápidamente sobre las selvas. Sus anchos hombros se estremecieron como si al contacto del agua hubiese pasado por ellos una corriente eléctrica y se quedó un momento contemplando las lomas y hondonadas pobladas de solitarias arboledas, como si quisiera descubrir el sitio por donde entrarían y por donde saldrían los Mohawks, si su profecía llegaba a convertirse en amarga realidad. Luego oyó a Enrique y a Jeems riendo cerca del granero, como si uno de los dos hubiese tenido alguna donosa ocurrencia o hallase en su faena algo de placentero. Estremecido aún, se volvió hacia el manantial y vio a *Tijo* a su lado, igualmente atraído por la quietud y el misterio del valle, llenos también sus ojos —

como instantes antes los del hombre— de una intensidad y fijeza de mirada que tenía en sí un sombrío e indecible presentimiento. Hepsibah se sobresaltó porque a su alrededor trinaban los pájaros, bandadas de palomas cruzaban los aires, los cuervos crascitaban en la arboleda y del granero le llegaban alegres voces..., todo ello acompañado del rojizo resplandor del día apuntando sobre las selvas del Este... El perro aparecía rígidamente alerta, fijos los ojos en el Valle Prohibido.

Al notar encima la mano de Hepsibah, la tensión pareció abandonar el cuerpo de Tijo.

—¡Habrà que vigilar, amigo! —recomendó el hombre—. ¡Habrà que vigilar día y noche! pero especialmente en las horas de obscuridad que preceden al alba. Aún no, ¡pero pronto! —y volvió a consagrarse a su aseo.

Cuando, tomando la delantera a su padre y a su tío, Jeems se encaminó a la Granja de Lussan, no se sobrecargó de innecesarios atributos bélicos ni pacíficos. Vestía habitual traje de paño oscuro tejido en casa, con arcas de gamuza de manufactura india y perneras de piel de ciervo, tocándose con el clásico gorro fronterizo con pluma de águila en la banda. Bajo el gorro, sus rubios cabellos caían hasta los hombros, y, sin más armas que el arco, su esbelta y juvenil figura resultaba libre y boyante, y, desde luego, mucho más gallarda y apuesta que en el día anterior, no obstante los cuidados puestos en su atavío y en sus marciales arreos.

El amor por la naturaleza formaba una parte integrante del alma de Jeems; era una pasión que se iba adueñando de él por completo, más aún que de sus padres, aunque hasta entonces no había comenzado a expresarlo claramente ni ante ellos mismos. Desde su más temprana edad, Catalina y Enrique habían procurado sembrar la semilla que ahora germinaba para moldear el porvenir del hombre, dando ejemplo con sus propias vidas tolerantes y prendadas de la naturaleza, implantando en él convicciones y axiomas que en el puritano hogar de Catalina, en Nueva Inglaterra, habríanse considerado punto menos que blasfemias. Su madre le enseñó que todo lo creado poseía un alma y un lenguaje; incluso las flores y los árboles, los pájaros y las bestias que les servían de sustento y que, si bien la destrucción de vidas, justificada por exigencias de la necesidad, no era censurable ni debía considerarse así, la destrucción malvada y sin objeto, por afán de destruir, era un pecado que Dios condenaba. Para mayor prueba del deseo divino de que una forma de vida prevaleciese sobre otra sin salirse de los límites de la razón, la justicia y la caridad, Enrique Bulain no perdía ocasión alguna de recorrer ante su hijo el velo que ocultaba las misteriosas y fascinadoras manifestaciones de la vida selvática. Así, Jeems había llegado a comprender que desde el más diminuto insecto hasta la mayor de las bestias, todo lo viviente busca el sustento a costa de otros seres vivos también, pero en forma tan inteligente y tan equilibrada que jamás llega a consumarse la total destrucción de una especie por otra.

En Nueva Francia, donde la libertad de palabra, la política y los más elevados aspectos de la vida habían encontrado terreno propicio para su arraigo y crecimiento, semejantes creencias podían expresarse públicamente sin riesgo ni temor; mas de haber estado Catalina en el hogar que la vio nacer, habría escudado a Jeems con un manto de ignorancia. Aún no habían pasado en las colonias los días en que atribuíanse poderes infernales y satánicos a quienes con nuevas ideas y más amplia visión arremetían contra las estrechas y hondamente inculcadas leyes de religioso pensamiento.

A más de la presencia de lenguaje y del poder celeste en los bosques, Jeems tenía otros intereses. La sangre de sus venas exigía excitación y actividad, y su afán de vivir en armonía con lo que había sido básicamente parte de la educación de sus padres, no pasaba de verse coronado de intermitente éxito. Eran frecuentes los casos en que mataba por el simple placer de matar. Las tentaciones que salían a su encuentro eran innúmeras y excesivamente grandes. Los bosques, las lomas y los prados eran hervideros de caza, tan abundante, que los ánades silvestres se vendían a un chelín la pieza en Boston, los palomos a un penique la docena, los cervatillos a seis peniques y en la ciudad de Albany los precios eran aún más bajos, vendiéndose los ánades a cuatro peniques y un ciervo por una navaja o un puñado de clavos de hierro. Tan numerosas eran las ardillas, que en aquel mismo año de 1749 se pagaron en Pensilvania tres peniques por cada una de las *seiscientas mil* que se mataron como alimañas^[9]. Empero, aquella mañana, Jeems parecía haber empuñado el arco y el carcaj únicamente por constituir de tal modo una parte de sí mismo, como la ropa que llevaba; sin experimentar deseo alguno de imponer su poderío a ave o bestia. Sentíase lleno de exaltación no exenta de resuelta impetuosidad. *Sabía* que si Pablo Tache estaba en casa de Lussan, contenderían, y lo que en la contienda ocurriría estaba no menos definitivamente sentado en su espíritu. Iba camino de elevarse a supremas alturas en la opinión de María Antonieta Tonteur... después de haber hecho entrega de la pieza de terciopelo. Su sangre hervía con el espléndido amanecer. La suavidad de los cerros y de los abertales, el trino de las aves canoras, la belleza del azul del cielo y del verdor de la tierra se combinaban como armonioso acompañamiento al canto triunfal de su corazón, canto casi de emancipación..., de rescate, al agobio de una inferioridad sentida hasta entonces. Y próxima la realización de un acto positivamente resuelto, se maravillaba de que no hubiese ocurrido antes.

Fueron los primeros en llegar a la granja de Lussan. Eran las nueve y la almoneda no daba comienzo hasta las once. Lussan, su esposa, su hija y sus dos hijos trabajaban, para disponerlo todo, desde el alba, ayudados por los tres esclavos cuya venta esperaban, y Jeems no tardó en hallar manera de ocuparse también. Medio ternero ensartado en un largo espetón de hierro asábase lentamente sobre un fuego de brasas de nogal. El horno estaba lleno de panes y afuera habían instalado largos asientos con servicio de peltre y platos de madera de plátano, blanca como la nieve. Lussan era un acreditado fabricante de *whisky*, de *flip*^[10] y de cerveza, y tres toneles

estaban ya a punto sobre caballetes, esperando la mano de amigos y vecinos que vinieran a abrir las espitas. Sus aparatos de producción y su alambique, que alcanzarían seguramente un buen precio en la subasta, aparecían relucientes y brillantes al sol a fin de tentar la bolsa y los ojos de los compradores. Por toda la próspera vivienda estaban diseminados los objetos que destinaban a la venta, y los tres esclavos se movían entre ellos, calmados en parte su desasosiego y su congoja por la promesa de su amo de no venderlos separadamente, sino en grupo.

Al cabo de un rato, Jeems se halló sin ocupación y fue a localizar el arado y demás trebejos que su padre se proponía adquirir. En esta faena dio con una mesa sobre la que se apilaban multitud de cosas heterogéneas, entre las cuales había varios libros ingleses a cuya vista su corazón dio un brinco. Cómo estaban en poder de Lussan, que sólo leía en francés, era inexplicable para Jeems, quien, por otra parte, sólo pensó en la alegría de su madre si consiguiese alcanzar aquellos tesoros para ella. Los tomos eran cinco: *Malvern Dale*; *Evelina*; *Telemachus*; *Eloiza* y *Joseph Andrews*, títulos todos atrayentes a su vista y a su juicio. En cuanto le fue posible, abordó a Lussan, informándose de su valor y precio. Estimando escaso el uno y muy problemático el otro, el amable granjero, generoso de suyo y ya bajo los efectos de su excelente cerveza, se los regaló a Jeems en compensación por la hora de servicios que le había prestado.

Alborozado por aquella inesperada suerte, el muchacho comenzó a otear anheloso la llegada de su padre y de tío Hepsibah, y la aparición del *seigneur* de Tontear y quienquiera que con él viniese. Vecinos más próximos se presentaron antes de que su padre saliese de la selva, y sin perder tiempo depositó sus libros en la carreta, a una de cuyas ruedas apersogó a *Tijo*. Érale fácil predecir cuál sería la conducta de su fiel can si presenciaba en libertad su pelea con Tache.

Se acercaba la hora de la almoneda y una cincuentena de hombres y mujeres, entre las que correteaban más de veinte niños, habíanse congregado ya, sin que se notaran aún las señales de la llegada de Tonieta y su padre. Jeems se colocó en un lugar desde el que podía atalayar el camino del señorío de Tonteur, y cuando por fin oyó vociferar al rematador anunciando que estaba a punto de empezar la subasta, sintió un sombrío abatimiento de sus esperanzas, que renacieron, empero, con mayor pujanza, al ver aparecer en el último kilómetro del camino tres personas a caballo. El jinete delantero era Tonteur, el segundo Pablo Tache, y ocupaba la tercera silla una esbelta y grácil figurilla tocada con amplio sombrero que no podía ser otra que María Antonieta Tonteur.

Disimulándose tras un tronco de árbol, Jeems los contempló al pasar tan cerca de él que un guijarro desprendido por el casco de uno de los caballos cayó a sus pies. En aquel momento estuvo a punto de faltarle el valor, pues mientras sus puños se crispaban viendo a Pablo Tache, su corazón interrumpía sus latidos al fijar su atención tan pronto en su enemigo rival como en Tonieta. Ésta se había trocado súbitamente en una joven a la que fácil le hubiera sido creer no haber visto nunca, y

la transformación le pasmó, dejándole tan absorto y olvidadizo de su propia existencia que si cualquiera de los tres jinetes hubiese mirado en su dirección habríanle descubierto en seguida. Por su parte, Tonieta sentíase igualmente otra, muy distinta de la niña de ayer. Había visto realizarse uno de sus más suspirados anhelos y por primera vez vestía una amazona espléndida de camelote azul con adornos de plata, recién llegada de Quebec. Bajo el lindo bicornio de castor con una pluma al lado, sus negras guedejas caían en cascada de bien ordenados tirabuzones, retenidos parcialmente por dos o tres cintas de seda rosa entrelazadas con ellos. Tonieta dábase plena cuenta de lo atrayente de su aspecto, manteniéndose en una actitud de dignificada tensión al pasar frente al escondite de Jeems.

Cuando la hubo perdido de vista, el muchacho experimentó una abrumadora sensación de pequeñez e insignificancia —Tonieta no era ya Tonieta, sino una verdadera princesa—, y Pablo Tache, cabalgando a su lado, con la cabellera empolvada y trenzada y una casaca de terciopelo rojo, discernible a dos kilómetros de distancia, parecía infinitamente superior a las maquinaciones tramadas contra él. Saliendo del amparo del tronco, Jeems recogió del suelo el guijarro que la montura de Tonieta había desalojado. Oía la voz del rematador con las de quienes pujaban las prendas de Lussan; luego una explosión de carcajadas, que fueron creciendo hasta dominar todo otro sonido; una ráfaga de hilaridad que habría reconocido entre todo el mundo. Solamente a tío Hepsibah érale dable reír de semejante modo.

Su espíritu respondió con la viveza de la pólvora al alegre sonido de la voz de su tío, y lo que minutos antes consideraba perdido renació en él como parte integrante de sí mismo, más fuerte que nunca. Volvió a la plazoleta fronteriza a la morada de Lussan a tiempo de ver a Pablo ayudar a Tonieta a echar pie a tierra, y después, con admirada sorpresa, observó a su tío Hep acercarse al barón audazmente y tenderle la mano; Tontear la aceptó, y, algo más tarde, Jeems los vio bebiendo *flip* juntos. Tomó nota mental de estos eventos desde su sitio en las afueras del corro congregado en torno al rematador, que atronaba el espacio con su estentórea descripción de los enseres de Lussan y sus exhortaciones a los asistentes incitándolos a comprar. Parecía dotado de pulmones de acero y por lo visto hallaba aliados a la par que competidores en los toneles de *whisky*, *flip* y cerveza, estratégicamente situados por Lussan cerca de la mesa sobre la que peroraba. Los concurrentes menudeaban sus visitas a una y a otros, y si bien los toneles los retenían algunos instantes, no tardaban en volver —como Lussan planeara— mejor dispuestos y con más fácil y generosa bolsa después de cada libación.

A no estar su pecho rebosante con las emociones del inminente drama, la escena y su excitado bullicio habrían constituido uno de los más sensacionales sucesos de la selvática vida de Jeems. Pero en aquellas circunstancias, ni siquiera el aroma de las dispuestas viandas tenía aliciente para él. Las voces del rematador y de los postores, el golpetazo del mazo de madera, que prestaba una nota legal a cada venta; el clamoreo de la turba a su alrededor, los agudos chillidos infantiles, la enconada

batalla de dos perros... todo parecía ajeno a lo que buscaba y, sin embargo, no apremió su anhelo con indebida prisa. Pasó una media hora larga antes de que se hallara junto a la que ocupaba su pensamiento, y ocurrió en forma tan fortuita que Antonieta, perdida entre la voluminosa amplitud de la esposa de Lussan y de su hija, se halló a un pie de distancia de su hombro, sin que él se diera cuenta de su presencia. Ella no le vio. Palpitándole el corazón desenfrenadamente en el pecho, quedó a su lado aspirando el suave perfume que exhalaba; turbados los sentidos por la proximidad de su esplendor y llenas las pupilas, con exclusión de todo lo demás, del amplio sombrero, la masa adorable de rizos y tirabuzones, los esbeltos hombros... hasta que vino a romper el paradisíaco ensueño la repulsiva realidad personificada en Pablo Tache. El joven regresaba de una visita a los toneles y, al divisar a Jeems, una sonrisa despectiva asomó a sus labios, acompañada de una mirada que hizo volver la cabeza a Tonieta, dándose cuenta entonces de la presencia de Jeems con el gorro y el paquete en las manos, tensas las facciones por la lucha interior que sostenía para prescindir de su rival.

Le tendió su ofrenda.

—Mi tío Hepsibah, recién llegado de las colonias inglesas me trajo esto con intención de que os lo pudiese ofrecer. ¿Queréis aceptarlo, Tonieta?

Pablo Tache quedó relegado al olvido. En las mejillas de Jeems aparecieron dos rosetas al ver los sorprendidos ojos de Tonieta posarse en él. Casi sonrió y, como si algo le hiciera olvidar su magnificencia y la dignidad que debía acompañarla, tendió la mano para recibir el paquete. Jeems sintió contra su carne el contacto de la bordada cabritilla de su guante y tanto aquél como el más vivo color de su semblante y la manera de aceptar el don, hicieron correr la sangre por sus venas con una inusitada celeridad. Apenas se había atrevido a esperar tamaña muestra de aprecio después de la forma en que la víspera le había tratado; y Tonieta, dominada por lo imprevisto de su acción, diose cuenta de su descuido y de la embarazosa proximidad de otros ojos y otros oídos, alerta a su alrededor. El tinte rosado de sus mejillas subió de punto e, interpretándolo erróneamente como mayor evidencia del placer que había logrado causarle, Jeems daba por seguro que procedería a manifestar adecuadamente su agradecimiento por el regalo, cuando Pablo se interpuso entre ellos. Haciendo caso omiso del muchacho, el primo de Tonieta se la llevó consigo, descargándola cortésmente del paquete. Al alejarse, la joven aprovechó el momento para volverse y sonreír a Jeems, a pesar de las indiscretas miradas que sabía fijas en ella, y su acompañante aprovechó la ocasión para dejar caer disimuladamente el presente al suelo.

La acción, inspirada por su menosprecio al muchacho y fruto de una mezquindad espiritual que dinero y galanos atavíos ocultaban, borró de la mente de Jeems toda idea de Tonieta, cuya proximidad, sorprendente belleza y amable disposición habían casi logrado hacerle olvidar el motivo de su ida a la almoneda de Lussan. Aquel punto flaco en la armadura de sus intenciones quedó consolidado al ver por tierra su

preciada ofrenda. En el vértice del torbellino que se apoderó de él, Tonieta se hizo instantáneamente inmaterial. Donde antes viera dos personas quedó solamente una... Pablo Tache. En seis segundos, sobre sus hombros cayó el peso de otros tantos años, y con su acrecencia, una mayor capacidad para herir, para odiar, para vengarse. En su cerebro, que el fuego de la afrenta enalbaba, y en sus ojos, ciegos a toda presencia que no fuese la de quien acababa de llenar su mente de amargura, Tonieta dejó de existir, y cuando se abalanzó para recuperar el paquete, no fue con la idea de recobrarlo para ella, sino para utilizarlo como arma y motivo bastante para una épica contienda al darle justificado pie de estrellarlo contra el rostro de su rival.

A Jeems no le pareció insólito el hecho de que la ocasión se presentase en apariencia inspirada por un genio afanoso de guiar su destino. Apartándose de los movedizos grupos de que habían formado parte, Tonieta y Tache se dirigieron hacia sus caballos, conscientes de las miradas que seguían atentos su elegante progreso. Dándoles plazo de recrearse admirándolos, fueron lentamente a los jardines situados a espaldas de la granja de Lussan.

Junto al tonel de *flip*, donde su reciente amistad se cimentaba, Tonteur y Hepsibah observaban a la gentil pareja con la sonrisa en los labios; y dando un codazo en las costillas del hombre al que, debiendo considerar como enemigo hereditario suyo, trataba, en cambio, como jovial camarada, muy en armonía con su humor y sus inclinaciones, el barón rezongó:

—¡Allá van, amigo Adams, como un par de pavos reales haciendo la rueda! Mi *madamita* se ha vuelto mujer por el solo hecho de lucir ese vestido y ese sombrero, y en cuanto al *petit-mâitre* que se cree arrogante mosquetero... ¡vaya!... os digo que si ese renacuajo de sobrino vuestro...

—¡Chiss...! ¡Ahí va Jeems! —interrumpió Hepsibah.

Inconsciente de la atención de los dos veteranos, Jeems iba, en efecto, a pocos pasos de Pablo y de Tonieta cuando ambos desaparecieron detrás de la vivienda de Lussan. Con un sentimiento de satisfacción, se contuvo al ver que se dirigían hacia una vereda que los pondría a cubierto de ojos indiscretos, no reanudando su seguimiento hasta que el último volante de la falda de Tonieta hubo desaparecido. Entonces, como un indio, emprendió silenciosamente la marcha por el sendero, no tardando en encontrarlos un tanto perplejos cerca de un fangoso y mal oliente claro en el que Lussan tenía su granero, y que, al parecer, había servido durante mucho tiempo como punto de reunión a sus rebaños y pjaras, pues el piso era a la par precario y desagradable. Tonieta, erguida la cabeza, chispeantes los ojos de indignada cólera, recogida la falda con ambas manos, estaba a punto de desencadenar su furia sobre la cabeza del acompañante, por haber osado exponerla a tamaña contaminación, cuando Jeems apareció por entre los arbustos.

Demudado el rostro, tenso como cuerda de acero el esbelto cuerpo, llameantes los negros ojos, pareció no ver a Tonieta, no darse apenas cuenta de su existencia en el mundo, no obstante la exclamación de sorpresa que salió de los labios de la joven al

ver entre sus manos el paquete que de ellas recibiera momentos antes. Se acercó a Pablo Tache y éste, engañado por la lentitud de movimientos y la lividez del rostro, que interpretó: como inequívocas señales de azoramiento y miedo, pretendió desvirtuar la censura que leía en las pupilas de Tonieta con una explosión de altanera protesta al verse perseguidos y espiados de semejante guisa. Jeems no desplegó los labios, limitándose a tenderle el paquete, cuya vista ahogó las palabras en la garganta del otro. El silencio de Jeems y su ominoso y persistente ademán trajeron un vívido carmín a las mejillas de Tache. Él y no Jeems fue quien se dio cuenta del asombro de Tonieta y de la intensidad de su interés. Rehaciéndose pronto, tendió la mano con taimado cambio de actitud:

—¡Perdonadme! —se excusó—. Sois muy amable trayendo el envoltorio... que accidentalmente dejé caer.

Jeems dio un paso más hacia él.

—¡Mentís! —gritó, tirándoselo vivamente al rostro.

La fuerza del golpe hizo tambalearse a Pablo, y Jeems se abalanzó sobre él con la rapidez y vehemencia de un poseído. Era la primera vez que peleaba con alguien, pero sabía cómo peleaban los animales. Había visto lechuzas despedazarse; asistido a un duelo entre dos potentes gamos hasta ver a uno de ellos rendirse con, el espinazo roto. En cien formas distintas había presenciado contiendas, muertes, del modo que ocurrían de continuo en la selva, y cuanto presenciara, cuanto sabía de torturas, violencias y deseos de inutilizar o de matar comunicó a su acción un carácter de tan animada ferocidad que, arrancando un alarido de dolor a Pablo Tache, provocó igualmente un agudo chillido de Tonieta.

Jeems oyó este último, mas en aquellos instantes carecía de significación para él. Se habían venido a tierra sus ilusiones, y Tonieta, su presencia, sus pupilas, atentas al encuentro, tal como se las había imaginado en sus ensueños, quedaban olvidadas, anuladas por su más vital interés en la carne y la sangre de Tache. En el primer embate sus dedos se asieron como garfios de hierro a los pliegues de la gorguera y al casaquín de Pablo, y la rasgadura del paño, el desgarrón, hasta casi la cintura, del vistoso género, atestiguó la potencia del asalto, al que siguió una furia de arañazos y puñadas que vino a culminar dando en tierra los dos combatientes. Al ponerse en pie, incorporándose Pablo con un esfuerzo que hizo soltar presa a Jeems, estaban ambos tan cubiertos de lodo e inmundicias, que Tonieta, olvidando sus propias vestiduras, se cubrió los ojos con las manos. Un instante después volvía a descubrirlos, fascinada, a pesar de su repulsión por el espectáculo. Jeems habíase alzado con las manos llenas de fango, que arrojó con certera puntería al rostro de Tache, cubriéndolo a medias, haciéndole presentar una apariencia tan distinta de su pulcritud acostumbrada, cuando con un aullido de rabia se precipitó sobre su agresor, que Tonieta quedó casi sin respiración al verle. Su femenino instinto y sus ojos fueron luego incapaces de seguir o comprender los subsiguientes instantes de frenética confusión de cuerpos y de alientos; los gruñidos y la lucha, en fin, que terminó con una audible imprecación de

Tache y un salto atrás de Jeems, que cayó de espaldas.

Pareció no llegar al suelo juzgando por la rapidez con que se incorporó, y con la cabeza baja como un morueco al acometer, reanudó su ofensiva contra Pablo. Éste, dándose cuenta de lo ciego de la acometida, se hizo a un lado hurtando el cuerpo y, con un bien dirigido puñetazo, derribó nuevamente en tierra a su rival. Por segunda vez, sus manos se crisparon arrancando puñadas del encenagado suelo, que al ponerse en pie arrojó a Tache. Rico en experiencia, Pablo evadió el proyectil y la andanada pasó sobre su cabeza. Y disgregándose, en su trayectoria fue a dar con toda su virulencia en Tonieta, quien, al ver su espléndido atavío mancillado, presa ingobernable furia se arrojó sobre Jeems agrediéndole con toda la fuerza de sus puñitos y toda la acerbidad de su acerada lengua.

Jeems vio la tragedia de su error de puntería y comprendió que eran las manos de Tonieta y no las de Pablo las que tiraban despiadadamente de su cabello. Hay ciertos dolores que llevan en su punzada la satisfacción y tal fue el caso cuando Jeems, luchando desesperado de cara, se vio atacar traicioneramente por detrás. En realidad, Tache era responsable de lo ocurrido a Tonieta. Si no hubiese hurtado la cabeza de tan cobarde modo, permitiendo así que la pella de fango siguiera su camino de destrucción, no habría ocurrido nada. Esta idea y su aparente justicia le llenaron de una resuelta determinación ante la que sus previas intenciones palidieron. Ya no luchaba por merecer el aplauso de Tonieta, sino contra ella y contra Pablo Tache, contra el mundo entero. Tonieta, asiéndose a su cabellera, aporreándole la espalda, había llevado la contienda a un plano épico. La energía del martirio robusteció sus brazos y su cuerpo, haciéndole pelear con una nueva fiereza que obligó a su antagonista, mayor, pero menos endurecido, a ceder bajo el castigo, cayendo los dos otra vez al suelo. Tonieta los siguió en su caída, coartada su actividad por la amazona, oculto el rostro por el sombrero como tras un biombo, salpicados de lodo los artísticos tirabuzones y golpeando airada e imparcialmente a quienquiera de los dos que se ponía a tiro.

Jeems, consciente de su presencia y físicamente sensible a su acometividad, no podía, dado lo complejo de la acción, hacer distingos en la forma de valerse de sus brazos, piernas, dientes y cabeza, hasta que por fin Tonieta, aprovechando un momento de libertad, se puso en pie considerablemente magullada y en tal desorden que nadie habría reconocido en ella a la espléndida damisela del señorío, que tan gallarda se había presentado poco antes en tierras de Lussan. El sombrero era una masa informe por el suelo, la amazona astrosa y enfangada. Sus manos y su rostro, sucios de lodo, procuraban atusar un cabello tan enmarañado que casi la envolvía hasta los hombros. No obstante su lamentable condición física, su personalidad moral seguía más inflamada que nunca por el ansia de lucha y, apoderándose de un tallo de girasol, recio y duro como si fuese de madera, que halló en el suelo, valiéndose de él con tal energía que, dirigido contra Jeems, cayó sobre la cabeza de Pablo, haciéndole por tercera vez morder el polvo de bruces.

Su caída hizo que Tonieta se horrorizara de lo hecho, lanzando un grito de aprensión al ver su obra.

Durante los treinta segundos anteriores al bien intencionado aunque mal dirigido golpe de Tonieta, Jeems comenzó a sentir la incomodidad de la falta de resuello, y hubiera jurado que Pablo o Tonieta, o acaso los dos, le aporreaban con mazos similares al empleado por el rematador en la almoneda. Empero, la impresión era creada únicamente por el puño de Tache animado de sobrenatural potencia por el hecho de que los dientes de Jeems estaban aferrados a parte vulnerable de su anatomía. Antes de que el muchacho hubiese podido sacar ventaja de ello, Pablo se había rehecho del golpe de Tonieta y lo que pudo ocurrir durante el *round* final del combate fue para Jeems en gran parte materia especulativa. Pasado un rato, hallóse sentado en el suelo sin enemigo visible al que atacar. Pablo y Tonieta estaban fuera de su alcance, aunque podía oír sus voces, y volviendo la cabeza los descubrió, singularmente borrosos, alejándose hacia la morada de Lussan. Intentó llamar, pensando que Tache se escurría como un cobarde, pero algo extraño oprimía su garganta, haciendo imposible la emisión del sonido. Hizo un esfuerzo para incorporarse y salir en persecución de su malparado enemigo. La tierra a su alrededor osciló de alarmante modo. Jadeante, la sangre manaba de su nariz y sentía insoportable sensación de náuseas.

Una horrible idea le asaltó, tan súbita que su impacto e, hizo envarar mirando fijamente al frente, sin darse cuenta apenas de la aparición de dos figuras por entre el espeso matorral cercano. La idea se trocó en convencimiento; ¡no había dado una paliza a Pablo Tache!... Pablo se la había dado a él y de modo tan rotundo y contundente que aún pudo percibir la inestabilidad de cuanto le rodeaba al ponerse inseguramente en pie.

Con la realización de su derrota parecieron aclararse sus sentidos. Entonces reconoció a los dos que habían aparecido en el raso. Su tío Hepsibah era uno y el otro el padre de Tonieta. Ambos sonreían abiertamente ante el espectáculo, y al acercarse oyó la voz de Tonteur que pretendía no pasar de confidencial susurro:

—¿Es vuestro *petit neveu*, amigo Adams, o uno de los gorrinos de Lussan salido del revolcadero?... ¡Agarradme, si no queréis que lo que acabo de ver me haga partir de risa!

Pero Jeems no oyó respuesta alguna de labios de Hepsibah. El rostro del traficante perdió su humorismo, apareciendo, en cambio, una expresión en la que no había indicios del menor regocijo.

Capítulo V

Media hora después, Jeems se adecentaba en un discreto charco no muy distante de los Lussan, mientras cerca de él su tío Hepsibah reparaba en lo posible el desorden de sus manchadas vestiduras.

Hepsibah Adams combinaba el trabajo manual con los consejos:

—Lo repito... con algunos ardidés profesionales habrías dado fin de él, Jeemsey, y esos ardidés son los que me propongo enseñarte de hoy en adelante. Has de valerte de los puños y no apelar a esas femeniles armas francesas de uñas y dientes. No digo que un bocado no sea recomendable si puedes hincar el diente en una oreja o parte semejante, pero cuando te empeñas en hacer presa en una pierna o en un brazo, Jeemsey, corres grave peligro de perecer en la contienda si tu contrincante sabe para qué le sirven entre tanto sus dos manos; y eso era lo que hacías, muchacho; morder cuando no arañabas... y a fe que lo hacías a las mil maravillas. Si esa rapazuela de Tonieta no se hubiese interpuesto cuando recibió tu puñado de fango habrías salido más airoso del aprieto, ya que si alguien se asió a tu pelambreira; echándote atrás la cabeza para que Pablo tuviese lugar y tiempo de descargar sus golpes, fue la damisela en persona. Recibiste una espléndida somanta, Jeemsey, un vapuleo tan completo como he visto pocos, especialmente en su última parte, pero ten en cuenta que el encajar una tollina así es adquirir educación y experiencia, y no tienes por qué avergonzarte. ¡Por Belcebú! Cuando yo recobré el sentido, lo primero que hice fue regalar a aquel holandés de Albany la mejor piel de castor existente al oeste del Hudson por haberme apaleado. Fue una experiencia que no olvidaré jamás por cuanto aprendí de ella. Un hombre ha de verse de vez en cuando castigado para no perder el estilo. Por esa razón eres más hombre de lo que eras hace una hora.

Jeems abrigaba sus dudas acerca de la exactitud de la declaración final. El agua fresca le había fortalecido y aliviado, mas, así y todo, una de sus pupilas desaparecía bajo el disforme párpado, su semblante era un entrecruzamiento de arañazos y contusiones y no había articulación en su cuerpo que no hiciera sentir su presencia. Su cólera, empero, había cedido y adivinábase un algo diferente en él; cambio poco perceptible, pero muy patente a las sagaces miradas de su tío. La derrota no había anonadado al muchacho, ni en su actitud había indicios de humillación o de embarazo. El frío y resuelto fulgor de sus pupilas alborozó a Hepsibah. Para este individuo, regocijado por la comprobación del temple de un Adams, con tanta energía desplegado por Jeems en su pelea, el muchacho parecía haber crecido en estatura, añadiendo asimismo otros tantos años a los que le correspondían. Incluso *Tijo*, que los acompañaba, daba muestras de considerar a su amo con nuevo e inquisitivo

respeto analítico.

Estaba Jeems secándose al aire mientras Hepsibah seguía discurriendo sobre el arte de pelear, cuando un lejano estruendo en la maleza llamó su atención. El ruido continuó interrumpiendo la soledad del lavajo hasta que por entre las matas apareció Tonteur blandiendo un objeto con el que describía tales floreos, que *Tijo* soltó un gruñido. Jeems lo contempló con cuanta intensidad le permitía su mermada visión, sintiendo un escalofrío al reconocer el casi incognoscible sombrero de Tonieta.

—¡Miradlo, amigo Adams! —gritó Tonteur—. ¡*Su sombrero!* ¡Y ella está lo mismo de pies a cabeza! ¡*Madame* Lussan y su hija la están peinando y aseando y mi Antonieta pide a grito pelado que le lleven a este monstruo de sobrino vuestro para sacarle los ojos! ¡Es de lo más gracioso!... No puedo mirarla sin estallar de risa... y ahora tendrá que irse a casa envuelta en un vestido de Juana Lussan, que le está siete veces mayor de lo necesario. ¡Por Dios!, habéis perdido un magnifico espectáculo no viéndola, tan apabullada y tan sucia, que ha mandado a *madame* Lussan quemar su amazona y cuanto con ella se relacione. Pero, si bien habéis perdido este espectáculo, que yo no hubiera trocado por medio señorío, habéis en cambio ganado nuestra apuesta, ya que es cierto que vuestro *petit neveu* es el combatiente de mayor excelencia que he visto entre los de su edad y su estatura y ha puesto a mi hija *hors de combat* para no pocos días, aunque su espíritu anhela renovar la lucha.

Dándose cuenta del semblante de Jeems, de sus contusiones y de la expresión que adquirió al oír sus palabras, se acercó a él poniéndole una amistosa mano sobre el hombro.

—¡Ea, ea, no te pongas tan triste y abatido! No es del todo culpa tuya que esa fierecilla de hija mía se inmiscuyera en la contienda. A más de que haya ella perdido no poco de su *ego*, si entiendes lo que digo, o si no lo entiendes, piensa que su joven paladín está igualmente cubriéndose con plumas ajenas y que ambos presentáis marcas de igual mérito en la línea de combate. Día llegará en que le harás morder el polvo y revolcarse en él, y si cuando llegue me das prueba fehaciente de ello, cuenta con un caballo de tu exclusiva propiedad para acortar la distancia entre tu casa y el señorío.

Con la ruina del sombrero de Tonieta en alto, Tonteur soltó de nuevo la carcajada.

—¡Si su madre lo hubiese presenciado! —dijo, aplacándose al pensar en ella y lanzando un suspiro de disgusto—. ¡La sangre patricia del *antiguo régimen* por los suelos de un corral! ¡Los exaltados viéndose humillados a manos de viles godos y vándalos! ¡La hija de una noble dama, herida en su orgullo y vanagloria por un cachorro selvático como Jeems Bulain! ¡El aldeano y la princesa en singular combate con la flor y nata de la comarca encima, sin mencionar el “bajá de tres colas”, que es la niña de los ojos de su hermana... todos por el fango a la vez! ¡Me habría dejado enterrar gustoso con *esto* en la mano con tal que *ella* lo hubiese podido presenciar!

Durante el discurso, Hepsibah Adams había dejado oír gruñidos inarticulados y al terminar miró al *seigneur* con sombría expresión.

—No acabo de entender lo que queréis significar con eso de godos y de vándalos, ni recuerdo lo que la Biblia dice sobre “la flor y nata de la comarca”, mas cuando calificáis a Jeems de cachorro y de aldeano y en la misma sentencia la mezcláis con el fango del corral, vuestro lenguaje se acerca más a mis entendederas —dijo hoscamente— y, siendo ése el caso, aprovecho la oportunidad para haceros saber que la tribu de los Adams es única en la tierra, no obstante cuanto habéis dicho de las nobles damas de vuestra familia, y que ese Jeems, de quien tan despectivamente habláis, es un Adams de los mejores, aunque su madre tuviese la desafortunada idea de casarse con un francés cuando yo estaba distraído. Desde el día en que Belcebú metió la pata en el Paraíso Terrenal, los Adams han sido siempre la flor del humano rebaño. Somos guerreros desde que se inventó la guerra y cuando la lucha entre los hombres ceda el paso a una paz eterna, será un Adams y no un franchute quien ponga punto al período de la historia que hemos contribuido a escribir. De modo que si conserváis la menor duda acerca de la calidad de este muchacho, más valdrá que la rectifiquéis si no queréis poner a prueba, conmigo, la veracidad de mis asertos.

El rostro de Tonteur enrojeció de indignación.

—¡Cómo! ¿Osáis insinuar que la madre de Jeems se desgració al casarse con un francés? —preguntó.

—No fui tan lejos —replicó Hepsibah—, pero podría aclarar mi significado diciendo que considero a cualquier francés afortunado en extremo si consigue enlazar con la tribu de Adams, y esto vale por cuantas princesas puedan existir llamadas Tonteur.

El *seigneur* dejó caer al suelo el sombrero de Tonieta.

—¡No hay francés que tolere insulto semejante! —replicó—. ¿Y para mayor ofensa, inferís acaso que mi hija fue responsable de la ignominiosa escena del corral de Lussan?

—Responsable del todo, no —dijo Hepsibah—, pera sí cómplice y en gran parte colaboradora. Esa es la pura verdad.

—Vuestro sobrino buscó la contienda sin excusa ni pretexto.

—Y vuestra hija se metió en lo que no le importaba, por el placer de complicar las cosas.

—¡Jeems le tiró un puñado de barro!

—¡Accidentalmente!

—¡Deliberadamente! ¡Yo lo vi!

—¡No es cierto! —gritó Jeems—. ¡No tuve intención de tocarla!

Los dos hombres, inspirados en su fervor, motivado quizás por la persistente atención prestada antes a los toneles de *flip* y de cerveza, apenas si oyeron su protesta; se habían acercado el uno al otro y el *seigneur* parecía dilatarse a punto de reventar su chupa, mientras Hepsibah Adams, iluminado el rotundo rostro por una sonrisa de anticipación, se arremangaba los brazos.

—Luego, ¿me llamáis embustero?

—Sí, a vos y a toda vuestra tribu de Adams.

Jeems lanzó un grito y *Tijo* un feroz gruñido, sobresaltados ambos por la rapidez con que inmediatamente se desarrollaron los acontecimientos. Hepsibah quiso descargar un violento golpe, mas con insólita celeridad e infinitamente mayor arte, la pata de palo de Tonteur surcó los aires descargando un sonoro porrazo en la cabeza del primero, que le hizo tambalear y caer. La amistad de los dos hombres se había trocado en una beligerancia tan enconada que Jeems dio un respingo al oír el formidable leñazo, creyendo que anunciaba o la fractura del cráneo de su tío, o la del artificial miembro de Tonteur. La vista de su intrépido pariente por los suelos le privó de momento de sus facultades de moverse y de obrar, mas cuando el caído ídolo comenzó a incorporarse y la insólita arma de Tonteur inició una segunda y más sañuda acometida, cayendo nuevamente sobre la mollera de Hepsibah y obligándole a morder el polvo, Jeems recobró el aliento y lanzando tan alarido se precipitó en busca de una estaca conveniente. Acababa de hallarla cuando Hepsibah, medio atontado, conseguía eludir una tercera estocada (por llamarla así) del *seigneur* y ambos contrincantes, estrecha y ferozmente abrazados, se debatían al borde mismo del lavajo. Desesperadamente, Jeems maniobró para emplear su palo, pero antes de que pudiese colocar su golpe cedió el terreno y los combatientes cayeron al charco, del que, después de unos momentos de agitada conmoción de sus aguas, que hizo pensar al muchacho en la posibilidad de un doble ahogamiento, emergió Hepsibah bufando y resoplando con el barón a rastras.

Con indecible pasmo, Jeems vio que su tío daba unos pasos atrás y contemplando a Tonteur —que también se había puesto en pie—, soltaba una ruidosa carcajada. Refrescado el cerebro por el agua, el padre de Tonieta no pareció resentido por la ofensa y Jeems, con un garrote en alto, dispuesto a dar el golpe de gracia si preciso era, pudo asistir al espectáculo de los dos hombres, tan reciamente rivales, estrechándose la mano sin reservas.

Soltando su arma, volvió a vestirse, bajo las miradas de *Tijo*, que adivinaba una situación superior a su inteligencia. El regocijo de los dos ex combatientes fue en aumento hasta que Tonteur, súbitamente inspirado por una idea genial, declaró que el único modo de rematar dignamente el lance era apurando una botella del aguardiente de marca de la señora Lussan.

Jeems aguardó a que marchasen en dirección a la vivienda sin contestar a la indicación de su tío de que esperase su regreso, cosa que no tenía el menor propósito de hacer. Las amistosas alabanzas que Hepsibah había prodigado antes de la aparición de Tonteur y luego el inesperado embrollo que su llegada había producido, no fueron bastantes para acallar las penosas sensaciones de su pecho. Le llenaba de orgullo el que su tío hubiese encomiado su conducta en la pelea con Tache, llevando la parcialidad hasta venir a las manos con su vecino por defenderle. Y, sin embargo, un dolor interior aminoraba tamañas satisfacciones, dolor que se convirtió en positivo tormento al posarse sus ojos en el profanado sombrero de Tonieta. Ante sus pupilas

apareció una visión de una hora escasa, antes, cuando bajo aquel sombrero había visto la maravilla de sus tirabuzones, de un semblante de rosada hermosura, de unos ojos chispeantes que refulgían con nueva y deliciosa camaradería al mirarle. En el ardor de su combate con Tache, aquellos detalles habían escapado a su memoria, pero ahora acudían en tropel más vívidamente que cuando estaba en presencia de Tonieta.

Miró el sombrero con abatimiento. Para él encarnaba el trágico final de todas sus esperanzas y su apabullada y mísera apariencia no consiguió arrancarle ni una sonrisa. Era más que un ajado atavío. Era Tonieta misma, una parte de ella disforme a sus pies, una prueba del acerbo odio que debía sentir hacia él, desde entonces para siempre, y agachándose lo recogió del suelo. La gallarda pluma había desaparecido. El ala estaba rota. Durante la pelea entre su tío y el barón, la pata de palo de Tonteur lo había perforado. Estaba lleno de fango y suciedad, de un fango que empezaba a secarse, y sin embargo..., los dedos de Jeems jamás habían experimentado sensación tan estremecedora como en aquel instante, mientras lo tenía entre manos, cerciorándose cautamente de que no le atisbaban miradas indiscretas. Sintió un nudo en la garganta y *Tijo*, esperando pacienzudamente con los ojos clavados en el semblante de su amo, percibió dos lágrimas en sus mejillas. Jeems parpadeó vivamente para contenerlas. Luego, arrodillándose al borde del charco de agua limpia, lavó el sombrero hasta dejarlo convertido en una masa sin forma, pero con algo de su prístina suavidad y lustre. Completada la tarea, fue a la carreta de su padre en busca del arco y de las flechas. Cuando emprendió el sendero de su casa, sin advertir su marcha a su padre o a su tío, no tuvo la sensación de estar huyendo.

Desapareció en la selva caminando a buen paso por las profundas naves del bosque, con *Tijo* a su lado. Una nueva emoción le abrasaba, emoción de cambio, de transformación espiritual, de crecimiento físico. El mundo que le rodeaba no era el mismo por el que horas antes atravesara, ni él era el mismo Jeems. Si su madre hubiese sabido lo que acababa de ocurrir habría podido leer la historia desenvolviéndose lentamente en el rostro del muchacho y se habría espantado; porque una madre ve con terror el día en que la infancia se queda atrás, como una bella sombra, para ser substituida por una más recia forma de madurez en su progenie. Catalina había procurado alejar de Jeems ese día todo lo posible, aun en un lugar y un tiempo en que la rudeza de la vida y sus condiciones sociales adiestraban pronto a la plástica juventud en sus deberes y en sus responsabilidades. Ahora, a pesar suyo, se presentaba, sin que Jeems se diese cuenta de ello, pero sintiendo las nuevas sensaciones que le embargaban. Los eventos de una hora le habían madurado. Era una hora en la que había perdido cosas triviales, alcanzando inconscientemente otras de mayor monta. Pablo Tache le había apaleado. La fresca amistad de Tonieta se trocaba en odio. Sus sueños se derrumbaban y sus esperanzas podían considerarse fallidas.

Empero, una nueva postura caracterizaba su solitaria marcha, un nuevo ritmo su paso. El amanecer le había visto salir en pos de su histérico deseo; ahora regresaba a

su hogar apreciando vagamente la locura de un acto que parecía haber nacido mucho tiempo atrás, en un período de incertidumbre, de tibia fe, de mal definidos y múltiples anhelos. A través de Pablo, de Tonieta y de la derrota sufrida a sus manos, comenzaba a vislumbrar los más amplios horizontes de un mundo que iba tomando cuerpo en su cerebro y cuyo factor más importante era *él mismo*. Cuando de nuevo pelease con Pablo Tache, ya no sería el Jeems del corral de Lussan, y cuando el momento llegase, como inevitablemente había de llegar, ya no lanzaría fango al rostro de Tonieta Tonteur.

Hepsibah se había regocijado grandemente con aquel desmoronamiento y erección de los edificios espirituales de Jeems, jurando que era la sangre de los Adams la que se revelaba en él; un carácter belicoso, un inconquistable espíritu, el comienzo de una firme y serena resolución nacida del primer contacto del muchacho con la vida y la adversidad. La misma Catalina ignoraba lo profundo del afecto que el aventurero traficante sentía por el muchacho y el temor que acompañaba a ese afecto; la celosa aunque tácita aprensión de que un capricho de la suerte, como el de su enlace con Enrique Bulain, convirtiese a un Adams en un francés. A las pocas horas de hallarse en casa de Catalina, ese último presentimiento hablase acallado en su pecho, viendo que Jeems era cada vez más parecido a su madre, con un algo en el semblante y cierto sosiego en el porte que su hermano no acertaba a descubrir en Enrique Bulain con su absurda confianza y sus sueños de perpetua paz. La batalla de Jeems con Pablo Tache había fomentado la convicción de Hepsibah de que era un Adams de cuerpo entero, y su contento, aprovechando la oportunidad tan a mano, halló expresión en un retorno triunfal con Tonteur a los toneles de flip y de cerveza. Si Catalina hubiese presenciado la pelea que tanto orgullo y satisfacción produjo en el tío de Jeems, a buen seguro que, como Tonieta, en instante de terrible incertidumbre, habría cerrado los ojos horrorizada, porque a veces acudían a su memoria, causándole un escalofrío, las frecuentes y sanguinarias batallas de Hepsibah en su temprana juventud, cuando un combate físico constituía su mayor placer y cuando —aunque nadie lo habría adivinado ahora— tan semejante a Jeems era en su esbeltez y en la furia de su acometividad que apenas si se hubieran podido diferenciar en una refriega.

Poco después de la marcha de Jeems, descubrió Hepsibah su ausencia y con una breve despedida a Tonteur y a Enrique salió tras él. Su acelerado paso y la frescura de la selva disiparon de su cerebro las brumas de los mejunjes de Liman y comenzó a sentir cierta inquietud. No era, a su juicio, laudable aquella marcha de Jeems, que tenía apariencias de retirada, y entre dientes renegaba del barón por haberse dejado persuadir. No obstante la corpulencia de su persona, pocos habrían podido competir en celeridad con el traficante, y, al cabo de una hora, hizo alto, al hallar a Jeems saliendo de un matorral con el arco tendido y una flecha a punto.

Si alguna duda podía quedar a Hepsibah sobre el temple de su sobrino, la desvaneció su aire avisado y dispuesto a la acción.

—Teóricamente, soy cadáver, Jeemsey —comentó—, y me avergüenzo de mi

descuido y me envanece tu discreción. A esta distancia, podrías haberme hincado media flecha en el cuerpo.

—Os habría atravesado de parte a parte —rectificó Jeems—. Lo he hecho varias veces con un ciervo.

Las pupilas de Hepsibah centellearon de satisfacción al notar la sosegada jactancia del acento del muchacho.

—¿Por qué te escapaste? —preguntó.

—No, yo no —replicó Jeems devolviendo la mirada a su tío con resentimiento—. Os escapasteis de mí... con Tonteur. Yo no me habría ido así con Pablo Tache.

Continuaron por la vereda y, ante el silencio del muchacho, el rostro de Hepsibah adoptó una expresión de ponderativa seriedad. A poco dijo, poniendo una mano sobre el brazo de su sobrino.

—¿Qué piensas de mí por haber hecho eso, muchacho?

—Yo no lo haría... con alguien a quien aborreciese contestó Jeems sin quitar los ojos del frente.

—Pero yo no aborrezco a Tonteur. Me es simpático.

—Entonces, ¿por qué os peleasteis con él? Y ¿por qué estuvo a punto de acabar con vos con su pata de palo?

Hepsibah no acertó a contestar con rapidez tan alambicado punto de lógica, y la dureza de la voz de su acompañante, tan distinta de la del muchacho al que había consolado y sostenido en el lavajo, hizo que escrutase como al desgaire, pero sagazmente, su semblante. Por dos veces estuvo a punto de despegar los labios y en ambas ocasiones los selló el recuerdo de su hermana y de la conversación con ella sostenida cuando Jeems dormía. Más tarde, la violencia de sus pensamientos pudo más que su adoración por Catalina y su deseo de no rebasar los límites que ella había impuesto al uso de su lengua en presencia de Jeems.

—El pelear —comenzó en voz baja abordando el prohibido tema, como temeroso de que Catalina pudiese oírle— es la esencia de la vida, la sal de la existencia y la más razonable de cuantas ocupaciones se han inventado. Sin luchas, el mundo dejaría de tener una razón de ser. Es una especie de medicina, como verás con el tiempo, muchacho. Purifica a las naciones, hace de la religión lo que es, y allana las tribulaciones de las gentes, tal como el Dios de los Ejércitos pretendió que fuese. Con todo, esto quiere significar, Jeems, que las más grandes y mejores amistades, entre las naciones como entre los individuos, son las contraídas en el campo de batalla, y cuando das un apretón de manos al hombre con quien acabas de pelear, si el apretón es honrado y sincero, el amigo será eterno.

—No sería yo quien estrechase la mano a Pablo Tache —dijo Jeems—. Ni ahora ni nunca. Tarde o temprano me propongo matarle.

La medida de su acento provocó en Hepsibah una reacción de desasosiego. Mientras proseguía su evaluación del muchacho, pensaba en Catalina.

—El matar, salvo en caso de guerra, no es idea recomendable —arguyó— y, antes

de lo que tú crees, ocasión de sobra tendrás para ello en tal sentido, Jeems. Hasta entonces, aprende las tretas o recursos que voy a enseñarte; apalea a Tache y después tiéndele tu mano. Ésa es la gloria mayor del juego.

La tensión de las facciones de Jeems cedió ligeramente a las palabras de su tío y la bonachona sonrisa que las acompañaba.

—No estrecharé nunca la mano a Pablo Tache —repitió obstinadamente—. Quiero darle una paliza, y algún día tal vez le mate.

—Eso ya es otra cosa —aprobó Hepsibah—. Tal vez le mates, lo cual no presta seguridad a tu intención. Pero si llegas a encontrar preciso poner fin a sus días, no lo hagas impulsado por el odio, muchacho. El pelear, cuando es alegremente y con buen designio, eleva el alma a gloriosas alturas, te hace reír y llorar a la vez y esclarece de cardos y de hierbajos el campo de tu vida, haciéndote más amplio de criterio y más recio de sangre. Pero cuando la lucha se encona por el odio y llegas al extremo de no poder soltar la carcajada al crujir tus huesos o los de tu adversario, entonces es cosa destructora y la peor, que puede sembrar de desolación el mundo. Eso, precisamente, Jeems, es lo que se está extendiendo como una plaga sobre la comarca: el odio, el mismo odio con que tú peleaste con Tache, y llegará el día, ya casi ha llegado, en que este nuestro mundo se verá envuelto en llamas tan rojas y terribles que no habrá nadie capaz de apagarlas.

La emoción que le embargaba hizo elevar la voz a Hepsibah y, ante la sorpresa de sus palabras, Jeems se olvidó de Tache para mirarle con ojos desmedidamente abiertos por el asombro. Hepsibah prosiguió enunciando sus visiones de inminentes eventos que ya había descrito a Catalina y a Enrique la noche antes, y la sangre de Jeems corrió con más rapidez en sus venas al conjuro de los cuadros que su tío pintaba tan crudamente, presa en las garras de la desolación y de la guerra.

—Debes saber todo esto —dijo Hepsibah desconfiadamente, pensando en la futilidad de sus argumentos con su hermana y su cuñado—. Estás a las puertas de la virilidad, Jeems, y si tus padres no quieren guardarse a sí mismos, tendrás tú que hacerlo por ellos. En tu porvenir hay contiendas y más vale que te prepares a ellas, aunque no sé que haya razón alguna para decirle a tu madre que lo haces o lo que yo te he dicho. Por mi fe que me lo haría sentir, y la dulzura de tu madre no es más dulce que la amargura de su reproche, cuando sin decir palabra me mira como si la hubiese golpeado con el puño. No se lo dirás, ¿verdad?

Jeems prometió, sacudiendo la cabeza.

—Siendo así, desembucharé cuanto tenía por decirte —continuó Hepsibah—. Comienza con eso que llamamos odio. Cuando dices que odias a Pablo Tache estás simplemente evidenciando haber sido picado por un áspid que no puede ver ni oír, un áspid a cuyo lado la cobra de los pantanos es una criatura dulce y mansa, a la que debiéramos considerar con amistad y afecto. Ese áspid vive en nuestra sangre, Jeemsey, y no tiene igual para producir disturbios. Lleva años de dura labor en esta nuestra región, hasta haber conseguido que el odio forme la mayor parte del aire que

respiramos. Hombres blancos como tú y como yo pusieron ese áspid a trabajar. Primero, empezaron por odiar a los franceses y los franceses a nosotros; luego incitamos a los indios a que odiasen a nuestros enemigos y éstos hicieron lo propio, y después, no contentos con la endiablada obra, hicimos que los indios se odiasen entre sí. *Nosotros* hicimos eso, muchacho, *nosotros*, los descendientes del Hijo de Dios, con nuestra mayor sapiencia, nuestro whisky, nuestros cañones y nuestras mentiras; hasta que en cien tribus de Pieles Rojas, entre los Canadá superiores y el Ohío, no hallarás una que no odie a otra; y todo porque nosotros odiamos a los franceses y los franceses nos odian a nosotros. Recuérdalo bien, Jeemsey, *no fueron los indios quienes nos trajeron cabelleras... fuimos nosotros los que los enviamos a buscarlas*; queríamos pruebas de sus actos, y, así les exigirnos las cabelleras, pagándoles dinero contante por ellas; y los franceses procedieron de igual modo, hasta que con los cueros cabelludos de hombres, mujeres y niños subiendo constantemente de precio, hubo blancos que emprendieron el vil comercio que habían enseñado a los salvajes; y este estado de cosas ha traído tal competencia en el derramar sangre humana, que es imposible tener por más tiempo la tapadera en su sitio; y cuando ésta vuele por los aires no será bastante grande el cielo para contener lo que se disperse con ella. Ésta será la labor del odio, del odio de dos razas de hombres blancos. Y cuando haya ocurrido, fíjate bien, Jeems, le echarán la culpa al indio. No hay odio comparable al del blanco, ni aun el del indio, porque la fuerza y el saber que le acompañan lo hacen más mortífero; detalle del que se han aprovechado desde el principio de las cosas. Por eso insisto en que es un punto en tu desfavor el seguir odiando a Pablo Tache.

Jeems había olvidado momentáneamente a Tache. Le parecía que en el mundo, la paz en que siempre había vivido acababa de desmoronarse vagamente; en murmullos apenas creídos y rumores confusos habían llegado hasta él noticias de siniestros eventos en las fronteras, pero sus padres, viviendo sus vidas de tenaz y persistente esperanza, habían acallado las ideas a las que ahora su tío Hepsibah daba rienda suelta. Mientras proseguía, declarando lo que su conciencia estimaba imperativo proclamar, incluso deteniéndose para trazar con un palito en la arena de un claro un esbozo de las comarcas que pronto estarían en guerra, señalando sus puntos fuertes y sus flacos, el alma de Jeems entraba en otra vida y en otro mundo, y después de haber indicado con tenues surcos el camino que seguiría la invasión, y por lo tanto el de mayor peligro, cuando Hepsibah puso un dedo en lo que llamaba el Valle Prohibido y aseveró su convicción de que por allí entrarían los Mohawks con fuego y *tomahawk*^[11], Jeems contuvo el aliento con un respingo de incertidumbre.

—Vuelvo a repetirte que has llegado a un momento de tu edad en que debes saber estas cosas —continué Hepsibah incorporándose—, y ahora que he descargado mi conciencia y mi mente y te he puesto en el buen camino, a despecho de tu padre y de tu madre, estoy pronto a darte la primera lección en el arte defensivo y ofensivo, que te demostraré por qué no conseguiste zurrar al joven Tache. Hay mucho que aprender, filigranas de esgrima y de boxeo, arpeos y corbachadas, rodillazos y ahogaderos, así

como el adecuado modo de defenderse a patadas, estando en el suelo o en pie... de suerte que más valdrá empezar cuanto antes.

Jeems accedió gustoso y por espacio de media hora Hepsibah adiestró a su discípulo en un claro contiguo al sendero.

El sol declinaba hacia el Oeste cuando salían de la Selva Grande, divisando en la falda de la vertiente el hogar de Jeems. La paz y el contento parecían haber extendido sus áureas alas sobre el Valle Prohibido y las palabras fatídicas de Hepsibah se desvanecieron de la mente del muchacho al contemplar la calma y la belleza, la infinita atracción y la tranquila amistad del panorama. De la chimenea de piedra se alzaba una espiral de humo y, olvidando las trágicas ocurrencias del día, el corazón de Jeems palpitó con una emoción que jamás olvidaría al ver a su madre entre las flores. Levantó la vista al rostro de su acompañante, como impugnando la veracidad de sus predicciones, y vio que Hepsibah no miraba a la mujer o a la choza, sino más allá, por encima de los pináculos de la inmensa selva que determinaba en una azulada neblina en la parte más lejana del Valle Prohibido.

Y *Tijo*, entre ambos, miraba también fijamente allende los verdes y pardos abertales, como si en las vastas lejanías hubiese un insoluble misterio que su alma pugnaba por comprender.

Saliendo de su abstracción y sonriendo jovialmente, Hepsibah puso la mano sobre el hombro de Jeems, y los dos culpables, conscientes de su deber, bajaron lentamente a explicar a Catalina por qué Jeems traía un ojo amoratado y un labio hinchado, y su tío un carrillo más abultado que el otro.

Capítulo VI

Al siguiente sábado, Catalina y Enrique Bulain reanudaron la regular rutina del laboreo de primavera, últimamente interrumpida por diversas causas; frecuentes lluvias nocturnas habían retrasado los plantíos, y los escasos bancales aún pendientes de arado, y las excursiones al molino de Tonteur y a la granja Lussan habían requerido también un tiempo que era preciso recuperar. Durante el desayuno, presidido por Catalina con una familiaridad que exteriorizaba su descontento por los embrollos en que Jeems y Hepsibah se habían visto metidos, Enrique expresó su opinión de que el sábado era un día tan a propósito como cualquier otro para reanudar el trabajo; y Hepsibah, anheloso de congraciarse con su hermana de algún modo, ofreció su cooperación al punto.

El alma sensitiva de Catalina no podía menos de deplorar intensamente que su hermano hubiese hecho blanco de su espíritu pendenciero al barón del señorío, en el momento, para mayor agravio, que ella planeaba estrechar la amistad con él y ponerle en más íntimo contacto con su hogar y su familia. La declaración de Hepsibah de haberse separado de Tonteur en excelentes, relaciones le merecía escaso crédito, y el mero hecho de que Jeems confirmase el aserto bastó, sin consolidar la creencia, para que abrigase, además, la sospecha de que su hermano comenzaba a desviar al muchacho del recto camino de la veracidad. Hepsibah presentía que su desgracia sería probablemente duradera, y aumentó su desasosiego al ver que durante la noche su cabeza había adquirido enormes proporciones a consecuencia de la hinchazón. Cada vez que su hermana le miraba, tenía forzosamente que recordar el oprobio de que la había cubierto. Su disgusto, empero, era menor del que ella dejaba adivinar, porque sentíase incapaz de prolongado resentimiento contra aquel hermano cuya genial despreocupación y alegre inconsecuencia la impulsaban a considerarle con casi idéntica maternal ternura que a Jeems.

Aquel día, el pequeño claro contiguo al valle era una colmena de actividad. Tan lleno de belleza y de frescura estaba el cielo, tan maravilloso era el mundo que los rodeaba que, a pesar de sus ofendidos sentimientos, ella cantaba alegremente en sus tareas. Su horno de arcilla instalado al aire libre exhalaba deliciosos aromas de primores culinarios en preparación y, en uno de los extremos, separado del pan y de los bizcochos, cociese el plato favorito de Hepsibah: un inmenso pastel de carne, de espesas paredes de pasta, encerrando los más escogidos trozos del pavo silvestre de Jeems. Sus ponedoras cacareaban en el corral y, para mayor gloria del día, una familia de polluelos acababa de romper sus cascarones. Mirando sus predios, poco le quedaba a Catalina que anhelar. Veía a Enrique dirigiendo al buey que removía el

feraz suelo pardusco y, cerca de él, en un desmonte lleno de tocones, Hepsibah y Jeems se afanaban con el hacha y el azadón. Un suave espíritu de indulgencia y gracia invadió su pecho al posarse sus pupilas en los industriosos miembros de su familia, y cuando al llegar la hora del almuerzo los llamó, estaba ya resuelta a perdonar a su hermano la escapada.

Luego que se hubo aseado, mirándole el curtido rostro, le echó un brazo al cuello, besándole en un carrillo.

—Siento haberme tenido que enfadar contigo —le dijo. Y el día le pareció más esplendoroso a Hepsibah.

En el claro que estaba desbrozando, se compenetró más que nunca en sus relaciones con Jeems y ambos excavaron, soliviaron y arrancaron juntos, triunfando poco a poco de los recios tocones y raíces, sin que la ruda faena fuera óbice para que sostuvieran a la par una animada conversación sobre asuntos varios de palpitante interés para el más joven de los interlocutores. Viendo a Hepsibah poner a contribución sus potentes músculos, tensos por el esfuerzo, Jeems experimentó el ansia de poner en juego también los recursos de su propio esfuerzo. La labor de su tío parecía ser algo más que un simple acto de fortaleza, un algo interior que causaba creciente satisfacción. Hepsibah trabajaba y departía con él como si fuese un hombre, discurrendo de cosas extrañas a su vida; de política, de sus aventuras, de las oportunidades que las fronteras brindan a la juventud, hasta que Jeems halló en ciertos momentos difícil asimilarse lo que iba oyendo. Por su parte, Hepsibah descubría en su sobrino cualidades de compañerismo y de entendimiento que venían a llenar en él un anhelo de antiguo sentido.

Por las tardes, cuando los quehaceres domésticos quedaban listos, Catalina y Enrique solían pasear por los claros, regocijándose en la contemplación de su obra planeando el trabajo del siguiente día y, sobre todo, anticipando el momento en que la granja Bulain se extendería a diestro y siniestro con doscientos acres de terreno labrantío en lugar de treinta. En su mente, los predios, los prados y los huertos del porvenir estaban tan netamente pintados como si ya existiesen y con tal frecuencia habían trazado juntos sus planes, que Catalina tenía ya distribuidas las cercas y sus portillos, demarcados los sotos y señalados los árboles que debería respetar el hacha. Aquella noche acrecentaba su contento la presencia de Hepsibah, a quien Catalina habló de su sueño de un gran vergel de manzanos, cubriendo la soleada vertiente sudeña de la Selva Grande, citando sus favoritos entre los árboles que habían de plantarse. Donde ahora crecían doce, que apenas comenzaban a dar fruto, tendría un centenar, o más, dentro de pocos años. Pensando en el trabajo más inmediato y más rudo, Enrique indicaba los acres de bosque cuyo clareo y descuaje era preciso hacer; gándaras que deberían desbrozarse y zanjar, y la zona de tierra pantanosa allende los arces que proyectaba desecar algún día convirtiéndola en una vega. El desmonte en el que Hepsibah y Jeems habían trabajado contaba siete acres y medio, y se proponía tenerlo en disposición de roturar la próxima primavera. Siete acres y medio era lo que

estimaba poder desmontar anualmente calculando, por ende, tener más de cien en producción al cabo de diez años. Ni uno ni otro desfallecían ante el trabajo. Sus semblantes se iluminaban con el gozo de la imaginaria edificación de su pequeño mundo.

—Para entonces no habrá en toda Nueva Francia lugar más hermoso que éste — exclamó Catalina—. Jeems se habrá casado ya y en nuestro paraíso resonarán risas y juegos infantiles... Mira, Hepsibah, aquel robledal contiguo a los dos castaños es el paraje que hemos destinado para la casa de Jeems.

Más tarde, antes de acostarse, Hepsibah salió afuera a fumar su pipa bajo un cielo que era un manto tachonado de estrellas. Un gran silencio le rodeaba; una tranquilidad que hacía más patente los casi imperceptibles sonidos de vida que de ella salían, el pulso mismo de la madre tierra, el murmullo de plantas en crecimiento, la tenue y perenne melodía del viento acariciando suavemente las copas de los árboles. A escasa distancia un *whippoorwill*^[12] desgranaba sus bellísimos trinos, que parecía repetir como un eco su compañera desde el borde del pantano. De todas las aves nocturnas, aquéllas eran las preferidas de Hepsibah. Su soledad y su melodía hacían vibrar una oculta fibra de su temperamento, y cuando sentíase de humor, acertaba a imitar sus notas con perfección tal, que los pájaros le contestaban confiados. Mas aquella noche apenas los oía, ni su ánimo reaccionó ante la belleza del firmamento con su plateado resplandor hacia el Este, donde la luna estaba a punto de aparecer por la Peña de las Ardillas. Sus ojos no veían más que una cosa, la sombra de tragedia que se cernía sobre el Valle Prohibido, y sus oídos parecían estar ya alerta para percibir lo que a su juicio no tardaría en dejarse oír. Pensaba en los planes de Catalina para el porvenir, en sus sueños, que a su juicio no se realizarían jamás, en la fe y en la alegría que no osaba perturbar con sus siniestros agüeros. Sentía su fracaso. Sentíase impotente contra cuanto había visto fraguarse a su alrededor. El Valle Prohibido, alevoso en su belleza, engendrando horrores tras su sonriente velo de paz, le había vencido, y adivinaba una exaltación casi física en su triunfo.

Creía estar solo, mas al disponerse a regresar a la vivienda halló a Jeems a su lado. El muchacho hablase acercado tan sigilosamente que ni los ejercitados oídos de Hepsibah habían podido darse cuenta de su presencia. Por un momento, contempló en silencio el rostro iluminado por el fulgor de las estrellas. Había en el muchacho una extraña belleza que no escapó a los ojos del hombre, algo más frágil que carne y sangre, algo influido por la obsesión de otros años, de los días siguientes a la muerte de su madre, cuando había visto en las pupilas de Catalina la misma interrogante luz que ahora veía en las pupilas de su hijo.

Fue Jeems quien rompió el conjuro acercándose aún más a él.

Hepsibah hundió un brazo en el mar de negrura que los envolvía.

—¿Conoces bien el valle?

—Hasta los lagos adonde vamos a buscar bayas y a cazar aves silvestres en su estación —contestó Jeems.

—¿Más allá, no?

—Poco. El cazadero es bueno de aquí al señorío, pero el sebo necesario para las velas nos lo procuramos allí porque es terreno de osos y los lagos están atestados de peces con los que cebar nuestros cepos.

—¿No has visto otros rastros que los del reno, el oso y el puerco espín?

—Sí, también hemos hallado huellas de abarcas de gamuza.

La luna era un disco de plata coronando la Peña de las Ardillas y los ojos de Jeems estaban clavados en ella...

—Pienso ir mañana a ver qué hay allende los lagos, ¿quieres venir?

—No, voy allá —replicó Jeems señalando con la cabeza en dirección a la luna—. Quiero decirle a Tonieta que lamento lo ocurrido ayer.

Hepsibah atacó nuevo tabaco sobre el ascua que aún ardía en su pipa, mientras miraba de soslayo a Jeans. En el perfil del muchacho, tan parecido al de su madre, leyó una determinación de propósito, tan desapasionada como la voz en que le había contestado.

—Es una resolución hija de la sangre de los Adams, muchacho —aprobó—. Aún está por llegar el día en que un Adams deje de comportarse como un caballero, sea en lides de amor o en las de guerra. Excelente idea es la de querer disculparte ante Tonieta..., aunque tuviste razón de hacer, lo que hiciste. Iré contigo y dejaremos el Valle para otro día.

—No voy a buscar pendencia —dijo Jeems—. Voy a ver a Tonieta... y quiero ir solo.

El domingo por la mañana, cuando emprendió el camino de Tonteur Manor, Jeems llevaba una firme idea en la mente. Fuese cual fuese la tentación que pudiera presentársele, estaba resuelto a no tener un altercado con Tache aquel día. Había dicho a su madre adónde iba y lo que proyectaba hacer, y espoleado por su estímulo sentíase anheloso y lleno de esperanza al encaminarse al señorío.

La sensación era muy otra de la que le guiara cuando resolvió pelear con Tache, y lo que tenía en proyecto antojábasele de mayor monta que cualquier descalabro físico que pudiera infligir a su rival. El ablandar el corazón de Tonieta, tan acerbamente vuelto contra él, conseguir de nuevo la amistad de su sonrisa y ver en sus ojos la dulce recompensa que había estado a punto de lograr en la granja Lussan, era su principal intento. El recuerdo de ella y de la bienvenida que había aparecido en su semblante le hacían olvidar sus puñadas y la furia de su lengua. Poco a poco hablase consolidado en su mente, desde el momento en que lavó su sombrero en el borde del charco. No le abandonó durante el día que trabajó con su tío, y ahora parecía formar parte del sol que le bañaba, del canto de los pájaros, de la fresca fragancia de la selva cuyas sombras cruzaba. Quería volver a ver a Tonieta para ofrecerle cuanto su parvo mundo contenía, si a tal precio le era dable reparar la ruina y la humillación que había atraído sobre ella. Un caballeresco espíritu, superior a sus años, se imponía a las más bajas consideraciones de razón y sinrazón. Estaba cierto de haber obrado bien y, sin

embargo, anhelaba confesarse culpable. Aunque lo ignorase, en dos días habían pasado años y era un nuevo Jeems el que iba a ver a una nueva Tonieta. El temor que solía inspirarle habíase desvanecido. Ya no le agobiaba un sentimiento de pequeñez, de insignificancia, y por vez primera iba a Tonteur Manor sin que la noción de su inferioridad llenase de incertidumbre su alma. Por un misterioso proceso, incomprensible para él, pero vívidamente sentido, el ayer quedaba olvidado para siempre.

Cuando llegó al claro donde había matado el pavo silvestre, apenas si dedicó un recuerdo al papel que había desempeñado en sus emociones tres días antes. Pablo Tache era, de momento, un factor sin importancia, salvo que pretendiera entorpecer o desvirtuar el propósito de su misión, y aun en tal caso, estaba seguro de no llegar a las manos con él. El valor y el orgullo se disputaban la supremacía en su ánimo al acercarse al señorío, y si las venas de los Adams llevaban sangre de antiguos caballeros, corrió por las de Jeems con mayor ímpetu al dar vista al cerro de Tonteur.

Se detuvo en la cresta para contemplar el bellísimo dominio que tenía a sus plantas. Hasta entonces le había llenado de una especie de respetuoso temor, sintiéndose, al hollarlo, una criatura vulgar en el reino de una princesa tan distante de él como el sol. El poderío y las riquezas de Tonteur le sobrecogían. La dilatada extensión de sus feraces acres, la capilla fortificada... la señorial mansión... el amplio río que custodiaba para el Rey de Francia... los kilómetros y kilómetros de bosque... el lago Champlain, espejo del sol en la lejanía, misterio, romance... el escalofrío de cosas que jamás había vivido ni visto, le agobiaban con el reconocimiento de su pequeñez. Allí era donde, mucho tiempo antes, descansando para emprender el descenso, había oído a sus padres hablar por primera vez de las guerras en que Tonteur había tomado parte; de cómo había logrado el favor del Rey y de por qué Tonieta tenía, por su madre, una gota de sangre, entre la de sus venas, heredada de una Reina de Francia. Con gran asombro suyo, Catalina se había reído alegremente, extrañándole luego su rápida compostura y seriedad al hablar su padre de los tiempos en que el bisabuelo de Tonteur, Abraham Martín, era Piloto Real en Quebec y amigo del Gran Champlain^[13]. Todas estas causas habían contribuido a que no sintiera nunca, por más que repetidamente lo intentase, confianza alguna al poner las plantas en tierras de su princesa.

Ahora era distinto. Era como si después de una prolongada ausencia, regresase en pie de absoluta igualdad con quienes moraban en el valle del Richelieu. Permaneció algún tiempo con *Tijo* en la cresta del cerro, admirando la altiva gloria del señorío. En su cerebro nació una extraña fantasía. Se vio a sí mismo guerreando tal como su tío había predicho que guerrearía, y como, Tonteur había guerreado hasta verse convertido en potente señor de la comarca. La ambición atenazó con férreo puño su alma. Veía un mundo mayor de lo que jamás pudo creer que fuera y Tonieta lo llenaba por completo. Para ella y por ella se esforzaría hasta llegar a ser lo que su padre...: un gran hombre.

Mas..., antes, precisaba manifestarle su sentimiento. Era la llama que iluminaba su recién despierta conciencia y un acto que revestía la importancia de una cruzada, pingüe en posibilidades que encendían su imaginación.

Estaba a punto de emprender el tortuoso sendero cuando un jinete desembocó en la llanura ascendiéndolo. Era Tonteur. Escondido tras un matorral, Jeems le dejó pasar, preguntándose qué podría llevarle en dirección al Valle Prohibido con tan adusto y desagradable semblante.

Bajó el cerro y a su pie dio a entender a *Tijo* la ineludible obligación de permanecer allí esperando su regreso. Luego, resueltamente se dirigió a la mansión. La construcción era de troncos, porque el amor de Tonteur por los árboles era superior a la vanidad de edificar en piedra, como lo habían hecho otros señores a lo largo del Richelieu y del San Lorenzo. Era un palacio de gigantescos troncos ennegrecidos por el tiempo y los elementos y que, a los ojos de Jeems, hubiera podido servir de albergue a un rey. Estaba aspillerado para la defensa, y las ventanas protegidas por grandes postigos de roble que podían cerrarse y atrancarse. Cerca estaba la capilla, con mayor aspecto de fortaleza que la vivienda; sus ventanas eran más altas, su única puerta más recia, y bajo el socarrén velase una estrecha abertura sesgada, por la que cincuenta hombres podían disparar sobre el enemigo. Desde la capilla y desde la vivienda, sus defensores dominaban con sus armas el río. En la otra dirección estaba el molino y los graneros y, en cuanto la vista de Jeems alcanzaba por entre los claros, veíanse las aspilleras y almenadas viviendas de los colonos vasallos del señorío.

Enfiló el sendero que conducía a la morada. Tanta era la quietud, que se hubiera podido creer dormido a todo el mundo, mientras subía intrépidamente los amplios peldaños que conducían a la puerta de la casa de Tonieta. El sólido roble ostentaba una aldaba de hierro forjado, cuyo tema era un rostro de ogro con horrible mueca; una cabeza de gárgola que desde su más tierna infancia se había grabado en su memoria como símbolo del torvo e intangible espíritu que guardaba la vivienda. Solamente en dos ocasiones había oído su retumbante voz llamando a sus moradores, y ahora su mano se alzó para despertar el sordo fragor de sus acentos.

Sus dedos tocaron el glacial hierro. Vaciló un momento al empuñarlo, observando que la puerta estaba entreabierta. Por la rendija, una voz femenil llegó hasta él; una voz estridente, airada, mordaz, que reconoció como de *madame* Tonteur. Alzó la aldaba y la hubiera dejado caer por su peso cuando oyó un nombre que le hizo permanecer en rígido silencio. Era el suyo. Sin querer escuchar, en una situación de espía, forzosamente impuesta por las circunstancias, conoció el motivo del paso de Tonteur por el cerro con tan hosco y disgustado aspecto.

—No es lugar adecuado para un caballero de Nueva Francia —decía la madre de Tonieta—. Enrique Bulain fue un simple casándose con esa inglesa que no vale un comino y Edmundo más simple aún por no expulsarla de la comarca cuando su ralea está asesinando a los franceses casi a nuestras mismas puertas.

”No obstante su lindo rostro, que ha ablandado el sensible corazón de Edmundo, esa mujer es una espía y su chico tan inglés como ella. No debería permitirles vivir tan cerca de nosotros y, en cambio, Tonteur va descaradamente a visitarlos y sostiene que son sus amigos. Debería arrasarse la choza esa que han edificado, mandando a la inglesa y al muchacho a donde debieran estar, y si Enrique Bulain prefiere ser un renegado en vez de un francés... que se vaya con ellos.

—De los malos pensamientos guárdenos Dios, Enriqueta —reprochó la más amable voz de *madame* Tache—. Desprecio a los ingleses tanto como tú o como Tonieta, pero no es justo desatarse en tales improperios contra esos dos, aunque la mujer se vanaglorie de su lindo rostro y el muchacho sea un pillastre pendenciero y agresivo. Edmundo es un alma noble y su amistad es simplemente compasión.

—¡Compasión! —exclamó la otra—. En tal caso su compasión es un insulto a Tonieta y a mí. Esa inglesa se ha engrেído tanto con las muestras de favor de Edmundo, que osa comportarse en mi presencia con tanta desenvoltura como cualquier dama de alta jerarquía, sin perjuicio luego de soltarse el cabello como charlatán en feria para provocar tu admiración.

—Se lo pedí yo —dijo *madame* Tache—. ¿Eso es lo que te irrita, Enriqueta?

—Me irrita el que siendo ingleses ella y su hijo, se les tolere vivir con nosotros como si fuesen franceses. Digo y repito que cuando llegue el día en que la traición impere, serán traidores.

Jeems continuaba con los dedos crispados en el rígido aldabón de hierro. De pronto, oyó otra voz inconfundible, la de Tonieta.

—La madre de Jeems es simpática —dijo—; pero Jeems es una aborrecible bestezuela inglesa.

—Que ayudará algún día a los suyos a degollarnos —añadió agriamente la madre. *Madame* Tache no pudo reprimir una risita socarrona.

—¡Lástima que sea tan bonita esa mujer! —dijo con sorna—. Porque seguramente no la mirarías con tanto disfavor en otro caso. En cuanto al rapaz, no es justo censurarle por lo que no puede evitar. Personalmente, me es simpático ese infortunado arrapiezo.

—Lo que no excusa que mi marido se degrade y se humille yendo a visitar a su madre —dijo vivamente la esposa del barón—. Si es el descoco de ella lo que le lleva allá...

La poderosa aldaba cayó con retumbante estruendo, y cuando apenas podía haber llegado su sonido a oídos de la servidumbre, Jeems abrió la puerta y entró resueltamente. Viéndole aparecer en el amplio umbral del aposento que ocupaban, las mujeres quedaron boquiabiertas. Por su parte, el muchacho se dio escasa cuenta de su presencia, mirando tan sólo a Tonieta. Permaneció unos segundos inmóvil y en silencio; tensa y contenida la sencilla figura. Inclinando cortésmente la cabeza, como Catalina le había enseñado, sus palabras fueron luego tan sosegadas como las de *madame* Tache.

—He venido a presentaros mis excusas por lo ocurrido en la granja Lussan, Tonieta —dijo acentuando el saludo en su dirección—. Os suplico que me perdonéis.

Al oírle, ni la misma Enriqueta habría podido calificarle como acababa de hacer. No obstante la palidez de su rostro, su intrepidez y su orgullo eran patentes en su porte. Mientras sus oyentes le miraban atónitas, incapaces de pronunciar palabra, retrocedió, desapareciendo tan súbitamente como había entrado. La maciza puerta se cerró tras él, y, acercándose a una ventana, Tonieta le vio bajar la escalinata. De labios de su madre salió una exclamación de indignada sorpresa, mas no la oyó. Sus ojos seguían a Jeems. El muchacho cruzó la plaza camino de los predios. Al llegar al pie del cerro de Tonteur, *Tijo* salió cautamente a su encuentro, pero hasta que hubieron ganado su antiguo asentadero en la cresta no se detuvo ni pareció darse cuenta del can. Entonces miró atrás, al señorío. En su alma llevaba clavado un puñal. El sol no había perdido su fulgencia, los pájaros seguían trinando, la selva ofrecía como antes su áurea belleza; pero sus pupilas lo abarcaban todo con nueva y más sombría visión. Del feraz valle que formaba la base de todos sus ensueños se volvieron al lejano cabrilleo del lago Champlain al sur y, más allá, hacia la región de los Mohawks, los ingleses y la patria de su madre. Era la sangre de aquella comarca, que corría roja y pujante por sus venas, la que Antonieta y su madre odiaban.

Dejó caer la mano sobre la cabezota de *Tijo* y ambos emprendieron el camino de su hogar. El perro vigilaba siguiendo mil rastros distintos, escrutando alerta. Pero escrutaba solo. Jeems concedía escaso interés a matorrales y espesuras. En diversos trechos, las huellas de los cascos de la montura de Tonteur aparecían claramente distintas, y Jeems las advirtió en seguida, ya que el barón y su visita al Valle Prohibido formaban parte de los pensamientos que abrasaban su frente.

Al atravesar la Selva Grande acertó el paso, y se aproximó a la cabaña por su lindero oriental. No se distinguían señales de vida en la choza ni pudo descubrir a Tonteur ni a su caballo; pero al estar más cerca, alarmantes sonidos llegaron a él. Su madre lloraba. Entró corriendo y la encontró con la cabeza sobre los brazos, sacudidos los hombros por los sollozos. En respuesta a su sobresaltada pregunta, Catalina alzó un rostro bañado en lágrimas y al ver su efecto en el muchacho, intentó sonreír, con muy escaso éxito. Un instante después con la frente apoyada en su hombro, como si fuese un hombre en cuya fortaleza buscarse sostén, volvía a dar rienda suelta al llanto.

Entrecortadamente, las palabras se atropellaron en sus labios y Jeems escuchaba lleno de inquietud y temor.

Primeramente entresacó que para su madre había comenzado el día feliz y alegremente. Estrechándole en histérico abrazo y a través de sus lágrimas, le dijo que su ida, en busca de la amistad de Tonieta y la presencia de Hepsibah le causaban indecible contento. Además, Tonteur había comparecido para visitarlos, colmando así la medida de su dicha matutina.

—El barón y tu tío parecían encantados de verse —dijo con un sollozo que

aumentó su aprensión—. Hablamos de Tonieta y de ti... rieron y bromearon juntos... parecía complacido por mi invitación a compartir nuestro almuerzo... salieron juntos... del brazo... y luego... ¡oh, Jeems!... Jeems... en el nuevo desmonte... se pelearon como fieras.

Cedió la presión de su abrazo y enjugándose los ojos con un empapado pañuelo, lanzó un gemido de desesperación.

—Tu padre ha ido... con la carreta y el buey... *¡a llevar a monsieur Tonteur!*

Por la ventana, Jeems vio el familiar vehículo bamboleándose en dirección al campo que habían desmontado, y a su padre, látigo en mano, junto al bovino. La excitación vino a substituir la incertidumbre en que el estado de su madre le había sumido y, sin esperar a ver si determinaba secarse los ojos o continuar llorando, salió de la choza como una exhalación hacia el campo de batalla, tomando un atajo por los plantíos y llegando antes que su padre, jadeante y sin resuello. *Tijo* fue quien le dio a entender que los contrincantes estaban aún en la arena, pues por sí mismo no veía al uno ni al otro. Siguiendo al perro, encontró a ambos en un extremo del claro junto a una pila de tocones que él mismo había ayudado a soliviar el día antes, y sin, verlos aún, oyó una voz que le anunció que, cuando, menos, el barón vivía.

—¡Sacaré los hígados al granuja que me hizo esta pata! —vociferaba el *seigneur* airadamente—; debería verse ahorcado y descuartizado por emplear un nogal con fendas. ¡Con un adminículo decente, os habría tumbado sobre esos tocones, porque fue el golpe más limpio que he dado en mi vida!

Jeems se detuvo pugnando por recobrar aliento, extrañado de no oír respuesta alguna.

Aventurándose unos pasos más, vio a Hepsibah Adams en el suelo, recostado contra un tocón, colgándole inertes los brazos a ambos lados, desmedidamente abiertos los ojos con una vacua y estúpida expresión en el semblante.

—¡Es una ignominia! —continuó Tonteur—. *¡Nogal!*... y no castaño, olmo o acebuche... bien curado, según me dijo... ¡y ahí lo tenéis, con una fenda de arriba abajo... una fenda visible con medio ojo!... ¡Le arrancaré la lengua!

Jeems miró a su tío. Hepsibah, con los ojos en blanco, pugnaba por coordinar las ideas. Una sonrisa, que más parecía una mueca, iluminó su rostro.

—Os haré... una pata... que será eterna... amigo —dijo vacilante—. Una buena pata, mejor que ésa... y de nogal también... aunque sin fendas como la que lleváis.

—Con una así no hay cráneo en toda la cristiandad que resistiera un golpe como el que os he dado —contestó Tonteur, invisible aún para Jeems—. Un golpe con la exacta inclinación y en el preciso instante de agacharos. Me disloqué el espinazo con su violencia. ¿Os declararéis vencido o pretenderéis aprovecharos de mi condición... con un solo pilar en que sostenerme y ninguno con que combatir?

—Estoy algo aturdido, hermano —reconoció Hepsibah consiguiendo al fin llevarse una mano a la cabeza—. Mas no apruebo vuestra fanfarria encima de vuestra buena suerte. Recio fue el golpe, el primero que recibo con arma de madera, pero no

podrías repetirlo en vuestra vida, y en cuanto os haya fabricado otra pata, estoy pronto a probarlo.

Jeems oyó el ruido de la carreta y salió a presencia de su tío y del *seigneur*. El padre de Tonieta estaba, como Hepsibah, en el suelo, con las ropas en desorden y cubierto de tierra; un enorme bulto iba formándose en su carrillo y, como Jeems pudo observar, su pata de palo estaba en dos trozos, rota por lo que llamaríamos la rodilla. En aquella escena, muda desde su aparición, entró su padre con la carreta.

Enrique prestó primero auxilio a Tonteur.

—¡Si tamaña humillación y desgracia llega a divulgarse, soy hombre perdido! — declaró el barón dejándose poner con ayuda de Enrique en equilibrio sobre el miembro sano—. ¡Andar a saltos como una rana y verse conducido en una carreta como un saco de molienda!... ¡Por Dios que me hace enrojecer la vergüenza!

Jeems se acercó a su tío y, con su apoyo, Hepsibah se puso inciertamente en pie, observando con divertida atención cómo Enrique Bulain instalaba a Tonteur en la carreta.

—Es un prodigioso embustero, Jeemsey —dijo—. Juraría que no fue su pata de palo la que me hirió, sino una barra de hierro manejada por el diablo en persona o uno de esos tocones que se alzó por su propio acuerdo. En todo caso, el leñazo fue magno.

Intentó dar un paso y hubiera caído a no venir en su socorro Jeems. Enrique, habiendo logrado acomodar al *seigneur*, se ocupó de Hepsibah; y el traficante, esforzándose como un ebrio por mantener una apariencia de adecuado equilibrio, se dejó sentar junto al barón.

Desde la ventana de la choza, Catalina vio acercarse la carreta con su humana carga.

Capítulo VII

No recordaba la madre de Jeems período alguno de su vida tan variado en incidentes como aquel domingo de mayo. Resultaba incomprensible que dos hombres pudieran apalearse mutuamente con verdadera saña y se juraran luego entrañable amistad. Aun viéndolo, érale difícil creerlo. Cuando Enrique llegó con su cargamento de lisiada humanidad, la emoción la paralizó. Su desesperación sufrió el primer choque cuando la evidencia de buena armonía entre los dos hombres se impuso a su atención. Hepsibah, cuyo aturdimiento le impedía aún sostenerse en pie, insistió en no perder instante en la confección de un nuevo miembro para Tonteur, sugiriendo como primera materia una barra de nogal, seca como un hueso, destinada por Enrique para fuste del molino que proyectaba instalar más adelante. Cuando fue sometida a su inspección, el, *seigneur* prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo, declarando no haber visto jamás tan admirable pieza de madera. Mirando por entre las cortinas de la ventana, Catalina presenció la escena, suavizándose un tanto su opresión viendo el buen humor de ambos. Y, al comprobar igualmente que no había llegado en realidad “la sangre al río”, decidió comportarse como si nada hubiese venido a turbar la serenidad del día. Para mayor verismo de su fingimiento, aprovechó la entrada de Enrique y de Jeems en la vivienda para anunciarles su decisión.

Tonteur fue, pues, su huésped durante el almuerzo, justificando, con deplorable menosprecio de la exactitud histórica, y hábilmente asistido por Hepsibah, la razón de su transporte en la carreta, de los *embellecimientos* accidentales y de su rota extremidad, en completa ignorancia de que Enrique se había precipitado a explicar a su consorte los eventos cuando fue en busca del vehículo.

—La lucha cuerpo a cuerpo es el deporte de los dioses —dijo el *seigneur* a Catalina mientras ella cortaba el inmenso pastel de pavo—. Me ha apasionado desde la infancia, y por lo visto es atributo de mi familia mucho antes de que Abraham Martín ofreciera en Quebec la mejor vaca de su manada a quien lograrse tumbarle de espaldas. Es culpa mía y no de su hermano el que nos veamos ambos de esta guisa. Luchábamos limpia y caballerosamente, como puede aseverar vuestro esposo si se lo preguntáis, cuando esta maldita pata de palo mía tropezó con la pila de tocones haciéndola desmoronarse sobre nosotros con tal ímpetu que juzgo milagroso haber salido con vida del lance. Mi excelente amigo *monsieur Adams* recibió cien libras de roble verde en el pecho y en el estómago y, sus efectos por un lado, y mi invalidez con un solo soporte por el otro, nos obligaron a valernos de los servicios de la carreta. ¡Mañana, Jeems, cuando arranques tocones, no hagas las pilas tan altas!

—¿Por qué? —preguntó gravemente Catalina—. ¿Pensáis volver a ejercitaras con

Hepsibah mañana?

—Tal vez, señora, tal vez. Estoy enseñándole algo nuevo...

—¡Un cuerno! —exclamó Hepsibah reprimiéndose—. Quiero decir —prosiguió— que no será ya tan nuevo como era.

Cuando a media tarde el barón marchó hacia el señorío, equipado con un nuevo adminículo muy de su gusto, fue prometiendo volver pronto, y en compañía de Tonieta, a ser posible. Hepsibah y Jeems le acompañaron hasta las lindes de la Selva Grande, desde donde Tonteur, volviéndose, agitó el sombrero en amable saludo a Catalina y Enrique, despidiéndose de Hepsibah con un formidable manotazo en la espalda y de Jeems con un apretón de manos. Mientras las pupilas de la mujer resplandecían de gozo a la vista de tales demostraciones de amistad, el *seigneur*, olvidando la presencia de Jeems, decía a Hepsibah:

—Esperaré unos cuantos días a que se os sosiegue la cabeza, y después, si no oponéis inconveniente, os agradeceré que le deis ocasión de contrastar en ella este nuevo miembro mío. Siempre, se entiende, en el caso de quedaros deseos de competir conmigo y de que podamos encontrarnos donde *madame* Bulain ignore nuestra *rencontre*. Si por el contrario os dais por satisfecho...

—No he comenzado aún —gruñó Hepsibah—. Vuestra condenada pata de palo debió estar favorecida por los espíritus infernales con su buena suerte. Considero un insulto a mi naturaleza el verme confundido por artefacto de guerra tan bajuno, y en nuestro próximo... debate, proyecto tumbaros tan definitivamente patas arriba que lo hayáis de adoptar en lo sucesivo como vuestra postura natural.

Tonteur se internó en las profundidades de la selva riendo a carcajadas. Cuando hubo desaparecido, Hepsibah se volvió hacia Jeems.

—¡No quisiera mejor amigo que un hombre así! —exclamó—. ¡Un cascarrabias de los que a mí me encantan, muchacho, con quien pelear es puro deleite! Si hubiese más franceses como él y más de los nuestros como yo, ¡qué vida la de las fronteras!

Recordando la aventura de su sobrino, preguntó:

—¿Qué ocurrió cuando fuiste a ver a Tonieta? ¿Encontraste al joven Tache? ¿Qué dijo la damisela?

—No vi a Pablo Tache —replicó Jeems con la vista fija aún en el camino que Tonteur seguía— y Tonieta me llamó “aborrecible bestezuela inglesa”.

Contó a Hepsibah cuanto había resuelto callar a su madre, repitiendo lo que involuntariamente oyera a la puerta del señorío, con tal sosiego que habríase creído refería cuentos de otra vida o de otros tiempos.

—Nos aborrecen porque mi madre es inglesa —terminó—. *Madame* Tonteur dijo que tarde o temprano acabaríamos por degollarlos.

Pasaron unos instantes sin que Hepsibah hablase. Su semblante habíase ensombrecido adquiriendo pensativa expresión.

—Duras palabras son éstas, empleadas contra vecinos, Jeems —dijo luego—, y difíciles de aguantar si van dirigidas a seres queridos. Mas es condición de la raza

humana cuando se vuelve contra sí misma y... ¡quién sabe! ¡Tal vez esté en lo cierto! ¡Tal vez algún día los degollemos!

—¿Tan malos... son... los ingleses? —preguntó Jeems comprendiendo al punto la intención del otro.

—Sí; tan malos —asintió Hepsibah con imperceptible acento de amenaza en la voz—. Durante más de media centuria han estado buscando gargantas francesas que hendir y, similarmente, por el mismo período, los franceses han buscado las nuestras con idéntico fin. Por eso algunos de nosotros, allá en las colonias, comenzamos a hastiarnos de tan sanguinario y vil pasatiempo y preferimos llamarnos americanos^[14]. Es un juego nuevo y saludable, Jeems, que irá extendiéndose. Por idéntica razón, y porque los desaciertos de los padres son fuente a veces de orgullo en los hijos, son muchos los de la raza de tu padre que empiezan a llamarse canadienses. Si pretendes atribuir a quien corresponde el tanto de culpa de los crímenes que han ocurrido en las fronteras, verás que viene a ser seis por el uno y media docena para el otro; y los indios, que empezaron siendo bravos y honorables individuos, ávidos de nuestra amistad, se han convertido en instrumentos de esas dos endiabladas naciones llamadas Inglaterra y Francia, que han venido salpicando el mundo de sangre hasta no quedar milla por mar o por tierra libre del hedor de su discordia. Por eso, aunque sea duro de oír, no debes condenar a Tonieta por lo que ha dicho. A sus ojos tú eres una bestia descrita por su madre y por todos los franceses que los rodean. Lo que no impide que yo te anuncie la llegada de un día en el que se le aparezca la verdad con una nitidez insospechada. A vosotros, a la juventud, incumbirá la tarea de tener la gloria de este gran país en vuestras manos.

En las pupilas de Jeems ardía el ascua de un concentrado fuego, como si viese ya lo que su tío anunciaba.

—Si llegase la guerra, ¿en qué lado combatirías? —preguntó—. ¿Ayudarías a degollar a Tonteur y a los suyos?

—¡Sábelo Dios! —replicó Hepsibah, sobresaltado por lo inesperado de la pregunta—. Muchas veces me he planteado esta cuestión hallándome solo, de noche, en las selvas. Como dije antes, el pelear es vida cuando se pelea con honor y discreción. No ha existido Adams alguno que se haya rebajado hasta el crimen y el asesinato, y eso es lo que la próxima contienda vendrá a ser... hasta que su mismo horror sepulte nuestros odios y nos devuelva la razón. Contestándote como un Adams debe contestar, Jeemsey, te diré que nuestra obligación es custodiar a los seres queridos y combatir por ellos, vayan donde quieran nuestras balas —su mirada recorrió sombríamente la vasta extensión del Valle Prohibido.

Tras un breve silencio, añadió:

—No es la primera vez que me pregunto quién tiene razón en este enredo, si los franceses o los ingleses, y... no hallo respuesta adecuada, excepto que tan negros son los unos como los otros. Veinte años llevo rodando por las fronteras y pese a lo que piensen otros y a lo que la historia más adelante diga, yo conozco los hechos. He

vivido y dormido y luchado con esos hechos hasta el punto de aparecérseme la verdad tan clara como el sol. Lo que me llena de terror es la parte india de lo que se avecina y una mitad tuya es tan merecedora de censura como la otra mitad, Jeems, dado que por virtud de tu nacimiento estás igualmente integrado por las dos. Allá en las colonias emplearemos dinero, *whisky* y picardías de todas clases para encender en el indio la llama del odio contra el francés, y éste trabaja en pro del mismo y sanguinario fin valiéndose principalmente de la Palabra Divina. Si algo hay que aducir en favor de alguien, es en el de los Padres Jesuitas, que son hombres resueltos y valientes, y no es posible colocar un sermón a la misma altura que una barrica de *whisky*, aunque algunas veces sus efectos sean iguales. Una cabellera arrancada de una cabeza humana en nombre de la religión es tan sanguinolenta como la arrancada bajo la influencia de un litro de ron, y conste que no tienen la culpa los sacerdotes, que anteponen sus predicaciones a su patriotismo; pero el resultado es idéntico: un enredo insoluble, con todos los indios de la comarca prostituidos por las egoístas y criminales ambiciones de dos pueblos blancos que van a la iglesia y cantan salmos y aseguran que hay un cielo. Me es imposible contestar de otro modo a tu pregunta. Cuando llegue el momento, ambos sabremos lo que hemos de hacer.

En los días sucesivos, el espíritu de camaradería entre Jeems y su tío se robusteció. La continua asociación con un hombre cuyo conocimiento de las fronteras y de su condición pocos superaban, y que había suplido su saber con el estudio de la historia y de la política de las naciones que las dominaban, proporcionó a Jeems pasto para ideas que a cada hora que pasaba venía a desarrollar.

A su inagotable fondo de información acerca de la selva de medio continente, Hepsibah unía una amable y sencilla filosofía que llegaba acertadamente al alma de muchas cosas y plantaba en el campo de conocimientos de Jeems, cada vez más dilatado, una especie de mojones o hitos de su porvenir, que estaba resuelto a no olvidar. Para Hepsibah, la íntima proximidad de un espíritu en pleno período de desarrollo, constituía un atractivo mayor para quedarse en el Valle Prohibido que las súplicas de su hermana; y con cada nuevo día que laboraban juntos en el desmonte, cavando y soliviando, se robustecía su mutuo afecto, y su amistad se cimentaba hasta el punto de hacer olvidar al muchacho su riña con Pablo Tache y contribuir a la cicatrización de la herida causada por el convencimiento del desprecio de Tonieta. Aunque él lo ignorase, la pregunta que había formulado a su tío en los linderos de la Selva Grande y su revelación de cuanto oyera en Tonteur Manor había causado significativo efecto en el corazón de aquél, y desde entonces su amistad por el barón revestía distinto aspecto, no menos caluroso y apreciable, pero libre del individualismo que ya había acarreado dos conflictos entre ellos. Después del franco desafío, rechazado por Hepsibah, a causa de querer respetar los sentimientos de su hermana en el asunto, Tonteur, como caballeroso soldado que era, refrenó sus inclinaciones, y desde entonces los dos intrépidos veteranos se comportaron, cuando menos de momento, como hermanos. Pero Tonieta no acompañó a su padre al valle ni

Jeems abrigaba esperanzas de que lo hiciera jamás.

La tardía primavera, coincidente con la llegada de Hepsibah al hogar de Bulain, cedió paso al estío sin que traficante diera muestras del desasosiego que generalmente presagiaba su desaparición por un más o menos dilatado período en la misteriosa selva. Aquella estación era siempre causa de tormento para los habitantes de las selvas, debido a la plaga de aladas pestes que llenaban la tierra y los aires. Jeems había llegado a temerla como una indescriptible pesadilla de incomodidad y sufrimiento. Desde primeros de junio hasta mediados de agosto, era tal la invasión de mosquitos, nacidos y multiplicados en los pantanos y en las gándaras y selvas, que los animales perecían devorados y los hombres luchaban literalmente por la existencia, sahumando continuamente sus cabañas, embadurnándose la piel con grasa de cerdo y de oso y recurriendo a cuantos ardides se les ocurrían para conseguir algunos momentos de descanso por las noches. En contados días, a juicio de Jeems, un mundo que había sido un paraíso de flores, suaves aromas, maduros frutos y delicioso ambiente, se transformaba en un infierno poblado de insectos que cerraban el paso en todas direcciones, infligiendo feroces torturas al más mínimo trecho sin proteger por el fuego o el humo. La arboleda era densa y los pantanos sin desecar, los ríos y los lagos estaban sombreados por tupida vegetación y en el húmedo y putrefacto légamo de estos parajes la ponzoñosa pestilencia nacía y se elevaba en densas nubes que llegaban a veces a obscurecer la faz de la luna. Durante aquel período, un cordón defensivo de tocones y leños verdes se quemaba día y noche alrededor de la vivienda de Bulain, envolviéndola en su espesa humareda, y, fuera de aquel oasis, el laboreo de la tierra se proseguía a costa de un verdadero martirio físico, excepto cuando, bajo el ardiente sol, los insectos buscaban refugio contra su reverberación y su fuego.

Aquel verano el cuerpo de Jeems había hallado, como su mente, algo nuevo en que ocuparse, y en lugar de permanecer al amparo de los humeantes troncos se engrasó como un indio, trabajando mano a mano con su padre y su tío. La piel del traficante, curtida a consistencia de cuero por largos años de exposición, era inmune al veneno de los mosquitos y Jeems pugnó por no abandonar el campo hasta conseguirlo, aunque en días bochornosos, cuando se fraguaba una tormenta, su padre le instase para que se fuera. Hepsibah, regocijado, viendo la entereza de su juvenil compañero, en cuanto pasaron las terribles semanas de prueba, y agosto les trajo alivio, empezó a someter a Jeems a un curso de entrenamiento que, según él, haría un juego de la derrota de Tache cuando se volviesen a encontrar. Le enseñó mil tretas inherentes al manejo, carga y descarga de las armas de fuego, hasta que su discípulo consiguió meter una bala en un blanco de cuatro pulgadas, a treinta pasos, tres veces de cada cinco. Casi tan ufano sentíase Jeems de su destreza con aquellas armas como de su habilidad con el arco. Su pericia en colocar la saeta exactamente donde ponía el ojo era incesante motivo de asombro y aprobación de su tío.

Aunque ocasionalmente tenía noticias de Tonteur Manor, Jeems no subió al

señorío. Hepsibah y Enrique fueron por dos veces durante julio y agosto, y por dos veces vino el barón a compartir la comida dominical con los Bulain. Al decir del visitante, en la “casa grande” no sufrían incomodidad gracias a haber desmontado y desecado los terrenos colindantes y, por añadidura, a un recién descubierto género, traído de Quebec, con el que erigían resguardos en forma de tienda de campaña sobre los lechos. En la mansión todo era actividad, haciendo los preparativos para el éxodo de la familia entera hacia Quebec en septiembre. Tonieta entraría en el colegio del Convento de las Ursulinas y, ante la perspectiva de la brillante carrera social a que su ambiciosa madre la destinaba, consolidada con las devotas enseñanzas de las monjas, Tonteur dio en decir que si bien perdía la indomable fierecilla que adoraba, a los tres o cuatro años le devolverían una espléndida *madamita*, en condiciones de casarse con algún afortunado perillán que a buen seguro no la merecería. Jeems le escuchaba con una sensación de angustia que su apariencia desmentía. Era como si además de consumir el ascua de sus sueños hubiesen aventado hasta las cenizas; porque Tonteur, con una emoción que no se cuidaba de disimular, dio a entender que Tonieta, con tantos atractivos como hallaría en Quebec para subyugarla y retenerla, no quería pasar temporadas en la soledad del Richelieu, no tardando de fijo en tener infinitos donceles a sus plantas, y *madame* Tonteur sabría, sin género de duda, seleccionar el más ventajoso para su hija.

—¡Sois afortunado teniendo un hijo y no una hija! —comentó, dirigiéndose a Catalina—. Cuando Jeems se case traerá a su esposa a vivir aquí.

Llegó el otoño y con él un período de espléndida belleza para la selva. Jeems amaba aquellos días de áurea madurez, de las primeras escarchas, de bosques en los que los arces parecían pintados; de aire seco y balsámico, a cuyo influjo todo lo viviente parecía rejuvenecer, y en sus propias venas la sangre hervía con la excitación de infinitas promesas y esperanzas. Mas, a la sazón, con el cambio de estaciones se acentuó el peso que agobiaba su alma. Tonieta y los suyos marcharon a Quebec y una tarde, ocho días después, Hepsibah anunció gravemente que le era imposible diferir por más tiempo su partida a las lejanas fronteras de Pensilvania y del Ohío, adonde le llamaban sus ocupaciones de traficante. Catalina guardó un momento de silencio y prorrumpió luego en callado llanto. Jeems se situó donde su tío no pudiera ver claramente su semblante. La alegría de Enrique se apagó como un soplo de viento apaga una vela. Por su parte, las facciones de Hepsibah, tensas y fijas, revelaban lo hondo de su emoción. Prometió no volver a prolongar tanto tiempo sus ausencias. Regresaría en invierno, y si no regresaba, podían contarle por muerto.

Cuando Enrique se levantó de madrugada para encender la lumbre, Hepsibah hablase marchado ya. Como una sombra debió desaparecer en la quietud de la noche.

Capítulo VIII

Con mayor determinación si cabe que cuando su tío le animaba, se consagró Jeems a su trabajo y a los esfuerzos mentales con los que pretendía llegar a los valles y montañas de experiencia que se le ofrecían. Su padre se habituó a confiar en él para múltiples faenas, y Catalina, cuyos ojos de continuo descubrían algún nuevo cambio, redobló sus esfuerzos en bien de su educación.

Durante el otoño y el invierno, la granja Bulain recibió ocasionales visitas de indios nómadas sabedores de que allí podían contar siempre con víveres, calor y buena acogida. Los relatos de Hepsibah templaban la amistad de Jeems por ellos, y aunque procuraba estrechar sus relaciones con los espontáneos huéspedes, ganando su confianza y acrecentando su eficiencia en su lenguaje, los observaba alerta, al atisbo de cualquier signo revelador de los ocultos peligros contra los que su tío le había puesto en guardia. La mayoría de los indios pertenecían a tribus canadienses, y entre ellos no halló motivos de inquietud, mas cuando un Onondaga o un Oneida llegaba a la choza, notábase en su actitud una quieta y avispada cautela que, para él, equivalía a un reconocimiento por parte de aquellos visitantes, miembros de las Seis Naciones, de haber traspuesto la raya que demarcaba el campo de sus enemigos, y observó que siempre venían por aquella parte del Valle Prohibido, que, según Hepsibah había profetizado, sería futuro teatro de la bélica invasión Mohawk. Sin embargo, la visita de los salvajes no parecía de momento encubrir siniestros designios, y el mayor desarrollo de sus facultades de observación le hizo apreciar la reverencia y afecto con que trataban a sus padres, y especialmente a su madre. Con los graneros repletos hasta el techo y los silos abarrotados de productos de la tierra, Enrique poseía más de lo necesario para sí y para sus selváticos huéspedes, y Catalina no permitió jamás que rostro cobrizo alguno se volviese de su vivienda sin que llevase el peso de su generosidad sobre los hombros. Aquel espíritu de simpatía y de fraternidad causaba notable efecto entre los indios, hasta el punto de que a veces Jeems ponía en tela de juicio las sospechas de su tío, sintiéndose personalmente más de acuerdo con aquella confianza tan arraigada, que era principio básico, regulador, de su hogar.

Aquel invierno sus exploraciones le llevaron más lejos. El Capitán Pipa, el viejo Caughnawaga, solía pasar algunas de las rigurosas semanas en el vecindario de los Bulain, y con sus dos hijos “Ojos Blancos” y “Gato Grande”, Jeems llegó por vez primera a las orillas del lago Champlain. La excursión duró ocho días, planeando, para el próximo año, con sus jóvenes amigos, otra más larga, a Crown Point y a un lugar llamado Ticonderoga, donde, según se decía, los franceses erigirían un fuerte

con el tiempo. En esta aventura experimentó el verdadero escalofrío del peligro, porque “Ojos Blancos” y “Gato Grande”, jóvenes “bravos” los dos, que habían ganado ya sus galones, procedían con una cautela elocuentemente significativa.

Fiel a su palabra, Hepsibah reapareció en enero, procedente de los fuertes ingleses del lago Jorge. A los ocho días volvió a marchar en busca de una importante remesa de género que le esperaba en Albany, desde donde luego saldría a traficar entre los Oneidas, si las condiciones atmosféricas le permitían alcanzar las aguas arribeñas del río Mohawk. La visita, aunque breve, fue un placentero intermedio, viniendo a romper la monotonía del invierno de Jeems y a acrecentar el deseo, cada vez más manifiesto, de acompañar a su tío en alguno de sus viajes.

Con Tonieta y su gente lejos del señorío, no tuvo reparo en ir al Richelieu, haciendo los viajes con su padre, calzando zuecos a causa de la nieve, y en marzo, cuando cedió un poco el frío reinante, fue solo, quedándose a pasar la noche en la vivienda del intendente del barón, con cuya prole había trabado amistad. El intendente Pedro Lubeck era un aguerrido veterano por quien Tonteur sentía caluroso afecto; y por su hijo Pedro, Jeems tuvo las primeras noticias de Tonieta. Estaba en el colegio de las Ursulinas y sus padres habían tornado una elegante casa en la calle de San Luis. Según Pedro, Tonteur reiteraba en cada carta a su padre su añoranza y sus deseos de volver al Richelieu.

Pasó otra primavera, pasó otro verano, y Jeems tuvo que reconocer que combatía contra algo que le subyugaba y que tenía que dominar: un anhelo por Tonieta que al acentuarse le llenaba de acerba soledad.

Con esta sensación se confundía otra de orgullo y de resentimiento al recordar las últimas palabras de la muchacha y las de *madame* Tonteur repudiando a su madre como indigna de ser su vecina.

Antonieta permaneció dos años en Quebec sin visitar el Richelieu. Durante este tiempo, la tragedia de la dualidad de su abolengo se impuso a Jeems. Era indudable que lo inglés de su temperamento predominaba y que sus aspiraciones le impulsaban hacia el Sur y las colonias de Hepsibah Adams. Y, sin embargo, amaba con sincera pasión el lugar en que vivía, la Selva Grande, el Valle Prohibido, los kilómetros de bosque que los rodeaban hasta perderse de vista en el horizonte; aquello era Nueva Francia, la patria de su padre, no de su madre. Entre el primero y él existía mi compañerismo que nada podría romper, pero su adoración por su madre era algo distinto, como si otros lazos además de la maternidad los uniesen. Sus amistades habían aumentado en número. Aunque conocía gente en las riberas del Richelieu, no podía descartar la idea de no ser uno de ellos. Las palabras de Tonieta y su odio hacia él perduraban en su memoria y contribuían a mantener viva la impresión.

Catalina no adivinaba las sombras que se iban acumulando en su espíritu. Reconciliada ya con el rápido desenvolvimiento de la vida de su hijo, se envanecía de su desarrollo físico y moral, continuando dichosa al ver que esas cualidades de la madurez le hacían independiente de ella, convirtiéndole en un elemento de protección

y de fuerza que hasta entonces sólo había hallado en su marido. Fue el período de su vida más fructífero en esperanzas y ensueños. Las ausencias de Hepsibah eran más breves que nunca. Enrique y Jeems habían mejorado la explotación allende sus más optimistas cálculos y en el segundo año media ladera estaba ya plantada de manzanos. La energía del arroyo represado se utilizaba en un pequeño molino harinero. El tesoro principal de su hogar, sus libros, habíase acrecido notablemente con cada uno de los viajes de su hermano al Sur. No existía ni en las colonias ni en Nueva Francia madre o esposa más feliz que ella, y aquel amor a la vida y a sus frutos rejuvenecía su espíritu enorgulleciendo a Jeems y a su padre. Para ellos, Catalina era más que madre y esposa. Era prometida y camarada.

A fines de agosto, en el segundo año de su ausencia, Tonieta regresó a Tonteur Manor para un mes de vacaciones. El corazón de Jeems experimentó un irresistible anhelo, mas no fue al señorío. Pasaron los días, lentos y plúmbeos, teniendo que reprimir cien veces su impulso de visitar a Pedro Lubeck por el albur de verla aunque fuese de lejos. Pablo y su madre estaban también en la baronía y no se sintió descargado hasta enterarse más tarde de que, salvo Tonteur, a quien las faenas de la recolección retenían en el Richelieu, los demás habían tomado el camino de Quebec. Un par de semanas después de su marcha, Pedro le habló de Tonieta y de Pablo Tache. Según dijo, apenas si reconocía a la muchacha. Había ganado en estatura y hermosura. La madre de Pedro aseveraba que gran parte del cambio observado en Tonieta era obra de las monjas, mas Pedro estaba seguro de que la transformación no había sido tan honda y que la joven seguía tan dispuesta a una riña como antes, si la ocasión se presentaba. Pedro le llevaba varios años a Jeems y, además, iba a contraer matrimonio en diciembre, por lo que se juzgaba capacitado por la experiencia para alardear de un perfecto conocimiento femenino. Tache era ya un hombre y vestía como un noble. Un ciego habría visto que estaba desesperadamente enamorado de Tonieta. Mas, al decir de Pedro, distaba mucho de ver cercana la realización de sus anhelos, aun habida cuenta de la edad de Tonieta. Lejos de aparentar parcialidad alguna, hubiérase más bien dicho que su actitud hacia él era una estudiada frialdad. Cuando Jeems, sonriendo al recibir la información, aventuró su juicio de que Tonieta se casaría con Pablo en cuanto alcanzase la edad oportuna, Pedro se encogió de hombros y aseveró poseer excelentes ojos y entendederas, además de no pasar generalmente por tonto.

Las palabras de Pedro provocaron en Jeems una satisfacción que se guardó mucho de exteriorizar, y tan sólo cuando iba ya camino de la granja se llamó a capítulo a sí mismo por lo descabellado de sus ideas acerca de Tonieta. Incluso admitiendo que no mirase a Tache con el fervor que él había supuesto, Jeems seguía tan distante de ella como el sol de la tierra. Sin embargo, con el decurso del tiempo, aquel nuevo contacto con su presencia, aun no habiéndola visto, prestó decidido ímpetu a sus planes para el porvenir. Sus recuerdos y sus sueños de Tonieta le inspiraron con una fuerza que frecuentemente era más hostil que amistosa y que por

esta misma causa resultaba más imperativa en sus exigencias. Era un desafío a la par que un anhelo, algo que avivaba su amor propio, proveyendo de furtivo sustento a la rama inglesa de los dos componentes que integraban su personalidad. En ocasiones, velase a sí mismo como esplendido enemigo allí donde la suerte determinaba que pudiera ser amigo. Con su creciente madurez, dándole una más honda y más comprensiva pasión por su madre, a la par que más completa inteligencia de las nobles cualidades de su padre, se veía agotado por un conflicto de emociones que no podía revelar a ninguno de los dos, haciendo único depositario de su confianza a Hepsibah Adams. La dificultad de solventar el problema que se planteaba a Jeems era tan grande para el hermano de Catalina como lo hubiera sido para ella misma, en razón a que, ya en tan temprana época como la primavera de 1753, cuando Jeems alcanzaba los dieciséis años, era evidente para los pobladores de las colonias y de Nueva Francia la imposibilidad de evitar un próximo conflicto. No obstante la paz oficial que existía entre Inglaterra y Francia, las fuerzas de ambas naciones en América estaban al borde de una abierta hostilidad, no recatándose de instigar a los indios a una lucha exterminadora. Celoron había recibido órdenes de atacar a los ingleses en Pickawillanay, como represalia por sus actividades en Detroit. El marqués de Duquesne, nuevo gobernador de Quebec, había revistado las tropas y la milicia de Nueva Francia, destacando mil quinientos colonos franceses y canadienses para desalojar a los ingleses del alto Ohio. Por doquiera, en las indefensas fronteras, los indios incendiaban y mataban; y tan vastas sumas invertían ambos bandos en cabello humano, que innúmeros blancos habían adoptado la lucrativa profesión de cazar cabelleras^[15].

Los preparativos bélicos comenzaban a las puertas mismas del hogar de Jeems, porque todos los barones de las riberas del Richelieu instruían en el manejo de las armas a sus vasallos-arrendadores. Cuando el viento era favorable, los Bulain podían oír claramente las prácticas de mosquetería llevadas a cabo dos veces por semana en Tonteur Manor. Exento de la protección y de las leyes señoriales, Enrique no tomaba parte en las instrucciones ni Jeems tampoco, aunque Tonteur visitaba con frecuencia su casa, especialmente cuando Hepsibah hacía alguna de sus periódicas apariciones. Estaba de mejor humor que de costumbre debido, según decía, a Tonieta. Al fin y al cabo, la muchacha se parecía mucho a él, de lo que daba férvidas gracias a Dios. Tonieta añoraba el Richelieu. Sus cartas al barón no hablaban sino de su anhelo, declarando que pasados aquellos doce meses y terminada la educación quería vivir en el señorío y no en Quebec. Bastaba esa idea para alborozarle y hacerle negar la posibilidad de que las mujeres corriesen peligro en las riberas del Richelieu... en lugares fortificados. Los ingleses y sus salvajes no llegarían allende la parte de abajo del lago Champlain al estallar la guerra, y aun así, pronto se verían desalojados de allí como del lago Jorge. Pero en una granja tan aislada como la de Bulain, sin protección de ningún género, siempre había el peligro de una incursión de cazadores de cabelleras, por lo que no se cansaba de apremiar a Enrique y a Catalina para que se

estableciesen en las cercanías del señorío; pero aunque había incitado a Enrique y a Jeems a acudir a su instrucción militar, el hecho de que no correspondieran a su invitación no alteró su amistad. Comprendía lo penoso que hubiera resultado a Enrique prepararse para guerrear contra la patria de su esposa y su secreta adoración por Catalina se acrecentaba ante su valor y su fe en las dos naciones tan abocadas al una catástrofe. Le deleitaba pensar que su propia confianza era un consuelo para ella, y la sinceridad con que aceptaba sus opiniones de soldado le animaban con, el solo afán de tranquilizarla a rebasar los, a juicio de Hepsibah, prudentes límites. No le era posible adivinar lo que el corazón de Jeems encerraba, como no lo adivinaban tampoco sus padres. Hepsibah era el único que estaba en el secreto.

A principios de otoño, el traficante se llevó a Jeems consigo en una de sus visitas al fuerte inglés del lago Jorge, yendo luego desde allí a la región de Nueva York y regresando en noviembre. Encontraron a Catalina cambiada. Seguía con la misma confianza y no menos contentos en el paraíso que había contribuido a crear, mas en su vida se inmiscuía algo que aceptaba resuelta y denodadamente, incluso con orgullo. Una tarde hizo alusión a las actividades militares en las márgenes del Richelieu. Muchos jóvenes ribereños, según dijo, estaban entrenándose con sus mayores y parecía injustificable que Jeems no estuviese entre ellos. Aun aceptando que la guerra fuese cruel y censurable, el defender su hogar y su familia era un privilegio otorgado por Dios. Para substanciar su creencia de que la conflagración no los alcanzaría, citaba a Tonteur, reforzando sus palabras con su convicción de que ni Jeems ni su padre saldrían a su encuentro. Pero no estaba de más que el muchacho se preparara lo mismo que los del señorío.

La filosofía casera de Hepsibah tuvo una objeción que oponer a la sugerencia. Dijo a Catalina que próximo el día en que Jeems se viera obligado a combatir, sería preciso determinar a cuál de los dos bandos prestaría su concurso. Cuando llegase la ocasión tendría que prescindir de sentimentalismos, ya que, con el mundo dislocado a su alrededor, no le sería posible ser francés e inglés a la vez. Declaró que Enrique mismo se vería arrastrado por el torbellino, a menos que los cazadores de cabelleras se presentasen antes y solventaran el problema para todos ellos. Nadie podía predecir en qué partido se vería cuando llegase el trance, y visto que personalmente no hallaba nada tan despreciable como un traidor, era de opinión de no enseñar a Jeems las artes de la guerra bajo la bandera francesa, ya que corría el riesgo de tener luego que combatir en defensa de la inglesa. Como fronterizo, sostenía que el más acabado hombre de guerra era el “Long Rifle”^[16], habitante libre de las selvas, diestro en cien cosas más que el simple disparo de un mosquete en compañía de otros veinte. Eso era lo que Jeems debía ser. Tenía excelentes condiciones para ello, faltándole únicamente experiencia, y por lo tanto podría servir como “Long Rifle” en donde el honor y el deber le llamaran cuando fuera necesario obrar.

La discusión fue el comienzo de una nueva fase en la vida de Jeems. Puso ante él ciertas y definidas obligaciones viriles, que su misma madre reconocía, aun,

anhelando retenerle el mayor tiempo posible en su adolescencia. Durante el siguiente año, hizo varios viajes con Hepsibah, yendo a Albany, y adentrándose en Pensilvania; y al regresar a su hogar sentíase cada vez más ligado y encariñado con él.

En otoño de 1754, después de cuatro años de colegio, Tonieta volvió a Tonteur Manor.

En el mismo mes de septiembre quedó en estado cultivable el septuagésimo acre de la granja Bulain.

A lo largo del Richelieu todo era paz y contento. Había sido espléndido el año para Francia en las remotas fronteras. Washington rendíase en Fort Necessity y Vikliers triunfaba en Fort Duquesne. Mientras Inglaterra y Francia proseguían su juego hipócrita de mutua inteligencia, azuzándose secretamente entre sombras, no quedaba bandera inglesa alguna ondeando allende los Alleghanies. Las armas francesas y la diplomacia india triunfaban victoriosamente en el Ohío y en el Oeste, hasta las llanuras. Las guardias de los gobernadores reales ingleses se entregaban a sus aliados y, a despecho de su millón y medio de habitantes que oponer a los ochenta mil de Nueva Francia, Dinwiddie pedía frenéticamente auxilios a Inglaterra, y la metrópoli, en contestación, enviaba al general Braddock.

En todas las iglesias de Nueva Francia se entonaban himnos de gratitud y de triunfo por la munificencia del año, y en doble celebración de la vuelta de Tonieta y los éxitos de su patria en los campos de batalla, Tonteur planeó una recepción y una barbacoa^[17] en el señorío. Hepsibah estaba a la sazón ausente, con gran disgusto de Tonteur, que había invitado a su familia al festejo, insistiendo en que asistieran a ella so pena de perder su amistad.

Al acercarse el día, Jeems experimentaba creciente desasosiego, aunque exento de aprensión o de dudas sobre la conveniencia de ir o no ir. Ya no era el Jeems de la granja Lussan el que con sus padres emprendió el camino de la mansión con *Tijo* fielmente al lado. En enero cumpliría los dieciocho años. En sus movimientos adivinábase la sinuosa gracia y agilidad de los seres selváticos. Catalina sentíase ufana de él, de su belleza, de su apostura, de su amor a la naturaleza y a Dios y de la franca serenidad de su mirada, y no menos que ella Hepsibah Manas, que había visto desde un principio en el discípulo de su propia sangre las cualidades y el valor que consideraba inherente a todo hombre de acción.

Sin embargo, al encaminarse aquel día a la fiesta, en el corazón de Jeems había mucho del niño de antaño, aunque no se revelara en su semblante o en sus acciones; no del niño que había tirado puñados de barro, sino del mozo en gran parte moldeado por el traficante. En aquel sentido, para él Tonieta sería siempre un recuerdo vivo, la Tonieta de los tempranos días, la Tonieta a quien ofrecía presentes de la selva; la que aceptara su ofrenda en la granja Lussan. A veces se preguntaba qué suerte habría corrido la pieza de terciopelo y en una ocasión, mucho tiempo atrás, cazando en las cercanías de Lussan había excavado y revuelto media corraliza en busca del incognoscible guiñapo en que su gloria se habría convertido si, como suponía, lo

habían pisoteado en el fango durante el conflicto de aquella mañana memorable.

Anhelaba ver a Tonieta, mas en su anhelo no quedaba rastro de las aspiraciones que le oprimieron antaño. Iba a ver a una extraña, a cuya presencia estaba resuelto a no volver a imponerse jamás. No inspiraba tal resolución la falta de audacia o la incertidumbre de su propia aptitud social, ya que le sostenía un inmenso orgullo, En su sangre corría el temple y la libertad de las selvas y, detrás, el temple de Hepsibah Adams. Sabía que afrontaría a Tonieta serenamente si la casualidad los ponía cara a cara, fuese cual fuese su esplendidez. Comprendía la transformación que debía haber sufrido. Tenía quince años. Era una damita; en aquel período de la vida, cinco años representaban mucho tiempo y admitía la posibilidad de no reconocerla.

Cuando por fin la vio, una abrumadora sensación se apoderó de él.

Fue como si un ayer muy remoto renaciera, convirtiéndose en hoy; como si un cuadro reducido a cenizas por el fuego se viera milagrosamente reconstruido.

Por de pronto, era más alta. Acaso también más bella. Pero era la misma Tonieta. Sus aturdidas facultades casi resistieron el hecho que venía a romper la valla defensiva formada en torno de sus sueños y de sus castillos en el aire, como la perla se forma alrededor de una herida. Salvo que era más mujer, no pudo encontrar cambio alguno en ella. La labor de Hepsibah y la suya propia, su libertad, su valor, se disolvieron como humo al mirarla y una vez más sintióse el mismo ser inferior de antes, ofreciéndole tímidamente bayas y plumas y azúcar como propiciatorios dones con los que ganar su sonrisa. Aquélla no era una nueva Tonieta, millones de kilómetros distante de él como había supuesto, sino la Tonieta de siempre reduciéndole a esclavitud, reavivando la mortecina hoguera de sus rotos y abandonados ensueños, encendiendo semiconsumidos deseos, desafiándole, derrocándole de su pedestal de orgullo y de fortaleza y acelerando la sangre en sus venas. *¡Y aún no le había visto!*

Cuando menos, así lo creyó Jeems. Salía de la mansión con un grupo de muchachas del vecino señorío y él se hallaba en su camino con Pedro Lubeck. Éste fue quien dio un paso o dos hacia ellas. A no ser por su acción, Tonieta no se habría vuelto, pensó Jeems, Se rehizo, descubriéndose, tan frío e impávido en apariencia Como un soldado en formación, mientras su corazón latía desenfrenadamente. Para devolver el saludo a su compañero, Tonieta tuvo que afrontarle.

Su posición imposibilitaba que pudiera pasarle inadvertido. Pero en su advertimiento hubo tal lentitud, tal esfuerzo por abstenerse de mirarle, más elocuente que las palabras. Tonieta había sabido su presencia y no deseaba hablar con él.

Sí hubiera requerido ánimos, aquel incidente se los proporcionó. Al encontrarse sus miradas, inclinó la cabeza. El semblante de Tonieta estaba arrebolado, sus pupilas refulgían en tanto que en el rostro de Jeems no había más tintes que los puestos por el sol y por los vientos. Viendo su impasibilidad al apartarse para dejarla pasar hubiérase dicho que era una desconocida.

Tonieta hizo una casi imperceptible inclinación de cabeza y sus labios

pronunciaron un nombre.

A pesar de cuanto su tío decía, hay ciertos odios que no mueren nunca.

Más tarde, después del general regocijo en el prado, tuvo lugar el número más sensacional de la fiesta de Tonteur: un desfile militar de sus arrendadores y colonos, al que asistían sus esposas y sus hijos. Los invitados que se habían instruido en sus señoríos se agregaron a los hombres de Tonteur. Tan sólo Enrique Bulain y, Jeems quedaron excluidos. Enrique, sensible al caso, y deseando librar a Catalina de la desazón que pudiera causarle, había emprendido con ella el regreso media hora antes. Jeems se quedó. Era su respuesta al desprecio de Tonieta, como si quisiera darle a entender que él no formaba parte de su gente, que su mundo no estaba circunscrito a los estrechos lindes del señorío. Permaneció erguido, con el largo rifle en el cayado del brazo, consciente de la mirada de Tonieta sobre él y del invisible dardo que lanzaban sus pupilas, dardo emponzoñado con su desdén, que le causaba un escalofrío de doloroso triunfo. La oía *in mente* llamarle “aborrecible bestezuela inglesa” cobarde, objeto de desconfianza y de recelo. No experimentaba ni humillación ni dolor. Únicamente un mayor agrandamiento de lo que siempre los había separado.

Con esta impresión regresó a su hogar, y fue acrecentándose con el tiempo, trayendo aneja una creciente inquietud. La proximidad de los dominios de Tonteur al Valle Prohibido proyectaba una sombra que a veces le repelía y otras le atraía hasta que, en una u otra forma, acabó por no verse jamás libre de su influencia. Los eventos del invierno sumaron sus efectos en él; con la llegada de los primeros días de escarcha, Tonteur Manor se convirtió en un lugar lleno de vida y de alegría. Tonieta parecía estar de continuo rodeada de amistades. Venían de los señoríos enclavados en las riberas de los dos ríos, como también de Quebec y Montreal; y sus reuniones, los nocturnos saraos de la mansión, la existencia de tanta riqueza y tanta elegancia a las puertas mismas de su humilde choza, ponían ante sus ojos más vívidamente la raya que sus pensamientos no podían rebasar sin pena para su alma. El abismo entre la realidad y los ensueños de su infancia se hizo tan vasta que, al cabo de cierto tiempo, le fue imposible divisar su lado opuesto. Al acaecer este fenómeno sus ojos se volvieron en otra dirección, como atraídos por una irresistible fuerza que se hubiese propuesto imbuir más y más en su ánimo el hecho de que allá, en tierras de su madre, reinaban la igualdad, la ventura y la libertad entre hombres que la creciente sombra del señorío de Tonteur le ocultaba. Contra aquella voz de una nueva madre patria que le era extraña, se alzaba su amor por cuanto conocía, por el ambiente en que había nacido, y tan complejos se hicieron sus pensamientos por los conflictos morales, que sólo a fuerza de largos y arduos kilómetros de marcha por la selva lograba subyugar las violentas tempestades que en su interior causaban.

Confusas nuevas, atravesando la selva y llegando al más remoto rincón como los sutiles vientos, mantenían un inagotable rescoldo bajo las cenizas de esos fuegos, reavivando la llama de sus ascuas a pesar suyo. Los secretos dejaban de serlo. Los

rumores se convertían en hechos, los temores en realidades, Inglaterra y Francia seguían haciendo protestas de paz en sus potentísimas Cortes. Eran amigas a la luz del día y encarnizadas enemigas entre sus sombras, acometiéndose como vulgares malandrines. Sus víctimas, Nueva Francia y las colonias, estaban dispuestas para la inmolación. Criaturas selváticas, plásticas, animadas por la juventud, inspiradas por la fe, llenas de valor, veíanse incitadas a destruir y a acumular destrucción sobre destrucción por dos taimados rivales encanecidos por la experiencia: Inglaterra y Francia. Dos corsarios en el mar, dos bandoleros en tierra firme, hundidos hasta el cuello en el lodazal de sus propias maquinaciones e, inconscientemente, sentando los cimientos de una nación mayor que ellas mismas.

Pero Nueva Francia, con la ceguera propia de un hijo para las faltas de sus padres, amaba la corrupta corte de Luis XV considerándola aún como su patria.

Y los trece gobiernos coloniales de los ingleses, peleándose como chicos mal avenidos entre sí, dando los primeros pasos sin andaderas, apreciando la significación de la nueva palabra *Americano*, burlados por sus padres, odiados por ellos, anhelaban aún su amor, como desde el principio del mundo han anhelado amor los niños, y eran leales.

Así comenzó la tragedia. Edificando sobre la muerte, sobre la traicionada confianza, sobre el deshonor, el fraude y el despiadado crimen, las naciones americana y canadiense del porvenir.

Sin declaración de guerra, Inglaterra enviaba al general Braddock con su ejército a exterminar a los franceses y a sus indios en las selvas americanas. Y en su afán de no ser menos, la otra hipócrita, Francia, enviaba al barón Dieskau y a su ejército a segar el maduro campo de vidas coloniales.

¡Gloriosa Francia!

¡Honorable Inglaterra!

Ochenta mil franceses y más de un millón de ingleses del Nuevo Mundo repetían esas mentiras preparándose al sacrificio. Massachusetts alistó uno por cada ocho de sus habitantes masculinos. Connecticut, Nuevo Hampshire, Rhode Island, Nueva York y el resto siguieron su ejemplo.

¡Jóvenes, leales, ávidos de lucha... y odiando ferozmente a los franceses!

Entonces llegó Braddock, precediendo a Wolfe, que los calificó de “gentuza despreciable”.

Y Nueva Francia, tierra gloriosa de sol, despojada de su prosperidad por la corrupción de Luis y de la Pompadour, envió a sus propios hijos a pelear y a matar, valientes, alegres, confiados... y odiando implacablemente a los ingleses.

A ellos, en ambos bandos, se agregaron indios de cien tribus, Pieles Rojas que antaño se cubrían de gloria luchando y que ahora, rastreros, vengativos, degradados, se daban cuenta de haber hipotecado su alma a los grandes “Padres Blancos” de allende los mares, que los habían prostituido con whisky, pervertido con armas, enloquecido con odio, y que les pagaban las cabelleras humanas.

¡Noble Inglaterra!

¡Caballeresca Francia!

¡Orgullo, hidalguía, amor! En todo ello pensaba Jeems mientras el invierno se hacía primavera y la primavera se convertía en verano. Tan sólo el amor le impedía ceder a las tentaciones que le asaltaban; el amor por su madre, cuya felicidad marcaba el principio y el fin de todos los actos de los suyos. Y en aquella hora, cuando tres de cada cuatro hombres aptos para combatir en el Richelieu se disponían a unirse a Dieskau, cuando la mayoría de sus amistades del señorío de Tonteur había ya ido a combatir contra Braddock, cuando las selvas temblaban con el sigiloso paso de los pintarrajeados salvajes y cuando el francés que no respondía a la llamada de su nación dejaba de ser francés, Jeems observó que la tensión impuesta por las circunstancias a su padre era más dura de soportar que la suya propia. Porque Enrique, no obstante su adoración por Catalina, era de Nueva Francia en el fondo del corazón, y ahora, cuando otros hombres formaban con sus cuerpos barrera contra sus enemigos, su propio afán de hacer el sacrificio era tan vivo que ponía a prueba toda la fortaleza de su voluntad el reprimirlo. En sus años de compañerismo, Jeems, y su padre no se habían hallado nunca tan juntos como durante aquellas semanas de tensión.

Casi tan doloroso como la punzada de una herida fue el momento en que Dieskau llegó al Richelieu con un cuerpo de tres mil quinientos hombres, haciendo para siempre histórico el señorío de Tonteur al acampar en él para pasar la noche.

Al enterarse de su llegada, Catalina había dicho:

—Si vuestros corazones os dicen que es justo, *id con ellos*.

Mas se quedaron. Para Enrique fue una lucha mayor que aquella en que murió Dieskau; mayor que aquella en que Braddock perdió la vida. Para Jeems fue menos el tormento que la misteriosa avidez de la juventud de marchar al compás del entorchocar de las armas. Para Catalina fue el infierno de su vida; un conflicto de sombras e incertidumbres en su alma, que cedió ante las noticias que llegaron con rapidez de torbellino a la comarca.

¡Dios hablase puesto del lado de Nueva Francia! ¡Braddock y sus invasores ingleses estaban aniquilados!

Era el triunfo más completo que habían conocido las armas francesas en el Nuevo Mundo, y Dieskau, el gran barón alemán al servicio de Francia, se dirigió al Sur, para, caer sobre sir Guillermo Johnson, sus coloniales e indios, proyectando no detenerse hasta haberlos empujado a las puertas mismas de Albany.

Con él iban seiscientos ochenta y cuatro de los leales que comenzaban a llamarse *Canadienses*.

Tonteur fue a caballo a dar la noticia a Bulain. Recordó a Catalina su profecía de que los ingleses no pondrían jamás la planta en su paraíso. Ahora quedaba la cuestión resuelta para muchos años, porque Dieskau barrería hasta el último de sus enemigos de la región de Champlain, tan completamente como su escoba nueva barría su casa.

Insistió en estrechar una docena de veces la mano de Hepsibah, que acompañaba a los Bulain aquel verano, repitiendo su afecto personal y aseverando que entre ambos no cabían malas voluntades; mas era sincero en su declaración de abrigar un gran rencor, contra los invasores ingleses. Había enviado casi cuantos colonos tenía al campo de batalla y tan sólo su pata de palo le incapacitaba para unirse a Dieskau.

¡Hasta Tonieta había querido ir!

Esto trajo a su mente un importante asunto. Tonieta le había confiado una carta para Jeems. En el ardor de, su propia excitación hablase olvidado de ella. Probablemente era una invitación para acudir al señorío. Con frecuencia había dicho a la muchacha que debiera estrechar su amistad con Jeems.

Este tomó la carta, llevándosela consigo. Era el primer signo de reconocimiento desde el día de la fiesta. No la había visto, procurando, además, no pensar en ella.

Con implacable frialdad y concisión le llamaba renegado y cobarde.

Una tarde de septiembre, algunos días después, Jeems contemplaba a su tío alejarse por los escarchados bosques del Valle Prohibido. Parecíale que los celos de Hepsibah y su vigilancia del Valle habíanse acrecentado con las noticias de los triunfos de los franceses en el Sur, que de tan positivo modo consolidaban su seguridad. Ayer mismo, Tonteur había traído las más recientes nuevas de Dieskau. El alemán estaba a punto de batir a sir Guillermo Johnson y su cohorte de coloniales y de indios cuando el mensajero abandonaba el campo, Para entonces era lo más probable que ya hubiese ocurrido, pensó Jeems. Y, sin embargo, su tío se internaba en el Valle Prohibido con una expresión en el semblante que le intrigaba.

Con la marcha de Hepsibah, un extraño desasosiego pareció apoderarse de *Tijo*. Los años comenzaban a notarse en el perro. Había rebasado la época de espléndida madurez y fortaleza y los pelos del hocico empezaban a grisear. Estaba más flaco, más cenceño, más erizado que nunca. Su cojera era más patente y habían cambiado algunas de sus costumbres. Ya no sentía la antigua impaciencia por las prolongadas e incansables correrías en la selva. Le gustaba más la caricia del sol. Se contentaba con observar la vida con Jeems en vez de perseguirla. No era viejo, mas tampoco era ya joven. Con el paso del tiempo, que le iba acercando lentamente al reino de las sombras, venía una mayor sagacidad, más agudos instintos, más sutiles percepciones, aun cuando no veía tan lejos ni tan claro. Pero quedaba algo que seguía provocando en él la intensa ferocidad de su juventud. El rastro indio. Infaliblemente prevenía a Jeems cuando se acercaba alguno de sus selváticos visitantes, con frecuencia varios minutos antes de su aparición, y no se cansaba nunca de vigilar el Valle Prohibido. Al amanecer se situaba frente a él. A mediodía dejábase ganar por el sopor, mas siempre frente al Valle, y con el crepúsculo husmeaba sus aromas. Pero no iba jamás a él salvo acompañando a Enrique o a Jeems.

En el transcurso de la mañana, el desasosiego de *Tijo* comenzó a reflejarse en

Jeems. Este, poco después de las doce, abandonó su trabajo diciendo a su madre que iba en dirección a la granja Lussan. Catalina le acompañó a través del huerto y por la ladera. Jamás le había parecido tan bella a Jeems. La gloria del día, su cálido cielo azul, las verdes selvas, los áureos manchones de sol sobre la tierra, todo parecía formar parte de ella. Su padre tenía razón...: aquella madre suya no dejaría nunca de ser joven. Desde la meseta que dominaba el huerto y la granja Bulain llamaron a Enrique, que trabajaba plantío de nabos, y le saludaron con la mano. Jeems permaneció unos instantes con el brazo echado sobre el hombro de su madre. Luego la besó, y Catalina le siguió con la vista mientras desaparecía por la Selva Grande.

Ni el muchacho ni *Tijo* experimentaban deseos de cazar. Inexplicables impulsos atenazaban a los dos. La inquietud de *Tijo* era distinta de la de su amo. Dondequiera que Jeems se detenía, el perro husmeaba el rastro de su paso, afrontando el Valle Prohibido con actitud recelosa e indecisa. Jeems observaba la enigmática conducta de su compañero. *Tijo* no le daba señales de presencia india. Era como si algo, sin forma ni substancia, algo desconcertante e ininteligible *ocurriese detrás de ellos*. La reacción de Jeems fue seguir adelante. Sin razón ni propósito, excepto que la inquietud de su ánimo lo requería, se encaminó a la granja Lussan. El ambiente era seco. Las hojas caídas crujían bajo sus plantas. Desde la cumbre de los oteros veía un panorama multicolor, rojo, dorado, gualdo y pardo. Involuntariamente dio en otear desde cada uno de aquellos altozanos hacia la vasta región que se extendía entre él y el lago Champlain y el lago Jorge, donde tantas cosas estaban ocurriendo. Era un día trémulo de promesas y atracciones, apto para agitar más intensamente y con salvaje insistencia las ansias que de antiguo ardían en su pecho. Allá era donde quería estar, donde dramas como los que había oído, sin presenciarlos nunca, se desarrollaban, donde los hombres combatían y donde la caballerosidad y el valor, de que él había soñado formar parte, se cubrían de triunfos y de gloria en la historia del mundo. Y allá era donde hubiera debido estar.

Llegaron a la granja, a quince kilómetros de su hogar. Desde la partida de Lussan el lugar estaba abandonado y en cinco años la selva había vuelto a reclamar buena parte de lo que el hombre le había arrebatado. El gran abertal, donde se reuniera el vecindario, y donde Tonieta y Pablo Tache habían hecho su entrada triunfal, aparecía cubierto de zumaques y moreras. Alta hierba, rodeaba la casa. Los jardines eran una enmarañada confusión de matojos y zarzas. Algunos rosales pugnaban por sobrevivir a la inundación y un solitario girasol se alzaba de cara al sol poniente. Los erizos habían roído las puertas de la vivienda. Ventanas sin postigos abríanse a los vientos. La vereda que llevaba al granero era una inmensa masa de verdura y a su final el granero mismo desaparecía poco a poco. Un árbol, al caer, había hundido su techumbre, la hiedra trepaba por sus desmoronados cimientos y a su alrededor todo eran sombras. La corraliza aparecía llena de cardos y verdolagas. Su valla se había venido a tierra en varios trechos.

Jeems permaneció inmóvil en el mismo lugar donde peleara con Tache.

Misteriosos murmullos parecían elevarse en la misma quietud despertando una dolorosa sensación de soledad en su corazón, como si aquella ruina fuese todo lo que quedaba de sus esperanzas y de sus ambiciones. Luego experimentó un sentimiento de temor, casi de miedo. Volvió al edificio y al abertal en donde mucho antes tuviera tan cerca a Tonieta con toda su adorable belleza.

Se había puesto el sol y la penumbra se adueñaba de la tierra cuando por fin se arrancó a los espectros que poblaban la granja Lussan. La noche no podía añadir gran cosa a su melancolía.

Como ansioso de llegar pronto, *Tijo* gruñó varias veces, demostrando su impaciencia por la lentitud de su amo. Jeems no se apresuraba. Descolgó el arco, única arma que poseía, llevándolo a punto en la mano. Mas, aunque *Tijo* hubiese dado indicación de algún peligro, no le había concedido importancia. El peligro estaba a muchos kilómetros de allá, con Dieskau y su gente. Ni vendría más cerca, ni tendría él ocasión de afrontarlo. A ojos de Tonieta sería siempre un renegado y un cobarde.

La noche se hizo más densa. Apuntaron las estrellas. Al escalar el más alto de los cerros, las sombras los envolvieron. Desde allí podían dominar los altozanos y los bosques intermedios.

Desde aquel cerro, distante seis kilómetros de la granja Bulain, habían contemplado muchas veces un sorprendente mundo. En todas direcciones menos en una, sus ojos podían abarcar incontables kilómetros de terreno despoblado hasta un horizonte que parecía juntarse con el cielo. Mas en un pinito, desde donde, el señorío de Tonteur habría sido visible, los árboles nacían tan tupidos y talludos que cerraban la vista.

Y porque desde aquel cerro era posible ver, por encima de la Selva Grande, que resguardaba su granja de los vientos norteños, Jeems y su padre le llamaban “*Home mountain*” (la montaña de casa).

Al escalarlo, *Tijo* gruñó nuevamente, precediendo a Jeems, y cuando ganó su cumbre, su gruñido se trocó en aullido, tan hosco y apagado que tal vez no se habría oído desde el pie del cerro.

Jeems se acercó a él, deteniéndose.

Por un instante, en su pecho dejó de latir el corazón... una quietud que fue como la muerte, un choque de muerte, un horror que sólo podía sentirse al contacto de la muerte.

Alzándose del más lejano sector del bosque, por donde Hepsibah habíase marchado aquella mañana, se divisaba el resplandor del incendio, y más cerca, sobre el borde del Valle Prohibido, el firmamento tenía aún rojizo fulgor de llamas. Aquel fulgor no procedía de un fuego de la selva, no era la antorcha de troncos encendidos, ni la conflagración de la maleza seca reflejándose en un cielo sin luna. Era una columna de luz desparramándose al alzarse, convirtiéndose en una radiación escarlata bajo las nubes, adquiriendo en sus bordes tonalidades plateadas, o de oro y sangre.

¡Su hogar estaba ardiendo!

Con el grito que subió a sus labios, acudieron a su mente las últimas palabras de Hepsibah, aquella mañana: *Si cuando yo esté ausente ves algún día un incendio iluminar el cielo por la noche, o una humareda ennegrecerlo de día, corre con tus padres al señorío con la mayor celeridad, porque significará que mi mano ha escrito un mensaje para ti en los cielos y que un peligro de muerte os amenaza.*

Capítulo IX

Fijos los ojos en el rojizo cielo, Jeems quedó por un instante paralizado. La incertidumbre podía haber aliviado los pensamientos que se agolpaban en su mente, mas durante aquel momento de inmovilidad toda incertidumbre se hizo imposible. Su casa estaba allí para cuidar de su madre, un nuevo hogar podía edificarse, el mundo no se acababa porque una casa ardiese. Pero... veíanse dos incendios... y el más lejano, reflejándose más tenue, aunque más sombrío en el cielo, le aterraba. Era Hepsibah, hablando con él a través de la noche.

La terrible sensación que le abrumaba se disipó, y al recuperar la facultad de acción vio a *Tijo*, de cara al iluminado cielo, dando con todos y cada uno de los músculos de su cuerpo, con toda la expresión de que su rígida estructura era capaz, la muestra de una presencia india. Nunca, hasta entonces, había inspirado terror el aviso.

Echó a correr cerro abajo. Las zarzas azotaban su rostro y de entre las sombras parecían surgir largos tentáculos para retenerle. Cuando llegó a la gándara aceleró aún más el paso, y tan sombrías eran las paredes de la selva, que ocultaban el resplandor del cielo. Plateados hilos de luz de las estrellas iluminaban su camino, y cruzaban charcos y manchones y claros bañados por esa claridad que le envolvía como inconsútil tela de araña. No consiguió alcanzar a *Tijo*. Como dos sombras, siguiendo la una muy de cerca a la otra, corrieron hasta que Jeems comenzó a jadear y tuvo que acortar el paso. *Tijo* amoldó el suyo al del amo. Escalaron un cerro más pequeño y otra vez se hizo visible el resplandor. En la bóveda celeste se iba atenuando, palideciendo contra el vasto arco de la Vía Láctea.

Reanudaron su carrera, y una luz de esperanza comenzó a fulgir en el cerebro de Jeems. Se asió a aquel rayo de luz que hendía las tinieblas del choque moral y del pánico, sacando a su influjo fuerzas de flaqueza. Daba tuerza y vida a los argumentos con que pretendía repeler la tragedia. Su hogar estaba ardiendo. Mas... debía ser un accidente, nada digno de causarle aquel terror. El otro incendio... allá en el Valle Prohibido... no era sino una coincidencia, probablemente una conflagración provocada por algún indio o por la pipa de un blanco despreocupado. Los bosques estaban muy secos; el suelo, cubierto de hojas y agujas de pino caídas, sacas como yesca, material ideal para que en él hiciera presas la chispa de un acero, una brizna de tabaco encendido, el taco humeante de un fusil... ¡Los incendios de la selva jamás le habían causado tal pánico!

Volvió a detenerse para tomar aliento y *Tijo* se detuvo con él. La luz de las estrellas los bañaba, tensos, alerta, fijos los ojos, y fue el perro el que obtuvo el

mayor triunfo. Su cenceño cuerpo temblaba por la reprimenda emoción, la inquietud, la furia que se apoderaba de él al olfatear la mortífera ponzoña... El olor indio. Su pelambreira se había erizado; sus ojos relampagueaban; sus poderosas mandíbulas entreabiertas babeaban como si fuese hambre y no odio lo que le impulsara. Jeems pugnó por no dar crédito a lo evidente, diciéndose a sí mismo que, aun en el caso de haber indios en el vecindario, serían amigos ansiosos por contribuir a salvar lo mas posible incendio.

Un tenue céfiro agitaba las copas de los árboles, desprendiéndose de sus ramas las hojas secas, como si manos invisibles las sacudieran. Después cesaron los crujidos y el murmullo, y las sombras envolvieron la tierra como un sólido manto. En el silencio, Jeems oyó un sonido que dominaba los latidos de su corazón, un sonido lejano, indefinible, tan apagado que la trisca de las hojas lo había cubierto, y como si hubiese conseguido su propósito dejándose oír, el viento empezó a jugar de nuevo con los robles.

Jeems había oído.

Había oído disparos de armas de fuego.

Salvando los cerros y la selva, el sonido llegaba hasta él procedente del señorío de Tonteur. No esperó a que los robles callasen. *Tijo* tomó la delantera en desenfrenado galope por la selva grande. Sus pies parecían sobrecargados de plomo. ¡Se había excedido! Tuvo que detenerse, recostándose contra un árbol, con el perro gruñendo sordamente a sus pies. Ya no intentaba comprobar o refutar eventos. Con los disparos había ocurrido una catástrofe en sus ideas. A sus esperanzas, a sus temores, se sobrepuso un solo y único anhelo: llegar cuanto antes adonde estaban sus padres.

Al llegar al linde de la selva su esfuerzo le había agotado. No hubiera podido correr más sin caer. Ante ellos estaba la vertiente alfombrada de plata por las estrellas, y en su falda, lo que había sido un hogar.

No aumentó ni agravó su terrible choque el ver que era una rojiza masa informe, un montón de ascuas ardiendo, cuyas llamaradas se alzaban perezosamente, perdida su furia primitiva. Subconscientemente lo esperaba. El granero era asimismo una pira de brasas y lo que quedaba de las edificaciones contiguas resplandecía como restos de antorchas plantadas en la tierra. Todo había desaparecido. Y aun esto mismo no era el factor más importante de cuantos comenzaron a imponerse a un juicio que tanto había luchado por no perder. Era la quietud, la falta de vida, de movimiento, de sonido, lo que le pasmó primero y le agobió después con abrumadora y paralizante fuerza. El fuego iluminaba la gándara. Veía claramente los peñascos del hontanar, las veredas por entre los jardines, las pajareras en los más próximos robles, El molino. Un macizo de girasoles similares a esbeltas ninfas. Detalles, nítidamente iluminados, como el pequeño montón de manzanas que su madre y él habían recogido un par de días antes. Mas no podía divisar nada procedente de la destruida vivienda. No podía ver ni a sus padres ni a Hepsibah Adams.

Hasta el corazón de *Tijo* pareció partirse en aquellos momentos. De sus fauces

salió un aullido que más bien fue un lamento. Estaba semiavergonzado, perdida ya su actitud vengativa y salvaje. Pero Jeems no le vio Intentaba hallar fuerza para gritar el nombre de su madre. Tenía los labios secos y la garganta se negaba a responder. El silencio era terrible. El crepitar de una rama pareció un disparo de fusil. Oía claramente el agua del arroyo chapoteando contra las piedras, cerca del molino. En la selva un búho graznó sorprendido por el resplandor. Pero no se oía voz humana alguna.

El miedo, la repulsión física de la carne y de los nervios al peligro, le había abandonado por completo. No le impelía más idea que la de sus padres, el misterio de su silencio, su deseo de gritar llamándolos y oír sus voces en respuesta. Si había un ser espiritual despierto en él, fue quien le selló los labios. Desde luego, no fue el temor. Ni por un instante se le ocurrió tender el arco que llevaba en la mano, al emprender el descenso por la ladera con inseguro y vacilante paso. Lo que hallase a su pie no podía alterarse o remediarse con un dardo. No se recató en las sombras. No buscaba nada ni a nadie. Anhelaba tan sólo hallar a sus padres.

Inopinadamente dio con su padre. Enrique yacía en tierra, cerca de uno de los rosales de Catalina, como si durmiese. Pero estaba muerto, de cara al cielo. El rojizo resplandor del fuego le iluminaba a intervalos, ora acrecentándose, ora menguando, a compás de la combustión, como las inciertas notas de una inaudible música.

Tan suavemente como la luz, sin un sollozo ni un grito, Jeems se arrodilló a su lado.

Fue extraño que en aquel momento recobrase la facultad de hablar cuando cosas de menor monta que la muerte le habían privado antes de ella. No había nada de histerismo en su voz. Sus oídos la oyeron confusamente como si procediese de un extraño. Pronunció el nombre de su padre, consciente de que los exangües labios no enunciarían respuesta alguna. Lo repitió sosegadamente con la misma calma con que sus manos acariciaban la inerte forma. La muerte, al acercarse embotando los sentidos y corriendo un áureo velo de alivio sobre el dolor, trae consigo un gran sosiego; y éste, esa mental inercia de la muerte, sin su presencia física, fue lo que se apoderó de Jeems.

La pálida luz estelar lo iluminaba todo; el cadáver tenía, contraídos en horrible mueca sus blancos labios, crispadas las manos, al aire el descarnado cráneo, ensangrentado por el cuchillo del cazador de cabelleras. Jeems se desplomó sobre sí mismo. Acaso pronunciase algunas palabras, acaso sollozase; aquel estado semejante al de la muerte en el que se sumía, le ocultaba piadosamente a sí mismo. Permaneció junto al cadáver, tan inmóvil como él y tan callado, *Tijo* se agazapó cerca y luego, poco a poco, llegó junto al muerto, hociqueando las yertas manos, lamiendo el rostro de Jeems, apoyado contra el hombro de su padre. Después el animal recobró su rigidez mirando a diestro y siniestro con pupilas que eran ascuas de fuego. Olfateaba la muerte en el aire. La oía en el lúgubre murmullo de las hojas de los robles. La simulaban las sombras danzarinas del fuego. Un halcón nocturno revoloteando sobre

la hoguera la llevaba en las alas. La quietud estaba impregnada de ella. Por fin, irresistiblemente impelido a contestar al espíritu de la muerte, *Tijo* se sentó y aulló largamente. No fue el aullido familiar de *Tijo*, como tampoco la voz de Jeems fue la que habló momentos antes a su padre. Fue un sonido fantasmagórico que pareció acallar hasta los murmullos de las hojas, un grito ultraterrenal y escalofriante que repercutió en el claro.

El aullido sacó a Jeems del abismo en que se había sumido. Levantando la cabeza vio de nuevo a su padre, se incorporó tambaleándose, y empezó la trágica busca. Cerca, junto a un montón de manzanas, halló a su madre. Ella también yacía de cara al cielo, desparramado por el suelo el escaso resto de su cabellera, perdida su gloriosa belleza. La incierta claridad, acariciándola dulcemente, reveló a su hijo el horror de sus últimos momentos. Allí, sobre su cuerpo, el corazón de Jeems se hizo pedazos. *Tijo* vigilaba fielmente, presenciando un dolor que encogía su alma de animal. Luego, silencio. Los encendidos troncos fueron consumiéndose durante largas horas, hasta quedar reducidos a enormes masas de mortecinas ascuas. De la Selva Grande sopló un viento que gemía tétrico. La Vía Láctea comenzó a perder su nitidez de contorno, se acentuó la obscuridad que precede al nuevo día y después amaneció.

Jeems se puso en pie, afrontando su mundo en ruinas. Ya no era un muchacho, sino algo viviente, envejecido por la eternidad que acababa de pasar, *Tijo* fue quien le precedió en su busca de Hepsibah Adams. Iba como si estuviese medio ciego y, sin embargo, lo rastreaba todo. Halló el trecho de hierba pisoteada, la tierra del hontanar apisonada por múltiples abarcas de gamuza, un hacha de combate perdida en la noche *con un nombre inglés* grabado en el astil. Mas no halló a su tío.

Al alborear el día, cuando en la enramada comenzaban a trinar los pájaros y las ardillas saltaban de rama en rama, emprendió el camino de Tonteur Manor.

Llevaba el hacha oprimiendo su astil con tal violencia que hubiérase dicho que la madera representaba una vida que podía escapársele. El arma dio nacimiento a una lenta y terrible idea, una idea tan fuerte como una cadena. Parecía como si aquella hacha, con su breve mango de castaño, su desgastada hoja de hierro, y su disforme peto, a juzgar por la tenacidad con que la retenía, fuese de carne y hueso, capaz de padecer o de infligir dolor. Pero Jeems no veía ni el hierro ni la madera. Veía únicamente el nombre, que le decía que los ingleses habían acompañado a los indios, o cuando menos que, como tantas veces predijo su tío, los habían enviado. Los ingleses. No los franceses. *Los ingleses*.

Y oprimía el hacha como si fuese una garganta inglesa. Aunque... no pensaba en eso. La parte de sí mismo consciente del acto obraba ajena a las facultades que le hacían ver y caminar. Sus ideas estaban aprisionadas entre pétreas paredes, contra las que se agolpaban atropelladamente, siempre las mismas, siempre diciéndole iguales cosas, hasta que su reiteración constituyó un zumbido en su cerebro. Su madre estaba muerta... allá en la vega. Su padre, muerto también; manos indias blandiendo hachas inglesas les habían arrebatado la vida, y él... él debía prevenir a Tonteur.

Cuanto ocurría era una especie de irreal penumbra por la que atravesaba, una grotesca pesadilla inconcebible. El sol naciente no disipó esa ilusión que aparecía y desaparecía en su mente como oleadas alternativas de luz y obscuridad. El nuevo día, con su calor y su belleza, con las incontables aves congregándose para su vuelo al Sur, el alegre cloqueo de los gansos bajo los castaños y el suave azul del cielo, lo acrecentaban. En ocasiones, sentía impulsos de gritar la absurda imposibilidad de lo ocurrido, faltándole poco para creer que sus ojos le habían engañado.

Pasado un tiempo, el efecto de los trágicos sucesos comenzó a ceder ante el progreso de otras fuerzas interiores, las salvadoras fuerzas que se interponen entre la locura y la razón, la histeria y la cordura. Al llegar a la Peña de las Ardillas se detuvo mirando hacia el Valle Prohibido. Con sus colores otoñales era más que nunca un soberbio tapiz oriental salpicado de lagos que rutilaban amistosos. No podía divisar por parte alguna señales de invasión o de hostilidad. El parloteo de las ardillas llegaba hasta él. Dos águilas, que conocía desde su niñez, se destacaban en el firmamento. Su cerebro se esclareció, dándose cuenta de que recuperaba en parte las perdidas fuerzas. Habló a *Tijo*, y el perro se estrechó contra sus rodillas mirándole con una expresión que también él había tenido aletargada o embotada un tiempo. El valor renació en ambos. Cuando las desvió del valle, las pupilas de Jeems brillaban con diferente fulgor.

Su facultad de pensar, paralizada, quebrantada hasta entonces, revivió con una llama que ardía ferozmente, aunque sin dar calor o excitación a su cuerpo. Lo único que cambió fueron los ojos, convirtiéndose en los de un salvaje, de acerada dureza, sin profundidad en que poder leerse sus emociones. El rostro lívido e inexpresivo, surcado de líneas fijas e invariables como esculpidas en piedra. Volvió a mirar el hacha y *Tijo* oyó el suspiro que se escapó de sus labios. El hacha era una voz que le decía algo, algo terrible, pareciendo, además, regocijarse con la historia. Aclaraba su mente imprimiendo en él la urgencia de ser cauto. Sin embargo, no obedeció al punto porque cuanto le rodeaba hacía inútil toda consideración de seguridad personal, no tanto por su valor, cuanto por sentirse embotado contra el miedo. Al acercarse a Tonteur Manor, el instinto de conservación se despertó en él, no haciéndole acortar el paso ni abandonar el sendero, sino aguzando sus sentidos, preparándose inconscientemente para el acto físico de la venganza.

Su primera obligación para el cumplimiento de este acto era llegar al señorío. Tonteur contaba aún con algunos hombres que no se habían alistado en las filas de Dieskau, y al recordar los disparos de fusilería oídos, Jeems conjuraba el cuadro en su mente los asesinos de sus padres habíanse desviado al este del Valle Prohibido; y el *seigneur*, prevenido por el incendio provocado por Hepsibah, los había recibido a tiros, Tenía fe en Tonteur y lo que debía ocurrir en las gándaras le parecía indudable. Hasta entonces la suerte que había corrido Hepsibah resultaba indiscutible. Las hachas inglesas le habían alcanzado Dios sabe dónde, pues, de no ser así, hubiera comparecido durante la interminable noche cuando él y *Tijo* velaban a sus muertos.

Ahora, una nueva y apenas esbozada esperanza comenzó a formarse al llegar al cerro de Tonteur, una idea acaso irrazonable de que algo hubiese empujado a su tío hacia el Richelieu; una esperanza de que, luego de encender su fuego, Hepsibah hubiese corrido hacia la mansión, confiando hallar en ella a los suyos. Su padre debió de ver el aviso de Hepsibah a través del Valle Prohibido y, resistiéndose a creer lo que anunciaba, se quedaría esperando al ángel de la muerte que caía sobre él con las sombras de la noche.

Dentro de unos instantes vería tal vez a Hepsibah camino del cerro...

Hepsibah y el barón... y hombres armados...

Hasta *Tijo* parecía esperarle, mientras corrían por el último claro, entre los robles, escalando el collado de castaños. Las perdices frecuentaban aquel lugar hasta muy entrada la mañana y una bandada se alzó ante ellos con su ruidoso batir de alas. En la ribera del Richelieu crecían los abetos, cuyas hojas caídas formaban tan abundante alfombra que les llegaba a las rodillas. Allende aquel lugar había un denso matorral de zumaques rojos, cortado por una vereda que conducía a la cresta del cerro, donde siempre se detenían a descansar para contemplar las tierras maravillosas, regalo del rey de Francia a su esforzado vasallo Tonteur.

Jeems desembocó en aquel punto, y la chispa de esperanza que habíase encendido en su pecho quedó convertida en súbita obscuridad. Tonteur Manor ya no existía.

Una neblina baja e impalpable cubría la hondonada, como un veló tendido sobre la desnudez de lo que había ocurrido; algo que no carecía totalmente de belleza, una cortina multicolor de finísima contextura, de pungente humo derivando al sol, un extraño y lento tejido de espirales blancuzcas que se elevaban y que indicaban el sitio en donde se levantara el edificio del señorío de Tonteur.

La mansión señorial había desaparecido, lo mismo que la aspillerada iglesia y las viviendas de los colonos allende los prados y la vega. Lo único aún en pie era el molino de piedra, con las enormes aspas girando lentamente con un chirrido que le llegaba atenuado por la distancia. Era lo único que interrumpía aquella quietud.

Mirando hacia abajo, Jeems vio en el movedizo velo de humo una mortaja que cubría la muerte. Por vez primera olvidó a sus padres y pensó en alguien a quien antaño conociera y amara: en Antonieta.

Capítulo X

Escondido entre los rojos zumaques, Jeems permaneció varios minutos con los ojos fijos en la escena de ruina del valle. La intensidad misma de su propia tragedia le impedía sentir un nuevo choque. Lo ocurrido era de una enormidad que le abrumaba; pero sin embotar su razón ni paralizar sus facultades como la otra. Aquí finalizaban sus esperanzas, y su ánimo, haciéndose cargo de los hechos, a medida que la fúnebre mortaja del valle se los iba revelando, separaba con aguda perspicacia la penumbra mental que había obscurecido su visión. Lo que de su mundo podía quedar en pie se había derrumbado, y, con ello, Tonieta.

Bajo el tenue velo de humo a través del cual trataba de reconocer la hondonada, no se vislumbraba signo de vida ni movimiento alguno, salvo el de las aspas del molino. El extenso predio lindante con el río estaba desierto. Ganado, caballos y reses habían desaparecido. En cuanto su vista podía abarcar, el vacío era absoluto, la muerte había pasado tan rápida como eficaz en su obra, y no quedaba siquiera un enemigo que pudiera regocijarse en contemplarla.

Lo mismo que en los linderos de la Selva Grande buscó ávidamente alguna figura que pudiera ser su madre, buscaba ahora otra que pudiera ser de Tonieta, mas en su pecho ya no había igual esperanza ni tampoco igual temor. Tonieta había muerto, despojada de su belleza y de su vida como su madre. Un furor se apoderó de él, tan potente en sus efectos como el color carmesí que resplandecía en torno suyo en las plantas; un furor que se fue acrecentando en su pecho desde el momento en que se arrodillara junto al cadáver de su padre; que había pugnado por desbordar su dolor al hallar a su madre; que le había llenado de indeterminada furia mientras cubría sus rostros al amanecer. Ahora comprendía por qué empuñaba tan fuertemente el hacha inglesa. Ansiaba matar. Era en él una sensación terrible, totalmente desprovisto de excitación. No le comunicaba deseos de gritar un desafío ni de arrojarse temerariamente contra algo. La pasión que le abrasaba, consumiendo su sangre y dejando en sosiego su carne, era algo cuyo objetivo vengador no enfocaba a un individuo o a un grupo de individuos. No analizó la filosofía o la sinrazón del caso, pero sus ojos se volvieron al humeante valle del Richelieu, al Sur, donde el Champlain rielaba bajo el sol, y la mano que asía el hacha tembló con un nuevo anhelo por la vida y la sangre de un pueblo al que desde aquel momento odiaba.

Vagamente se dio cuenta del chirrido del molino, al bajar del valle. No experimentaba temor ni necesidad de recatarse o disimular sus movimientos. La muerte no pensaría ciertamente en volver a desolación tan completa. Pero el molino, al acercarse, ponía en la quietud una nota que parecía imponerse con extraña

persistencia sobre la soledad, como llamando a alguien. De un artilugio de madera y hierro, necesitado de engrase, se convirtió en una voz que imperiosamente demandaba su atención. De pronto, creyó adivinar lo que decía... *abhorrecible... bestezuela inglesa... bestezuela inglesa...* repitiendo las palabras hasta convertirse en un ritmo sin solución de continuidad en su monotonía, excepto cuando una ráfaga de viento aceleraba su giro. Fue como si le hubiese robado un pensamiento del cerebro. Él era la bestia inglesa, como *madame* Tonteur había predicho. Tonieta había tenido razón. Monstruos de blanca piel y de su propia sangre habían destacado a sus asesinos para demostrarlo, y él, como solitario espectro, era el único que quedaba para verlo. El molino lo sabía, y en aquellos momentos de quietud adquiría el poder de decírselo.

Con terca fortaleza afrontó el infierno por el que había de pasar antes de encaminarse al Sur a buscar su venganza con Dieskau. Tonieta le pertenecía ahora tanto como su madre y por ella comenzó su busca.

En una zanja que corría casi bajo el socarren de la aspillera capilla tropezó con un cadáver, caído entre la talluda hierba y los espinos que le ocultaban a la vista. Llevaba el típico penacho guerrero Mohawk y en una de sus rígidas manos un hacha inglesa como la que él apretaba en sus manos. Del cinto pendía un pericráneo; y a su vista Jeems perdió por un instante la compostura. Era una cabellera de muchacha, pero no reciente.

Al avanzar pudo darse cuenta de que a la refriega precedió una alarma y que hubo cierta resistencia. Halló al anciano Juan de Lauzón, el cura, doblado por la cintura, a medio vestir, con un anticuado fusil de chispa debajo. Era calvo, sin un solo pelo capaz de tentar la codicia enemiga y, por lo mismo, no le habían mutilado. Indudablemente, después de disparar su arma, había corrido a buscar refugio en la fortificada capilla, cuando una bala detuvo su progreso. Jeems le contempló el tiempo suficiente para descubrir otros detalles. Cerca del lugar donde se había alzado la robleña puerta de la capilla vio algunos bultos informes en el suelo. Eran Juchereau y Luis Hebert, ambos entrados ya en años, y a escasa distancia de ellos, sus consortes. El quinto era Raudot. En vida había sido un infeliz pobre de espíritu y muerto parecía un *clown* que hubiera fallecido con una mueca en los labios. Todos ellos vivían en los alrededores de la capilla. Los restantes, demasiado lejos para responder al grito de alarma, no por eso habían escapado del mismo fin. Los unos encontrando la muerte en el camino. Los otros esperándola.

Entre aquel grupo y la humeante pira que fue el Manor una solitaria figura yacía en tierra. Jeems fue a ella lentamente. El aire sobrecargado de humo le sofocaba y la opresión aumentó al ver que la tendida forma era Tonteur. A diferencia de los demás, el barón estaba completamente vestido. Era obvio que debió salir armado de la vivienda, aunque sus manos no oprimiesen sino puñados de tierra, asidos en la agonía. A Jeems se le escapó un grito. Había amado a Tonteur. El *seigneur* representaba el eslabón de enlace entre la madurez y los sueños de su infancia, y,

gracias a él, jamás había dado por irresarcible la pérdida de Tonieta. Hasta aquel momento no descubrió lo profundamente arraigado que estaba Tonteur en su afecto. Le cruzó las manos sobre el pecho, limpiándolas de tierra. Parecióle tener a Tonieta al lado, y durante un breve lapso la terrible angustia que se apoderó de él enturbió sus ojos velando a Tonteur. En cambio creyó oír sollozar a Tonieta.

Luchó contra aquella confusión de sus sentidos como el nadador contra las turbulentas aguas que le engolfan. A poco volvió a ver a Tonteur, y por un instante tuvo la impresión de un largo decurso de tiempo. Cogió del suelo el hacha y su arco y se puso en pie. El chirrido del molino había persistido mientras una Tonieta invisible parecía sollozar a su lado. Ahora le llamaba, mas antes de ir hacia él, sus ojos se detuvieron en la pata de palo de Tonteur. Estaba medio cortada, señal de torvo humorismo por parte de un criminal. Las aspas del molino llamaban su atención sobre ello. *Mira, mira, mira*, decían, repitiendo luego su eterna canción... *bestezuela inglesa*.

Lo afrontó con un gesto de resentimiento, no por el molino en sí; por lo que esperaba encontrar más cerca la vivienda. Entre él y el molino circulaba una corriente de aire que, al llevarse el humo formando una neblina, prestaba al edificio una apariencia grotesca e irreal, permitiéndole apenas vislumbrar las aspas girando en la cúspide de su piramidal estructura de piedra. En silencio, prestó atención escuchando otros posibles sonidos en la quietud, pero su mente lanzaba anatemas contra las aspas. Ansiaba decirles que mentían. En aquel silencio de muerte deseaba proclamar que él no pertenecía a la criminal ralea de quienes habían enviado a los asesinos. Y allá en el valle, que por fin justificaba su nombre, estaba la prueba: Su madre. Su padre. Su tío Hepsibah. Ninguno de ellos había sido, en el fondo de su corazón, de aquella raza, y todos habían muerto a sus manos. Por casualidad vivía él. Era otra prueba más. Las aspas se engañaban. Mentían.

Volvió a mirar a Tonteur como buscando en él fortaleza para seguir su camino y hallar a Tonieta. Se figuraba ya ver el juvenil cuerpo de Tonieta, más lastimoso aún que el de su madre. Se obligó a sí mismo a ir hacia las destruidas paredes. *¡Tonieta... muerta!* Su padre podía morir, y Tonteur y el resto del mundo... pero ellas dos... su madre y Tonieta, inseparables por siempre en su alma, chispas vitales que habían mantenido su corazón latiente... ¿cómo podían morir mientras él viviese? Avanzó deteniéndose luego junto a uno de los esclavos, una mujer casi desnuda, negra como el carbón, salvo el cráneo ensangrentado, despojada de su cabellera. En el brazo tenía aún a su hijo mutilado también. Blancos, negros, mujeres, niños... no había diferencia.

Jeems recorrió con la vista el terreno adyacente, y en un punto del que se alzaba una espiral de humo como blanco sudario vio una cenceña y esbelta figura que adivinó era la de Tonieta. Otro cuerpo juvenil cualquiera podía haber yacido de igual modo, desplomada su esbeltez en la misma forma, revelando a medias uno de los desnudos brazos por entre el velo de humo. Mas... no podía ser sino Tonieta. El

vértigo nubló nuevamente sus ojos. Tendió una mano como para retenerse. ¡Tonieta, a pocos pasos de él! ¡Muerta, como su madre!

Tijo se adelantó a la inmóvil forma, deteniéndose, Parecía sentir algo que escapaba al muchacho a través de la neblina que ondulaba ante sus ojos. Una especie de presentimiento de inminente peligro que intentaba transmitir a su amo detenía al perro. Simultáneamente, un disparo salió del molino y un estremecimiento de dolor sacudió el brazo de Jeems, haciéndole caer hacia atrás, mientras los ecos de la detonación repercutían contra los cerros, y las aspas del molino seguían sus apóstrofes.

Rehaciéndose, contestó al disparo soltando el arco, y corrió al molino. Cuando llegaron a su derruida puerta, *Tijo* llevaba la delantera, deteniéndose al dar frente a las sombras que poblaban el recinto. Jeems entró. La muerte pudo salir a su encuentro en el umbral, mas en el aposento no se movió nadie ni se oyó sonido alguno excepto el de su propio jadear. *Tijo*, siguiéndole, olfateó el aire sobrecargado de humedad. Luego subió la angosta escalerilla que conducía al piso, anunciando a Jeems que allí se hallaba lo que buscaban. Jeems se abalanzó, hacha en mano, dispuesto a atacar.

Al aparecer, rebasando el suelo de la estancia iluminada por tres claraboyas, debía presentar inolvidable y terrorífica apariencia. Incluso debía de haber algo monstruoso en su aspecto. Se había despojado de parte de sus vestiduras para cubrir los cuerpos de sus padres y llevaba brazos y hombros desnudos. Fango, tierra y humo le desfiguraban. Su rostro aparecía como pintarrajeado para el combate, y una luz verdosa relampagueaba en las pupilas que buscaban por doquier un enemigo. De su brazo herido, la sangre goteaba sobre el entarimado de roble. Era un *Frankenstein*^[18] decidido a matar, encubierta su juventud por la furia, agrandada su estatura por la vehemencia de su deseo de precipitarse sobre lo que fuera, hacha en alto.

Si el arma hubiese hallado un cráneo en su camino habría sido el de Tonieta, quien, al entrar Jeems, se le presentó empuñando el descargado mosquete con el que había hecho fuego por una aspillera, como si creyese aún que podía defenderla. Acentuaban su palidez las negras masas de cabello suelto que aureolaban su rostro. En sus ojos adivinábase un destello de locura, aunque estaba tan tensa, tan erguida esperando a la muerte, que no parecía dominada por el pánico o el terror. En ella se descubría algo inconquistable, el alma de Tonteur debatiéndose en el frágil pecho para darle valor para morir, prestándole un aire de desafío. Pero... no podía ocultar las señales de su tortura. La muerte había pasado milagrosamente a su lado sin tocarla, y sin embargo, en aquella cámara del molino, estaba crucificada.

Esperaba a un salvaje y reconoció a Jeems. El mosquete escapó de sus manos cayendo al suelo con sordo estruendo y dio un paso atrás, retrocediendo ante una presencia más temida que la de un Mohawk, hasta quedar contra los apilados sacos de grano, acorralada. El grito de venganza que Jeems llevaba en los labios se trocó en un sollozo al verla. Pronunció su nombre, y Tonieta, en vez de contestar, se apretujó más aún contra los sacos. Las uñas de *Tijo* repiquetearon en el suelo al acercarse a ella. La

joven no apartó los ojos de Jeems. Eran dos ascuas llameando en la penumbra. El perro acarició su mano con la cálida lengua y ella la retiró violentamente.

Pareció crecerse contra el griseo fondo de su apoyo.

—*¡Aborrecible... bestia... inglesa!*

No fueron las aspas del molino, sino la voz de Tonieta preñada de la locura y la pasión que sus ojos reflejaban.

Con repentino movimiento recogió del suelo el mosquete y le asestó con él un golpe. Si hubiese podido disparar, le habría dado muerte. Continuó golpeándole, pero Jeems no tenía conciencia más que de sus palabras, de las entrecortadas palabras que brotaban de sus labios a compás de sus golpes. *¡Él* había venido con los indios ingleses a consumir la destrucción de su gente! *¡Él* y su madre lo habían tramado todo y vivían, mientras a su alrededor cuantos le pertenecían habían muerto! El cañón del arma le cruzó la cara, cayendo luego sobre su brazo herido, mortificando su cuerpo. Entre sollozos, ella repetía incesantemente su ansia de matarle, pidiendo al Cielo fuerzas para cumplir su intento, teniéndole ante sí como de piedra. *¡Bestia inglesa!... ¡Asesino de su gente!... ¡Monstruo, más terrible que los salvajes!...*

Siguió golpeándole hasta que el peso del mosquete la dejó exhausta. Entonces lo soltó intentando en su flaqueza arrebatar el hacha de manos de Jeems. Los dedos del muchacho relajaron su presión. Con un grito de triunfo, Tonieta la alzó en alto, mas, antes de poder descargar el golpe, se desplomó en montón informe en el suelo, y aun caída, sus casi inconscientes labios murmuraron su anatema. Jeems se arrodilló a su lado apoyándole la cabeza en el brazo sano. Por un instante, la tuvo contra su pecho. La muchacha tenía cerrados los ojos, mudos por fin los labios, y Jeems, aturdido por los golpes recordó al Dios de su madre y elevó una plegaria de gratitud por haberle salvado.

Después, inclinándose, besó los labios que le habían maldecido.

Capítulo XI

Cuando volvió del desvanecimiento que había venido a aliviar su angustia moral y material, Tonieta estaba sola. Le pareció que salía de un profundo sueño y que las paredes, que vagamente distinguían sus ojos, eran las de su aposento.

El que una verdad, cuya evidencia yacía tan horriblemente a su alrededor, pudiera ser realidad y no sueño, se apareció a sus sentidos paulatinamente al principio y luego con súbita comprensión. Se sentó, esperando ver a Jeems. Mas se había marchado. Ella misma no estaba en el lugar en que cayera, a los pies de su enemigo. Jeems, haciendo una yacija con sacos vacíos, debió trasladarla durante su desmayó. Al ver el mosquete y los rastros de sangre en el suelo se estremeció. ¡Había intentado matarle y él, marchándose, la dejaba viva!

Como le ocurriera a Jeems antes, algo se extinguió en Tonieta. Debió sumirse en el mar de obscuridad que la había engolfado y al emerger fue con su sosiego desprovisto de emoción, como si aquel recinto polvoriento, lleno de telarañas y de molienda, se hubiera convertido en un claustro. La pasión habíase agotado. Si los pensamientos matasen, aún habría descargado el peso de su venganza sobre Jeems, pero no hubiera recogido el mosquete del suelo.

Fue a la escalera y miró por su hueco. El hijo de la inglesa no había dejado más rastro que el de su sangre por los escalones, hasta la puerta. Extraña exultación se apoderó de ella al recordar lo cerca que había estado de atraer sobre los Bulain la misma sombra de muerte que ellos y su ralea habían traído sobre ella, mas la sensación se disipó al punto. Las rojizas huellas la fascinaban, reluciendo al sol.

Jeems Bulain estaba allí fuera... con sus muertos. Aquel muchacho que su madre había procurado siempre hacerle considerar con acerbo desagrado desde la infancia... era ya un hombre, un monstruo inglés. Pugnaba por recobrar su facultad de odiarle, su deseo de exterminarle, y el esfuerzo fue vano. Siguió las sangrientas huellas sin oír más que el molino en incesante movimiento sobre su cabeza. Abajo, todo estaba desierto... una soledad en la que el mismo sol parecía perder su fulgencia y su calor.

Se detuvo en el umbral. El ambiente estaba aún poblado de humo. A cierta distancia, oscurecida por la neblina que se elevaba de las ruinas, vio una forma grotescamente agobiada por una carga. Era algo disforme que el sol y las espirales de humo hacían indistinto a sus ojos, aunque algo vivo, ya que se movía alejándose de ella. Detrás iba otro objeto más pequeño, y por éste reconoció a los dos: Jeems y su perro.

Siguió mirándolos hasta que la misma fijeza de su mirada se los hizo perder de vista, y pasaron minutos antes de que se resolviera a seguirlos.

Jeems debió verla, porque reapareció con el perro al lado. Habíase puesto una chaqueta hallada en el suelo; su aspecto ya no era tan salvaje si bien el rostro aparecía desfigurado y lleno de contusiones por los golpes recibidos. Respiraba con dificultad, pero su expresión era tan indiferente como durante su permanencia en el molino... una faz india, impasible. Tonieta quiso hablar cuando se detuvo ante ella. En su alma quedaban restos de ferocidad y de acusación, pero fueron impotentes para romper el silencio. Las pupilas de Jeems, fijas en las suyas, subrayadas por el bermejo surco de uno de sus golpes, eran menos las de un criminal que las de alguien que la miraba con fría y terrible compasión. Aunque la vio tambalearse, no tendió una mano en su ayuda. Ya no era joven; ya no era el muchacho que su madre la había enseñado a odiar. No era ni siquiera Jeems Bulain.

Mas su voz era la misma.

—Lo siento, Tonieta.

Pronunció las palabras, oyéndolas apenas, y le retrotrajeron a tiempos pasados, como si el espectro de una vida, cuyo recuerdo ambos habían arrojado de sus corazones, volviese a renacer.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó ella.

Podía haberle hecho la misma pregunta en aquellos fútiles años en que osaba acudir a Tonteur Manor con sus absurdos presentes. ¿Por qué estaba allí? Se volvió en la dirección por la que había venido, tendiendo la mano, no para que ella la tomase sino como una voz, una indicación, una orden. Tonieta comprendió cuál había sido su carga. ¿Lágrimas? Cosas tan triviales no podían existir en el rescoldo del holocausto que los había consumido. Una ráfaga de viento hizo ondear su cabellera como inconsútil mantilla de seda negra. El orgullo, desafiando al dolor, le hizo erguir levemente la cabeza al obedecer a Jeems. Se reflejaba en sus dilatadas pupilas y en sus entreabiertos labios. Sabía adónde se dirigían, y cuando llegó al lugar en que Jeems había dispuesto, fue como un ángel blanco que hubiese aparecido para dar un postrero adiós a los muertos.

Con una pala, Jeems había abierto una fosa. Era poco profunda y procuró disimular su desnudez con una yacija de dorada hierba. Tendido en el fondo, el barón parecía reposar, con la cabeza envuelta, para que Tonieta no viese la atroz mutilación. Esta se arrodilló murmurando una plegaria, y Jeems retrocedió pensando que arrodillarse junto a ella, que llevaba aún impresas en el rostro y en el cuerpo las huellas de su odio, sería casi un sacrilegio.

El molino, ya podía por entonces haber adivinado la verdad, seguía chirriando y gritando, y Jeems pensó de pronto que era imposible que procediese de similar manera en vida de Tonteur. A buen seguro que un espíritu maligno debía haberse establecido en sus aspas desde ayer.

Esperó, oteando los horizontes que comenzaban a esclarecerse de humo. La muerte podía muy bien volver recorrer el macabro sendero. Antonieta, junto al cadáver de su padre, le sugirió la idea. Un lapso interminable transcurrió antes de que

se incorporase, enjutos los ojos, que refulgían como dos azuladas estrellas en un semblante de palidez marmórea. El sol la bañaba, comunicando una suave radiación a su cabellera. Su belleza impresionó a Jeems, como el terrible aspecto del muchacho la sobrecogió a ella, arrancándole un quejido de protesta al ver que extendía la capa de alguna de las víctimas sobre Tonteur. Mas no pronunció palabra. Tan solo el molino repetía su queja virulenta mientras la tierra envolvía al *seigneur*. Tonieta clavó durante la fúnebre operación los ojos en el cielo y, una vez terminada, acompañó a Jeems otra vez al molino, esperándole cuando fue a buscar su arco. Entonces vio el muchacho que la forma que había tomado por Tonieta era la esposa de Pedro, el joven.

Volviendo a su lado desplegó por segunda vez los labios, hinchados y violáceos por los culatazos del mosquete. El trozo de lienzo que había arrollado sobre la herida del brazo aparecía sanguinolento. A sus pupilas asomaban la angustia y el dolor.

—Debo sacaros de aquí —dijo—. No tenemos tiempo de ocuparnos de los demás. Si vuelven...

—Vos no tenéis nada que temer —replicó ella.

Jeems no contestó, y dirigió su mirada a lo lejos hacia Champlain y Dieskau.

—No molestarán en lo más mínimo a vuestros padres ni a nadie que con los Bulain se relacione. Bien al contrario, recompensarán su eficacia... asesinando y ultrajando. ¿No es así?

Jeems persistió en su silencio, atento sólo a recoger cualquier sonido que pudiera venir de la distancia.

Las evidentes señales del castigo que sus manos le habían infligido no conmovieron a Tonieta. Su voz era sosegada e implacable. Jeems, a su juicio, había sufrido menos que los suyos y únicamente su debilidad y su poca destreza habían evitado que corriese la misma suerte que ellos. Vio los síntomas del desfallecimiento aparecer en su semblante, pero la compasión por él estaba tan muerta en su seno como el ansia de vivir. Sabía adónde la llevaría Jeems. A su casa... a un lugar que los malhechores habían dejado intacto; con su madre, la plácida y amable mujer en quien su padre había creído tan ciegamente. A casa de Enrique Bulain, el traidor que había vendido su honor por una inglesa, allende el cerro de Tonteur, al Valle Prohibido, adonde la vida y la tranquilidad estaban en manos de los enemigos de su patria.

Sus labios hallaron modo de agrandar la herida.

—Vuestros padres os aguardan —dijo—. Id y dejadme. Prefiero esperar la vuelta de vuestros amigos los indios... y no me arrepiento de haber intentado mataros.

Apartándose de ella, fue adonde yacían Herberto y Juchereau y el pobre de espíritu Raudot. Se apoderó del chaquetón de este último, prenda de excelente paño que la madre del infeliz había confeccionado. El muchacho había sido en vida muy amante de los pájaros y de las flores y en el ojal llevaba aún un marchito geranio. Jeems lo puso entre sus agarrotados dedos.

Después, acercándose a Tonieta, dijo:

—Valdrá más que nos pongamos en camino. —Y añadió—: Lo siento, pero he de atender antes a mis padres.

Se tambaleó al echar a andar y el cerro de Tonteur pareció oscilar ante sus ojos. Sentía un agudísimo dolor en la cabeza. Siguiéndole, Tonieta pudo apreciar el efecto de sus golpes de mosquete. Porque... le siguió, pasando de la cargada atmósfera humeante al aire puro de los predios y a través de éstos a la vereda que empalmaba con la senda india del hogar de los Bulain. Le siguió como atraída por cadenas, pero, a poco, el peso de estas cadenas pareció abandonarla, y cuando Jeems, tropezando, estuvo a punto de caer, tuvo que ahogar un grito en la garganta. La selva los engolfó en su seno, y a su alrededor, con mayor intensidad aún que al amanecer, vieron el maravilloso esplendor del verano Algonquin, que antecede a las mortíferas escarchas y a la caída de las hojas de los castaños de Indias. En aquella paz otoñal, que los trinos de los pájaros y la fragancia de la tierra dulcificaban, la hostilidad que pugnaba por conservar en su pecho contra Jeems llegó en algunos momentos a disiparse. En tales instantes revivía en ella el espíritu de su padre. Aquél era el sendero que más amaba; por el cerro y a través del bosque hasta el claro del Valle Prohibido. Los cascos de su caballo lo habían alisado, y en la tierra veíanse aún las huellas tan netas como si lo hubiese recorrido una hora antes. Al llegar a la Peña de las Ardillas se detenía siempre a contemplar la grandiosidad del valle, y Tonieta, al llegar ahora con Jeems, se detuvo también en el mismo lugar, desgastado por sus plantas.

—Allí están —dijo Jeems señalando, dirigiéndose más a *Tijo* que a ella.

Sacó el hacha del cinto, para llevarla en la mano. Atravesaron el raso donde antaño matara a Pablo Tache en forma de pavo silvestre y la cerca de arbustos que las hadas habían plantado. Entraron en la solemne quietud de la Selva Grande, y *Tijo*, que iba entre los dos, se acercó a Tonieta poniéndole el hocico en la mano.

Esta vez no la retiró violentamente.

Llegaron a la vertiente y Jeems olvidó que Tonieta le seguía. Continuó andando, pálido y erguido como un espectro... y la muchacha, deteniéndose sola, miró sin poder reprimir un grito, y con ojos desmedidamente abiertos, el punto donde su hogar debía haberse alzado.

Jeems no la oyó. No veía sino el macizo de rosales y el lugar donde yacía su madre. Fue hacia ella primero, ajeno a otras presencias, inconsciente del sol y de las humeantes ruinas; agitada aún su alma por el tenue y absurdo soplo de la incredulidad. Estaba muerta. No obstante sus dolores físicos la vio con mayor claridad. Lentamente, se arrodilló a su lado tocando con tímida mano su rostro. Luego fue a su padre, seguido de *Tijo*. En el desmonte halló una pala. Proyectaba cavar la fosa al pie del árbol favorito de su madre.

Cuando volvió, Catalina no estaba sola. En el suelo, Tonieta sostenía en el regazo la mutilada cabeza de la inglesa. Sus pupilas se alzaron relampagueantes hacia Jeems con una expresión casi provocativa, algo de retador y posesivo con lo que disimulaba la compasión que pudiera sentir por él o la inclinación a solicitar su perdón. Sus

manos acariciaban el rostro de la mujer a quien había querido odiar, en tanto que miraba a Jeems tan dura, tan terriblemente y con tanta comprensión que parecía esperar de él un merecido castigo.

Después, inclinó la cabeza sobre su madre y el fúlgido velo de su cabellera embelleció a la muerta.

Al pie del corpulento roble comenzó Jeems a cavar la fosa.

Capítulo XII

Cuando abandonaron el Valle caía ya la tarde; era la hora sosegada y plácida en que el sol declinaba hacia el ocaso dejando como huella de su paso fulgores crepusculares de metálicos reflejos.

Tonieta y Jeems caminaban cogidos de la mano.

Hubiérase dicho que eran dos jovenzuelos dioses paganos dispuestos a afrontar los azares de un mundo salvaje con una fortaleza depurada por el fuego. La sensación de angustia física había abandonado a Jeems. Su maltrecho brazo había recibido cuidados de manos tan suaves como las de su madre. Lágrimas candentes que humedecieron las largas pestañas de Tonieta cayeron sobre su carne, bálsamo bienhechor que neutralizaba sus dolores físicos. Palabras pronunciadas con un acento jamás oído antes de sus labios habían impetrado su perdón por los años de mala inteligencia, llevando a su alma un sosiego comparable al del día. Tonieta había ensalzado su corazón a espléndidas alturas sobre la ruina de su mundo. Abrasado por el dolor, se le aparecían los fantasmas de sus sueños.

En su retrospectiva, Tonieta, a su lado, volvía a aquellos tiempos en que esos sueños se formaban. Hubiérala imaginado la Tonieta de la granja Lussan, excepto que su apariencia era menos grandiosa, con el vestido hecho jirones, sucio, y el cabello trenzado en vez de los tan soñados tirabuzones, Bajo el roble, con su madre, se había desprendido de muchas cosas...: de buena parte de su fortaleza, no poco de su valor y sobre todo de años de altivez, fruto de hueras enseñanzas. De igual modo que los incendios habían transformado a Jeems en otro, lo ocurrido al pie del roble la había convertido a ella en la mujer que Catalina había pedido al Cielo que fuera.

Al lado de Jeems parecía más pequeña; ya no estaba desapasionadamente fría, pálida, dispuesta a acoger con los brazos abiertos a la Muerte. El fulgor de sus ojos era un fulgor distinto; eran pozos de desolación y de tortura, pero en ellos había algo más. Veían las infinitas vallas de la inmensa selva, la llegada de la noche, la soledad del mundo, su propio desamparo y la fortaleza de Jeems. Al apurarla hasta las heces, su copa de horrores habíala trocado, como a Niobe, en piedra; pero ahora la carne recobraba su fragilidad y sus flaquezas, infundiéndole un nuevo anhelo de vivir. Miró a Jeems. Años antes, en su infancia, le habida permitido guiarla como hoy por la densa selva, en la que estaba en su elemento, pero que para ella se poblaba de sombras y misterios. Su mano se asió con más fuerza a la suya.

Atravesaron los vergeles de su madre, donde los capullos se balanceaban al viento; bordearon el plantío de nabos, en el que una espléndida cosecha esperaba las primeras escarchas para sazonarse; cruzaron el nuevo desmonte con sus tocones

apilados para ulterior consumo del hogar.

En un trecho recién cavado veíanse las herramientas empleadas la víspera, picos y palas, barras de hierro y el azadón de doble pala que Hepsibah había forjado en la fragua de Tonteur. Sobre un tocón a medio arrancar descansaba una de las pipas del traficante, hecha de media mazorca con una caña por boquilla. Cerca de este tocón, atisbándolos con ojos maliciosos, estaba el topo que tenía su guarida debajo.

Jeems se detuvo mirando a su alrededor, reprimiendo apenas el impulso de lanzar su familiar llamada a Hepsibah. Veces sin cuento, el peculiar grito había retumbado en la selva y en la hondonada, seguido a poco de la respuesta similar de su tío. Ahora, la quietud le prevenía. Como un algo amigo, murmuraba a su oído lo sagrado de la carga que sobre él pesaba. Sus pupilas se volvieron hacia la adorable cabeza apoyada en su hombro. Tonieta alzó las suyas para mirarle, y ni las de su madre, pensó, habían tenido aquella dulce profundidad.

—Debieron sorprender a mi tío allí —dijo con reposado acento mirando hacia el Valle Prohibido— y le dieron muerte cuando nos avisaba con el incendio. A no ser por vos, iría en su busca.

—Yo os acompañaré —replicó Tonieta.

Pero Jeems se volvió hacia el Oeste sin detener la vista en su hogar ni revelar la angustia de su pecho. En el bosque de abetos, en el que las sangrías hechas en los árboles para recoger su savia estaban aún frescas, las hojas caídas triscaban ruidosamente a su paso. Su crujido no alarmó, empero, a Jeems, que hablaba con Tonieta como si ella fuese la niña de otros tiempos y él, hecho un hombre, le comunicase su experiencia. Por vez primera describió cómo debían haberse presentado en la granja los salvajes mientras él iba camino de Lussan, explicando sus motivos para creer que debieron marchar precipitadamente, dejando muchas cosas, tales como las cosechas recogidas de frutos y de granos, que a buen seguro se habrían llevado a no apremiarles el tiempo. A su juicio, debieron ser tantos como Tonieta había supuesto...; desde la ventana de su alcoba ella había visto más de un centenar. Jeems creía, por cierto, que no habían rebasado el Richelieu, retrocediendo por el Valle Prohibido hacia la comarca de los Mohawks. Para ellos dos no veía más recurso que dirigirse al Oeste, saliéndose del posible camino de los rezagados y luego, diagonalmente, buscar la granja Lussan. La tranquilizó de sus temores por la trisca de la hojarasca. Pronto saldrían de ella, tomando veredas escondidas que él conocía, al amparo de la selva y de los pantanos, donde hallarían maniguas tan densas y tan exuberantes que en ellas reinaba una perpetua penumbra aun con el sol en su cenit. Mañana o pasado estarían ya a salvo en el señorío contiguo, donde ella podría hallar medio de trasladarse a Quebec. Y él se uniría a las fuerzas de Dieskau para combatir contra los ingleses. Hizo estas declaraciones sin pasión y sin arrogancia, como si el combatir fuese lo único factible, un hecho tan firmemente asentado en el ánimo de Tonieta como en el suyo. Lo importante era ganar la granja Lussan antes de la noche. Conocida la creencia de los indios de que los lugares desiertos estaban poblados de

fantasmas y malos espíritus, no era de esperar su visita. Si accidentalmente los hallaban en su camino, se apartarían con la mayor celeridad posible. Mientras discurría así, Jeems estaba deseando hacerle varias preguntas. ¿Cómo había logrado refugiarse en el molino... sana y salva? ¿Dónde estaba su madre?... Mas en lugar de formularlas, se contuvo pensando que su deber era ayudar a cicatrizar sus heridas y no agravarlas.

En la Selva Grande la quietud era aún mayor, la penumbra más densa en los inmensos y misteriosos bosques que los rodeaban. Bajo sus plantas no había sendero definido alguno, sino el áspero y desigual terreno esponjoso y elástico, incapaz de producir sonido. Al acrecentarse la obscuridad, aún iban de la mano.

Tonieta murmuró:

—¿Os duele el brazo, Jeems?

—No; lo había olvidado.

—¿Y la cara... en donde yo os herí?

—También lo había olvidado.

Algo rozó suavemente su hombro; no hubiera podido decir qué fue, por la obscuridad que los rodeaba. Más, fuese lo que fuese, hoja caída, rama o sombra, le llenó de extraña exultación.

Habría experimentado igual sensación de haber sido su madre, tan desvalida como Tonieta, quien le acompañase, dependiente en absoluto de él. Del naufragio de un mundo azotado por un torbellino de horrores, se había salvado un alma además de la suya, cuya obligación era defender.

Por dos veces en la hora siguiente, *Tijo*, deteniéndose, lanzó un gruñido, avisándolos de algún peligro que se recataba en la sombra. Jeems aguzó los oídos y los ojos... y una vez más, al detenerse a escuchar, sintió el misterioso roce sobre su hombro.

Hallaron una galiana de ciervos y la siguieron hasta una planicie entre dos cerros, en la que un incendio devorador lo había arrasado todo, años antes. Continuaron su marcha por entre las jóvenes matas y árboles, que apenas llegaban a sus cabezas, a la luz de las estrellas, que prestaban una suave irradiación al cabello de Tonieta, e iluminaban el rostro de Jeems poniendo en claro relieve las heridas que su mano había infligido. Poco después, escalaban el cerro más norteño, deteniéndose en su cima a descansar.

Jeems, como *Tijo*, estaba alerta, escuchando, atisbando, escudriñando la vasta extensión salvaje que los rodeaba. Percibía todo movimiento y todo sonido, la dirección del viento, la movediza danza de las sombras, el casi imperceptible aleteo de un búho sobre sus cabezas.

Y entonces fue cuando supo qué era lo que había rozado su hombro en la negrura: la mejilla de Tonieta apoyándose en él, ligera como una pluma.

La sintió temblar. Cuando ella le miró, sus pupilas quedaron fijas en la roja señal del cañón del mosquete, que surcaba su frente. Al llegar a la media milla de

descuidado camino que llevaba a la granja Lussan, las estrellas parecían fulgir mayores y más claras. Era el mismo camino desde el cual Jeems había atisbado el paso de Tonteur y de Pablo Tache y de una altiva princesita cabalgando airosamente entre ambos, años antes. A la luz estelar aparecía frágil y blanca, sin fuerzas, desmayada. Su vestido, destrozado por zarzas y abrojos, colgaba hecho jirones; las delgadas suelas de su calzado estaban desgastadas por la marcha. Llegaron frente al árbol junto al que se escondiera entonces mientras pasaban; y un impulso le hizo referir la anécdota, deplorándolo al punto al ver que su respuesta era un sollozo. Mas ella se dominó luchando bravamente al entrar en el claro con la ruina de la vivienda al frente. Tan cansados estaban ambos de cuerpo y alma que su ánimo acogió aquel final de jornada como una remisión de la ruda labor de soportar las cargas de la carne. Era, en cierto modo, un regreso a un hogar olvidado el volver a la granja Lussan, llena de recuerdos y esperanzas, de triunfos y de amarguras, que se aunaban en una bienvenida para ellos dentro de su soledad. Los labios de Tonieta esbozaban una sonrisa, como si viese a *madame* Lussan, en el umbral de su morada, llamándola y saludándola, dominando las risas de los hombres, la estentórea voz de su padre, reconociendo alegremente a amigos y vecinos; el inquieto patear de su caballo y los alaridos del rematador. Ayer, todo aquello hubiera podido ser realidad, hoy todo era un sueño, todo dormía... el sombrío e inanimado espectro de una casa, los grillos frotando sus élitros entre la hierba, una manigua donde antes creciera un anchuroso y verde prado.

Los dos volvían a su infancia, viendo los fantasmas que sólo la infancia sabe ver, con ojos muy abiertos y algo espantados al principio; pero tranquilos después por la proximidad de aquel ayer de sus vidas. Las estrellas, los grillos, la ondulante hierba y el viento entre los árboles parecían moverse al compás de sus cautelosos pasos. Un conejo salió corriendo ante ellos. Un murciélago trazó sus espirales y sus curvas, y las juguetonas zarzas se prendían en sus zapatos y en sus ropas. Sentíanse seguros. Su sangre corrió con más calor, acompañado de una relajación de nervios, de ojos y de cerebro. Era un refugio. Descanso. Paz. Sin desplegar los labios, ambos lo adivinaban al acercarse al edificio. La puerta estaba abierta. En el suelo, manchones de luz estelar parecían fulgor de velas encendidas. Entraron y se detuvieron, pasado el umbral, silenciosos, como esperando anhelantes oír la voz de los durmientes que su llegada hubiese despertado, Un grillo cantando en una viga los saludó alegremente. En el vacío recinto reinaba una espectral desnudez, mas en ella no había ni terror ni muerte.

Estaban un poco separados y Tonieta parecía una flor tronchada a punto de caer.

—Esperadme aquí —dijo Jeems—. Voy a buscar hierba.

Uno de los colonos de Tonteur había segado el heno de los abandonados predios de Lussan; Jeems había visto el almiar el día antes. Se dirigió a él y cogió cuanto pudo abarcar con los brazos, Arregló una yacija en un rincón de la estancia y Tonieta se tendió en ella. La cubrió con la capa de su padre, que había cogido en el valle, y

salió afuera a montar la guardia con *Tijo*.

Pudo oírlo sollozar cuando, por fin, las lágrimas vinieron a darle consuelo. Reprimió la congoja que atenazaba su propia garganta y la cálida llamarada que subió a sus pupilas cuando, niño al fin, ansiaba la presencia de su madre. Él también hubiera querido aquel descargo a su dolor. Pero... lo venció. Era un hombre, y *Tijo*, incansable, alerta, vigiló con su amo.

Mucho después, en el vetusto edificio reinó el silencio y Jeems comprendió que Tonieta dormía. Sigilosamente, se acercó a ella y la envolvió en la capa, En su pálido y adorable rostro las lágrimas surcaban aún sus mejillas. Tímidamente estrechó entre sus dedos la sedaña trenza de cabello. De un soplo quitó una brizna de heno de su frente, Sus labios se movieron. En el ambiente parecía flotar una nueva esperanza, una sincera fe, una férvida plegaria, cuando se atrevió a llevar la trenza a sus labios, volviendo luego a su vigilia con una especie de gloria en su dolor.

Se sentó en el suelo, de espaldas a la vivienda, con su arco, sus flechas y el hacha inglesa al, alcance de la mano, La quietud parecía algo viviente que apartase todo sonido de aquellas solemnes horas de meditación; y pronto comenzó a sentir su influencia. Lenta e irresistiblemente acarreó el deseo de cerrar sus ojos y dormir; y para combatirlo se puso en pie. Las aceradas mandíbulas de *Tijo* se juntaron como un cepo y sus pupilas acrecentaron la vigilancia.

Juntos acecharon durante largas horas, atentos a la menor sombra movediza. Recorrieron los bordes del claro, paso a paso, con tan escaso ruido como las alas de los búhos que los acompañaban. Inspeccionaron el prado de Lussan, y Jeems trepó a un árbol para atalayar algún resplandor del incendio. A intervalos entraba en la casa a echar una ojeada a Tonieta. Pasada la medianoche se volvió a sentar, y poco después las estrellas parecieron acercarse riendo, como si en algún misterioso juego le hubieran ganado. Cerró los ojos; Tija descansó el hocico en las patas delanteras con un profundo suspiro; fatiga... sueño... Incluso el búho, sin duda cansado de sus evoluciones, buscó el refugio del granero. Las estrellas perdieron su fulgencia y el mundo se sumió en mayor lobreguez, de la que salió el chillido de un animal al caer el búho, en su retirada, sobre un infeliz conejo. *Tijo* lo oyó y gruñó, sin despertar a Jeems.

Estaba en su casa, en el valle, entre los manzanos. Lucía el sol y su madre le acompañaba. Sentábanse los dos al pie de un árbol, descansando de sus labores de recoger manzanas para hacer sidra, mientras su padre acarreaba una carga por la ladera. Oía el traqueteo de las ruedas. Junto a la choza, su tío Hepsibah manejaba la prensa. La cabeza de su madre tocó su hombro y sintió la suavidad de su cabello contra el rostro, Luego ambos rieron viendo una ardilla con el buche tan lleno de maíz que parecía tener anginas. Súbitamente, un negro nubarrón obscureció el sol y las tinieblas lo ocultaron todo. Al ocurrir esto, parecía retener a su madre contra una fuerza que intentaba arrebatarla. La obscuridad iba y venía y lo más curioso era que Hepsibah y su padre continuaban en sus mismas posiciones... el uno siempre

agarrado a la barba del cabrestante de la prensa y el otro, a media ladera, con el buey y la carreta; y la ardilla continuaba mirándolos con el buche lleno de maíz.

Haciendo un esfuerzo, Jeems despertó de su sueño. *Tijo* estaba tendido a sus pies y más lejos había un matorral de verdura, una manigua de enmarañada vegetación en la que no crecían manzanos, ni se alzaba vivienda alguna, ni se divisaba a Hepsibah con su prensa. Era... la granja Lussan. Había amanecido y el sol despuntaba. Pasada la primera impresión volvió a sentir contra su hombro un peso y la suavidad del cabello de su madre contra su mejilla. Sólo que... era Tonieta y no su madre. Debió reunirse con él antes del alba. Su cabeza descansaba sobre su hombro y los brazos de Jeems la rodeaban como en sueños había rodeado a su madre. El ademán no había despertado a Tonieta, pero al acentuar involuntariamente la presión, sus párpados se estremecieron y un suspiro escapó de sus entreabiertos labios. Besó el pálido rostro, cuyos ojos se abrieron. La volvió a besar y el acto no pareció perturbarla, como no le sorprendió ni le chocó a él. En sus pupilas resplandeció una salutación.

Luego se incorporó a su lado, de cara al sol naciente.

La frialdad del aire la hizo estremecer. Las zarzas, los matojos, la hierba del claro chispeaba cubierta de escarcha. El abrigo que había traído del aposento resbaló de sus hombros y Jeems se lo puso de nuevo. Ambos se levantaron para desentumecer los dormidos miembros, en silencio. Un grajo azul graznó en la lejanía y sobre el prado de Lussan los cuervos empezaban a congregarse. Un pico, tamborileando en un tronco hueco, producía el mismo ruido que un hombre con un martillo. La plateada neblina que se alzaba entre la tierra y el cielo recogía los sonidos, agrandándolos.

Sin confusión ni esfuerzo, se impuso a ambos la verdad. Se pertenecían mutuamente. Tonieta no sentía sonrojo por haber sido la primera en cambiar de actitud, proclamando con su acción cuanto el orgullo y los falsos prejuicios habían ocultado a la vista de Jeems en su corazón. Sus ojos relampagueaban con una luz que surgía triunfante de los insondables abismos de su pesadumbre y de su dolor. Ansiaba que supiera cuán completamente había renunciado a la locura de su orgullo y cuán sincero y hondo era su contento por tenerle a él a su lado en aquellos instantes. A juzgar por lo sosegadamente que acogieron la mutua sensación de rendimiento y posesión hubiéraselos creído ya en la madurez. Excepto por la nueva ternura de sus ojos, Tonieta no había cambiado, pero Jeems sentíase mayor junto a ella, como imbuido por un espíritu de conquista. Era otro mundo el que tenía que afrontar. Ante sí presentábase un vasto misterio, algo por que luchar, algo que conquistar, algo que justificaba su ansia de vivir. Misterioso, pero, así y todo, muy real; tanto, que hacía latir su corazón con inusitada y extraña violencia. El “ayer”, cargado de tragedia y abrumado de dolor, era remoto. Con Tonieta al lado, el “hoy” constituía un tremendo presente. Con infinita dulzura, ella puso una mano sobre su hombro y ambos miraron al Este, al Richelieu... y a cuanto divisábase allende él.

Desde el momento que se pusieron en pie, *Tijo*, rígido como si estuviera tallado en piedra, no había cesado de husmear hacia el prado de Lussan. Algo definido llegaba hasta él, algo que hacía innecesaria la cautela; y súbitamente, dominando todo otro sonido, rasgó los aires el salvaje graznido del grajo azul y el alarmado crascitar de los cuervos. Sobre las copas de los árboles las negras alas se agitaban inquietas y el cenceño cuerpo de *Tijo* se estremeció al verlas desaparecer. Un segundo y un tercer grajo se unieron al primero y su tumulto dio fin cuando un penetrante graznido terminó en una sola nota estridente.

—Eso fue una flecha —dijo Jeems montando su arco—. En más de una ocasión, estando al acecho de una pieza, me he visto obligado a matar así algún grajo alborotador.

Levó a Tonieta al refugio de la vivienda y llamó a *Tijo*; minutos después, rápidos, silenciosos, como sombríos horrores en un mundo de luz, vieron a los Mohawks desembocar en el prado de Lussan.

Capítulo XIII

El espectáculo de la muerte volviendo sobre sus pasos no inspiró terror a Jeems. Lo esperaba, y en cierto modo fue como la respuesta a una tácita plegaria subsiguiente a su despertar, cuando halló a Tonieta en sus brazos. Pelear por ella, precipitarse afuera con un grito bélico en los labios y dejarse despedazar si preciso fuese en su defensa era una perspectiva que, lejos de desmayarle, infundía a su ánimo temeraria exaltación. Fue Tonieta quien vino a librarle de la gloriosa locura que tomaba forma en su cerebro al ajustar un acerado dardo a su arco. Con un grito anheloso, le apartó a viva fuerza de la puerta y ya dentro, a salvo por un instante de los salvajes que entraban en el claro, le echó los brazos al cuello. En aquellos trágicos segundos, el semblante de Jeems había adquirido una expresión igual a la que le llenara de espanto cuando le vio en el molino; una expresión dura y vengativa, acentuada por el ansia de matar.

—Jeems, querido, debemos ocultarnos —suplicó—. *¡Debemos ocultarnos!*

La futilidad de pretender ocultarse cuando las huellas de sus pasos estaban claramente estampadas en el escarchado suelo no se presentó de momento a su mente. Fue la voz y el calificativo que acompañó a su nombre lo que echó por tierra la resolución que, de cumplirse, habría traicionado su presencia.

—Sé de un lugar —prosiguió ella—. *¡Corramos hacia él!*

Precediéndole, entró en otro aposento cuya escalera se desmoronaba. Una mancha de sol iluminaba el suelo, y por la ventana, sin cristales, que le daba entrada, atisbaron a los Mohawks. Los rojos homicidas se habían parado al borde del claro, inmóviles como figuras de piedra, escuchando alerta, desnudo el torso, reluciente de pintura y de grasa. Tonieta no permitió que Jeems, se detuviera, y los escalones crujieron a su paso. Desde lo alto de la escalera el muchacho miró hacia abajo y vio las huellas de sus pies en el polvo. Si los Mohawks iban hasta allí, su suerte estaba echada; aunque sin más punto de ataque para sus enemigos que la angosta escalera, estaba resuelto, en tal evento, a que cada un de sus veinte dardos se alojase en un blanco.

Siguió a Tonieta al aposento superior. Sin vacilar, ella fue; a una especie de entrepaño en la pared del que sobresalía una estaquilla de madera y un momento después se asomaban a un amplio agujero bajo la techumbre, tenebroso y húmedo, que los Lussan habían utilizado como desván. Al invadir, acaso por primera vez en muchos años, la luz aquel recinto, los ratones emprendieron una desenfadada fuga.

—*Madame* Lussan me trajo aquí después de tu pelea con Pablo —murmuró—. En aquel rincón tiré mis ajadas vestiduras.

No obstante la proximidad de los salvajes, el recuerdo puso un patético temblor en su voz.

Jeems miró la estrecha abertura en el muro que Lussan había dejado como ventana y aspillera defensiva. Ayer... Pablo Tache... Tonieta... la princesita con su amazona, sus lustrosos tirabuzones... y hoy... los dos solos... en aquel mismo aposento en que tan desesperadamente le habían odiado. Fue a la ventana y Tonieta se acercó a él. Donde estaban era imposible que los descubrieran los de abajo. El sol aún no había ascendido lo bastante para derramar sobre la helada tierra su calor. El claro era un paraíso fabricado con una escarcha por hadas y gnomos, con árboles de oro y plata, y macizos de avellanos silvestres aparecían por mágica virtud, fulgentes y policromos, con sus amarillentas hojas. Los Mohawks no habían osado moverse dentro de aquel ambiente de pura belleza, y por lo expectante de su actitud comprendió Jeems que habían hallado el lugar inopinadamente. Una docena de guerreros se destacaban al borde del escobo y veinticuatro pupilas escrutaban la abandonada vivienda con tenso y receloso escrutinio. Pero ni una sola mano entre los silenciosos salvajes buscaba el hacha, el arco o la pistola.

El detalle arrancó a Jeems un murmullo de esperanza.

—Ven, que es un lugar desierto y, a menos que no hallen algún rastro nuestro, no se acercarán —dijo—. ¡Mira Tonieta! Entre ellos hay un blanco, y lleva un yugo de prisionero al cuello...

Un súbito movimiento entre los salvajes, cómo si alguna idea les hubiera devuelto la suspendida animación, interrumpió al muchacho. El cabecilla del grupo, con tres plumas de águila en su penacho, avanzó solo; talluda y siniestra figura sin más carga que sus armas y el diminuto hato de guerrero en campaña, un gigante rojo, negro y ocre por sus pintarrajeadas facciones y de cuyo cinto pendía un manojó de cabelleras en las que el sol ponía diferentes tonalidades al moverse. Los macabros trofeos, uno de los cuales era de mujer, tan largo que no pudo escapar a las miradas de los escondidos en la granja, arrancó un ahogado grito a Tonieta, aun dando gracias a Dios por ser rubio como el día y no la lustrosa mata negra que habría podido pertenecer a Catalina. Un desfallecimiento se apoderó de ella y cerró los ojos para ocultar a su vista el trágico emblema del triunfador. Cuando volvió a abrirlos, cuarenta guerreros en fila india seguían las huellas de su jefe, pasando a unos cien pasos de lo que había sido el hogar de Lussan, echándole furtivas ojeadas al pasar. De más de un cinto pendían recién arrancadas cabelleras y dos hombres blancos y un muchacho, maniatados, y con el yugo de prisioneros al cuello, caminaban en la fila. Una ligera desviación a la derecha les habría hecho descubrir algo más que soledad y espectros, pues, desde su ventana, Tonieta y Jeems podían ver las reveladoras señales de su calzado en la escarcha, peligrosamente próximas a la línea de enemigos.

Hasta que los árboles de la parte arribeña del claro no ocultaron al último de los Mohawks, no volvió Tonieta sus ansiosas pupilas hacia Jeems. El azote rojo había pasado sin el menor ruido, sin una sola voz, sin entrechocar de madera en acero, sin

crujir de hojarasca bajo las plantas del centenar de pies en abarcas. Por sus huellas en la hierba, hubiérase dicho que acababan de pasar tres hombres y no cuarenta; y el mundo quedó muerto tras ellos. Los cuervos no volvieron al prado y los grajos azules volaron a más segura distancia. El pico habíase refugiado en un más lejano tocón. Incluso en la vivienda habían cesado las alocadas carreras de los ratones y sus chirridos..., el único sonido era el tumultuoso latir de tres corazones, dos humanos y el de la bestia.

Jeems rompió el silencio.

—Juraría que los acompañaba un blanco..., un blanco libre... entre los salvajes, y que de su cinto colgaba una cabellera larga —dijo.

—Vi su rubia cabeza y su piel más clara, pero creí que me engañaban mis ojos —concurrió Tonieta.

—Un inglés —dijo Jeems—. Un asesino asalariado de esos de que hablaba mi tío Hepsibah.

—Quién sabe... tal vez era francés.

Los representantes de la aristocracia de la vieja Francia y de la libertad del Nuevo Mundo se miraron cara a cara, y las manos de Tonieta subieron lentamente al rostro de Jeems, a la par que él soltaba su arco y su carcaj. Por vez primera, ella le ofreció sus labios.

—Bésame, Jeems... y reza conmigo en prueba de gratitud por la misericordia de Dios para con nosotros.

La inefable dulzura de su boca permaneció unos instantes a su alcance.

—Sufro por todo lo que está ocurriendo en el mundo —dijo ella.

En el semblante de Jeems reapareció algo de su suave belleza juvenil, al apartarse la joven de sus brazos, y la precedió al bajar la escalera.

No salieron al claro en seguida. Durante unos momentos esperaron junto a la puerta, al acecho de algún movimiento o de algún sonido, mientras *Tijo* clavaba los ojos en las arboledas cercanas del claro. El sol, al elevarse, desmoronaba con su calor las frágiles gotas de escarcha, cediendo el lugar los fantásticos arabescos a más incoloras realidades otoñales. Tan sólo entonces pareció revivir la tierra. Un grupo juguetón de perdigones se debatía entre las matas, y una ardilla roja atravesó audazmente el tejado de la vivienda. El pico volvió a su árbol primitivo martilleando en busca de un gusano. *Tijo* bajó como respirando más tranquilamente y Jeems desvió la mirada del claro.

—Se han ido —dijo—, pero puede haber algunos rezagados, y no es prudente exponernos saliendo tan pronto.

La conversación se hizo más fácil entre ellos, discurriendo sobre la muerte y la ruina como si el paso del tiempo las hubiera hecho menos terribles. Con tanta rapidez se habían desarrollado los sucesos, que, a su juicio, abarcaban un período de días y semanas en vez de horas. Sosegadamente, como recordando una remota tragedia, Tonieta refirió a Jeems el desastre de Tonteur Manor. El muchacho supo que

Enriqueta había marchado a Quebec dos días antes de la llegada de los indios. Tonieta expresó su reconocimiento a la suerte por ello, sin que su acento reflejase particular contento. No podía recordar detalladamente lo ocurrido. Había sido inesperado, súbito y abrumador como una corriente de fuego que engolfase una negra noche. Pedro Lubeck estaba con Dieskau y Eloísa, su joven esposa, se había instalado con ella en la baronía. Ambas dormían cuando los salvajes atacaron al amanecer, y en su opinión gran parte de las víctimas murieron sin estar del todo despiertas y antes de que pudiesen disparar arma alguna. Luego comenzó el tiroteo, oyéndose la voz de su padre, que retumbaba en la vivienda. Cuando el *seigneur* llamó a su puerta ordenándoles que se vistiesen y que no se moviesen de la estancia, estaban ya levantadas. No supo lo que ocurría hasta que, mirando por las ventanas, descubrió, a su juicio, centenares de salvajes desnudos corriendo de acá para allá. Precipitadamente fue en busca de su padre, pero no le halló. Cuando volvió a su aposento, Eloísa había desaparecido y ya no la vio más. A sus oídos llegaban terribles gritos de espanto. Vistiéndose a toda prisa como su padre había ordenado, le desobedeció bajando a la planta baja, llamándolos a él y a Eloísa. La parte delantera de la vivienda estaba invadida por el humo y las llamas; cuando quiso dirigirse a las habitaciones de la servidumbre, el incendio le atajó el paso sin que nadie contestase a sus llamadas. Entonces recordó haber oído decir a su padre que el molino era inexpugnable para el fuego y para las armas. Bajó a los sótanos y por un breve pasadizo subterráneo fue a una especie de *caveau* hecho de tierra y piedras en el que guardaban los frutos y verduras durante el invierno. Ocultándose de momento en aquel lugar, levantó cautelosamente la trampa de madera que lo cerraba y miró afuera. Debía haber pasado ya lo peor porque sólo vio algunos indios dispersos y el incendio por doquier. En lontananza se oían alaridos de los salvajes que asaltaban las viviendas de los colonos. Al salir del *caveau* tropezó con el cuerpo del viejo Babín, el molinero, que había caído empuñando su mosquete. Se apoderó del arma, y se fue al molino; después ya no vio indio alguno en el señorío. Un desfallecimiento se apoderó de ella quedando casi sin sentido en el aposento. Posteriormente, atisbando por la ventana, vio a cuatro hombres que venían del Sur. Aunque segura de que eran blancos, su terrible apariencia la privó de revelarse a ellos. Parecían monstruos examinando uno por uno los cadáveres. Después, habiendo visto al guerrero blanco entre los Mohawks, se convenció de que pertenecían a la banda y de lo acertado de su determinación de no darse a conocer^[19]. Cuando se dio cuenta de que el mosquete de Babín estaba cargado, deploró no haber hecho fuego sobre alguno de los homicidas, y por la misma razón, al tomarle por un rezagado, había herido a Jeems.

Tonieta concluyó su relato sosegadamente, sin excitación alguna. Fue una exposición de hechos sin el adorno patético del drama, y Jeems quedó silencioso al terminarlo. Pasado un rato, éste refirió su propia visita a la granja Lussan, su desenfrenada carrera por la selva, la llegada a su hogar, y lo que halló en el claro del valle. Luego habló de Hepsibah.

—Debió descubrir a los Mohawks en la parte arribeña valle, provocando entonces el incendio a cuyo acecho mi había prevenido que estuviera. Después, al intentar reunirse con nosotros, le debieron matar.

—Tal vez haya escapado —sugirió esperanzada Tonieta.

Jeems sacudió la cabeza.

—Habría venido. Ha muerto.

Su voz estaba impregnada de la misma fatalista convicción con que ella había hablado de su padre y de Eloísa. No quedaba posibilidad alguna de que viviesen. Repitió su creencia, añadiendo que su salvación era punto menos que milagrosa. Mas ahora tenían el camino expedito para ir en busca de sus amigos de la parte de abajo del río. Los indios no debían de haberse internado mucho en tal dirección, siendo evidente que su afán era poner cuanta tierra pudiesen por medio antes de que el barón Dieskau conociera su presencia en territorio francés y destacase fuerzas en su persecución. Ni por asomo se le ocurrió a Jeems que Dieskau y sus tropas pudiesen haber sufrido una derrota, como en realidad acababa de ocurrir en aquellos momentos.

Del zurrón que llevaba colgado del cinto sacó manzanas y un par de zanahorias, y esperaron comiendo, Hasta después del primer bocado no advirtió Jeems tiempo que llevaba ayuno. Apremió a Tonieta para que tomase alimento, y ella, sin aparente deseo, se comió una manzana.

Entre tanto, Jeems manifestó lo que a su juicio procedía hacer. Su camino atravesaba primero el antiguo huerto, pasando por delante del granero, desviándose luego unos cuantos kilómetros al Oeste antes de que les fuera posible dirigirse al Norte. Tendrían que pasar una noche en la selva, si bien estaba cierto de poder procurarle un cómodo descanso a ella. Su liviano calzado le preocupaba. Las suelas empezaban ya a desclavarse. Durante el día vería de reforzarlo con palas de abarca sacadas de sus polainas. La idea de las incomodidades físicas no perturbaba a Tonieta. Escuchaba al joven con una nueva luz en sus pupilas. Era grato y placentero oírle planear cosas para ella de tan resuelto y confiado modo.

Al comenzar su jornada, Jeems tomó la delantera en vez de ir al lado de Tonieta como antes. Cuando salieron de la vereda desembocaron en una maleza de zarzas y matojos que habían crecido en torno a los graneros en los últimos seis años y el muchacho se preguntó para sus adentros si Tonieta recordaría los eventos ocurridos cierto día memorable en aquel mismo lugar. Por precaución llevaba una flecha en el arco e inesperadamente una rama baja se enganchó en la cuerda al pasar, haciéndole soltar el arma, que cayó al suelo. Inclínabase a recogerla cuando un grito de horror de Tonieta le hizo incorporar.

A ocho o diez pasos de ellos vio a un salvaje, pintarrajeado y desnudo de torso, cuya intención había sido, al parecer, dirigirse a la desierta granja. Presentaba pasmosa apariencia y durante los breves segundos en que se afrontaron, Jeems reconoció al guerrero de piel blanca que Tonieta y él habían visto con los Mohawks.

El descubrimiento le hizo experimentar considerable alivio, pero fue de poca duración. Una segunda ojeada le convenció de que tenía ante sí una fiera más peligrosa y terrible que un indio, uno de los implacables asesinos que arrancaban humanas cabelleras por infame ansia de lucro, por el precio que gentes de su propia raza habían fijado. *¡Un indio de ojos azules!* ¡Cuántas veces había oído a su tío Hepsibah desatarse en denuestos e imprecaciones contra su ralea! Bestias más crueles que tigres, espíritus malignos, desencadenados por los ingleses y pagados con moneda inglesa, cuyo medio de vida era una orgía continua de emboscadas, asesinatos, raptos e incendios. ¡Aquél era uno de esos seres! Engrasado el cuerpo, cubierto de pinturas a usanza india, pero blanco. Su penacho guerrero era rubio, sus ojos pequeños y azules. Llevaba un fusil, un cuchillo y un hacha y en el cinto una cabellera de mujer, y otra indudablemente arrancada del cráneo de un niño.

Tan rápida fue la idea que Jeems se formó de estos detalles, que aún no se habían apagado los ecos del grito de Tonieta cuando su significación se impuso en su mente. El salvaje tenía un momento de ventaja y al ver que Jeems pretendía sacar un dardo del carcaj, se echó el fusil al hombro a punto de hacer fuego. Comprendiendo lo desesperado de su posición, el muchacho se abalanzó sobre su enemigo tirando contra él su inútil arco. El impacto se produjo en el preciso momento en que el otro dejaba caer el gatillo de su pedernal y con la explosión del arma la bala salió, alta y desviada. El homicida había visto solamente dos criaturas en sus oponentes, presa fácil y segura a su juicio. Inopinadamente hallaba ante sí a un antagonista de inesperada fuerza y ferocidad. En los primeros momentos de la contienda, ni uno ni otro tuvieron ocasión de blandir cuchillo o *tomahawk* y, con cuanta furia su cuerpo y su cerebro le permitieron, Jeems se agarró a su enemigo aferrándose al grasiento cuello mientras ambos caían al suelo. En la subsiguiente lucha, las matas se quebraban bajo sus cuerpos, y tan rápidamente cambiaban sus posiciones respectivas, entrelazándose, agarrotándose, intentando por todos los medios evitar, uno y otro que el adversario pudiese hacerse con arma alguna, que Tonieta, dilatadas por el horror las pupilas, apenas si podía distinguir su identidad, mientras *Tijo*, gruñendo ferozmente, no hallaba ocasión de tomar parte en la refriega. Por fin, con un casi sobrehumano esfuerzo, el cazador de cabelleras consiguió desasirse, poniéndose en pie y enarbolando simultáneamente el *tomahawk*. Al disponerse a usarlo, *Tijo* se abalanzó de un brinco a su garganta y la roma cabeza de la hachuela le cogió en el aire, hiriéndole con tal fuerza que cayó como una masa inerte al suelo.

De los ensangrentados labios del salvaje salió un grito de triunfo al ver a su alcance la victoria, ya que consideraba al muchacho, erguido ante él con el hacha en la mano, insignificante obstáculo para alcanzar la pálida belleza de la mujer que el azar había puesto en su camino. El grito, disfrazado por la astucia y la costumbre, reveló rastros del blanco. Era la exclamación gutural de un ser ajeno a todas las obligaciones impuestas por la sangre y por la raza, un grito provocado no tanto por la furia y el ardor como por la promesa de lo que sus ojos veían en Tonieta.

La muchacha se había apoderado del fusil y junto a Jeems se disponía a la lucha.

Tan cerca estaba del muchacho, que éste la lanzó de un empujón entre las zarzas, y con el mismo movimiento, arrojó el hacha contra el homicida, que avanzaba lentamente. Al apartarse para evadir el golpe, Jeems recogió del suelo una de sus flechas y corrió a donde estaba el arco. Tonieta vio lo que entonces ocurrió. La esbelta y ágil figura de Jeems, tan tensa como el arma que empuñaba, y al pintarrajeado monstruo cayendo sobre él, Oyó el musical tañido de la cuerda y la brillante, ráfaga plateada... ráfaga que, entrando por uno de los costados del indio, salió por el otro, cayendo al suelo algunos, pasos más allá. La flecha sangrienta había cumplido su justiciera misión.

Capítulo XIV

Mientras tranquilizaba a su conturbada compañera, Jeems no pudo menos de advertir la posibilidad de que el disparo de fusil hubiera llegado a oídos de los Mohawks. De momento pareció imposible a Tonieta que hubiese terminado el conflicto y que la inmóvil forma que yacía en el suelo no fuese ya una amenaza para ambos. A su descargo y a su fe en Jeems vino a aunarse una grata emoción al ver que *Tijo* vivía. El perro se había arrastrado hasta ellos y contemplaba hoscamente al muerto.

Jeems recogió las flechas que habían salido indemnes de la refriega y, mirando al fusil, vaciló.

—Mi arco vale más —decidió, en respuesta a la pregunta evidente que había en las pupilas de Tonieta—. Un flecha no hace ruido y me inspira mayor confianza.

El indio parecía mirarlos cuando pasaron a su lado. En el sendero vieron la flecha que le atravesó. Tonieta no pudo reprimir el histérico sollozo que le subió a la garganta, aunque miró a Jeems con tal admiración y tanto amor, que el muchacho oyó tan sólo el desenfrenado tumulto de su corazón y de su cerebro. ¡Había combatido por ella y había triunfado en el mismo lugar en que seis años antes fracasara en su intento de vencer a Pablo Tache!

—Los indios habrán oído el disparo y volverán —dijo—. Ese blanco debió descubrir algún rastro nuestro y venía decidido a matar y a apoderarse del botín él solo. ¡Gran Dios, cuando pienso...!

Miró las trenzas de Tonieta, que habían escapado a su ligadura.

—Tendremos que apresurarnos —dijo.

Pasaron ante los graneros, cruzando el abandonado predio contiguo, seguidos por *Tijo*.

—A menos de dos kilómetros de aquí hay una loma roquiza —animó—. Si logramos alcanzarla, sé de más de veinte parajes en los que la desnuda roca nos permitirá hacerles perder nuestras huellas.

—La alcanzaremos —murmuró Tonieta.

Indicó el camino y dejó que ella fuese la primera, volviendo la cabeza atrás cada diez o doce pasos.

Por el otero del que los Lussan se proveían antaño de combustible, Tonieta caminaba velozmente como una grácil ninfa, suelto el cabello que el sol bañaba, absorbiendo a Jeems su contemplación, quien, al ver su hermosura, sintió un escalofrío de horror. En el desmonte del Valle, Hepsibah le había dicho que tanto ingleses como franceses empezaban a utilizar el cabello femenino y no pocos hidalgos

y cortesanos lucían tirabuzones que el cuchillo había cortado en salvajes orgías de rapiña y de sangre a través de la selva. Recordando el riesgo de que Tonieta acababa de escapar por verdadero milagro, sentíase oprimido de angustia.

Pronto los obligó la falta de resistencia de la joven a acortar el paso, y aun así, cuando llegaron al escabroso declive que conducía a la cima de la loma, la muchacha respiraba entrecortadamente, siéndole imposible de momento seguir adelante. Su rostro no reflejaba la debilidad de su cuerpo. Encendidas las mejillas, resplandecientes los ojos con un líquido fuego interior, erguido el frágil torso, como desafiando su propia flaqueza. Con pupilas de las que el terror había huido, miró el paraje que acababan de abandonar, provocativa, retadora casi, el corazón palpitando desenfrenadamente, tendida su mano a Jeems...

Cada minuto que pasaba parecía un siglo al muchacho.

Por fin escalaron la cresta de la loma. Era una especie de hormazo de rocas amontonadas por algún remoto cataclismo en una planicie desigual y quebrada, cubierta de arbustos y matorrales que crecían en los lugares en que se iba acumulando tierra; un paraje tan quebrado y salvaje que era imposible atravesar de prisa. Jeems sorteó obstáculos, buscando holladeros en los que sus pies no tocasen piedras sueltas, hierba o tierra, hasta poner media hora de lento y penoso camino entre ellos y el punto por el que habían entrado viniendo del valle. La loma se ensanchaba y en uno de sus lados se convertía en una meseta de suelo rocoso, aparentemente interminable. Por ella era más fácil y más cómodo andar, mientras que hacia el Sur, arrancando de la loma o sierra madre, partía, otra, más estrecha y más quebrada aún que la primera. Jeems escogió el menos atrayente de los dos caminos.

—Si llegan hasta aquí, pensarán que hemos tomado la dirección más sencilla y mejor —explicó—. ¿Puedes resistir un poco más?

—Fue el correr lo que me cansó —dijo Tonieta—. Ahora me siento tan fuerte como tú, Jeems. Pero ¿puedo detenerme a trenzar el cabello? Suelto, además de estorbar, me acalora. ¿Por qué no me lo cortas?

—¡Antes me cortaría el brazo! —declaró Jeems—. Algo más allá estaremos a salvo, y si esperas a que llegemos detrás de aquella masa de peñascos...

No terminó la frase. Un grito se oyó detrás de ellos. No fue estridente ni próximo, y, sin embargo, el aire lo trajo tan claro que hubiérase dicho que la garganta de que procedía estaba a menos de un tiro de rifle de distancia. No tenía en su acento ni amenaza ni ferocidad, pareciendo impregnado de extraña y casi musical dulzura. Jeems había oído a “Ojos Blancos” y a “Gato Grande” lanzar gritos semejantes cuando cazaban juntos, haciendo retumbar el sonido en el hueco de sus manos para darle mayor alcance. Conocía su significación. Los Mohawks estaban en la loma, y uno de ellos llamaba a sus dispersos compañeros para mostrarles la evidencia de haber hallado su paso.

Jeems apremió a Tonieta.

—Tal vez han encontrado alguna huella de las uñas de **Tijo** o de los clavos de tu

calzado en las rocas. Sea lo que quiera, lo único que saben es que hemos pasado por allí y seguirán creyendo que vamos por la planicie.

Tonieta se dio cuenta del desesperado esfuerzo que hacía para ocultarle la verdadera inminencia del peligro.

—He visto en ocasiones a los indios trepar por los peñascos y los derroteros y parecen gatos. En cambio, yo soy tan pesada y tan torpe... —dijo—. Tú puedes moverte tan aprisa como ellos, Jeems. Escóndeme entre las peñas y... sigue solo. Estoy segura de que, aun en el caso de hallarme, no me harían ningún daño.

Jeems no contestó. Habían llegado al punto que momentos antes indicara. Era una especie de enorme peñasco arrojado por neolíticos gigantes, desgastado y carcomido por los elementos, que habían cubierto sus lados de cuevas, oquedades y hendiduras. Por doquier, a su alrededor se veían las ruinas de una eterna desintegración. Era el sitio más a propósito para esconderse. Estaba lleno de sombríos y cavernosos refugios y en los puntos en que las peñas se juntaban, aplastándose unas contra otras, había incontables agujeros naturales en los que podían permanecer invisibles. Tonieta apreció la situación con acrecentada esperanza y alivio, estudiando el semblante de Jeems mientras miraba a su alrededor.

A unos doce pasos de donde estaban veíanse tres peñascos separados de los demás. Comparados con sus enormes vecinos, parecían pequeños e insignificantes. Uno de los tres habíase partido de tal modo que su mitad era una llambria formando a manera de techumbre sobre el espacio que mediaba entre los otros. Un animal no habría buscado asilo en aquel sitio. El instinto y la experiencia le habrían llevado a la pila mayor.

Los ojos de Jeems revelaron su excitación al mostrárselo a Tonieta.

—¡Nos esconderemos...!, ¡y allí! —gritó—. ¡Aprisa, Tonieta! Es roca lisa y no quedará rastro de nuestro paso. Entra y haz que *Tijo* se quede contigo.

Apresuradamente, comenzó a esparcir pedruscos en los alrededores de la enorme conglomeración rocosa, echando algunos por encima, de modo que cayesen al lado opuesto, y otros por el cantil del valle, lo más lejos posible y, finalmente, disparó una flecha, que fue a caer en un claro en la falda del cerro.

Tonieta le contemplaba entre curiosa e inquieta hasta que Jeems le ordenó con severo acento que se metiese por la abertura de las piedras. Sin esperar más, le obedeció gateando poco a poco bajo las rocas. Jeems, empujando a *Tijo* ante sí, experimentó mayor dificultad para deslizarse, y durante un tiempo fueron retorciéndose, estrujándose hasta hallarse en un lóbrego recinto en el que los tres tenían cabida, pudiendo sentarse erguidos. Era más de lo que Jeems se había atrevido a esperar, y lleno de júbilo explicó a Tonieta el significado de su insólita conducta fuera.

—Encontrarán primero las piedras sueltas y las señales que hice adrede y nos buscarán en todos los recovecos y oquedades de la pila —dijo—; luego, cuando descubran la flecha, confío que deducirán que nos hemos escondido en la selva. Si

llegan hasta aquí, dudo que miren bajo las peñas, mas aunque así ocurriese no podrán vernos si uno de ellos no se aventura a entrar, arrastrándose.

Esperaron con un silencio tan profundo que los latidos de sus corazones resonaban como pequeños tambores en la penumbra de su escondite. Un rayo de luz penetraba por una estrecha rendija entre las rocas, aunque sin llegar a la especie de cripta en que se hallaban. *Tijo* exhaló un suspiro para aliviar la tensión de su cuerpo. Después, sus ojos se clavaron en el rayo luminoso, inmóvil como la muerte.

Un escalofrío estremeció a Tonieta, aunque murmuró:

—No tengo miedo.

Sintió que Jeems sacaba el hacha del cinto, poniéndola sin decir palabra sobre la roca.

A poco, se dejó oír un tenue sonido, como si alguien golpease la peña suavemente con un palo.

El sonido fue acrecentándose, mezclado con otros, ligeros y rápidos; Jeems comprendió que gentes calzadas con abarcas de gamuza los rodeaban. Al ruido de pasos se unió rumor de voces apagadas. Luego una más elevada, seguida de súbito movimiento de invisibles cuerpos y una babel de exclamaciones guturales reveladoras de nuevos motivos de excitación. Tonieta comprendió lo que estaba ocurriendo. Los indios habían hallado las huellas y rastros preparados por Jeems y estaban escudriñando el caos de rocas. Fijó sus pupilas en la rendija por la que pasaba la luz, viéndola ocasionalmente interceptada por el paso de algún cuerpo. El ruido de pisadas aumentaba y disminuía a intervalos, mezclado a veces con el de pedruscos al rodar por la vertiente. Después cesó todo sonido y el silencio resultó aún más insoportable a Tonieta. Gritos y voces eran humanos, implicaban limitaciones físicas, en tanto que aquel movimiento silencioso, con su ominosa represión de ruido, era el de seres mudos a quienes se imaginaba olfateando el rastro como lobos hambrientos. El terror de un peligro que no podía ver ni evitar se apoderó de ella hasta el punto de hacerle temer a cada instante la aparición de alguna fantástica criatura en su escondite, o ver de pronto un par de llameantes ojos a la altura de los suyos. Era una sensación de horror más que de miedo, acompañada de un vehemente deseo de gritar para descargo de su incertidumbre. Oyó a Jeems murmurando algo que no entendió, preocupada por dominar lo que atribuía a su cobardía.

Él también se hallaba presa de una sensación que apenas podía vencer. Transcurrió escasamente un cuarto de hora que les pareció toda una vida. Luego, las voces y la excitación se volvieron a hacer manifiestas, culminando en un alarido procedente del Valle al encontrar uno de los guerreros el dardo.

Al levantar la cabeza, Tonieta no oyó en el cerro otra evidencia de vida que las suyas. *Tijo* respiraba profundamente, como si sus pulmones estuviesen a punto de estallar.

—¡Dios sea loado! ¡Creen que estamos en el Valle! —dijo Jeems.

Tonieta puso una mano sobre él recomendándole cautela, y, simultáneamente, el

muchacho pudo oír el sonido que le había llamado la atención a ella. ¡Alguien se acercaba a la roca! Más de una persona... ¡Dos! Sus voces, aunque bajas, eran claramente perceptibles, y tan próximos a ellos estaban, que sus cuerpos interceptaban la luz de la rendija. Profundamente asombrado, Jeems oyó un lenguaje que háblale enseñado Hepsibah y que no era Mohawk. Estaba cierto de que cuantas huellas habían visto en el claro de Lussan, salvo las de los prisioneros blancos, eran Mohawks, y, sin embargo, los que ahora hablaban eran Senecas. El descubrimiento le hizo estremecer; odiaba a los Mohawks homicidas, que eran el azote de las fronteras sudeñas, pero temía doblemente a los Senecas, miembros también de las Seis Grandes Naciones, porque si los primeros podían considerarse como los lobos de la selva, los segundos eran sus zorros y sus panteras combinados. Los unos atacaban por sorpresa y entre sombras; los otros, como rayos que aparecían y desaparecían con fulminante rapidez. Podía conseguir despistar a un Mohawk, pero el Seneca era el más inteligente y astuto de su raza.

Escuchando a aquellos dos, sintió helársele la sangre en las venas. Uno de ellos argüía que la saeta era un ardid y que los fugitivos estaban por los alrededores: el otro, cuya idea seguía concentrada en la pila de rocas, afirmaba que la búsqueda no había sido suficientemente minuciosa, y se dispuso a hallar pruebas que corroborasen su aserto. El primero de los dos interlocutores se quedó, aunque ni Jeems ni Tonieta le oyeron hacer movimiento alguno. Por un instante, la muchacha pensó que había aplicado la oreja a la roca, oyendo el latido de sus corazones o bien que atisbaba por la hendidura intentando penetrar las tinieblas con ávidas pupilas. Pareció transcurrir una eternidad de tiempo antes de que volviesen a oír movimiento alguno afuera..., un chasquido metálico al dejar el Seneca su fusil..., pasos que se alejaban, volvían, deteniéndose junto a la abertura por la que habían estrujado sus cuerpos al entrar. Jeems contuvo el aliento para oír mejor la más leve interrupción del silencio.

¡El salvaje estaba mirando a la entrada de su escondite! Se imaginó al guerrero... sus dudas... su vacilación... con tanta exactitud como si entre ellos no hubiera barrera alguna. Oyó un gruñido. El Seneca, tendido boca abajo en el suelo, atisbaba, y el gruñido era la exteriorización de su descontento por la absurdidad que le había hecho arrastrarse así... al momento se incorporaría y se iría... Mas pasó el momento... y otro... y una docena... Tonieta parecía una muerta..., sin respiración. *Tijo*, adivinando un inminente peligro, sabiendo que se cernía sobre ellos inevitable, estaba recogido sobre sí mismo como una esfinge. El silencio tenía substancia, como algo físico que oprimiese sus carnes. El peso de la Muerte.

Por fin se rompió, tan suavemente que el disturbio podía haber sido causado por la caída de una de las trenzas de Tonieta sobre el brazo de Jeems. ¡El indio había metido la cabeza por la abertura! Estaba escuchando... olfateando... arrastrándose lenta y sigilosamente como un hurón persiguiendo a su presa. Ya no podía haber duda alguna. El salvaje sabía que bajo aquellas peñas había algo, y, con verdadero arrojo de Seneca, se lanzaba solo en pos de la gloria que coronaría su hazaña aun en caso de

pagarla con la vida. Con igual filosofía razonaba que, si era únicamente algún animal, o, oseño o tejón lo que había venteado, no habiendo nadie presente, su conducta no provocaría burlones comentarios.

Debía ser más corpulento que Jeems, porque comenzó a avanzar con trabajo. Su cuerpo se restregaba contra las paredes del angosto túnel. Su hacha producía un sonido metálico contra las piedras cada vez que la empujaba ante sí, poco a poco. Su respiración se hizo jadeante. Evidentemente, las mismas dificultades con que tropezaba le convencían de que era una criatura de cuatro patas la que le había atraído allí.

Todos y cada uno de los instintos de Jeems alcanzaron su máxima tensión al acercarse un peligro que a los pocos instantes sería ya tangible. Se desasíó suavemente del brazo de Tonieta, preparando sus brazos y su cuerpo para obrar. Sus pupilas se habían habituado ya a la penumbra, y Tonieta pudo verle recogido sobre sí mismo, agazapado para la lucha que para ambos representaba la vida o la muerte, y de pronto comprendió que no habría lucha. Cuando apareciese la cabeza del Seneca, Jeems descargaría sobre ella un hachazo. Veía el hacha..., enarbolada, pronta..., no tendría tiempo de gritar..., no se oiría gemido alguno..., únicamente un terrible y sordo crujido... Entre tanto, el inconsciente condenado a muerte seguía avanzando.

Su avance era más fácil. La cavidad se agrandaba. Y gruñó en señal de aprobación. En el ronquido gutural que acompañaba su invasión había una nota de humorismo. El perro o el tejón husmean de igual modo. ¡Un guerrero pintado, con tres plumas en el penacho, arrastrándose por un tejón! Ése debió de ser el pensamiento del salvaje.

Aparecieron primero las plumas; luego el largo penacho negro, la monda cabeza, los hombros... Jeems puso toda su energía en la enarbolada hacha. Él sabía bien que no habría lugar a más de un golpe..., bien asestado, contra el centro del cráneo. Con eso bastaría. Casi cerró los ojos y el hacha bajó unos centímetros, reteniendo el golpe una avasalladora sensación causada por el horror del acto. No era matar... era asesinar. Sus ojos, avezados a la noche, le permitían ver mejor que a Jeems. Vio un rostro pálido, un hacha, la muerte detrás de ella, y esperó, transformado en piedra. De sus labios no salió ni un grito ni su entumecido cuerpo hizo movimiento alguno en aquel instante de estupefacción en el que debió comprender que todos los dioses de sus selvas eran impotentes para ayudarle. Sus pupilas refulgieron siniestramente. Su respiración se paralizó. Consciente de su próximo fin, estaba sorprendido, pero no aterrado. Su apuesto continente no se inmutó al ver el acero a punto de hundirse en su cráneo. Comprendiéndose irremediabilmente cazado, dio un respingo de sorpresa.

El hacha continuó en alto, y, en aquel instante, las pupilas de Jeems y del salvaje se encontraron. El arma rodó por el suelo, como una protesta por lo que había estado a punto de hacer. Jeems se abalanzó al cuello del Seneca. El indio estaba en manifiesta inferioridad y aunque su fornido cuerpo pugnó por desasirse del sofocante abrazo, su posición era tan desesperada que en breves momentos quedó inerte, sin

sentido.

La aventura del Seneca y el combate, si de tal modo podía calificarse el encuentro, terminaron muy oportunamente para los dos refugiados en la cueva. Los demás guerreros se habían convencido ya por entonces de que la colocación de la saeta era simplemente una añagaza para ganar tiempo y comenzaban a invadir el cerro. Media docena de ellos se congregaron, discutiendo feroz y animadamente, junto a las rocas.

En su rincón, *Tijo* pugnaba por comprender y acatar la disciplina de su amo. Años de compañerismo y entrenamiento le habían hecho aprender el valor del silencio, y aunque ansiaba afrontar al invasor salvaje y tomar luego parte en la lucha con Jeems, no había variado la posición adoptada al principio. Si los nervios de Tonieta estaban a punto de estallar cuando los Senecas volvieron al cerro, los de *Tijo* corríanle parejas en tensión. Cien generaciones de carnívora sangre luchadora se mezclaban en el cuerpo del perro. Sus pupilas adquirían verdes y rojizas tonalidades en la penumbra, como si fuesen pozos de llama viva; enseñaba los feroces dientes, temblándole las mandíbulas que se entrechocaban castañeteando, y su corazón sentíase incapaz de resistir la inacción y el silencio. Después vio la victoria. Su amo triunfaba cuando los indios escalaban el cerro. Una irresistible oleada de desafío invadió su alma. El inconfundible olor que percibía érale odioso, tan odioso como los seres de que emanaba. Sin previo aviso, su pasión se desencadenó en un aullido de fiera enloquecida. Los esfuerzos de Tonieta y Jeems por contenerle fueron inútiles.

El postrado Seneca se movió en el suelo.

Afuera reinó un profundo silencio. *Tijo* comprendió lo que había hecho y se aquietó. Más que oírlo sintieron el sigiloso cordón que los envolvía en un círculo de muerte.

El Seneca abrió los ojos. Tenía una oreja pegada a la roca y los pasos de sus compañeros, más leves que las hojas al caer, le eran discernibles. Tan cerca de él que hubiera podido tocarlos, estaban la mujer de larga cabellera y el hombre que le había casi estrangulado, abrazados ambos. Cerró los ojos simulando inconsciencia, pero sus dedos, con astucia de serpiente, fueron alargándose hasta encontrar el hacha que el hombre pálido había dejado caer.

Capítulo XV

Veinte minutos después de revelar *Tijo* su escondite, Jeems y Tonieta estaban afuera, bañados por el sol. En el intervalo habían ocurrido misteriosos sucesos. Manos invisibles habían sacado al guerrero de entre las peñas. La excitación general habíase acallado, substituida por un solemne conciliábulo en voz baja. Luego, alguien les había ordenado salir en un francés gutural y defectuoso. Obedecieron: primero Jeems, siguiéndole Tonieta y *Tijo*, el último con el abatido aire del animal que se sabe en desgracia.

Fue una pasmosa recepción por enemigos de cuyos cinturones pendían cabelleras. Eran veinte o treinta Senecas, de espléndido tipo, enjutos de rostro, sagaces de mirada, jóvenes en su mayoría. Tonieta, no obstante la gravedad del momento, los contempló admirada. Eran como corredores preparados para una carrera. No estaban pintarrajeados como los Mohawks e iban menos desnudos. Viendo al muchacho con su arco y a la joven Fon su enmarañada y brillante cabellera, los indios devolvieron sus miradas con otras de sorpresa no exenta de aprobación. Parecían reacios a creer que aquella pareja hubiese podido embaucarlos tan completamente, capturando, además, a uno de los suyos, pero reconocían el hecho consumado con miradas en las que la cólera se reprimía.

Un joven salvaje que estaba ante ellos parecía ser el principal causante de su actitud. En torno de su garganta veíanse rojizas huellas, como si una cuerda le hubiera agarrotado. Dos de las plumas de águila de su penacho aparecían rotas y su hombro sangraba en el lugar en que una arista roquiza había desgarrado la piel. Sus ojos eran tan penetrantes como los del ave con cuyo plumaje se adornaba, y evidentemente ejercía considerable influencia sobre la partida guerrera de que era miembro. A su lado velase a un individuo de mucha más edad y más fornida catadura, con un rostro desfigurado y cubierto de costurones que le prestaban inalterable expresión de ferocidad.

Él fue quien habló en Seneca al más joven.

—¿De modo que este muchacho es quien hizo de mi sobrino un cautivo salvado por la voz de su perro?

El otro frunció el entrecejo al oír el acento irónico de su voz.

—Pudo matarme y me perdonó la vida.

—¿Éste es, pues, el joven cervato a quien debes una pluma de tu penacho?

—Le debo dos, una por él y otra por la presencia de la doncella que detuvo su brazo.

El anciano gruñó.

—Parece lo bastante fuerte para poder acompañarnos. Pero la muchacha es como una flor desprendida ya de su tallo y a punto de caer en el camino. Pondrá traba a nuestros pies y dificultará nuestra jornada, que necesariamente ha de ser presurosa. Resuelve el problema con tu hacha. El otro vendrá con nosotros.

Al oír la orden, Jeems lanzó un súbito grito y los semblantes de los salvajes se llenaron de asombro cuando empezó a hablar en su idioma. Las enseñanzas de Hepsibah Adams y su amistad con “Ojos Blancos” y “Gato Grande” le habían preparado para aquel momento. Su lengua tartajeaba, algunas de sus palabras eran inadecuadas, en su discurso había claros que sólo la imaginación podía llenar, pero consiguió explicar su historia. Los indios le escuchaban con un interés que, para Jeems, significó que no habían formado parte de la fuerza asaltante del señorío y de la granja. Con un ademán, señaló a Tonieta. Refirió cómo los Mohawks habían matado a sus padres y a cuantos le pertenecían; cómo ellos dos habían huido juntos, escondiéndose en la abandonada vivienda, y cómo allí habían dado muerte con una flecha al blanco que disparó el fusil. Abogaba por Tonieta como en cierta ocasión había oído abogar a “Gato Blanco” en favor de un perro que su padre quería matar. Desnudó su pecho, como el muchacho indio había ofrecido el suyo demandando que su padre hiriera antes que privarle de la compañía del fiel animal. Curtido por el sol, revuelto el cabello, empuñando el largo arco, Jeems era una vívida pintura de ardor y de elocuencia que se grabaría para siempre en la mente de Tonieta. Se irguió arrogante, comprendiendo que luchaba por ella, mirando con serenas pupilas al cabecilla de la bélica partida.

Con la cortesía que era ya tradicional en él en la historia de las fronteras, Tiaoga, el jefe, escuchó atentamente, aclarando la historia de Jeems en los puntos en que las deficiencias del lenguaje lo requería; y cuando éste hubo terminado, pronunció unas palabras que lanzaron a dos de sus hombres cerros abajo en dirección a la granja Lussan. Después hizo algunas preguntas que revelaron a Jeems que los Senecas no habían llegado hasta allá, aunque habían oído el disparo y, buscando a su autor, habían dado con sus huellas en el sendero que cruzaba los arces a un kilómetro de la vivienda. Cuando habló de los Mohawks, el semblante de Tiaoga se ensombreció y en sus pupilas vio Jeems el odio atávico de los Senecas y su envidia de los Mohawks, aunque ambos pertenecían a la misma confederación. El mero hecho de que hubiesen sufrido a manos de sus rivales parecía constituir un punto, a su favor.

Terminado el breve interrogatorio, Tiaoga volvió su atención al joven que tenía al lado.

—Creo que cuanto dice el muchacho es un tejido de embustes y he mandado a buscar pruebas de ello —dijo—. Si no ha clavado un dardo, como afirma, en ese amigo de los Mohawks, perecerá. Si por el contrario ha dicho la verdad en ese punto, demostrará que igualmente la ha dicho en otros y podrán venir con nosotros. Su compañera y él, hasta que sus plantas se nieguen a sostenerla, en cuyo caso la muerte le será un descanso.

—En el mismo titubeante francés en el que los había llamado, —interpeló a Tonieta—: Si no puedes seguirnos, tendremos que matarte.

Tonieta se dispuso a afrontar la dura marcha y se trenzó rápidamente el cabello. Jeems se acercó a ella y vio la tortura de la duda en sus ojos.

—Puedo hacerlo, Jeems —exclamó—. Sé lo que decíais y lo que ellos piensan, pero... puedo hacerlo. *¡Lo haré!* ¡Quiero vivir... contigo! Te amo tanto que nada podrá acabar conmigo, Jeems... ni aun sus *tomahawks*.

El talludo guerrero se les acercó. ¡Cuando menos, él era un amigo entre cuantos los rodeaban!

—Soy Shindas —dijo—. Vamos a una lejana ciudad... A Chenufsio. Entre este lugar y Chenufsio hay muchas leguas de bosques, de cerros, de pantanos. Soy vuestro amigo, porque me habéis tratado como a un hermano dejándome vivir y os debo dos plumas de mi penacho. Recogí tu hacha de la cueva porque no quise que en tu ofuscación la usases matando para luego morir a tu vez. Tú amas a la virgen blanca... yo... también amo a una doncella.

Las palabras del Seneca infundieron a Jeems esperanza su emoción. Aquellos salvajes eran oriundos de Chenufsio, la *Ciudad oculta*, lugar que el mismo Hepsibah Adams, no obstante su aventurero espíritu, había considerado cómo de otro mundo, meta de temeraria audacia que soñaba alcanzar algún día. *¡Ciudad oculta!* Corazón, alma y misterioso centro de la Nación Seneca. Estaba indeciblemente distante, más allá del territorio Oneida y del de los Onondagas y Cayugas. Comarca que lindaba con el lago Ontario por un lado, y con el Erie por el otro, con las Grandes Cataratas, de que había oído hablar rugiendo entre los dos. En cierta ocasión, su tío había dicho: “Para pensar en ir allá has de ser antes un hombre fuerte y recio. Por eso los Senecas, que cubren inmensas distancias, son los mejores hombres que existen”.

Shindas volvió a hablar:

—Tiaoga, mi tío, que es un gran capitán, no es tan malo como parece. Un Mohawk le desfiguró de tal suerte en una pelea, cuando era niño, por un partido de pelota. Pero es fiel a su palabra. Matará a la gacela que te acompaña si sus miembros flaquean.

Jeems miró alternativamente a su nuevo amigo y a Tonieta. La muchacha se había acercado al veterano guerrero sonriéndole; relucientes sus pupilas confiadas, a la par que señalaba las decrepitas suelas de su calzado. Por un instante Tiaoga la rechazó con estoica indiferencia. Luego sus ojos se fijaron en sus pies, mas no reveló propósito alguno de mejorar su condición al volverse de espaldas, dando una orden que puso al punto el yugo de prisionero al cuello de Jeems y le privó de su arco.

Valle abajo y a través de la selva, comenzó la larga y terrible jornada.

Al agruparse para emprender la marcha, algo le fue dicho a Shindas, y cuando los dos emisarios se unieron a ellos, de regreso de la granja Lussan, y Tiaoga se detuvo con su séquito para oír su relato, el joven Seneca dio a Jeems un par de abarcas de gamuza que sacó del zurrón que llevaba. El muchacho se arrodilló a los pies de

Tonieta con el tosco pero más adecuado calzado.

Los dos bravos volvían con la cabellera del blanco y la flecha rota que le había herido. Hablaban excitadamente, y Tonieta dedujo por sus ademanes la historia que narraban. Era la gráfica reproducción de la desesperada contienda entre su prisionero y el Mohawk de piel blanca. Midieron la diferencia de peso y estatura. Uno de ellos cogió un zapato de Tonieta indicando su tacón como evidencia de la veracidad de Jeems y, como postrer argumento, la flecha rota fue comparada con las de su carcaj. El pétreo semblante de Tiaoga varió ligeramente, considerando el arco de Jeems con nuevo interés. No era un arco insólito y reiteró sus dudas de que un muchacho blanco pudiese lanzar con él una flecha capaz de atravesar un torso. Tendió el arma y ajustó la saeta, dirigiéndose a Shindas.

—Que nos demuestre su habilidad, “Pluma Rota” —dijo vituperando aún a su sobrino por la desgracia en que había caído su bélico penacho—. Tú, que tan ufano estás de tu destreza, tira con él.

Jeems había terminado su tarea de anudar las desproporcionadas abarcas a los pies de Tonieta y aceptó el arco que Shindas le ofrecía, echándose el carcaj al hombro, de forma que las demás flechas estuviesen fácilmente a su alcance. Después miró a su alrededor buscando un blanco. Tonieta vio la sangre afluir a sus mejillas y le animó con un grito lleno de orgullo y de confianza en él, Jeems no temía afrontar la prueba, porque el mismo “Capitán Pipa”, que vencía a sus hijos pasando flechas del carcaj al arco y lanzándolas luego sobre el blanco con rapidez tal que parecía una bandada de pájaros, era más lento que él. Señaló hacia un tocón ennegrecido por algún incendio, a unos ciento cincuenta metros lejos, y disparó una flecha que cayó a veinte pasos corta. De este modo, midiendo la distancia y hallando su punto de mira, lanzó otros cuatro dardos, uno tras otro, con tal celeridad que apenas había el primer astil levantado una polvareda de carbonilla al tocar el tronco, cuando abandonaba el último su arco. Dos de las flechas se clavaron en el tocón, la tercera se estrelló contra una peña de su base y la cuarta pasó silbando por encima, un pie a la derecha, en dirección adonde soplaban el viento.

Viendo el imperturbable rostro del jefe Seneca, Tonieta lanzó un alegre grito. Cuando se volvió, la miró a ella y no al que había disparado las flechas, y al ver que se sonreía de tan amable y confiado modo, como si contase ya con su amistad, se volvió a Shindas con una expresión de sarcasmo que en otras circunstancias habría provocado quizás un asesinato.

—No es preciso que tires, “Pluma Rota” —exclamó—. Has perdido antes de empezar, y no quiero verte más desgraciado. Este muchacho hará un Seneca que te sobrepujará. Vendrá con nosotros y, a cambio de su hermandad, la doncella ocupará el lugar de “Talón de Plata” en mi *tepee*. Cuida de que le sea devuelto el pericráneo que le pertenece a fin de que pueda ostentar una pluma en su penacho a nuestra llegada. —Luego interpeló a Jeems—: ¡Oye! Recoge tus flechas y guárdalas para algún enemigo de los Senecas. —Y a Tonieta—: Eres “Talón de Plata”. Era mi hija.

Ha muerto.

No cruzó las facciones del jefe señal alguna de emoción o de amistad. Volviéndose, se puso a la cabeza de su banda, mayor que todos ellos, monstruoso en apariencia por la ferocidad de su mutilado rostro, pero digno como un rey en su porte. Sin un murmullo, los guerreros tomaron sus posiciones. Dos corrieron al frente como sabuesos para asegurar y facilitar el paso; dos quedaron atrás a guardar la marcha, y por ambos lados desapareció un batidor. Shindas se apresuró a recobrar las flechas mientras uno de los bravos que habían ido a la granja Lussan colgaba la cabellera del blanco en el cinto de Jeems, no obstante sus protestas y repugnancia.

Una vez más prosiguió la marcha hacia el Oeste... una fila de hombres silenciosos con una mujer en medio una mujer cuya larga trenza obscura centelleaba con los rayos del sol, cuyas mejillas arreboladas proclamaban la emoción, cuyos ojos tenían algo más que huellas de tragedia y de dolor en sus profundidades al mirar serenamente la gran aventura que afrontaba, oyendo tras de sí los pasos de un perro y del hombre amado.

Capítulo XVI

No sorprendió a Tonieta el que sus temores y la congoja que la muerte de su padre le causara se aplacasen. Su estado de ánimo era el de quien ve abatirse sobre sí una serie de eventos necesarios y predestinados en una lucha cuyos actores eran Jeems y ella. Una lucha que pesaba sobre sus hombros en substitución del dolor y que no temía soportar. Los salvajes ya no le inspiraban repulsión, aunque la mayoría llevaban en sus cintos los pequeños aros de castaño o de abedul en los que ensartaban las cabelleras, trofeo de sus éxitos bélicos. Algo en su apariencia comenzaba a infundirle confianza; la flexible gracia de sus cuerpos, la muscular energía de sus hombros, la arrogante y despierta gallardía de su actitud, la casi felina ligereza con que se deslizaban por el sendero. *¡Y Jeems era como aquellos hombres selváticos!* Aquella belleza suya, libre y desembarazada, era lo que desde el primer momento le había seducido en él, aunque, en virtud del efecto que le causaba, intentara obligarse a aborrecerle. Ahora, incluso el haberlo intentado le parecía imposible, porque descubría que le venía amando desde aquella ocasión en que su rostro palideciera al recibir el insulto de Pablo Tache, en las gándaras.

Las abarcas hacían más fácil la marcha. No era tan frágil como pensó Jeems al verla pugnar por sostener su paso con su calzado de altos tacones. Su esbelto cuerpo, fuerte y flexible, su mirada alerta, sus pies seguros y firmes lo proclamaban. Shindas iba de unos a otros para cerciorarse de que todos estaban en orden, y sus ojos relampagueaban de satisfacción al comprobar cuán fácilmente seguía Tonieta a los que le precedían. Se acercó a Jeems y conversaron ambos en voz baja. Incluso *Tijo* parecía haber cambiado, al entrar a formar parte de aquellos a quienes odiara toda su vida. Shindas había cobrado aprecio al animal y, por dos veces, puso una curtida mano sobre su cabeza. Poco a poco, Jeems fue oyendo extrañas cosas de labios de Shindas, anhelando una oportunidad de referir a Tonieta las confidencias del joven guerrero.

El paso de los Senecas no habría revelado a los ojos de un observador imparcial signo alguno de paz o de concordia. La severidad misma de su atavío acrecentaba su mortífera apariencia. No iban pintarrajeados de negro, encarnado y azul, como la mayoría de los salvajes en campaña, y se cubrían con pieles sin adornos, curtidos por el viento y por el sol. No iban desnudos ni llevaban aros de alambre de cobre en las orejas. Todos ellos porteaban dos fardos: en el mayor una manta de piel de castor, y en el otro provisiones. Como armamento, algunos tenían arcos de castaño, y todos fusiles y hachas. Era indudable, viendo su apariencia, que se trataba de una fuerza cuidadosamente seleccionada para una larga y peligrosa misión, y que habían

conseguido ya algunos triunfos lo demostraban las veintiséis cabelleras que entre todos habían reunido, Dieciocho de ellas pertenecían a cráneos masculinos, cinco eran de mujer y tres infantiles.

A la cabeza de la siniestra procesión, Tiaoga caminaba como una pantera, y cuando las curvas del sendero lo permitían, Tonieta tenía ocasión de ver su semblante, en el que la crueldad y el infortunio parecían perennemente retratados. Mas su aspecto no la impresionaba. Por dos veces la mirada de Tiaoga se posó en ella durante los primeros kilómetros de camino y por dos veces sonrió agitando además la mano en afectuosa salutación.

No le temía y, sin embargo, la sensación de seguridad que experimentaba le era incomprensible. No tan sólo no le temía, sino que hallaba en aquel hombre, a quien otros habían considerado como un monstruo, algo agradable. Estaba cierta de que no le mataría. Cuando Jeems se puso a su lado le manifestó, completamente animada, sin el menor desaliento, su convicción. Pero Shindas había dicho al muchacho:

—Tengo mayores esperanzas porque su paso es ligero y firme. Sobre todo, que lo sostenga. Si desfallece, Tiaoga la matará aun habiéndola elegido para ocupar el puesto de “Talón de Plata”.

Los indios se habían puesto en marcha al amanecer y no se detuvieron hasta el mediodía para su primer refrigerio. Era la comida sencilla de una raza fuerte que desconoce la gula excepto en las fiestas ocasionales, y que atribuye su poder de resistencia a su frugalidad: “Aquellos de mis bravos que coman mucho, pelearán poco”, había sido la advertencia de Cornplanter a su potente nación; y durante centurias, la naturaleza había ido adaptando al indio a las imperiosas necesidades de una vida en la que la sobriedad constituía la gran ley de la existencia^[20]. De la provisión que llevaba en su saquito, cada bravo sacó una porción, no mayor que la que cabe en el hueco de la mano, de una mezcla, toscamente molturada, de harina de maíz y harina de guisantes, con bayas secas como condimento, consumiendo hasta la última migaja. Tonieta, cuya vida había conocido los beneficios de la civilización desde su más temprana edad, sintió impulsos, viendo la escasez de la comida, de ofrecer a Shindas una de las dos manzanas que Jeems había puesto en su regazo. El indio dijo algunas palabras al muchacho, que tradujo en beneficio de la joven:

—Shindas dice que te agradece el obsequio, pero si comiese más no podría proseguir la jornada cómodamente.

Tonieta ocultó a Jeems que comenzaba a cansarse, que en los agotados músculos de sus piernas sentía violentos dolores, similares a punzadas de agujas. Consumió una manzana y medio nabo, y Jeems le trajo agua en un cuenco de corteza de abedul.

Cuando Shindas los dejó solos, habló a la joven de la sorprendente aventura que los esperaba. Iban a Chenufsio, quinientos kilómetros distante al Oeste en línea recta, según Shindas. Al hablar, disimuló sus recelos por ella. Chenufsio, dijo, era el lugar misterioso de las selvas, la Ciudad Oculta a la que desde hacía varias generaciones los Senecas llevaban a sus prisioneros blancos. Había sido uno de los sueños

favoritos de su tío Hepsibah el alcanzarla, y por dos veces fracasó en su intento, aunque sabía cómo era el lugar, y, en ocasiones, habían hablado de él horas enteras. Entre los salvajes, convirtiéndose en salvajes ellos mismos, había numerosos niños blancos. Los gobernadores de las colonias tendrían que enviar tarde o temprano un ejército de soldados a libertarlos. Constituía uno de sus mayores anhelos el visitar aquel salvaje poblado y ahora le resultaba inconcebible estar a punto de lograrlo. Después hizo alusión a la afortunada ocurrencia que les salvó la vida. Cuando Shindas era niño, llegó a Chenufsio una mujer blanca, prisionera, durante la larga jornada a través de las selvas había llevado en brazos a su hija, hoy día bellísima doncella a la que Shindas amaba. Inspirado por aquel amor, Shindas había intercedido por ellos al salir de la cueva, impetrando el perdón de sus vidas de su tío, cuya hija, una muchacha de la edad de Tonieta, había perecido ahogada bañándose en un profundo cilanco, seis meses antes. Tiaoga, que era viudo, no tenía más hijos y adoraba a “Talón de Plata”, había accedido, proponiéndose otorgar a Tonieta en su *tepee* el lugar de su hija.

Jeems le aseguró que semejante propósito equivalía a una absoluta seguridad para ambos.

No le comunicó otras noticias más sombrías que había recibido, como la de que los franceses, a las órdenes de Dieskau, habían sufrido un sangriento revés y que la frontera del Sur estaba a merced de sir Guillermo Johnson y de sus salvajes hordas.

Tampoco creyó oportuno decirle que, a consecuencia de un encuentro con una banda de Mohawks, en la que tres de los suyos habían perdido la vida, Tiaoga había proyectado llegar a las puertas de la ciudadela Seneca en seis días y seis noches.

Al reemprender la marcha se acentuaron sus temores, porque vio la hosca acerbidad de alma que ocultaban los pechos de los guerreros. Hepsibah Adams habíale abierto los ojos a la verdad y sabía que aquellos hombres no debían a los de su raza más que humillaciones y vergüenzas. Mil veces había pensado Jeems que si el sino hubiese puesto entre ellos sus fortunas, habría odiado con la misma intensidad que odiaban. La libertad y el arrogante orgullo que antaño eran herencia de sus vastos dominios, no constituían ya el factor dominante de la existencia. Sus guerras habían dejado de ser contiendas que dieran nacimiento a selváticos dioses y a poemas épicos de inolvidable heroísmo. Su estrella declinaba, y con su declive el blanco los había transformado en vulgares homicidas, viniendo a ser cuestión de escasa monta el que matasen enemigos o supuestos amigos, con tal que las pieles fuesen blancas. De aquí que la nobleza que Tonieta veía en sus capturadores estuviese emponzoñada para Jeems, con el conocimiento de lo que encerraban sus corazones. El mayor de los odios no es el de un hombre hacia otro, sino el de una raza contra otra; y sabía que una sola palabra de Tiaoga podría convertir a aquellos hombres en espantosas fieras, y que de entre ellos el más temible era Tiaoga mismo. Shindas le había dicho que el padre de Tiaoga había muerto a manos de un blanco, y su hijo a las de un Mohawk inglés.

Fuese cual fuese su sino, aquel día lo determinaba. Estaba seguro de que Tonieta no podría sostener el paso por mucho tiempo, y se fortalecía contra el momento en que el jefe Seneca se viese obligado a tomar una decisión. Le esperaba un tanto el hecho de que Tiaoga hubiese reclamado como hija a Tonieta; mas si por su flaqueza la joven se veía condenada a morir, estaba resuelto a no dejarla morir sola.

Shindas, cuyo puesto en la fila estaba inmediatamente detrás de su tío, tuvo en más de una ocasión la certeza de que éste ponderaba el dilema en que la presencia de la muchacha le colocaba, y su ánimo no estaba más definido que el de Jeems. Cuando le era posible hablar con Tiaoga sin ser oído por los demás, aprovechaba la ocasión para referirse sagazmente a la belleza y dulzura de la prisionera y a su parecido con “Talón de Plata”. Con astuta mafia trazó un cuadro de la solitaria vivienda de su tío, animada otra vez por risas de alegría, insistiendo hasta que Tiaoga le impuso bruscamente silencio. Poco después los guerreros observaron que su jefe cojeaba ligeramente. Este indicio de inferioridad física persistió hasta que, furioso por su flaqueza, clavó su hacha en un árbol y se detuvo, anudando fuertemente una tira de piel de ciervo al dislocado tobillo. Shindas encontró algo anómala aquella manifestación de cólera en un hombre que había sufrido cuantos dolores el cuerpo es capaz de resistir, pero se abstuvo de comentarla, ayudando a Tiaoga a vendar la articulación. El avance fue luego, por necesidad, más lento, y continuó retardándose a medida que caía la tarde, hasta parecer que una mano invisible ayudaba a Tonieta. Fue inútil pretender ocultar su condición. Estaba exhausta. Su cuerpo era un conjunto de dolores. Un kilómetro más, y hubiérase desplomado, gozosa por ver así terminada su tortura. Pero la suerte y la lesión de Tiaoga intervinieron para su salvación. Llegaron por fin a un claro entre los arces, en el que había una perchada de palomas silvestres. Esta perchada, a la que millares de aves acudirían al ponerse el sol, fue la que hizo detener a Tiaoga. Sus guerreros, aun no dudando de la autenticidad de su dolor, se extrañaban de que lo manifestase.

Interpeló a Shindas.

—Llevamos largo tiempo sin comer, “Pluma Rota”. Dentro de poco, aquí habrá alimento en abundancia. Comeremos, luego dormiremos y no seguiremos la jornada hasta el amanecer.

Entonces comprendió Shindas la verdad, aunque sus facciones no se alteraron.

Luego pudo hablar con Jeems.

—Por vez primera he descubierto que mi tío es un gran embustero —dijo—. Tiene los tobillos tan sanos como yo. Si ha fingido sufrir es por la gacela. Está segura. No la matará.

Cuando Jeems comunicó la grata nueva a Tonieta, la muchacha, llorando, ocultó el rostro entre las manos. Tiaoga la vio. Desplomada en el suelo, con un brazo de Jeems por la cintura, era el vivo retrato de “Talón de Plata”, cuyo bellissimo cuerpo le habían traído del cilanco, medio cubierto por la abundante cabellera. Nadie se dio cuenta de la tensión de su corazón al acercarse a ella. Guerreros de ojos

desmedidamente abiertos por el asombro vieron que ya no cojeaba y que con su actitud de feroz desafío parecía anticiparse a cuanto pudieran pensar. Se detuvo ante la joven dejando caer a sus pies su manto de piel de castor. Tonieta alzó hacia él las pupilas, que el llanto empañaban, sonriéndole, y una extraña dulzura iluminó el semblante del salvaje. Ella le tendió una mano, como si fuese su padre o Jeems quien estuviese ante ella, pero Tiaoga pareció no advertirlo. La miró fijamente, como quien ve un espíritu, y dijo:

—Shindas tiene razón. El alma de Soi Yan Makwun ha encarnado en tu persona.

Soi Yan Makwun era “Talón de Plata”.

Tiaoga dio media vuelta y sus bravos conocieron así que había resuelto la conducta a seguir. Ya no sería preciso apresurarse en dirección a la Ciudad Oculta.

Sobre una yacija formada con la piel de castor y tiernos brotes de copayero, que Jeems recogió del fondo de la barranca, descansó Tonieta mientras los indios preparaban el nocturno festival. Contemplándolos, alisó y trenzó su cabello, y aunque no había hueso en su cuerpo que no hiciese notar su presencia, experimentaba una sensación de completo descanso por vez primera desde la tragedia de Tonteur Manor. No sentía deseos de dormir, únicamente un ansia de reposo, de inmovilidad, como reacción al casi sobrehumano esfuerzo que había realizado. Los movimientos de los guerreros que la rodeaban contribuían a su peculiar serenidad espiritual. Se afanaban en labores realmente domésticas, disponiendo media docena de pequeñas hogueras de leña seca, cortando y descortezando innumerables lerchas en las que luego ensartarían las palomas para asarlas; acarreando piedras que calentar para hervir y cocer las alcachofas silvestres y raíces; riendo y hablando en voz baja hasta borrar de su mente la idea de que eran homicidas cuyas manos estaban aún teñidas por la sangre reciente de sus víctimas. El dulce sosiego que templaba el ambiente la invadió de tan imprevisto modo, que no se dio cuenta del momento en que sus ojos se cerraron, completamente rendidos al cansancio que la abrumaba.

El campamento Seneca estaba a cierta distancia del nidal de palomas para eludir el desagradable olor que de él se elevaba, pero quedaba a la vista, y Jeems pudo ver los pájaros llegando con la puesta del sol, en pequeñas bandadas primero, y aumentando en número después, hasta que el conjunto de inquietas alas sobre la perchada formó una movediza nube de más de un kilómetro en cuadro. Hasta que no hubo cerrado la noche no salieron los guerreros a cazarlas, provistos unos de antorchas resinosas, y otros, de largas pértigas que utilizarían para atontar de un golpe a las aves posadas en las ramas bajas. Jeems no recibió órdenes de acompañarlos y con un suspiro de satisfacción vio desaparecer el último de su número. Más tarde, a través de los árboles, divisó las rojizas lenguas de fuego, y antes de media hora, los salvajes regresaban con sus presas, apilando los cuerpos de las palomas dentro del círculo de las seis hogueras.

Desde su captura, *Tijo* se había adscrito a Tonieta, no ya compartiendo con ella su lealtad hacia Jeems, sino inclinándose francamente en su favor. Sería aventurado el pensar que su mayor fragilidad y su sumisión a los enemigos, que tan en absoluto los dominaban, fuesen causas responsables de su cambio de actitud; pero que había ocurrido el cambio que se manifestaba por una extrema devoción, era evidente para ambos. Yacía a su lado mientras reposaba, siguiendo con incansables ojos las actividades de los salvajes. Cuando el aroma de carne asada llegó hasta él, no se movió, a pesar de que llevaba largo tiempo con el estómago vacío. Hasta que Jeems volvió de las hogueras con una lercha en la que doce aves iban enristradas, no cambió el perro de posición ni se decidió a comer.

El muchacho no despertó a Tonieta, mas cuando hubo terminado su comida, asó otra docena, reservándoselas junto con algunas raíces y alcachofas.

El asado de aves duró un par de horas, y cuando terminó y la provisión se hubo dispuesto para futuro uso, los bravos de Tiaoga se envolvieron en sus mantas para pasar la noche. Jeems quedóse pasmado al ver que hombres tan aptos para llevar al extremo la realización de cualquier acto físico, practicasen tamaña templanza en su alimento. Le pareció que Tiaoga apenas si probó bocado mientras él —de estómago habituado por la cultura y educación— despachaba seis sabrosas aves.

En el campamento reinó pronto un profundo silencio y Jeems dio en meditar sobre los cambios sufridos por su vida en el breve espacio de dos días. Aunque los cautos indios no habían dejado ascua alguna visible en las fogatas, podía distinguir el rostro de su compañera apoyado en un brazo. Se alegraba que ella durmiese, porque en aquellas horas el tiempo parecía más corto, y la angustia le oprimía a él el pecho. Parecíale una monstruosa exageración de la realidad el que tan sólo ellos dos quedasen de cuantos hasta entonces habían constituido su mundo. Tonieta, durmiendo plácidamente, confirmaba esta verdad, y apartando las torturadoras visiones de su espíritu, se concentró en ella con un ansia casi irrefrenable de estrecharla entre sus brazos. A la luz de las estrellas su rostro era de infantil belleza. El cabello aureolaba su frente encuadrando la garganta como un marco de azabache que realzaba la blancura de su tez. Tan intensa era su postración que ni un sueño venía a turbar el sosiego de su inconsciencia. El espíritu de paz que la dominaba invadió también a Jeems y la quietud le trajo una sensación de completo dominio. Ya muy entrada la noche, se arregló una almohada de copayero y antes de dormir imprimió un beso en la mano de Tonieta. Después, *Tijo* fue el único que montó guardia entre las sombras al palidecer las estrellas.

El alba... otro día... otra, noche. Uno tras otro se sucedían en la marcha de Tiaoga a través de las selvas occidentales. No tenían prisa. En su primer despertar en un campamento Seneca. Tonieta había abierto los ojos y visto una talluda figura ante ella. Era Tiaoga. Vio la mano de ella contra los labios del joven que dormía. Ella le miró con resplandecientes pupilas. Tiaoga gruñó alejándose. Desde entonces su custodia fue la de un halcón sobre sus crías, aunque no lo evidenciaba, limitándose a

manifestar sus deseos o sus órdenes a Shindas, concisamente y en voz baja. La jornada ya no era imposible para Tonieta. Cuando el cansancio le rendía acampaban, reanudando la marcha al despertar. Tiaoga la llamaba Soi Yan Makwun, y los guerreros la consideraban más benévolamente. Al pasar los días y ser testigos de su valor, sus corazones se inclinaban hacia ella y, ocasionalmente, sus furtivas miradas revelaban su admiración y una amistad a las que Tiaoga era ajeno.

Sirvieron también aquellos días como de puente para el paso de Tonieta y de Jeems a un futuro que les pertenecía, y la tragedia de las pérdidas que ambos habían sufrido se atenuó con aquellos nuevos aspectos tan viles para ellos. El mundo que habían conocido era un edificio desmoronado y en ruinas a su alrededor, una desolación de la que comenzaba a surgir una nueva existencia. Al adueñarse de ellos el espíritu de las profundas soledades de la selva, el sentimiento se convirtió en un nexo que ya nada podía romper.

Doquiera que fuesen, y ocurriese lo que ocurriera, se pertenecían el uno al otro, porque la muerte misma podría separar, pero no destruir.

En el decimocuarto día, Tiaoga destacó un emisario. Aquella noche se sentó en el suelo junto a Tonieta, y Jeems fue traduciendo sus palabras. Fumaba hojas secas de zumaque en una larga pipa, interrumpiéndose tan sólo para hablar con acentos que eran a veces como gruñidos de un animal.

Al siguiente día llegarían a la Ciudad Oculta, donde su pueblo los esperaba. Habría gran regocijo, porque eran portadores de muchas cabelleras y no faltaba ningún bravo. A ella le dispensarían gran honra... a ella y a Jeems, aceptándolos como carne de su carne y huesos de sus huesos. Tonieta viviría como su hija. El corazón de “Talón de Plata” renacería en sus canciones. Pertenería a las selvas... para siempre. Así lo había hecho saber, enviando un emisario a Chenufsio. *Tiaoga se acercaba con su hija.*

Éste desapareció en la obscuridad, y Jeems y Tonieta guardaron silencio, temerosos ambos de expresar lo que abrumaba sus corazones.

“Vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos...”^[21]”.

Tonieta pasó aquella noche con los ojos clavados en el cielo.

Capítulo XVII

Chenufsio, la Ciudad Oculta de los Senecas, estaba emplazada junto al río Little Seneca, a ciento veinte kilómetros del lago Ontario. Gracias a aquel curso de agua, sus habitantes podían derivar en sus canoas hasta la orilla del lago o proceder hacia el Sur casi hasta el río Ohío, que recibía el nombre de Allegany en Fort Pitt. Cuatro caminos distintos conducían a ella a través de la selva. Eran angostas veredas de un pie de ancho, usadas por innúmeras generaciones de indios, y tan marcadas en determinados trechos que una centuria después de la desaparición de quienes las habían trazado aún se distinguían perfectamente. Uno de los caminos llevaba al Río de las Grandes Cataratas, o sea el Niágara; otro a la región del Ohío y de las minas de plomo de Pensilvania; un tercero al Norte, al lago Ontario, y el cuarto, centenares de kilómetros al Este, a los territorios ricos en cabelleras de blancos, allende los Cayugas, los Onondagas y los Oneidas; era el que Tiaoga y su banda seguían. Curiosamente, no existía camino alguno en dirección al lago Erie, cuya margen oriental estaba a casi igual distancia que las arenosas riberas del lago Ontario. Cazadores y guerreros se aventuraban a través de los pantanos y las selvas hasta Misow Kichekume o “Mar Grande”, pero por alguna singular razón no abrían un paso regular.

Guardada por todas partes como preciosa joya, ciudad oculta literalmente, como indicaba su nombre, Chenufsio era uno de los mayores y más extraños centros sociales adonde los indios llevaban sus prisioneros blancos para ser adoptados por sus capturadores. La existencia de lugares tales era un hecho que tan sólo recientemente había merecido crédito en las colonias inglesas y francesas. Hasta 1764 no fue autorizado el coronel Boquet a libertar a la población “blanca” del primero de estos poblados misteriosos, y aun así la libertad de que fue portador trajo consigo más tragedia que felicidad, porque la vida y las asociaciones, que en nombre y representación de las colonias se creyó en el deber de interrumpir, tenían sus raíces en tan remota base como la tercera y cuarta generación. Al romper las cadenas de los prisioneros rompió también no pocos corazones.

Cuando Tonieta y Jeems llegaron con Tiaoga y sus guerreros, Chenufsio era la Roma de un vasto dominio en aquel período de la historia. La poblaban trescientos habitantes, con un poderío militar de sesenta combatientes. Estaba situada en el borde de una dilatada vega formada por una curva del río similar a una herradura, y en su centro había una ciudadela fortificada, con viviendas, almacenes, chozas y *tepees* bastantes para la población entera en épocas de violencia. A cosa de un flechazo de distancia de las puertas de la estacada, comenzaba un bosque de magníficos robles,

bajo los cuales, antes que en el recinto fortificado, se acomodaba la población en primavera y en verano, formando las sarmentosas ramas una especie de nave sobre su cabeza. A un kilómetro de la selva alzabase un cerro semicircular, borde interno de la herradura formada por el río; y entre éste y aquél extendíanse los predios y vergeles cultivados por los salvajes. Los Senecas poseían viñedos y magníficos vergeles de manzanos, cerezos y ciruelos, cultivando asimismo tabaco y patatas en gran escala. Los campos rodeaban Chenufsio en una extensión de doscientos acres, dedicándose la mitad de este espacio a la producción de maíz de diversas clases, y de legumbres y cucurbitáceas; y por doquier, girasoles de cierta clase enana, especialmente apta para la obtención de aceite de sus semillas.

Cuando las cosechas eran abundantes, Chenufsio vivía en la opulencia durante los meses invernales, llenos los silos, abarrotados los almacenes de frutas secas, y bien abastecidos los sótanos de manzanas, calabazas, patatas y calabacines. En un mal año, Chenufsio corría varios puntos de su cinturón durante cinco meses y durante tres más pasaba hambre.

La presente era mala estación. Escarchas de primavera habían quemado la vegetación temprana, agostando los brotes de manzanos y ciruelos. El maíz era tan escaso, que después de la época del tueste apenas si quedaba lo bastante para la próxima siembra. Y judías y patatas habían padecido tal merma que su cosecha quedaba reducida a un tercio de la normal. Para las selvas y los pantanos, así como para las gándaras y los prados, había sido un “año negro”. La mayoría de los árboles estaban desprovistos de fruto; el trigo había germinado canijo, y desde la época de las fresas a la de madurez de las ciruelas claudias, casi no habían tenido frutos que recoger. Por todas esas causas la población de Chenufsio se preparaba para la “dispersión” al llegar las primeras noches frías del otoño.

La “dispersión” era un trágico evento en la vida de un pueblo indio. Equivalía a un racionamiento general, y en el caso de Chenufsio, una diseminación de trescientos hombres, mujeres y niños por una vasta comarca selvática, en grupos generalmente de una familia, que dependían en absoluto de sus propias fuerzas para sustentarse hasta la llegada de la primavera. Si alguno de esos grupos poseía dos o más cazadores, el jefe del poblado destacaba uno de ellos para acompañar a otro menos afortunado grupo compuesto por ancianos, o viudas con hijos, haciéndole responsable de su bienestar como si se tratase de su propia familia. Era una campaña contra el hambre. Al terminar la lucha con la primavera, el poblado se reconstituía, reanudando la vida ordinaria.

Una atmósfera de abatimiento precedía usualmente a la “dispersión”. Cuando llegaba ésta, amigos y parientes veíanse separados por un largo tiempo. Durante el período de separación ocurrían, inevitablemente, defunciones; amorosos lazos se partían; padres perdían a sus hijos. Una madre veía a su hija agregada como miembro de otra familia en mejores condiciones para mantenerla. Los enfermos y los tullidos quedaban en el poblado con provisiones bastantes para su manutención durante el

trágico periodo.

Sin embargo los habitantes de Chenufsio no presentaban la usual apariencia de melancolía al llegar Tiaoga con sus triunfantes huestes. Se levantaron con el día, henchidos los corazones de un gozo que dispersaba la infelicidad que pudieran sentir. Regresaba la mitad de la población masculina, y regresaban triunfantes. El emisario de Tiaoga había propalado la grata nueva de que ni un solo hombre había pagado con la vida su invasión del territorio enemigo. Era insólito, y su anomalía bastó para infundir alientos a quienes habían sufrido los reveses de la naturaleza. La llegada de Tiaoga con su botín de guerra era un augurio que casi compensaba los vacíos silos y graneros.

Como parte de ese botín, Tiaoga traía una nueva hija para ocupar el lugar de “Talón de Plata”.

Ello los convencía de que la fortuna se preparaba a sonreírles de nuevo. Habían amado a Soi Yan Makwun. Con su muerte habían coincidido los tiempos duros. Ahora, los espíritus les proporcionarían un invierno fácil, y el año próximo verían sus tierras nuevamente ubérrimas.

Chenufsio se dispuso a festejarlo. Aún quedaban abundancia de frutos de la tierra y una reserva de maíz verde conservado en mazorcas para tal ocasión. Las pieles de los tambores se tensaron el día en que esperaban a Tiaoga, y nadie pensó en trabajo alguno ajeno a los que la celebración entrañaba. Bajo los corpulentos robles se apilaron fogatas y parte del festejo para la juventud fue la recogida del combustible. Los niños, armados de tamtams de juguete, recorrían el poblado redoblándolos incesantemente; hubo juegos y carreras, risas y chanzas; y desaforado vocerío general, volviendo los adultos momentáneamente a su infancia. Los más sosegados entre éstos y aquéllos eran los de piel blanca. En Chenufsio contábanse unos veinte. Excepto por el colorido de su piel y por una ligera diferencia en su atavío, nadie los hubiera creído extraños en la tribu. No presentaban apariencia de cautivos, y si bien su conducta revelaba cierta impaciencia, reprimían sus emociones mejor que los Pielas Rojas que los rodeaban. Entre ellos veíanse mujeres en cuyos brazos descansaban niños nacidos de esposos indios. Había doncellas blancas que residiendo en Chenufsio desde su infancia, miraban con refulgentes pupilas a los jóvenes guerreros dueños de sus corazones. Otras, de piel más bronceada, indicaban ser la herencia de una segunda o tercera generación, y algunos había, también, cuyos ojos conservaban sombras de dolor y de anhelo... aquellos cuyas visiones de hogares perdidos y seres amados no se borrarían nunca.

Tal era el pueblo que esperaba en aquel soleado día de otoño la llegada de Tiaoga y sus cautivos.

La última jornada fue larga para Tonieta. Había comenzado con el alba, y aunque Tiaoga dio a su gente intervalos de descanso, no terminó hasta el crepúsculo. La

obscuridad los envolvió antes de que llegasen a la llanura a cuyo fondo se alzaba el cerro detrás del cual estaba Chenufsio. En el cielo veían la reverberación rojiza de un gran fuego.

Tonieta olvidó su cansancio al ver aquel signo que anunciaba el término de su jornada. Observó que alguien quitaba a Jeems el pericráneo del hombre al que había dado muerte y que el muchacho procuraba disimular entre los pliegues de la manta de piel. Luego vio todas las cabelleras cogidas por los Senecas colgando de una larga pértiga, llevada por dos hombres. Con éstas a la cabeza de la partida, llegaron al cerro que bordeaba la llanura, con el valle de Chenufsio a sus plantas.

En el denso robledal contiguo al río, a dos kilómetros de distancia, ardían innumerables hogueras, pero a pesar de ello predominaba por doquier un absoluto silencio. Tonieta estrechábase junto a Jeems y no fue sólo el esfuerzo de ascender el cerro lo que hizo latir su corazón más aprisa. De la extraña e imponente quietud parecía surgir un espíritu. Espíritu de vida y de muerte. Era una quietud llena del latir de incontables corazones, la represión de cosas animadas, el tenaz escrutinio de invisibles ojos. Tan sólo las hogueras atestiguaban la presencia de algo vivo y sin trabas. Cuando invisibles manos añadían combustible, eran como notas de una llameante cadencia, en la que el chisporroteo de la resina ponía los crescendos de luz y el arce y el roble los sostenidos. La joven no podía distinguir a los que esperaban junto a las fogatas. Para Jeems y para ella era el fin del mundo. Así lo había supuesto Tonieta, aunque sin contar con el ominoso silencio que se asemejaba a la muerte, asomando la cabeza por una sima.

Súbitamente se rompió. Una talluda figura había escalado una roca desde la que lanzó un grito que empezando en un murmullo fue aumentando de volumen hasta llenar el valle. Jamás había oído Tonieta grito semejante de garganta humana, tan libre de esfuerzo, una larga nota cuya profundidad y firmeza parecían acrecentar su alcance. La voz llevaba en sí el alma de un dios. Intentó adivinar la identidad de la figura que las sombras ocultaban. Un grito escapó de su garganta. El individuo del peñasco era Tiaoga.

Una babel de sonidos estalló en Chenufsio. El silencio que la voz de Tiaoga había impuesto se rompió, adquiriendo una vida que era casi de locura. Los hombres vociferaban jubilosos, los niños chillaban, las mujeres lloraban de puro alborozo. Encendiéronse antorchas de tea, y mientras la población invadía la noche como una oleada de fuego, el tamborileo de los tamtams y tambores se mezclaba con las voces humanas y el ladrido de los perros. Al comenzar el grito de Tiaoga, los guerreros portadores de la pértiga llena de cabelleras se habían adelantado, y ahora el caudillo los seguía a la cabeza de sus huestes formadas en hilera. Tonieta y Jeems ocupaban el centro de la fila. Habíanles puesto amplios collares de cuero, como prisioneros, despojando al muchacho de sus armas. La marcha era lenta; caminaban a paso corto y sosegado sin desplegar los labios. El mar de antorchas avanzaba, saliendo de las hondonadas como una inundación, extendiéndose por la planicie formando dos

rutilantes líneas de fuego. Los portacabelleras entraron en contacto con ellos unos cien metros antes que Tiaoga su gente. Tonieta pudo verlos iluminados por la rojiza claridad y, al momento, las voces de los salvajes se elevaron hasta que los macabros portaestandartes hubieron exhibido sus trofeos a lo largo de las hileras de indios que presenciaban el desfile.

Tonieta sintióse invadida por extraño desfallecimiento. Historias medio olvidadas de los indios, oídas en su niñez, historias cuyo relato había provocado escalofríos en miles de hogares de las fronteras acudieron a su mente. Trágicas narraciones de inconcebibles torturas y venganzas, de piras y de sufrimiento humano. Las había escuchado de labios de su padre o de viajeros transeúntes a los que se veía frecuentemente en el señorío, y recordaba incluso el nombre de la ordalía que habían de pasar. Era "*Le Chemin du Feu*", *el camino del fuego*. Muchos habían perecido en él, abrasados por las resinosas antorchas, cegados por su fuego, muerte lenta y horrible, gradual e insoportable. Así lo había oído decir.

Aprovechando las primeras claridades de las antorchas, miró a Jeems. Temía por él. Tiaoga no la mataría a ella, no permitiría que las antorchas la tocasen... tan segura: estaba de ello como de que aquellos instrumentos de tortura los esperaban. Jeems se volvió hacia la joven, sonriéndole alentadoramente.

Tiaoga y sus guerreros avanzaban con lentitud. Eran hombres de bronce, sin nervios ni emociones. Erguidas las cabezas, rígidos los torsos, fijas las facciones, avanzaban a paso de procesión funeraria por entre las columnas de su pueblo. Jeems adoptó el rítmico movimiento al embocar las fauces del monstruo de mil antorchas y con ojos que eran pozos de terror y de fatiga. Tonieta vio que ni una sola mano se alzaba contra ellos. El pueblo de Chenufsio guardaba un absoluto silencio que sólo interrumpía el rastreo de los pies, el crepitar de la tea ardiendo, el lento respirar de una muchedumbre. Ni una palabra, ni un grito, ni un solo espontáneo ademán de madre al ver a su hijo, de enamorada a su amante, de esposa a su marido, interrumpía el triunfo de Tiaoga. El cuadro se grabó, indeleble, en el cerebro de Tonieta, detalle por detalle. Vio los rostros que la miraban, hombres, mujeres, niños... sin odio, sin deseo de injuriarla, con una gran curiosidad que era casi amistosa, y entonces su corazón casi quedó paralizado al ver entre ellos un rostro blanco... un rostro encuadrado por una masa de cabello rubio que refulgía bajo las antorchas; y unos labios que le sonreían en dulce y melancólica bienvenida. En las líneas había otros "rostros pálidos" y uno de ellos, una joven como ella, la saludó alegremente, arrebolándose al pasar Shindas. El "bravo" permitió a sus centelleantes pupilas un segundo de desviación hacia ella.

—¡*Opitchi!* —gritó suavemente Tonieta, y la joven pareció a punto de salir a su encuentro—. ¡*Opitchi!*... ¡*La Grulla!* —exclamó Tonieta pronunciando el nombre entero de la blanca prometida de Shindas.

Una amenaza de muerte habría sido impotente para hacerle reprimir el saludo, porque fue su corazón lo que asomó a sus labios, esperanza, conocimiento de que allí

estaba el amor, la felicidad tal vez, en lugar de la tragedia que esperaba.

Las antorchas ardían chisporroteando, mas ni una chispa los tocó al pasar. En las pupilas de los espectadores no asomaba el odio, nadie los amenazó con un ademán. Las historias que había oído en tierras de sus padres eran, pues, falsas. Los indios mataban guerreando, pero sin torturas. No era cierto que arrancasen los ojos a sus víctimas, hundiendo puntiagudas lanzas en sus carnes. Eran hombres, mujeres y niños como los demás, y Tonieta, creyó haber descubierto tales verdades por sí misma.

Una cosa, empero, no sabía. Pudo haberla averiguado oyendo los murmullos que provocaba el paso del guerrero: *“Es la hija de Tiaoga... El espíritu de Soi Yan Makwun que se ha reencarnado para volver entre nosotros... Ahora la fortuna nos sonreirá otra vez... el sol fulgirá de nuevo... risas y placeres nos esperan... Soi Yen Makwun está aquí... surgiendo de las aguas... de la muerte... para convivir con nosotros”*.

Ni la salvaje explosión de voces después de la parada, ni el retumbante vibrar de los tambores, ni el desenfrenado volteo de las antorchas por los aires, ni los cantos de gloria que salían de bronceas gargantas expresaban para ella lo mucho que Chenufsio había amado a “Talón de Plata”.

Atravesaron un área de obscuridad hacia las hogueras, cuando llegaron a ellas, Tiaoga ocupaba el lugar de Jeems, y éste había desaparecido. Tonieta no advirtió ni la marcha de uno ni la presencia del otro, y antes de dar se cuenta de ello se halló sola con el jefe Seneca y el pueblo congregado en círculo a su alrededor. Era una salvaje escena que el fuego iluminaba y por vez primera comprendió que estaba a punto de ocurrir algo en lo que ella era más importante que las cabelleras que habían precedido a Tiaoga. Mas ¿dónde estaba Jeems? ¿Por qué no le veía entre cuantos la rodeaban? El miedo se apoderó de ella, helando la sangre en sus venas, demudando el semblante de la muchacha en forma que, por su palidez y la negrura de sus ojos, parecía un blanco espíritu. Al punto, Tiaoga comenzó a hablar. Su voz reanimó su confianza, mientras buscaba a Jeems. Tenía el mismo timbre profundo que había llenado el valle desde la roca. La emoción la hacía vibrar. Estaba describiendo el cilanco en que Soi Yan Makwun había muerto, la maleficencia de los espíritus que lo poblaban y el triunfo sobre ellos de los dioses al restituir a “Talón de Plata” a su pueblo. Tiaoga relató brevemente la historia. Su voz se elevó. Su desfigurado y acerbo semblante asumió una extraña dulzura, y Tonieta adivinó que Jeems estaba también salvado, aunque no le viera. Esperó temblando, y por fin Tiaoga concluyó, permaneciendo un momento con la mano en alto, en medio de un gran silencio... Luego pronunció una sola palabra: *“¡Opitchi!”*, “La Grulla” avanzó al frente, y al acercarse a ella, Tiaoga quitó el collar de cuero del cuello de Tonieta y lo pisoteó. Un murmullo se alzó en la muchedumbre. Tiaoga cruzó los brazos sobre el pecho y Tonieta sintió que las manos de la joven se la llevaban.

Se detuvieron al borde del círculo, y por un instante nadie se movió ni desplegó los labios. Tras el Seneca se abrió una calle entre el gentío, y Jeems, escoltado por

Shindas y otro guerrero, se adelantó por ella, Tonieta hubo de reprimir un grito al ver el sorprendente cambio del muchacho. Desnudo el torso, pintado con rayas rojas, amarillas y negras, el rostro aparecía surcado por rojizas líneas. El abundante cabello rubio, anudado, formaba un penacho guerrero, en el que se hincaba una pluma, símbolo de haber matado a un hombre. A una orden de Tiaoga salió del corro un anciano de arrugado rostro y blancos cabellos y otro individuo más joven, casi doblado por la cintura a causa de una deformidad. Detrás de ellos seguía una niña. El anciano era Wuskoo “La Nube”; el joven, su hijo Tokana “Zorro Gris”, nombre del que se había enorgullecido en sus mocedades, antes de que un árbol, cayendo sobre su *tepee*, le rompiera la columna vertebral, cuando era el más raudo corredor de la tribu. Tiaoga habló nuevamente. Recordó los días en que el anciano Wuskoo era un gran guerrero que había matado a incontables enemigos; describió el paso de los años y la llegada de la adversidad; el valor de su hijo; el golpe de mala suerte que había hecho de él lo que era, regocijándose luego porque la fortuna ahora daba otro hijo a Wuskoo, un hijo de blanca piel y recio cuerpo que cuidaría de él y sería un hermano para “Zorro Gris”. Con temblorosas manos, Wuskoo arrancó el yugo del cuello de Jeems, pisoteándolo alegremente, mientras “Zorro Gris” alzaba la mano en señal de amistad. Había algo tan melancólicamente dulce en los ojazos negros de la niña india que los acompañaba, que Jeems, acercándose a ella, le puso un brazo protector sobre los hombros. Entonces fue cuando Tonieta, dejando a “La Grulla”, corrió hacia él, de modo que todos la vieron rodeada por sus pintados brazos con Wanonat, “Paloma Torcaz”, formando una gentil pareja, en el momento en que Tonieta, con una arrogancia no exenta de reto, declaró ante Chenufsio, a toda la nación Seneca, que aquél era el hombre a quien pertenecía.

Como una masa de agua libertada de su presa, la noche de fiesta y regocijo comenzó; precedida por un combate canino en el que *Tijo* estableció sus derechos a un lugar entre los canes habitantes de Chenufsio. Luego halló el rastro que le condujo a la *tepee* dispuesta para Tonieta. Era una reducida tienda contigua a la de Tiaoga, adornada con recién cortado cedro, guirnaldas de manzanita y las pieles y las galas pertenecientes a “Talón de Plata”. Allí encontró el can a Tonieta y a “La Grulla”, cuyo nombre, muchos años antes, había sido María Daghlen.

Desde un principio disfrutó Jeems entre los Senecas una libertad que a su juicio no habría podido ser mayor perteneciendo a su raza. “Zorro Gris” le llevó a la *tepee* de su padre, en la que tendría su residencia, ofreciéndole comida y bebida. Después se quedó solo, porque ni aun el alborozado anciano, al que Tiaoga había honrado concediéndole un hijo, pudo resistir la atracción de los festejos. A Jeems se le ocurrió pensar que no habían puesto impedimento alguno en su camino, dado que tuviese intención de aprovechar las sombras de la noche para huir. La misma facilidad con que pudiera haber intentado la aventura demostraba su desvalimiento. Como los

demás, sería cautivo a perpetuidad. No era posible huir de Chenufsio, salvo aceptando la muerte como medio de liberación. Un movimiento falso, una hora de desesperación en la que ceder al impulso, y los rastreadores Senecas seguirían como sabuesos sus huellas.

Si pensó en la fuga no fue porque su deseo le poseyera. Ajustaba simplemente sus ideas a su nueva existencia, calculando sus limitaciones con sentimientos que distaban de ser desagradables. Al lado de Tonieta podía hallar en Chenufsio cuanto pudiera anhelar en la vida. Tiaoga y Shindas sabían que era suya y la población debía saberlo ya entonces. Los cánticos de los salvajes levantaban su espíritu, alborozando su corazón. ¿Qué importaba que estuviesen para siempre enterrados en el centro de las selvas? Tonieta era suya. Le amaba. Chenufsio podía ser para ellos un sepulcro. Su amor lo transformaría en un paraíso.

Ansiaba volver a ver a la joven, y comenzó por buscar el medio de desembarazarse de las pinturas y de la arcilla multicolor que cubría su rostro y su torso. Llevando consigo sus ropas, se dirigió hacia el río y, tras un completo y concienzudo lavoteo, se volvió a vestir, conservando la pluma de águila en el penacho. Le habían restituido sus armas, y las empuñó audazmente al ir a reunirse con los indios. La hoguera triunfal ardía ya, y en cuanto la hambrienta muchedumbre se hubiese alimentado, comenzarían las “danzas de las cabelleras”. Estas pendían de la pértiga de la victoria, en plena luz. A su alrededor jugaban los niños. El cabello de una de ellas era tan largo que podían alcanzar sus trenzas con las manos, y prorrumpían en gritos de alborozo al conseguirlo. Entre ellos correteaba un rapazuelo de siete u ocho años, de piel blanca, que reía y gritaba como los demás.

Jeems aprovechó una oportunidad para hablar con Shindas, y se enteró de que Tonieta y Opitchi estaban juntas. Shindas no se avenía a desprenderse del marcial empaque que se esperaba de él, hasta que los guerreros hubiesen narrado sus hazañas durante la danza de las cabelleras, por lo que el muchacho marchó solo a la tepe de Tiaoga y a la más pequeña, contigua, en la que estaba Tonieta y “La Grulla”. La iluminaba una antorcha. Recatándose entre los árboles, esperó. La noche era clara y comenzaba a alzarse una luna llena que difundía suave y plateada radiación allende el círculo de las hogueras. Pasada media hora, Tonieta y Opitchi salieron al iluminado bosque, permaneciendo breves momentos bajo las sarmentosas ramas de los robles que proyectaban sus sombras sobre ellas, Jeems no se reveló hasta ver desaparecer a Opitchi entre las fogatas. Entonces avanzó llamando a Tonieta por lo bajo.

Su apariencia le sorprendió. Su primer pensamiento fue de haberse equivocado, y no ser Tonieta, sino alguna princesa de la tribu. No era ya la haraposa y desgredada joven que llegara con Tiaoga y sus huestes. María, “La Grulla”, la había ataviado con las mejores galas de “Talón de Plata”. Su chaqueta de piel de cervato y su falda corta, igualmente de piel, parecían de terciopelo, a la luz de la luna. Llevaba el cabello partido y alisado, cayendo en dos trenzas negras como el azabache sobre los hombros. Una banda de paño rojo ceñía su frente, sujetando una pluma de un vívido

amarillo. En su conjunto había algo indefinible, algo que le daba apariencia de apuesto adolescente, que arrancó un grito de admiración a Jeems. Era como si aquellos atributos le hubiesen pertenecido siempre; y ahora, tras un distante y oscuro pasado, volviese a asumirlos. Él había soñado mil veces en aquella adorable princesa de la selva durante los años de esperanzas juveniles, de proyectos audaces, y había edificado mundos en su derredor; mundos en los que él luchaba por ella, aventurándose en su compañía por parajes y trances en los que era su único paladín, su campeón y su héroe. Había puesto a sus plantas ofrendas de plumas y de pieles y *una pieza de paño como la que ahora llevaba en forma de banda ciñendo su frente.*

Para él, era el preciado terciopelo que reaparecía a luz de la luna.

Abrió los brazos y Tonieta se refugió en ellos.

Capítulo XVIII

Jeems y Tonieta estuvieron a solas durante más de media hora, tras la que volvió María Daghlen y con ella un emisario que se llevó al muchacho a participar en las danzas que comenzaban alrededor de las fogatas de las cabelleras^[22]. Las críticas miradas que sabía fijas sobre sí no le preocupaban. El salvajismo de la noche habíase apoderado de él, infundiendo a su sangre un extraño calor, que acrecentaba la alegría de su posesión; y al entonar con los demás los cantos Senecas de triunfo y de victoria, en su corazón estaba Tonieta entronizada, y las palabras que había murmurado a su oído bajo los robles se repetían hasta embotar sus sentidos y nublar sus ojos a todo lo que no fuese su significación. En cuanto Dios lo permitiese la haría *su esposa*. ¡Ella lo había dicho así! Por eso bailaba. Por eso gritaba al lado de Tiaoga. Los curiosos y los desconfiados se trocaban en amigos. Pupilas que le habían observado recelosamente se iluminaban con aprobación al verle. Vindicaba a Tiaoga por haberle permitido vivir y Wuskoo, henchido de orgullo, pregonaba haber adquirido otro hijo que sería tan famoso como lo había sido “Zorro Gris”. Tonieta, horrorizada al principio, le vio en su momento de enajenación. Después comenzó a comprender, mas tan sólo cuando Jeems, ocupando su puesto entre los guerreros, iluminado por el fulgor de la hoguera, comenzó a referir su historia en el lenguaje de su pueblo adoptivo, le permitió Opitchi, traduciendo sus palabras, medir toda la audacia de su amor. La narración de Jeems empezaba con sus más tempranos recuerdos de ella. Dijo de sus hogares en la región del Richelieu, de sus sueños y esperanzas, de sus anhelos y de sus plegarias, de Pablo Tache. Contó su épica primera lucha de la que salió derrotado, describiendo luego el paso de muchas lunas, el acrecentamiento de su amor y la llegada de la muerte por el Sur con los Mohawks. Vino después el hallazgo de Tonieta, su hégira, el triunfo de sus amores, su pelea con el cazador de cabelleras en la granja Lussan y su captura por Tiaoga y sus bravos en cuyo honor entonó un canto de alabanza. No eran como los Mohawks, que se amparaban, cobardes, en la noche. Los Senecas eran raudos, limpios de corazón y valerosos. Se enorgullecía de ser hermano e hijo entre ellos. Su perro, que aborrecía a los Mohawks, los aceptaba por amigos. Su anhelo era que pueblo tan noble le respetara y sobre todo que amasen a Tonieta, que Tiaoga había honrado tomándola por hija. Porque Tonieta le pertenecía. Quería ser su esposa. Quería que sus hijos naciesen entre los Senecas.

Terminó, por fin, dando gracias a Dios por haber permitido que Hepsibah Adams hiciera posible aquellas manifestaciones suyas ante la hoguera de Chenufsio. Un murmullo de aprobación se elevó de entre el pueblo, acallándose al ocupar otro guerrero su puesto.

Jeems había visto el pálido rostro de Tonieta y el mensaje que sus radiantes pupilas le enviaban, pero cuando quiso ir a su encuentro ya se había marchado, y más tarde la antorcha ardía en su *tepee* de nuevo. Wuskoo, “Zorro Gris” y “Paloma Torcaz” se quedaron a su lado. Estaban ufanos de él, pero había algo más que orgullo en el ademán de “Paloma Torcaz” al poner entre las suyas su morena mano. Observó más de cerca su frágil hermosura. Era como una flor sedienta de algo que para ella representaba vida; y quiso informarse. Tokana dijo que la criatura tenía ocho años y que con cada nuevo invierno su delicadeza era más perceptible. El árbol que le había lisiado a él había matado a su madre. Todos eran buenos con ella, mas “Paloma Torcaz” echaba de menos algo que al parecer iba acabando con su vida. Díjole a Jeems que a su juicio el espíritu de su madre la llamaba, pugnando por abandonar su cuerpo para reunirse con ella. Naturalmente, la pequeña lo ignoraba, pero ocurría así a despecho de todos. Jeems sintió que la infeliz india se adentraba en su corazón; al mirarle ponía en sus pupilas una tímida adoración y cuando, cansada al fin, fue a acostarse, Jeems se arrodilló a su lado, hablando con ella, y luego la besó. Fue algo nuevo y sorprendente para “Paloma Torcaz”. Un irrefrenable impulso le hizo echarle los brazos al cuello, en la obscuridad. También para Jeems fue una nueva experiencia. Como si brazos infantiles le reclamasen.

Los regocijos terminaron mucho después de medianoche, y Chenufsio recobró su quietud. Durante unos momentos contempló las estrellas y las movedizas sombras de la luna a través de la ventana de la *tepee* de Wuskoo. Acogió el sueño como una larga avenida de áureos colores. Únicamente la dicha nacida como una flor, de las cenizas del sufrimiento pasado, podía producir tal efecto. Su madre parecía parte de ello, su voz una grata melodía en la cadencia que le rodeaba. En la avenida de oro vio a “Paloma Torcaz” sonriéndole satisfecha, entre su madre y Tonieta. Luego, se sumió en el más profundo sueño.

Aquél fue el principio de la extraña vida de Jeems y Tonieta en Chenufsio, descrita por el coronel Boquet, mayor general y comandante en jefe de las fuerzas de Su Majestad en los Departamentos sudeños de América, como “un episodio real, difícil de creer y sorprendente desde el nuevo punto de vista que tanto él como otros similares nos ofrecen de la vida salvaje”.

Para Jeems y Tonieta ni aquel primer día ni los sucesivos tuvieron nada de espectacular.

Pasada la noche triunfal, el poblado indio volvió nuevamente a la rutina de su existencia. Los hombres cazaban, las mujeres trabajaban, las criaturas corrían jugando. Los guerreros de la tribu se reunían en solemnes conciliábulos, fumando sin cesar, mientras discutían los asuntos de la comunidad y hacían planes para el porvenir. El “año negro” había caído sobre ellos. El invierno amenazaba. Pero otros asuntos de mayor importancia debían considerarse. Tiaoga había traído insólitas noticias. Los ingleses, a las órdenes de un general llamado Braddock, habían sufrido sangrienta derrota. Los franceses habían sido aniquilados en el lago Jorge. Sir.

Guillermo Johnson, el “Padre Blanco de la Nación Sioux”, triunfaba victorioso y los Mohawks se beneficiaban grandemente de su victoria. Esto provocó sombrías actitudes entre los Senecas: La selva oriental veíase amenazada por la roja garra de la guerra. Tiaoga lo tenía por cierto. Sus bravos también. El tan ansiado conflicto entre los ingleses y franceses se acercaba y no podía haber descanso para los tomahawks hasta que el país quedase libre del uno y del otro. Durante los últimos días de octubre, múltiples emisarios llegaron a Chenufsio de distantes tribus y poblados: de Karaqhiyadirha, en el nacimiento del Pequeño Seneca; de Tyanagarante, en los Allegany; de Kenestio, en dirección a Pensilvania; de Canadaragey y Canadasegy, en las fronteras occidentales de la región Cayuga... de todo el vasto dominio de los Senecas fue llegando la irremediable evidencia de una feroz y sangrienta guerra inminente. Para Tiaoga y los consejeros de Chenufsio planteó un problema. Se veían afrontando guerra y hambre. Si sus huestes marchaban al Este, ¿quién procuraría sustento al pueblo? Se decidió que Tiaoga se pusiese en campaña con treinta hombres escogidos a la suerte, mientras que otros treinta de sus bravos se quedarían a luchar contra el hambre y la muerte durante los meses invernales. Se hizo el sorteo sin incluir a Jeems. Shindas se vio obligado a separarse otra vez de su amada.

Fueron días en los que asaltaron extraños presentimientos a Tonieta y a Jeems, no obstante sus esperanzas y sus planes, pero no hubo nube alguna que obscureciese, salvo temporalmente, sus visiones. En el corazón de ambos se elevaba secreta plegaria por la llegada de algún sacerdote transeúnte que pudiese officiar en la ceremonia que había de hacerlos marido y mujer. En el poblado vivían algunas mujeres blancas que habían aceptado esposos indios según los ritos indios, mas a Tonieta le repugnaba seguir su ejemplo. Oraba, y María Daghlen oraba con ella, porque no obstante los años transcurridos desde la muerte de su madre, la joven conservaba su fe. El Seneca, adorándole, la respetaba.

Dos años antes habían visitado Chenufsio tres jesuitas, uno después de otro, Desde entonces no había vuelto nadie.

Jeems estaba seguro de que Tiaoga consentiría en que Tonieta los acompañase al llegar la “dispersión”. “Paloma Torcaz” había hallado en Tonieta una hermana y una madre y su afecto se dividía por igual entre sus dos amigos blancos. Tiaoga había renunciado a asumir su primitiva actitud de indiferencia cuando Tonieta estaba presente, y su cariño hacia ella le llevó a tolerar, cuando no a incluir, a la pequeña “Paloma Torcaz”. Esto era lo que infundió mayor confianza a Jeems cuando, al acercarse el día de la “dispersión”, abordó a Tiaoga con la proposición de que Tonieta formase un quinto miembro de la familia de Wuskoo. Ninguno de los dos había anticipado objeción alguna y la inquebrantable negativa: colmó de desesperación a ambos. Shindas no evidenció sorpresa al saberlo, aclarando a Jeems las causas de la actitud de Tiaoga. Tonieta no era únicamente su hija adoptiva; el caudillo la aceptaba en un todo, es decir, con sangre y espíritu, y de acuerdo con la ética social y moral de los Senecas, era inconcebible que una doncella, y particularmente la hija de un jefe,

conviviese con la familia del hombre al que estaba prometida. No era acaso consuelo a su decepción el que Tiaoga reconociese así, aunque tácitamente, sus esponsales, si bien Tonieta rechazó la sugerencia de Shindas de solventar la dificultad aceptando la usanza india para sus nupcias. El ánimo del Seneca abrigaba la esperanza de que al decidirse la joven por aquel expediente que resolvía de fácil modo la posesión de un esposo, acaso persuadiese a “Grulla” a seguir su ejemplo. Mas, bien al contrario, la amistad de María Daghlen y Tonieta sirvió para robustecer en ambas la resolución de esperar la llegada de alguien capacitado para bendecir su enlace de acuerdo con los sagrados ritos de la Iglesia.

A principios de noviembre comenzaron a desfilar los primeros grupos, con la módica provisión de alimentos que les correspondían. María acompañaría a dos familias de ocho personas bajo la protección de Thunder Shield, valeroso guerrero y experto cazador. Se dirigían hacia el lago Ontario. Tonieta fue puesta bajo la protección de Ah-De-Bah, el “Talludo”, pariente de Tiaoga. Era un individuo escuálido, de siniestra catadura, al que mas hubiera cuadrado el apodo de “serpiente”, ya que se movía con la sinuosa flexibilidad de este reptil, amén de poseer otras de sus características que le hacían casi tan repulsivo como la serpiente. Era excelente cazador, el mejor de Chenufsio, razón capital para que Tiaoga le confiase el más preciado de sus tesoros. La familia de Ah-De-Bah era numerosa, constando de once miembros, incluyendo sus ancianos padres y dos hermanos en edad ya de prestarles ayuda. Chenufsio sabía que, fuese cual fuese la duración, el hambre no conseguiría llamar a las puertas del campamento del “Talludo”. Su proyecto era instalarse en la región del lago Erie.

Disimulando su decepción, Jeems y Tonieta se consolaron con sueños de un porvenir que intentaban pintar con vivos colores. Los meses pasarían pronto. Con los primeros días de primavera regresarían a Chenufsio. Hasta entonces, vivirían de continuo en sus mutuos pensamientos y por las noches sus plegarias salvarlo, la distancia que los separaba. Seguramente, el año próximo sería distinto. Ocurriría algo. El sino, menos cruel, no volvería a separarlos. Durante sus últimos instantes juntos, los ojos de Tonieta chispeaban con una profundidad de fe y de amor que para Jeems era incomprensible.

Así se separaron.

Él fue hacia el Norte y el Oeste con Wuskoo, hacia el río Tyanagarunte, que desaguaba en el Ontario. *Tijo* hubo de luchar entre su devoción por Jeems y su fidelidad a Tonieta. Seguía a su amo a distancia, titubeando, hasta que por fin se decidió a volver atrás. Jeems sintió un nudo en la garganta, enturbiándosele las pupilas mientras veía desaparecer a su compañero por la vereda.

Empezaron la jornada el cinco de noviembre. El veinte habían alcanzado el nacimiento del Selus Menor, a ciento cincuenta kilómetros de Chenufsio. Jeems empezó a comprender la importancia de la tarea que Tiaoga le había impuesto. Wuskoo, no obstante su edad y sus achaques, podía caminar mucho más aprisa que su

lisiado hijo. Nueve o diez kilómetros diarios era cuanto Tokana era capaz de resistir y aún, con tal jornada, veíanse a veces en verdadero apuro. El valor con que afrontaba su desgracia ganó el corazón de Jeems. Al infeliz le desolaba su incapacidad para portear fardo alguno casi tanto o que Jeems tuviera que ayudarle en trechos quebrados o abruptos. En ocasiones lo tomaba a risa como si se tratase de una broma, pero el muchacho adivinaba que tenía la muerte en el alma, sintiéndose cubierto de vergüenza. No era difícil comprender que antaño había sido un espléndido tipo de hombre salvaje, aunque ahora caminase con la cabeza casi a nivel de la cintura, Jeems se maravillaba de la fidelidad que le hacía seguir a su anciano padre y a la pequeña, habiendo podido quedarse, con relativa comodidad, en Chenufsio. Hasta que Wuskoo se lo dijo, ignoraba que, a no haberle declarado Tiaoga hijo y hermano suyo, se habrían quedados todos en Chenufsio aquel invierno. “Así, Chenufsio tendrá tres bocas menos que llenar”, concluyó Wuskoo.

La fe del anciano y el temple del más joven fueron para Jeems inspiración constante, mas “Paloma Torcaz” fue quien le infundió verdadera fortaleza. La niña le adoraba y su presencia venía a aliviar el peso de su separación de Tonieta. Le enseñó francés y cambiaban en este idioma confidencias. Le explicó que Tonieta, que era Soi-Yan-Makwun, le pertenecía y procuró hacerle comprender la razón de que no los acompañase. El año próximo estarían juntos. Cierta día, “Paloma Torcaz” le preguntó si le permitirían ir con ellos, adondequiera que fuesen. Después, el lazo espiritual que los unía pareció estrecharse más que nunca.

Wuskoo se encaminó a la región de los bosques de haya en donde estaba seguro de hallar caza bastante para todo el invierno. Abundaban las vulpejas o coatíes y los ánales no tardarían en hacer su aparición en los rápidos, en cuanto cerrase el hielo en los lagos y en las embocaduras de los ríos. Allí erigieron su cabaña de troncos de pino. Para “Paloma Torcaz” era una nueva clase de vivienda. Jeems la construyó con una chimenea y un hogar, destinando un aposento para la niña sola, cuyas pupilas chispearon de alegría con la posesión. Diariamente el muchacho le hablaba de Tonieta... de cómo Sol-Yan-Makwun cuidaba su magnífico cabello, de la pulcritud que constituía un rito, y del porqué de cuanto hacía; hasta que en la cabecita de Wanonat empezaron a bullir ideas y deseos, y puso a contribución el peine y el cepillo que Jeems le había confeccionado, con felices resultados para su negra y lustrosa cabellera.

Abundantes nevadas y extremado frío marcaron el principio de la estación. A mediados de diciembre, Jeems se vio obligado a calzarse raquetas para cazar y, tan crudas eran las noches, que el primero de enero halló congeladas las aguas en su mismo nacimiento.

Fue el memorable invierno de 1755 a 1756, cuya historia los Senecas transmitieron de padres a hijos en muchas generaciones, un invierno durante el cual la caza parecía haber desaparecido de la superficie de la tierra y en el que las penalidades y privaciones diezmaron las tres más occidentales de las Seis Naciones:

los Senecas, les Cayugas y los Onondagas.

Los venados emigraron al Este y al Sur. En noviembre, los osos se escondieron ya en sus madrigueras de invierno. Las vulpejas, base y sostén de la vida india cuando fallaban las cosechas, se ocultaron sumidas en un largo e ininterrumpido letargo. Los ándades desaparecieron en busca de aguas corrientes. Fue un “séptimo año” para los conejos; en él se vieron amenazados de extinción. Dantas y búfalos se quedaron en el Alleghany, y la carne del castor y de la nutria se hizo más valiosa y apreciada que sus pieles. Pumas, zorras y otros carnívoros se vieron acosados y perseguidos en virtud de la escasez de más pequeñas piezas. El hambre, implacable y despiadada, se enseñoreó de la comarca de las tres naciones.

El momento cogió a Jeems preparado en un principio, porque además de conseguir matar un gamo, había descubierto, con ayuda de Wuskoo, varios árboles en los que era probable se refugiaban vulpejas a invernar. Pero a fines de enero el hambre empezó a rondar la cabaña del Selus Menor, y Jeems hubo de extender el área de sus excursiones cinegéticas hasta llegar a estar dos días ausente. En febrero realizó cuatro de estas excursiones infructuosamente. El frío era terrible. En la selva, los árboles se partían con estallidos de rifle. Los vientos soplaban día y noche sin interrupción. Al pasar las semanas parecieron agrandarse los ojos de “Paloma Torcaz” a la par que se acentuaba la delicadeza de su cuerpo. Cuando Jeems regresaba de sus cacerías, revivían como una hoguera a la que se añadiese combustible, mas el muchacho podía apreciar el constante declinar de sus fuerzas. Rastreaba la caza con feroz energía. Cuando la inopia lo amenazaba, todo era para ella... un par de verderones cazados con flechas, una ardilla; bellotas que halló en un tronco, la pulposa raíz de un lirio conseguida a costa de excavar dos pies de hielo. Después... un árbol hueco..., una vulpeja dormida... y, cuando menos por algunas horas, alimento bastante para todos. Así pasó una semana tras otra, con la muerte acechando, apenas contenida a distancia.

Torturadoras ideas asaltaban a Jeems. Tonieta estaba de continuo en su mente porque, aun durmiendo, soñaba con ella. Ella también tomaba parte en aquella lucha por la existencia y Ah-De-Bah tenía once bocas que llenar, en vez de cuatro.

Por las noches, cuando el viento aullaba y los árboles gemían, un frío sudor le inundaba pensando horrorizado en ella, y más de una vez le asaltó la tentación de abandonar a su familia para correr en busca de Tonieta. Sus visiones de la suerte que podía correr resultaban insoportables. Wuskoo acrecentaba su preocupación porque el temple del anciano sucumbió al influjo de la lenta inanición, y sus siniestras predicciones exasperaban al muchacho. “Zorro Gris” conservaba el ánimo aunque su descarnado semblante revelaba sus sufrimientos. La expresión de los ojos de “Paloma Torcaz” le llegaba al alma. Al adelgazar, su rostro parecía haberse agrandado, llenándole de tan profundas y trágicas sombras, que hacíanle temer ver a su espíritu abandonar de un momento a otro su frágil envoltura corporal, No se quejaba nunca, y su melancólica sonrisa aparecía en sus labios para saludarle. Había reducido la

extensión de sus correrías, limitándose a explorar los alrededores de la cabaña, porque sus propias fuerzas comenzaban a flaquear. Su única esperanza era matar algún pájaro, y fue precisamente en uno de los momentos de mayor desesperación cuando sus plegarias tuvieron una respuesta. Pugnando por ganar la cabaña durante una ventisca dio con un ciervo casi tan exhausto como él y consiguió matarle. Sin aquel golpe de suerte, “Paloma Torcaz” y Wuskoo habrían perecido. Cuando comenzó el deshielo vivían todos. Las vulpejas se hicieron más frecuentes y fue menos difícil obtener raíces en las márgenes de los ríos, cuyos hielos empezaban a fundirse. Marzo trajo consigo una ola de calor, a cuyo favor Jeems y sus compañeros emprendieron el regreso a Chenufsio. Por el camino hallaron sustento en abundancia y cada noche renovaban su provisión de tonificante savia de los arces.

Llegaron a Chenufsio. Los escasos habitantes del poblado se habían mantenido con frugalidad de sus reservas, y desde la llegada de la primavera elaboraban azúcar de abeto. Tan sólo cuatro familias habían precedido a Jeems en el regreso, menos afortunados, habiendo perdido a cinco de los veintiocho individuos que las componían. Hasta el presente, se carecía en absoluto de noticias de Tiaoga y sus guerreros.

La savia de abeto manaba incesantemente. Algunos escalfadores de hierro y numerosas calderas hervían noche y día elaborando la mayor cantidad de azúcar de que se tenía recuerdo. No obstante estas primicias de la primavera, sobre Chenufsio se cernía un trágico espectro cuya sombra se ennegrecía con el paso de las horas.

El espectro era la muerte. Contadas eran las familias que regresaban incólumes, y Ah-De-Bah, el más audaz y valeroso de sus cazadores, no volvía, ni se sabía su paradero. A fines de marzo se supo de cincuenta, de cien, de ciento cincuenta de los emigrantes de la “dispersión”. Entre ellos María Daghlen. De su grupo faltaban treinta, pero Ah-De-Bah, el “Talludo”, no comparecía.

Por fin apareció, grotesco esqueleto de descarnados huesos que el mismo Tiaoga no habría reconocido. Tras él arrastraba su gente. Antes de poder discernir sus semblantes, Jeems los contó; ¡once! Corrió hacia ellos y Tonieta, tambaleándose, salió de la hilera que el “Talludo” encabezaba. A no haber procedido así, tal vez no la hubiese reconocido, porque el grupo de Ah-De-Bah caminaba, humilladas las cabezas y encorvados los miembros, como imágenes de la muerte en un macabro desfile. Unas pupilas dilatadas por el sufrimiento en un rostro extraño por su expresión le miraron de tal modo que ahuyentó el gozo de verla. Vio, al abrazarla, que su cuerpo no era más pesado que el de un niño. Con el rostro hundido contra su pecho, rompió a llorar.

La llevó a su *tepee*. Sus vestidos estaban hechos jirones, sus abarcas destrozadas. Era tal su delgadez que le horrorizó, y sus ojos se nublaron cuando ella alzó una yerta mano a su rostro. La tendió sobre la mullida yacija de pieles de la *tepee*, dándose apenas cuenta de la proximidad de “Paloma Torcaz” y, un momento después, de la entrada de María Daghlen. Luego se apartó, dejándolas en la tienda. Al salir halló en

su camino una criatura que intentó débilmente saltar sobre él. Era *Tijo*, un esqueleto de ojos encendidos, pitañosos, y mandíbulas colgantes. Jeems esperó que “La Grulla” saliese. La joven le dijo que iba a buscar agua caliente y algún alimento para Tonieta, a quien “Paloma Torcaz” estaba desnudando. Luego fue al encuentro de los demás. Excepto Ah-De-Bah, todos habían desaparecido recibiendo el cuidado de los suyos. El “Talludo” se sostenía difícilmente en pie mientras refería su historia. Había traído a sus once incólumes... *él y el perro*. Como todo el que es grande de corazón, reconocía el mérito a sus inferiores. Sin el perro, no hubiera conseguido salir airoso del empeño de alimentar a las once personas a su cargo, y Jeems comprendió entonces por qué *Tijo* habíase librado de servirles de sustento.

Pasado un rato, María Daghlen le permitió volver a ver a Tonieta. Yacía en su lecho de pieles. Sus pupilas no tenían ya la expresión que le había aterrado, y refulgían con el gozo de su presencia. Su cabello, cepillado, formando dos trenzas a ambos lados del rostro, brillaba en su negrura. Le tendió los brazos; Jeems se arrodilló junto a ella. “Paloma Torcaz” los miró con los ojos chispeantes y María Daghlen con los suyos empañados por las lágrimas. Después, Jeems no volvió a ver a Tonieta en todo un día y una noche. Durante ese lapso durmió, recobrando las perdidas fuerzas, y “La Grulla” y “Paloma Torcaz” no se apartaron un instante de ella. Al siguiente día salió con él por el poblado.

El corazón de María Daghlen abrigaba parecidos sentimientos al de Tonieta. La joven, que no había conocido desde la infancia más existencia que la de sus guardianes, aunque su madre hubiese en vida conservado en ella las ideas de Dios y de su Iglesia, esperaba con creciente ansiedad el retorno de Shindas. Manifestó a Tonieta estar dispuesta a ceder al medio ambiente en que vivía, casándose con el gallardo mozo a usanza india, si durante la primavera o el verano no acertaba a presentarse algún sacerdote. La idea había perdido mucho de su prístina repugnancia para Tonieta. En la lucha feroz contra la muerte y el hambre, había tenido ocasión de apreciar la fidelidad y el valor de las familias indias; había visto al “Talludo” masticar amargas cortezas, reservando a sus mujeres y a sus hijos los escasos fragmentos de carne; había presenciado cómo una madre india escondía su diaria ración para aumentar la de su prole; había sido testigo de una fe y de una devoción que tan sólo una fuerza divina podía infundir en sus almas. Sus prejuicios se fueron esfumando no obstante su fundamento de inolvidable tragedia, y comenzó a experimentar emociones hasta entonces desconocidas. Amaba a “Paloma Torcaz” con un cariño de madre; y no habría hermana alguna hallado en su pecho más cálida ternura que María Daghlen. A su alrededor se formaba rápidamente amistades; los niños disfrutaban con su presencia; hombres y mujeres la aceptaban con quieta devoción, y aunque nada dijera a Jeems, en su corazón iba arraigando el propósito de no dejar que otro invierno, con su “dispersión”, los separase, aunque entre tanto no llegara sacerdote alguno a Chenufsio.

Pero... llegó. Llegó siguiendo de cerca los meses de penuria. Era un individuo

enjuto, de facciones cadavéricas, que iba camino de substituir a su hermano, fallecido entre los indios del Ohío; cuando menos así lo dijo. Posteriormente, la historia relataría de distinto modo su jornada, ya que un año después él fue la invisible fuerza que empujó a los Abenakis al asesinato de los ingleses del Fuerte Williams Henry. Se llamaba Padre Pedro Roubaud y era un frío y terrible “siervo de Dios”. En Chenufsio nadie le vio sonreír. No aportó solaz ni consuelo. Fue como una sombría nube que pasó amenazando en nombre de Dios, y no esparciendo las divinas promesas de bienandanza. No obstante, representaba a la Iglesia. Hubiera muerto mil veces por la causa de la que era espiritual representante. En su defensa habría llegado hasta el canibalismo. En el Fuerte Williams Henry tuvo ocasión de ver a sus salvajes discípulos consumir carne humana. Permaneció dos días en Chenufsio y en el segundo unió en matrimonio a Jeems y a Tonieta, según el ritual de la Iglesia Católica^[23].

El evento disipó la depresión que la presencia del sacerdote había provocado. Chenufsio se dio durante algunas horas a celebrar dignamente el acontecimiento en honor a la hija de Tiaoga y el hijo de Wuskoo.

Mas la feliz disposición no podía ser muy duradera entre aquellas gentes. La muerte los había castigado con dura mano. Se ignoraba el paradero de Tiaoga y sus huéspedes, comenzando a correr siniestros rumores de una total aniquilación de la pequeña falange. La ansiedad se convirtió en temor y luego el temor en certeza. Sobre Chenufsio cayó la acerbidad de una tragedia, más sombría que los negros ropajes del sacerdote.

Jeems y Tonieta, absortos en su felicidad, no se dieron cuenta de los cambios que a su alrededor iban ocurriendo. Su vivienda llegó a convertirse en verdadero hogar, de raíces tan hondas que ni aun la muerte hubiera logrado arrancarlas. Las dudas y la incertidumbre de antaño se trocaban en una certeza absoluta, moral, de dos vidas fusionadas en una sola. La tragedia sufrida por ambos perdía su consistencia, su vividez, reduciéndose a una especie de fondo vagamente indeciso y lejano tras ellos. La recordaban, hablaban de sus detalles e incluso, a veces, Tonieta había de buscar consuelo de sus pesadillas en brazos de Jeems. Pero sus memorias no eran dolorosas. Los espíritus de Catalina y de Tonteur estaban cada día más en contacto con ellos, robusteciendo sus invisibles cadenas el amor que los unía. Como todos los puros amores juveniles, el suyo era ampliamente comprensivo. Abarcaba el mundo entero, trocando en un paraíso la reducida y salvaje parte que les correspondía. Fue María Daghlen quien les hizo advertir lo que ocurría en torno suyo. En el fondo, María era india de corazón. Su infancia, su adolescencia, su incipiente madurez se habían desarrollado entre su pueblo adoptivo, y el amor había venido a consolidar y a hacer más completa su fidelidad. Al pasar días y semanas sin noticias de Tiaoga, la horrible sospecha de que Shindas pudiese haber muerto atenazó su alma. Empezó a eludir a Tonieta, reconcentrándose en sí misma. Tonieta no había visto nunca llorar a una mujer india; había consolado a una madre cuyos brazos estrechaban un hijo muerto,

mas ni aun aquel dolor, viejo como el mundo, había arrancado lágrimas a la infortunada. María tampoco expresó su aflicción llorando. La rigidez de facciones que empezaba a ser característica de los demás, se acentuó en su semblante. Ya no era María Daghlen, sino la Seneca “Opitchi”.

Este cambio, en quien habíase acostumbrado a tratar como hermana, fue lo que indujo a Tonieta a considerar la situación que comenzaba a esbozarse a su alrededor, haciéndole ver, en toda su salvaje fiereza, el curioso rasgo del carácter indio, que le impulsa al odio, a la venganza, cuando cree poder atribuir la adversidad que le aflige a humanos enemigos. Jeems descubrió sus evidentes síntomas. Ya no le saludaban amistosamente. Los hombres parecían hoscos y despegados, las mujeres desempeñaban sus quehaceres sin el habitual charloteo. Los cazadores se internaban en las selvas sin entusiasmo, regresando sumidos en estoica melancolía. Los ancianos se congregaban en conciliábulos interminables, mientras los bravos afilaban sus hachas y esperaban con creciente desasosiego. La Muerte y la Calamidad los habían castigado con exceso y sus nervios, humanos al fin, estaban a punto de estallar. Chenufsio era un puñado de pólvora. Sólo faltaba el rayo que la encendiera.

No tardó en caer.

Una tarde, a fines de mayo, apareció Shindas en Chenufsio, y con fogosidad de mujer blanca, María Daghlen se precipitó en sus brazos. Shindas la retuvo contra su pecho un instante y luego, fiel a su ética de guerrero, la apartó de sí. Venía solo. Traía manos y brazos cubiertos de heridas, algunas de ellas aún sin cicatrizar del todo, una cuchillada hendía su mejilla. Sus abarcas eran guñapos, y en sus pupilas ardía la feroz fulgencia del lobo perseguido y acorralado. No pretendió suavizar las nuevas de que era portador. Llegaba de la región Cayuga, como emisario de Tiaoga y de los suyos, habiéndoles ganado muchas horas de ventaja. *Tiaoga regresaba con nueve de sus treinta brazos. El resto había muerto.*

Aun para tribu tan bélica como la que más de las Seis Naciones, la tragedia revestía carácter de cataclismo. En varias generaciones de la historia de los Senecas no se registraba nada parecido. ¡Veinte muertos de treinta! ¡La flor de Chenufsio! ¡El nervio del pueblo de Tiaoga!

Shindas esperó hasta que sus palabras se hubieran clavado como acerados dardos en los corazones de sus oyentes. Esperó hasta que la desesperación que se apoderó de ellos pareció incapaz de lenitivo, y entonces, lentamente, fue enunciando los nombres de los caídos frente al enemigo. Era como un inquisidor regocijándose en el suplicio que infligía, y su voz fue subiendo de tono hasta ir a perderse entre los robles. Tres de los veinte habían muerto a manos de un blanco, prisionero ahora de Tiaoga. Para que no pudiese continuar su obra le habían sacado los ojos. Luego, le habían colocado en el centro de la hoguera, con intención de verle morir abrasado. Mas a la postre, cuando las llamas comenzaban a hacer presa en él, Tiaoga había desparramado los troncos con su propia mano, juzgando procedente y justo que el pueblo de Chenufsio pudiese presenciar sus sufrimientos en la pira.

Cuando Shindas concluyó, hubiérase dicho que sobre Chenufsio había pasado no una ola de dolor, sino de locura. Las lamentaciones de las mujeres rasgaron el espacio durante muchas horas. Mas Tonieta no las vio llorar. Su horror se acrecentó viendo los preparativos para la venganza, la recolección de combustible, la recia estaca plantada en tierra, a la que atarían al prisionero..., faenas ambas que manos de mujer desempeñaron. Vio también la transformación en furias de quienes había tenido por amigos, cuyos ojos rebosaban odio al mirarla. Intentó substraerse al espectáculo refugiándose con Jeems en su topee. Shindas entró, portador de una orden de Tiaoga para el mozo. Jeems debía marchar sin dilación a Kanestio, ciento veinte kilómetros distante, para llevar noticias a un grupo de guerreros pertenecientes a aquel poblado. Shindas le entregó el mensaje, acompañándole hasta que se puso en camino. Ya no era un hermano. Al saber que Tonieta era ya esposa de Jeems, no reveló signo alguno de alborozo. Tan cambiado le halló María Daghlen, que le inspiró terror.

Tonieta quedó sola. Excepto “Paloma Torcaz”, no acudió nadie a visitarla, y la tarde siguiente a la llegada de Shindas, la pequeña entró corriendo, dilatadas por el miedo las pupilas, anunciando que Tiaoga se acercaba. Tonieta comprendía que su deber era ser una de las primeras en recibir a Tiaoga. Además, anhelaba ver al prisionero blanco. Se ciñó a la frente la banda de paño rojo sujetando con ella la lengua pluma amarilla. Habían sido las dos más preciadas posesiones de “Talón de Plata”. El populacho había congregado al borde de la llanura, y cuando llegó junto a él, un murmullo de desaprobación acogió su presencia. Eran labios femeniles los que lo emitían. Los hombres desviaban hoscamente la vista de ella. Si cambiaba de posición, a su alrededor se apartaba la gente como si su contacto entrañase un contagio. En su inocencia, “Paloma Torcaz” repitió palabras que le dieron la clave de lo que ocurría. No era el espíritu de “Talón de Plata”, Tiaoga había cometido un error, y en lugar de traer a su pueblo venturas sin cuento, trajo calamidades... penuria, muerte, la derrota a manos enemigas. “Paloma Torcaz” oyó proponer a una mujer con su voz silbante que la intrusa que había usurpado el lugar de “Talón de Plata” muriese en la pira con el blanco. La niña no repitió la horrible demanda, pero su mano tembló en la de Tonieta.

Estaban a la cabeza de las expectantes masas cuando Tiaoga y el mermado resto de sus huestes apareció en el cerro, cruzando los predios. Shindas se había impuesto contra toda manifestación física de hostilidad al prisionero, cuyas fuerzas debían conservarse intactas para la tortura y la hoguera. Tonieta se estremeció. Era muy distinta llegada la de Tiaoga. Su pueblo parecía compuesto por tigres que refrenasen el ímpetu de sus pasiones. Hasta en el semblante de los niños velase una diabólica expresión. Aun los que habían tenido la fortuna de que sus seres queridos escapasen a la muerte exteriorizaban únicamente su odio. Tiaoga llegó. Su rostro al pasar tan próximo a Tonieta que hubiera podido tocarle, era como una máscara de piedra. El prisionero le seguía, desnudo el torso. Era un hombre fornido, de amplias espaldas y poderosos brazos. A cada lado llevaba un guerrero, porque estando ciego requería que

le guiasen. Las vacías cuencas, ocultas por los caídos párpados, daban a su ancho rostro apariencia de sonámbulo, y, sin embargo, no parecía abrumado por la enormidad de la catástrofe que sobre él caía, ni su continente revelaba miedo al porvenir. Adivinando la presencia de espectadores, hizo un esfuerzo como si intentase verlos. Levantó la cabeza... una cabeza calva.

Tonieta se tambaleó, luchando contra la horrible sensación que amenazaba hacerle perder el sentido.

¡El prisionero era Hepsibah Adams!

Capítulo XIX

El desfallecimiento de Tonieta pasó inadvertido de todos salvo de “Paloma Torcaz”. Fue como si alguien hubiese corrido ante ella un velo que le impidiera ver y respirar. Pasado el primer choque, se hallaron solas, mientras la turba se apiñaba tras Tiaoga y su cautivo. La reprimida emoción de la muchedumbre se trocó en un pandemónium y, aprovechando la confusión, Tonieta volvió a la choza que Jeems había erigido cerca de la *tepee* de Tiaoga.

Envió a “Paloma Torcaz” en busca de Shindas, y cuando compareció el joven Seneca, le suplicó que intercediera en favor de la vida del cautivo, exhortándole con toda su elocuencia para que desechara su encono y la ayudara en semejante trance. Le dijo que el blanco era tío de Jeems y el mejor amigo de su padre; un hombre que fue como un hermano para los indios hasta que los Mohawks asesinaron a la hermana, a la que había amado con un amor tal vez más grande que el de Shindas por María Daghlen. Pero el bravo era inmovible. Sus palabras cayeron sobre un corazón de granito, y en su semblante no reflejó conmiseración alguna al escucharla. Salió de la cabaña sin dejar tras de sí asomo de esperanza.

El fracaso de Tonieta en alistar a su causa al sobrino de Tiaoga aumentó las dificultades de la situación. Sin embargo, aunque de momento deploró la ausencia de Jeems, más tarde se felicitó de ella. El creciente tumulto del poblado, los cánticos funerarios de las mujeres, los gritos de los niños, los aullidos de los salvajes, a quienes los preparativos de la pira excitaban hasta un verdadero frenesí, confirmaron su sospecha de que nada podría salvar a su tío. De haber estado Jeems allí, Tonieta sabía que no hubiera presenciado, impávido, la muerte de Hepsibah, y en aquellas circunstancias cualquier acto imprudente habría podido tener funestas consecuencias para ellos. Esta idea, unida al convencimiento de lo oportuno de su ausencia, robusteció su determinación de ayudar al traficante. Con “Paloma Torcaz”, atisbó, en espera de ver entrar al caudillo en su *tepee*, siguiendo sus pasos, con la niña y *Tijo*.

La recepción de Tiaoga fue poco alentadora, aunque la joven creyó adivinar un impulso de tenderle las manos y cierta relajación en su adustez. La impresión se disipó al cruzar el Seneca los brazos sobre el pecho, mirándola calmosamente, sin evidenciar blandura alguna al pronunciar unas breves palabras de reconocimiento por la visita. La tragedia que pesaba sobre su pueblo parecía haberle comunicado mayor nobleza de continente. Derrotado caudillo, de regreso a su dominio devastado y diezmado por la muerte, conservaba toda la majestad de un rey, si bien esta característica hubiérase dicho emitida por una estatua de piedra más que por un ser de carne y hueso. Al saber que su prisionero tenía con Jeems idéntica relación que la

suya con Shindas, y que “Talón de Plata” le amaba, su semblante no demostró sorpresa o vacilación. Esperó pacienzudamente a que ella concluyese; sacudiendo luego la cabeza y señalando con la extendida mano hacia las sombras que marcaban el sol poniente, con glacial acento declaró que el prisionero debía morir. Su pueblo quería que el espíritu del hombre blanco, que había dado muerte a tres de sus guerreros, quedase destruido por las llamas. Conforme a la costumbre de la tribu, aguardarían la obscuridad. Entonces sacarían al cautivo de la *tepee* en que yacía maniatado y se encendería la hoguera.

Si tal era el deseo de ella, podía hablar con el tío de Jeems, dijo Tiaoga, y al hacer esta concesión miraba al crepúsculo. Las mujeres indias, en el extremo opuesto del poblado, cantaban con mayor vehemencia al acercarse la noche.

Tiaoga volvió a hablar.

Debía darse prisa. Era tarde. El cautivo estaba en la tepee de Ah-De-Bah, cerca del río, y el “Talludo” y Shindas le custodiaban.

Contempló a Tonieta alejarse con “Paloma Torcaz” y *Tijo*. Entonces fue cuando ella habría podido apreciar un cambio en su aspecto, cambio que se produjo al quedar solo.

Detrás de la muchacha clamoreaban, sollozando, mujeres y niños... mujeres que habían perdido a sus esposos, otras a sus hijos... hijos a sus padres. En la llanura india un círculo de hogueras ardía con la estaca del sacrificio en el centro. Cuando estuviese todo a punto para recibir a la víctima, sería como un anfiteatro de fuego.

Tonieta se dio cuenta de los preparativos, temblando. Al llegar a la vivienda de Ah-De-Bah, jadeaba, El “Talludo” erguía inmóvil ante la puerta con el rifle al brazo, y Shindas sentábase en el suelo, a su lado. Ambos la vieron llegar. Se detuvo a algunos pasos de distancia, debatiéndose mentalmente en un caos de incertidumbre y de temor. ¿Qué podía decirle a Hepsibah Adams? ¿De qué forma podría ayudarle si Tiaoga y Shindas y Ah-De-Bah querían su muerte? La asaltó un instante de cobardía, un instante en que pensó que sería más fácil volver sobre sus pasos que darse a conocer a Hepsibah. Miró hacia el río, que rielaba en la penumbra, y vio las sombras de las canoas que sus dueños dejaban en sus orillas. Para “Paloma Torcaz” y para ella sería un juego apoderarse de una y ponerse fuera del alcance del tumulto de cuanto iba a ocurrir.

Había recobrado su entereza cuando Shindas se puso en pie, Dijo una palabra al “Talludo” y fue hacia ella. Parecía haberla esperado y señaló a la *tepee*. Ah-De-Bah no la miró al entrar, y ni uno ni otro demostraron, haber visto ni a “Paloma Torcaz” ni al perro.

Halló a Hepsibah tendido en el suelo como un muerto, y se arrodilló a su lado. Hasta que le tocó, no se dio cuenta él de su presencia. Ella puso la mano sobre sus ligaduras, y luego la elevó a la cara.

Inclinándose sobre el infortunado, murmuró:

—¡Hepsibah Adams...! ¡Soy Tonieta Tonteur!

Shindas esperó con Ah-De-Bah mientras se acentuaba la penumbra. A poco, vieron a “Paloma Torcaz” que iba hacia el círculo de hogueras. Shindas la detuvo, y en respuesta a su pregunta, le dijo que Tonieta lloraba junto al hombre blanco y que el perro estaba con ella.

La brillantez de las llamas se fue acrecentando y las estrellas comenzaron a titilar en el cielo. Tiaoga hablaba con su pueblo en el llameante anfiteatro, y Shindas y el “Talludo” sabían lo que significaba. Pronto vendrían a buscar al prisionero. Ah-De-Bah contemplaba las hogueras y Shindas iba de acá para allá como desasosegado por la inminencia de la tortura. En su semblante, velado por la obscuridad, reflejábase la tensión de quien escucha esperando. El “Talludo” rompió el silencio, asombrándose de qué Tiaoga no enviase a buscar al condenado.

Un ensordecedor vocerío les anunció haber llegado el momento, y Ah-De-Bah, yendo a la *tepee*, levantó la falda de la tienda, Interpeló a Tonieta por su nombre de Soi-Yan-Makwun. No obtuvo respuesta. Repitió la frase entrando. Tras un breve intervalo elevó la voz llamando a Shindas, y el joven Seneca le contestó. Ah-De-Bah registraba la obscuridad como un sabueso. La *tepee* estaba vacía. Tonieta y Hepsibah habían desaparecido.

Shindas no desplegó los labios. Al ir hacia el río y comprobar que faltaba una canoa, las sombras de la noche ocultaron la expresión de su rostro. Cuando el “Talludo” se unió a él, gruñó de sorpresa. Habían botado al agua la canoa, a cincuenta pasos de ellos, y ni uno ni el otro oyeron ruido alguno. De los labios de Ah-De-Bah salieron palabras de humillación. Shindas y él eran como dos criaturas, y Chenufsio en pleno les echaría en cara la facilidad con que se había efectuado la evasión. Mas la canoa no podía estar muy lejos. Sería tarea ligera el alcanzarla, y uniendo la acción a la palabra, empujó una segunda embarcación hacia el agua. Shindas se interpuso al perturbado Ah-De-Bah diciéndole que Soi Yan Makwun era la hija de Tiaoga y que, puesto que ella misma había atraído sobre su cabeza la pena de muerte que la tribu imponía en casos tales, a Tiaoga incumbía determinar lo procedente. Los fugitivos, ciego uno de ellos, no podían conseguir su objeto. Al cerrar la noche el hombre blanco recibiría su castigo en la pira, y puesto que “Talón de Plata” habíase revelado como un áspid para la tribu y traidora a Tiaoga, probablemente moriría con él.

Corriendo hacia Tiaoga y su pueblo, Ah-De-Bah lanzaba guturales exclamaciones. Cuando llegaron, distaba mucho de estar tan tranquilo como Shindas. Él fue quien anunció la traición de la extraña, a la que habían aceptado como encarnación de Soi Yan Makwun. Hablaba en alta voz, para que todos lo oyeran. Por unos instantes el ansia de venganza quedó relegada a segundo término, por el conocimiento de que aquel golpe era el más duro que podía herir a Tiaoga, que había conferido a la joven blanca la más sagrada de sus posesiones, el alma de su perdida

hija. El caudillo imponía por su aspecto glacial y su terrible calma. Su rostro se inmutó ante sus ojos. Las profundas arrugas que le surcaban se acrecentaron, adquiriendo una pétrea conmoción que debía agitarse en su pecho. Por fin, su palabra se dejó oír, poderosa, con decisión de muerte, subiendo de tono hasta rebosar una pasión que era como torrente de fuego que todo lo arrasaba a su paso. Declaró que su honor y el honor de su pueblo estaban entre sus manos. Llamó a Shindas y a Ah-De-Bah, para que le acompañasen en la busca y captura de los fugitivos, ya que entendía que era su deber, impuesto por las circunstancias, ponerse a su cabeza. Antes de que la noche estuviese mucho más avanzada, la estaca del sacrificio tendría su víctima. Ya no aludía al ciego. Un hombre sin ojos es un hombre ya muerto. *Entregaría a las llamas a la muchacha blanca que los había traicionado.*

Después de la marcha de los tres, una nueva sensación se apoderó de Chenufsio. ¡Iban a quemar a la mujer blanca! La noticia corrió de boca en boca, en quedos murmullos, porque el inminente evento no era una venganza material, era el espíritu de Soi Yan Makwun que clamaba justicia; una orden de ultratumba ante la cual Tiaoga no había osado vacilar. “Talón de Plata”, la doncella india cuyo cuerpo habían rescatado del cilanco, los miraba, llenando sus almas de una presencia ante las que se embotaban otros sentimientos de dolor y se entibiaba el frenesí del odio. “Paloma Torcaz”, que amaba a Tonieta, aún tenía enjutos los ojos. Los blancos de entre la muchedumbre se apartaban horrorizados. Las hogueras se consumían hasta parecer ojos de fuego en la noche. Pasaron las horas y los Senecas siguieron esperando, escuchando en un silencio impuesto por el terror.

Por fin oyeron una voz entonando una endecha; una voz que se acercaba tan rápidamente como una canoa. Era el canto funerario con que Tiaoga había lamentado la muerte de su hija, y entre los salvajes hubo un movimiento parejo al de las hojas de un árbol movidas por el céfiro. Cesó la incertidumbre, porque el trágico cantar tenía una nota de triunfo que era un mensaje. Tiaoga había conseguido su propósito. En las hogueras se apiló el combustible y las llamas se elevaron inmensas. Cuando el caudillo y sus acompañantes emergieron del río, no los siguió prisionero alguno, y, sin embargo, una luz feroz y fulminante brillaba en sus pupilas al entrar en el área luminosa. Comenzando de nuevo la endecha, Tiaoga se apoderó de una rama encendida arrojándola en medio del resinoso material apilado en torno a la estaca del sacrificio. Al punto, una oleada de fuego la envolvió, y Tiaoga, danzando rítmicamente, concluyó su canto con el acompañamiento del crepitar de la leña seca. Al narrar a su pueblo lo ocurrido, su pasión subió de punto. Describió cómo habían dado alcance a los fugitivos al borde de las “Peñas Grandes”, allende las cuales las aguas atruenan el espacio al caer en un verdadero *maelström*. El ciego hablase defendido con un hacha robada en la *tepee* de Ah-De-Bah hasta que otra hacha hermana se hundió en su cráneo, acallándole para siempre. Parecía un espíritu infernal en su ceguera, y Tiaoga señaló con un ademán a Shindas, quien entreabrió su camisa de piel de ante, y puso al descubierto una larga y sangrienta herida. El hombre

blanco había muerto, y su cuerpo, abrumado por el peso de la negrura de su alma, estaba sepultado para siempre en las profundas aguas allende las peñas.

Pero a la impura que los había engañado, la doncella cuyo maleficio había traído deshonra sobre sus cabezas, profanando el espíritu de Soi-Yan-Makwun, *la habían apresado viva*. El semblante de Tiaoga se volvió lívido lanzando su anatema sobre ella, sus pupilas eran las de un enajenado. ¿No la había estrechado contra su pecho? ¿No le había ofrecido todos los tesoros de Soi-Yan-Makwun? ¿No ocupaba un lugar en el corazón de todos ellos? ¡Y se trocaba en un áspid! Al hallarla, su propia alma se había ensombrecido de tal modo que sólo veía concebible la muerte, porque oía la voz de su hija clamando venganza, y así *había dado muerte a la traidora*. Les había dado muerte por orden de “Talón de Plata”, cuyo espíritu cantaba en la selva. Shindas era testigo, había oído el cantar. Ah-De-Bah también. Era como el dulce y armonioso chapoteo del agua sobre blancas piedras en el deshielo primaveral. Con sus propias manos había dado muerte a la joven blanca, arrojando después su mortal despojo para que fuese a reunirse con el ciego.

Súbitamente, Tiaoga sacó de entre sus vestiduras algo que provocó un respingo entre sus oyentes. Lo reconocieron todos. Las maravillosas trenzas de Tonieta pendientes de la sanguinolenta cabellera que el salvaje alzaba en alto. “Paloma Torcaz” lanzó un chillido. Incontables veces, sus dedos infantiles habían jugado con las fulgentes trenzas de la que adoraba.

Prosiguiendo su macabra danza en torno a la hoguera, Tiaoga parecía un poseído. Gotas de sangre del trágico trofeo salpicaban su rostro. En un apogeo de locura lo arrojó en el centro del inmenso brasero.

Soi-Yan-Makwun estaba vengada y las demandas de su pueblo satisfechas.

Capítulo XX

A las treinta y seis horas de jornada, Jeems llegó al poblado de Kanestio, cuyo jefe era Matozee u “Oso Amarillo”. Había recorrido los ciento veinte kilómetros en día y medio, porque ansiaba regresar cuanto antes, rotundamente conturbado con la idea de que Tonieta estaba sola en unos momentos en que la amistad de los indios comenzaba a volverse contra ellos. Le intrigaba que Tiaoga se hubiese valido de él y no del emisario oficial de la tribu para llevar el mensaje a “Oso Amarillo”, especialmente tratándose de un mensaje de escasa importancia. Y acrecentaba su inquietud el que el caudillo se hubiese preocupado de enviar por Shindas una orden exclusivamente destinada a él. Mayores habrían sido sus recelos de haber sabido que le precedía un batidor llamado Na-Swa-Ga, o “Dardo Emplumado”, portador de otro mensaje de mucha más monta, de Tiaoga a “Oso Amarillo”.

Apenas llegado a Kanestio le despojaron del hacha y del cuchillo que constituía su armamento, llevándole a presencia de Matozee. Este sujeto que sucumbió al año siguiente en el lago Jorge, y cuya apariencia era en extremo juvenil, aunque los franceses le tenían por uno de los más valerosos guerreros de las Seis Naciones, informó a Jeems de que debía constituirse prisionero. Según alegó, Tiaoga había faltado a su compromiso de pagar determinada cantidad de maíz, debida, y que Jeems quedaría en rehenes como parte de la obligación. Matozee le explicó concisamente el acuerdo existente entre los jefes de tribu. Si Jeems intentaba evadirse y era capturado por sus guerreros, recibiría la muerte de sus manos; si por extraordinario azar conseguía llegar a Chenufsio, tendría que responder a Tiaoga con su vida. Alrededor de la *tepee* que le fue asignada trazaron un círculo que nadie podía franquear, y el muchacho se encontró sometido a una vigilancia escasamente menos estricta que la concedida a un prisionero cuyo sino fuese la tortura o la muerte.

Desmayado ante aquel giro de su fortuna, Jeems se devanaba los sesos por hallar justificación a la perfidia de Tiaoga, encontrándola solamente en algo que afectase de modo vital a Tonieta. Estaba cierto de la falsedad de las explicaciones de Matozee, deduciendo que Shindas, y no Tiaoga, era el promotor de aquella conjura que había acabado con su libertad, no obstante haber tenido al joven Seneca por su mejor amigo. Su desasosiego fue en aumento hasta que en el segundo día de cautiverio resolvió escapar y volver a Chenufsio, aunque el intento le costase la vida. Su actitud debió traicionar su propósito, porque el tercer día se vio más vigilado que nunca y por la noche seis jóvenes bravos se instalaron en su *tepee* tan estratégicamente repartidos que le hubiera sido imposible moverse de su sitio sin tropezar, cuando menos, con uno de ellos.

Durante la tarde del cuarto día observó un excitado grupo de mujeres y niños a cierta distancia, aunque no les prestó especial atención. Abatido por temores cada vez más insoportables, estaba resuelto a ganar su libertad antes de que amaneciese un nuevo día. Densos nubarrones por la tarde y amagos de tormenta con el crepúsculo favorecieron sus esperanzas de éxito. Con la llegada de la noche se desencadenó la tempestad, y a muy temprana hora simuló un profundo sueño. Cuando, cautelosamente, volvió a incorporarse era más de medianoche y seguía lloviendo. Estaba a punto de ponerse en pie, seguro de que no hallaría Seneca alguno soportando el diluvio, cuando oyó el roce de la falda de la *tepee*, al apartarla alguien que entraba.

Un instante después, una voz murmuró su nombre. Yertas manos hallaron las suyas y sintió contra sí una mojada figura infantil.

—Soy “Paloma Torcaz”. Hace tres días me escapé de *Chenufsio*. He venido a decirte que “Talón de Plata” ha muerto^[24].

Los fúlgidos relámpagos de la tormenta de aquella noche revelaron una solitaria figura atravesando a todo correr la selva en dirección a *Chenufsio*; una figura que corría hasta perder el aliento, continuando luego a más corta distancia y paso, que ni la persistencia de lluvia ni el fragor del trueno podían detener.

Era Jeems. Si otro que no fuera. “Paloma Torcaz” hubiese comparecido ante él con aquella trágica nueva, no le habría dado crédito, pero la verdad en su más sencilla forma salía de aquellos labios. Lo que otro pudo, en parte, haber ocultado, ella lo reveló con pueril candor, y cada centella trocose en un pilar de fuego a cuya luz veía a Tiaoga con las magníficas trenzas de Tonieta en la mano.

“Paloma Torcaz” había repetido el mensaje que Tonieta le confiara minutos antes de su fuga con Hepsibah Adams, y la obscuridad, con ser muy densa, no bastaba para ocultar a Jeems los torturados semblantes de su esposa y de su tío, ciego, clamando venganza.

Fue uno de los inexplicables fenómenos que con frecuencia forman parte de las aventuras de un sonámbulo el que no errase el angosto sendero en su prisa. El instinto, más que las señales que pudiera ver o seguir, guió sus pasos, y hasta que las sombras de la noche comenzaron a trocarse en un lúgubre amanecer no se dio cuenta de los obstáculos que había superado.

La claridad, aunque acompañada de sombríos nubarrones y persistente lluvia, sirvió para sacar a su alma del caos en que estaba sumida. Tonieta había muerto. Los depresivos horizontes se convirtieron en muros de una prisión que sólo contenían esta idea. Había perecido asesinada como su madre, yendo a reunirse con su padre, con su propia familia, dejándole solo, finalmente solo.

Incluso la venganza resultaba fútil e inadecuada. En su pecho no ardía ni una chispa de esperanza. Cuando vio a su madre, muerta, había “esperado”, como había esperado al buscar algún signo de vida entre las ruinas de Tonteur Manor. Mas ahora le era imposible hallar a su alcance aquella gracia salvadora. Al continuar su camino fue desposeyéndose de la facultad de odiar, aunque hasta la última fibra de su ser

estaba tensa por la implacable resolución de su proyecto. Mataría a Tiaoga. Mataría a Shindas. El acto sería de estricta justicia, no de satisfacción, Algo más grande y más comprensivo que el impulso que le había sacado de la *tepee* de Matozee agarrotaba su garganta con fuerza irresistible. Era su soledad. La inmensidad del mundo. La súbita desaparición de quien lo hacía habitable para él. Sin Tonieta no tenía razón su existencia ni motivo para que continuase infundiéndole calor la vida... Tonieta había muerto. Era su sino, predestinado desde un principio; algo que había temido siempre vagamente. Ahora nada contaba, y el matar a Tiaoga y a Shindas no aliviaría lo más mínimo la desesperación de su porvenir.

Siguió avanzando a un paso que en otra ocasión le habría agotado. Al transcurrir las horas, una explicación de su celeridad se ofreció a su espíritu consciente: *Iba a su hogar*. Eso era, en toda la extensión de su significado, la cabaña en la que Tonieta y él habían vivido. Su hogar. Algo que no desaparecía como había desaparecido su cuerpo; una parte de ella misma que encontraría como la había dejado al llegar al final de su jornada, a menos que Tiaoga la hubiese destruido también.

Durante todo el día siguió lloviendo y llovía aún al caer la tarde. La tierra estaba empapada, borrando sus pisadas. A medianoche se aclaró el cielo, saliendo la luna llena. Poco después llegó a Chenufsio. El lugar rielaba, lleno de charcos. Perros recelosos salieron a identificarle, pero el pueblo dormía.

Halló su cabaña con la puerta cerrada, como habría estado si Tonieta durmiese adentro. Al entrar sintió su presencia. Mas no estaba allí. Encendió cautelosamente una luz, resguardándola en forma que no pudiera verse desde fuera. El suelo, las paredes, toda la estancia se iluminaron débilmente. Comenzó a recoger cosas acá y acullá, haciendo un fardo de sus posesiones sobre la mesa... *¡las posesiones de Tonieta!* Cuando hubo terminado se armó con un cuchillo, un hacha y un arco, apagó la luz y salió, cerrando tras de sí la puerta.

Buscó a Shindas, porque su plan era darle muerte primero.

Después mataría a Tiaoga. Shindas no se hallaba en su *tepee*. El lugar estaba desierto y faltaban sus armas, señal evidente de que había emprendido un viaje. Durante algunos instantes después de este descubrimiento, Jeems contempló la vivienda de Tiaoga desde su sitio, bajo un roble. El ansia de destrucción no predominaba en su alma. El susurro del aire entre el follaje y el argentino chapoteo del agua se combinaban en una melodía de paz que apartaba de su mente la idea de la muerte. Acaso habría logrado su objeto si la fatalidad no hubiese hecho salir en aquel momento a una figura de la *tepee*. Jeems vio que era Tiaoga. El caudillo avanzó hacia él, como si una mano invisible le llevase a su propia destrucción. Hizo una pausa. La luna brillaba nítida en el cielo iluminando sus facciones mientras miraba al misterio de distancia que sus ojos no podían penetrar. Jeems no se preguntó qué podía ser lo que le sacaba de su *tepee*, ni cuáles eran sus pensamientos, ni qué arcano exploraba en la noche. Tendiendo el arco, ajustó la flecha. Luego pronunció en voz baja el nombre de Tiaoga para hacerle saber que había llegado la hora de saldar la cuenta, El

arco vibró y el flexible astil hendió los aires con el alado sonido del colibrí. Oyó el impacto. Tiaoga no desplegó los labios. Sus manos se crisparon sobre su pecho al desplomarse, quedando inerte.

Jeems emprendió la marcha río abajo. Durante muchos días se fue escondiendo a lo largo de sus márgenes buscando el cadáver de Tonieta. Vio repetidas veces pasar grupos de Senecas; pero, como casi siempre estaba en el agua, consiguió eludirlos.

Al llegar al lago Ontario se desvió al Este con su fardo a cuestas. De noche dormía con la cabeza apoyada sobre él, aspirando el preciado incienso de las prendas de Tonieta. A veces se llevaba a los labios el trozo de paño rojo con que ciñera su frente.

En las semanas sucesivas su sensibilidad pareció embotarse en algunos aspectos. Perdió todo deseo. Se daba cuenta de una carencia absoluta de motivo en cuanto hacía, permaneciendo períodos enteros escondido en parajes apartados. La ocultación acabó por ser más bien un hábito que un acto inteligente. No experimentaba impulso alguno de volver al Valle Prohibido ni al Richelieu y fue casualidad, y no definido propósito, lo que le llevó al lugar del lago Champlain llamado Ticonderoga por los indios. Era a fines del verano de 1756. Los franceses habían ocupado una punta de tierra en la que erigían los Fuertes Vaudreuil y Carillon. Jeems acogió aquellas actividades con la avidez de quien por fin halla algo con que saciar su ansia homicida. Se unió a las fuerzas de Montcalm, recibiendo un mosquete y una pala en substitución de su arco y sus flechas.

Entró en un período de aprendizaje de cavar y edificar en el lugar donde los fuertes se construían. El trabajo, el medio ambiente de excitación bélica y las crecientes noticias de victorias francesas eran un tónico a su quebrantado espíritu, aunque sin exaltarle. Intentó combatir su apatía, reavivar sus odios, repitiéndose una y mil veces que los ingleses y sus indios eran los responsables de las tragedias que le habían arrebatado a sus seres más queridos. Mas no logró recobrar su ansia de venganza. Quería luchar, quería ver a los ingleses y a sus aliados destruidos; pero sus emociones eran tan sordas como implacables. Ardían en su pecho con una uniformidad fatalista que ni triunfos ni derrotas podrían elevar a grandes alturas o sumir en mayores profundidades que las que habían sondado. La muerte no podría agitarle ya como le había agitado antaño; ni la victoria causarle la indecible alegría que expresara en su canto la noche de su entrada en Chenouffio. Cuando la fortaleza inglesa de Oswego quedó arrasada, y en todas las iglesias de Nueva Francia se entonó un *Te Deum* de gratitud y alborozo, no se afectó. Mas, el mismo día, oyendo a un recién llegado de Quebec pronunciar un nombre familiar, su corazón dio un salto en su pecho como si le hubiesen súbitamente despertado de su letargo, y luego, la amistad de aquel individuo, cuya hermana se llamaba Tonieta, fue de mayor monta para él que la victoria de Oswego o la subsiguiente concentración de fuerzas francesas en Ticonderoga.

Carecía de confidentes y nadie sabía su historia. Un oficial descubrió que era

conocedor del terreno y le nombraron explorador del lago Jorge, siendo capturado por Rogers y sus batidores la vigilia de Navidad de 1756. Escapó en enero, llegando a primeros de febrero al Fuerte Carillon, y allí se enteró de que Pablo Tache había sido uno de los oficiales de Oswego, pereciendo en la batalla. Jeems sintió una punzada de dolor. Recientemente había pensado en Pablo Tache y en la madre de Tonieta, preguntándose cuál sería su actitud cuando algún día él les dijera cuanto había ocurrido después de la matanza en Tonteur Manor.

Carecemos de información que cubra el lapso de la historia militar de Jeems entre febrero y agosto de 1757, cuando asistió a la toma del Fuerte Guillermo Enrique o Fuerte Jorge, presenciando el degüello de su guarnición inglesa a manos de los irrefrenables indios franceses capitaneados por los Abenakis. Jeems debió experimentar a la sazón un insólito choque, porque, poco después de la matanza, cuando en su frenesí algunos de los indios asaban carne humana inglesa en escalfadores y espetones, encontró al enlutado sacerdote que había acompañado a los Abenakis y que resultó ser el jesuita Padre Roubaud, el mismo que bendijo su unión con Tonieta en Chenufsio. El Padre Roubaud preparaba ya en aquellos momentos el célebre documento que por ser obra de un testigo presencial estaba destinado a revestir valiosa importancia en la historia de los jesuitas franco-ingleses y cuyo centenar de amarillentas páginas, escritas en su mayoría a la luz de las antorchas entre escenas de horror, pueden hoy consultarse en los archivos de los Jesuitas de Quebec. El sacerdote vio a Jeems, pero tan atento estaba a su tarea y tales eran los cambios que en dieciséis meses había presenciado, que no le reconoció, y Jeems abandonó su presencia sin revelar su identidad^[25].

Después del Fuerte Guillermo Enrique y de los éxitos franceses que le precedieron, Jeems comenzó a sentir la inevitable presión que abrumba la vida de una comarca agobiada por la superioridad numérica de su antagonista. Las colonias inglesas habían zanjado las querellas intestinas que las separaban lanzando un millón y medio contra los ochenta mil defensores de Nueva Francia... Detrás de esta avasalladora fuerza estaban los poderosos ejércitos ingleses y la más poderosa escuadra inspirada por Pitt y Wolfe. Mientras se cantaban *Te Deums* en celebración de sus victorias, Montcalm sabía que Nueva Francia estaba al borde del precipicio, mas a buen seguro las consecuencias de aquella heroica contienda no pesaron sobre él con mayor certidumbre que sobre Jeems. En tanto que el uno luchaba inspirado por Dios, por su madre y por su esposa, afanándose por salvar a la nación de un golpe decisivo, el otro, luchando tenazmente en las filas, veía el final con idéntica o más neta visión. En Jeems no había instantes en que tal fuera su fe en Dios, que la esperanza surgiese triunfante de las nebruras que le rodeaban, como le ocurría a Montcalm aun en sus más angustiosos momentos. Recordando la vida de su mujer, de sus padres y de Hepsibah, Jeems estaba más capacitado para ver y sentir la inminente catástrofe que quien la calculaba comparando buques, armamentos y soldados.

Mientras se transportaban los cañones capturados en Fuerte Guillermo Enrique a

Ticonderoga, Jeems se rindió, como Montcalm lo hacía de otro modo, al postrar capítulo de su sino. Carecía de meta a que aspirar, de objeto por el que ofrecer plegarias. La victoria canadiense, aun admitiendo el milagro de un triunfo definitivo, no aportaría más solaz ni felicidad a su alma que la derrota a manos de los ingleses. Hubo ocasiones en que los componentes inglés y francés de su personalidad se dividían, como por ejemplo, cuando su madre, Hepsibah Adams y cuanto representaban parecían mirarle interrogadoramente desde el pasado, como si hubiese hecho traición a una parte preciosa de ellos mismos, pero de tal forma que les fuese imposible censurarlo. En semejantes horas, el espíritu de Tonieta se le aparecía, cogiéndole de la mano, dándole a entender que luchaba por ella, por el hogar que hubiera sido suyo, por la comarca que ella habría convertido en un paraíso para él. Al afirmarse la certeza de un próximo final, Tonieta le parecía más cerca, prestándole un consuelo desconocido hasta entonces. Era el consuelo de saber que algo estaba a punto de ocurrir. Algo que se relacionaría con ambos. Sabía lo que era y aguardaba pacienzadamente mientras pasaba otro año.

Vino entonces Ticonderoga; aquel 8 de julio de 1758 en el que fue imposible poner la planta en punto alguno de un área de cien acres sin hollar sangre francesa o inglesa... aquel día rojo de la historia en que tres mil agotados y exhaustos soldados de Nueva Francia afrontaron seis mil regulares ingleses y nueve mil milicianos americanos; aquel día en que Jeems y sus camaradas rechazaron las oleadas escarlata y oro y el millar de highlanders del “Black Watch” capitaneados por Duncan Campbell de Inverawe, hasta que, como Montcalm escribió a su esposa: “Los destrozados árboles parecían chorrear sangre”. Durante largas horas de tumulto y de muerte, Jeems cargó y disparó, y atacó a la bayoneta, sin que lo que esperaba viniese a su encuentro. A su alrededor caían los hombres a centenares como hojas. Vio filas enteras estremecerse y desaparecer ante el soplo terrible de la metralla, pero cuando todo terminó y los ingleses retrocedieron en postrera y definitiva derrota, estaba indemne, salvo contusiones y quemaduras de pólvora en la piel.

El día siguiente a la victoria, cuando Abercrombie y sus ingleses y coloniales estaban en franca dispersión, Montcalm hizo plantar en el campo de batalla una cruz en la que había hecho grabar estas líneas:

*¡Soldados y jefes y fortalezas son inútiles!
¡Ved la conquistadora Cruz! ¡Dios trajo el triunfo!*

Jeems ayudó a erigir la cruz. Sus pies apisonaron la tierra a su alrededor y las esculpidas palabras se grabaron tan profundamente en su cerebro como lo estaban en la madera. ¡Dios! Sí. Dios debía haber sido quien hizo retroceder a un enemigo cinco veces más numeroso. Pero ¿qué tenía Dios contra él? ¿Por qué había destruido a Tonieta? Había oído rezar a Montcalm. Escuchó mientras decía al ensangrentado resto de sus tropas que Nueva Francia estaba salvada, a pesar de la trágica rendición

de Louisbourg. Pero... Montcalm se batía en retirada, y el movimiento intrigó a Jeems. El ejército fue aprendiendo la verdad al dirigirse, cansado y maltrecho, hacia Quebec. Rapacidad, orgullo, intrigas, habían corroído el corazón de Nueva Francia hasta dejarlo socavado y a punto de disolución. Montcalm era su única esperanza y al pasar el otoño y al llegar el invierno, le pareció a Jeems que Dios había abandonado a Montcalm. El San Lorenzo estaba lleno de buques ingleses. La cosecha era pobre y un barril de harina valía doscientos francos. Hasta Montcalm comía carne de caballo sin perder aún su fe. Un millar de bribones capitaneados por Vaudreuil se cebaban con la caída de la nación y él oraba por ellos “¡Qué país —exclamaba—, en el que los ladrones se enriquecen y los hombres honrados se arruinan!” Hombre de acción, de guerra y de muerte, conservó su fe hasta el final. “Si nos desalojan del San Lorenzo —escribía a su esposa— bajaremos al Misisipi y haremos un último esfuerzo por Francia en los pantanos de Luisiana”.

Así pensaba el hombre cuyo blanqueado cráneo se exhibe hoy a los visitantes del Convento de las Ursulinas de Quebec. Durante la primavera y el verano de 1759, Jeems fue observando cómo tejían las arañas su tela en torno a Quebec, última fortaleza francesa en América. En mayo de 1756 había muerto Tonieta y en mayo de 1759 fue cuando Jeems vio por vez primera desde la orilla del Montmorency la formidable roca que durante tanto tiempo fuera dueña del Nuevo Mundo.

Cuatro meses después, en el 13 de septiembre más singular de la historia, en aquel “mañana por la mañana” inolvidable, Jeems estaba en las Llanuras de Abraham.

El Dios de Montcalm estaba a punto de completar una inmaculada elegía que flotaba en el aire como un grandioso coro que esperase la orden de comenzar. Para Jeems Bulain, de cara al sol y a la tenue línea roja de ingleses, allende los prados en los que Abraham Martín pastoreaba sus rebaños, la suerte iba a poner fin a la incertidumbre y al caos.

Había pasado sin tocarle en Fuerte Guillermo Enrique, en Ticonderoga, en Montmorency, mas ahora sentía su presencia... un medio de huir..., un escape a la sujeción..., algo más grande que hierro o que carne... que se acercaba al acercarse ellos a las hileras rojas. Sintió el espíritu de lo que Montcalm había dicho a sus sentenciados héroes minutos antes: “*Hoy, seguramente, Dios tiene puestos los ojos en las Llanuras de Abraham*”.

Capítulo XXI

Eran las diez de la mañana, la hora de la crisis. El amanecer había sido brumoso; a las seis llovía; ahora hacía calor. Septiembre podía haber pasado por julio. Aprovechando las tinieblas, veinticuatro voluntarios ingleses habían escalado la abrupta margen del río ayudándose de los matorrales, hincando las uñas en las hendiduras de las rocas, arrastrándose pegados a la tierra, ganando terreno paso a paso. “Temo que no lo consigáis”, les había dicho Wolfe escrutando la impenetrable negrura. Pero... lo consiguieron. Innominados en la historia, destruyeron el viejo mapa del mundo substituyéndolo por otro. En aquella hora, veinticuatro hombres consumaron la ruina de Francia, acrecentaron el poderío de Inglaterra y crearon una nueva nación.

En la cumbre, Vergor, el oficial francés, dormía profundamente con su guardia. A él podía haber incumbido la gloria de conservarse intacto el viejo mapa. Pero murió sin tiempo apenas de disipar de sus ojos las brumas del sueño. Wolfe tenía el camino expedito y, como un reguero de hormigas rojas, los ingleses treparon por la senda que habían abierto para ellos.

El gobernador Vaudreuil, el villano que hizo perder medio continente a Francia, yacía en su mullido lecho de iniquidad a escasa distancia, soñando acaso un futuro de molicie con la pérfida *madame* de Pacan, y planeando una intriga con la favorita del monarca, la Pompadour, y al otro lado del San Carlos, esperando a los ingleses por camino completamente opuesto al que seguían, insomne, agotado, desposeído de toda probabilidad de vencer gracias a la flaqueza y a la imbecilidad del favorito de la usurpadora de la real privanza, estaba Montcalm.

Jeems formaba parte del batallón de Guienne, que había llegado a las seis de la mañana de su campamento del San Carlos, llenando con sus blancos uniformes la loma de Buttes-à-Neveu, desde donde vieron el reguero británico trocarse en un alud.

A su alrededor, Jeems tenía las Llanuras de Abraham y en su corazón vibraba una extraña fibra al pensar que Tonieta era hija de aquel suelo y que fue un antepasado suyo quien dio nombre a aquella tierra que la sangre enrojecería pronto. Las Llanuras eran dilatadas y uniformes, en su mayor parte salpicadas de escobos, árboles y campos de maíz. Eran la antesala de Quebec, campos de predestinación extendiéndose entre las escabrosas márgenes del San Lorenzo por un lado, y el tortuoso San Carlos por el otro, con un mundo de espléndidos terrenos desarrollándose panorámicamente ante la vista.

Mientras atisbaba con la fuerza de Guienne, Jeems ni remotamente podía adivinar que aquella escena de pastoril belleza fuera la destinada a servir de fondo a una de las

más épicas tragedias de todos los tiempos. Le invadió una sensación de sosiego, como si algo hubiese puesto punto a la confusión y a la desgracia de que había sido víctima durante tres años, sintiéndose misteriosamente próximo a la presencia de invisibles influencias. Era hijo de unos tiempos en que la fe en las intervenciones espirituales en los asuntos de los hombres estaba muy arraigada y no le fue difícil imaginar que. Tonieta estaba a su lado, murmurando con palabras que sólo su alma podía oír: “¡que había venido a su hogar!”.

Con inexorable velocidad pasaron las horas. Las seis, las siete, las ocho, las nueve. Frente a él, Inglaterra se formaba. Montcalm, con desatinada celeridad, trasladaba sus fuerzas a través del puente de San Carlos, por debajo del terraplén de Quebec, con idea de entrar en la ciudad por la Puerta de Palacio. En el borde de las Llanuras de Abraham el juvenil Wolfe, poeta y filósofo, se aprontaba a la gloria o a la muerte. En las pintorescas y angostas calles se congregaban hordas de indios con sus penachos guerreros y pintarrajeados rostros; tropeles de famélicos y embaucados canadienses, dispuestos a un postrer esfuerzo en pro de sus hogares; batallones de la vieja Francia, uniformados de blanco, con rutilantes bayonetas, veteranos aguerridos de la Sarre y del Languedoc, del Rosellón y de Bearn, apenas sustentados por las parcas raciones de las últimas semanas, pero ávidos de combatir por Montcalm. Al frente, donde Jeems miraba, todo era orden y quietud y la estoica confianza de la moral inglesa. Detrás estaba el valor, la hidalguía y nervios de hierro de héroes enardecidos por su excitación, que los empujaban a un indisciplinado avance.

Jeems no vio sino las distantes líneas rojas. El sol bañaba las llanuras; los pájaros revoloteaban surcando el espacio y los cuervos crascitaban sobre los maizales. La tierra era un inmenso tapiz oriental de cálidas tonalidades otoñales; con una franja amarilla y oro de las selvas a su alrededor. Los cañones de Samos, de Sillery, de los buques fondeados en el río, retumbaban sordamente, y en el altozano de Buttes-à-Neveu, Jeems hablase quedado dormido, arrullado por aquella interminable monotonía del sonido, por el calor del sol, el azul del cielo, la quietud de las llamas. Cerró los ojos, y las brumas argentinas y áureas de pasados crepúsculos se alzaron a su alrededor; finales de días en los que vio las llanuras pobladas otra vez por Abraham Martín y sus vacas, ciento treinta y cuatro años ha; por Tonieta, sus padres, Hepsibah Adams... y él mismo, luego. Era aquél un lugar conocido, que sus plantas habían hollado, en el que su alma había vivido. Oyó la tierra murmurándole todo aquello, la tierra que oprimía entre sus dedos como si realmente se hubiera transformado en las manos de Tonieta.

Agitáronse banderines y las cornamusas lanzaron su desafío mientras Montcalm aguardaba refuerzos que no llegarían nunca; y los escobos y los oteros y los maizales caían en poder de mil quinientos canadienses e indios cuyos fusiles respondían estruendosos. La batalla se generalizó y Francia comenzó a desmoronarse.

Las diez.

En el corazón de Montcalm debió partirse algo vital. Su uso de razón vaciló,

haciéndole dar la orden fatal que confirió a Inglaterra la supremacía del mundo.

Los franceses habían formado cinco hileras, cuatro blancas y una azul, con las bayonetas caladas; los ingleses esperaban a pie firme con sus rifles de dos tiros, en una larga línea roja. Entre ambos extendíase una faja de terreno raso. Si Inglaterra hubiese avanzado, la Historia podría haberse escrito de muy otra manera. Pero Inglaterra aguardó, y avanzó Francia.

Jeems avanzó con ella. Avanzó ya herido. Un balazo en el hombro ensangrentaba su brazo, tiñendo sus dedos. No sentía dolor; pero una extraña modorra se iba apoderando de él al seguir a su columna, tambaleándose. Vio a Montcalm ponerse al frente de sus huestes, animándolos a la victoria; descubrió su casaca verde recamada de oro, la bruñida coraza, los blancos puños de encaje, y oyó su voz preguntar:

—¿No queréis descansar antes del ataque?

Y la respuesta:

—*Nunca estamos cansados al comenzar una batalla.*

Los labios de Jeems formaron las palabras que se repitieron como crecientes estampidos durante una tormenta. Pero la luz del sol, a sus ojos, empezaba a perder su intensidad.

Un avance de cuarenta o cincuenta pasos... una pausa... otro avance... otra pausa, conforme al arte de combatir de los regulares de entonces, en campo raso y abierto. Jeems calculó la distancia entre los ingleses y ellos. A cada pausa disparaba como sus compañeros, cargaba otra vez y avanzaba. La línea roja había roto con todo precedente, no haciendo movimiento alguno para llenar su parte en la prescrita rutina bélica, continuando inmóvil como un muro. A veces se abrían en él brechas, al desplomarse al suelo sus rojas unidades; pero los que quedaban en pie seguían inmovibles y firmes, esperando, con sus armas de dos tiros. Un estremecimiento sacudió a los franceses, una aceleración respiratoria, un desordenado latir de sus corazones, un paulatino desmoronamiento bajo la tensión, mientras sobre las Llanuras de Abraham pasaba la melodía de una campana.

Se detuvieron a menos de cien pasos y la línea inglesa siguió sin disparar. Un soldado contiguo a Jeems se echó a reír como si sus nervios cedieran súbitamente. Otro dio un respingo. Jeems intentó mantenerse erguido, Le acometió la extraña idea de que acaso los dos ejércitos no llegasen a combatir.

Entonces oyó su nombre. Su madre le llamaba. Respondió con un grito y se habría tambaleado a no retenerle unas manos vecinas. “Loco”, oyó decir a una voz. Soltó el fusil al intentar restregarse los ojos. Su visión se esclareció. Allí estaba la línea roja, el espacio abierto, el sol... algo que pasaba. Los supervivientes no olvidaron jamás lo que sus pupilas vieron. Inglaterra oyó la anécdota en sus hogares. Francia le concedió un lugar en su historia. *Durante unos instantes, los ejércitos no vieron a la muerte... sino a un perro. Un perro, viejo, decrépito, que cojeaba al andar, un perro al que faltaba una pata.*

Jeems hizo un esfuerzo para gritar:

—¡Tijo!... ¡Tijo!

Entonces Montcalm ordenó:

—¡Adelante!

Avanzó con los demás hacia las fauces de la muerte, a ciegas, tanteando, esforzándose porque el perro oyese palabras que no salían de su garganta. Ya no era de día. No había sol. Ante sí no había muro rojo alguno. Pero sus oídos percibían el ruido de multitud de pasos y la melodía de la campana. Ambos se ahogaron con un horrísono estampido. El estampido de los rifles de doble disparo. Inglaterra hizo fuego a cuarenta pasos y Francia se desplomó en una masa informe de cadáveres.

Con la primera línea cayó Jeems.

Capítulo XXII

Pasó mucho tiempo antes de que Jeems volviese a oír la melodía de la campana. Al salir de la inconsciencia en que se había hundido en las Llanuras de Abraham, se halló en el Hospital General, asistido por las monjas de la institución. Parecíale que sólo habían transcurrido unos minutos desde la descarga inglesa. Pero estaban a mediados de octubre. Montcalm y Wolfe habían muerto. Quebec era un montón de ruinas; Inglaterra reinaba suprema sobre el Nuevo Mundo, aunque la batalla de Sainte Foy no se había reñido aún. Desde entonces hasta fines de noviembre, que pudo, al recobrar las fuerzas, valerse de la libertad de acción que los ingleses concedían a los soldados franceses heridos, pensó con frecuencia en el cojitranco perro que había atravesado las líneas. No mencionó el incidente ni a la Madre de Sainte Claude, la Superiora, quien demostraba especial interés por él, ni a algunas de las Hermanas que tan tiernamente le atendieron en las negras horas de su lucha por la vida y las más esperanzadas de su convalecencia.

Cada nueva acrecencia a su fortaleza aumentaba su sospecha de que cuanto había visto u oído eran ilusiones de sus sentidos perturbados por los efectos del dolor y del choque, y guardaba para sus adentros la poca o mucha le que tenía en ellas.

Por fin le fue dable alternar con el inerme populacho y el tropel de soldados en las calles. Era un Jeems extrañamente distinto del de antes. La herida había sido en extremo grave y comprendía que tan sólo a una milagrosa intervención, atribuida por las monjas a la merced divina, se debía el hecho de que escapara de las garras de la muerte. Una bala atravesó su hombro y tres más le hirieron en la descarga inglesa. No aceptaba la salvación como un milagro. Tenía la impresión de que habiendo estado muy cerca de su madre y de Tonieta, un hado, no satisfecho aún con su desventura, le había apartado de ellas. La idea afirmó su creencia de que la aparición de *Tijo*, así como la voz de su madre y la proximidad de Tonieta habían sido puramente espirituales.

Mas, dondequiera que viese un perro en las calles de Quebec, miraba si tenía las cuatro patas intactas.

Sus excursiones eran breves y divagaba solo. Vio a buen número de sus camaradas, pero no le reconocieron y no experimentó deseos de revelar quién era. Su rostro estaba tan demacrado que más bien se habría dicho que estaba próximo a la muerte que escapando de ella. Caminaba encorvado, tenía los ojos hundidos en las cuencas, y sus manos, en una de las cuales llevaba un bastón, presentaban la característica delgadez de la ancianidad. El escaso interés que la vida tenía para él hablase aminorado con la pérdida de fuerzas. Los ingleses reavivaron la llama; los

ingleses de su madre; la mitad de sí mismo que había pretendido odiar. No obraban como conquistadores. Eran... inconcebiblemente amigos. Desde el aguerrido brigadier Murray hasta el último soldado, eran corteses, humanos, generosos, compartiendo sus raciones con los famélicos ciudadanos, dividiendo con ellos su tabaco, ayudando sin remuneración a reedificar las derruidas casas, instalándose cada día más firmemente en el corazón de aquellos a quienes el gobernador Vaudreuil y su degenerada caterva y las flaquezas del Rey de Francia habían arruinado y vendido. Las monjas y los sacerdotes los acogían con agrado, mujeres y hombres de Dios que durante doscientos años habían luchado denodadamente por Nueva Francia, El honor y la hidalguía conquistaron a Quebec trayendo consigo tal amistad hacia el pueblo, que un soldado inglés sufrió pena de la horca en la plaza pública por haber robado a un residente de la población.

Jeems apreciaba el compañerismo de sus enemigos. En un principio se mostraba taciturno y reservado, no hablando sino cuando la cortesía exigía el esfuerzo. Observó que muchos ojos le miraban con una compasión que añadía vergüenza a su carga de penas, y en ocasiones, en las que pugnaba por mantener erguidos sus abatidos hombros, simpatizantes manos venían en su ayuda a despecho suyo. Recobraba lentamente la salud, y en la segunda semana de su liberación ocurrió un incidente que trajo más calor a sus venas. Oyó a dos oficiales hablar en la calle. *Hablaban de un perro con tres patas que pasó frente a sus líneas mientras esperaban la orden de disparar sobre los franceses.*

Cuando volvió al reducido aposento que aún ocupaba en el Hospital General, la Madre de Sainte Claude creyó que la fiebre se había apoderado nuevamente de él. Al siguiente día salió en busca del perro, hallando otros testigos de lo que sus ojos habían visto. Mas no hizo pregunta alguna salvo casualmente y sin revelar la causa de su interés. Sabía que el perro no podía ser *Tijo*, y no obstante era *Tijo* a quien buscaba. Aquel paradójico estado de ánimo le aturdiría preguntándose si su dolencia le habría dejado completamente cuerdo. Creer que *Tijo* podía haber escapado a la venganza de Tiaoga, atravesando centenares de kilómetros de salvatiguez hasta llegar a Quebec, sería ciertamente indicación de lo contrario. Continuó buscando, con la excusa de hacer, de aquella búsqueda, una distracción saludable a su cuerpo y que la curiosidad, no la esperanza o la fe, lo que le impulsaba a hallar un perro de tres patas. Como la ciudad baja era punto de reunión de la mayoría de los canes, pasábase gran parte del tiempo entre sus ruinas, sin éxito.

Sus pesquisas tuvieron un inesperado final en la calle de San Luis, donde residían numerosas familias de la aristocracia de Quebec. Nancy Gagnon, que había sido Nancy Lotbinière antes de su enlace con Pedro Gagnon, y una de las mimadas bellezas de la ciudad, describió el incidente poco después en una carta a Ana St. Denis Rock, y esta carta, parcialmente ininteligible por su edad, es preciada posesión de esa familia.

“Salí de casa —escribía— a punto de ver una extraña figura detenerse cerca de la

verja de hierro que le separaba del cercado, donde el perro contemplaba al pequeño Jeems jugar con unas piedras y unos palos. Era un soldado, con uniforme francés muy deslucido y un emblema hospitalario en el brazo, aparentemente recién salido de terrible enfermedad. Al verle precipitarse con inseguro paso a la verja lanzando un extraño grito, creí que estaba a punto de perder el conocimiento y corrí hacia allá. Entonces ocurrió una cosa sorprendente. El perro se abalanzó a él y tan asustada me dejó lo imprevisto del ataque que lancé un chillido, cogiendo uno de los palos del pequeño con idea de separar al animal de su víctima, cuando, ante mi gran asombro, lo me di cuenta de que hombre y bestia estaban presos en que parecía un paroxismo de reconocimiento y de alegría. La acción del perro y mi desaforado grito hicieron que el pequeño Jeems prorrumiera en clamoroso llanto y mi aterrorizada voz atrajo a Tonieta y a mi padre a la puerta. ¿Podré olvidar jamás lo que ocurrió entonces? Tonieta fue ante todo hacia su hijo, luego vio al hombre de la verja y el grito que salió de sus labios quedará grabado en mi mente hasta mi última hora. Un instante después, estaba en los brazos del infortunado, besándole y sollozando hasta que los brincos del perro, y los alaridos de la criatura, sin hacer mención de mi feroz apariencia, palo en mano, llamaron la atención del público... [26]”.

Así encontró Jeems a su esposa y a su hijo. Su historia pasaría a la posteridad, porque fue un marcado incidente en la transición de una comarca, de un pueblo y de unas costumbres que la Historia no podía dejar inconsiderado. Otros manuscritos y cartas vendrían a confirmarla hasta que, ya casi olvidada, quedase como un murmullo entre otros millares de días y años cuyos ecos se atenúan con el decurso del tiempo. Los muros de la antigua residencia de los Lotbinière, en la calle de San Luis, contiguos a la de la bellísima aunque infame *madame* de Pacan, fueron testigos del ensamblaje de la Historia, y a estar dotados de palabra podrían repetirla hoy. Para Jeems, los minutos siguientes a su entrada en el bogar de Lotbinière, al que él y Tonieta fueron conducidos por Nancy y su padre, mientras un servidor negro cerraba la marcha con el pequeño, fueron casi tan fantásticos como sus últimos momentos conscientes en las Llanuras de Abraham. Ya dentro, Nancy puso el niño en sus brazos, que no habían relajado el cerco del cuerpo de Tonieta, y la revelación de que poseía un hijo se le hizo patente. Tan abrumado estaba por la emoción que no vio a Hepsibah Adams, que tanteaba su camino por el amplio pasillo para averiguar la causa de aquella excitación y de aquel llanto. Fue Hepsibah Adams, con su rotundo rostro sin vista y su voz quebrada por la alegría, al hallar a Jeems sano y salvo entre sus tembloroso manos, quien aportó —como Nancy apuntaba en su misiva a Ana St. Denis Rock— “una prueba final de que Dios atiende las plegarias”.

Jeems creyó devotamente, al oír de labios de Tonieta el relato de cuanto le había acaecido desde su huida de Chenufsio, que aquel Dios que había visto sumirse a Nueva Francia en el abismo, había también guiado sus propios destinos con benéfica mano. Estaban solos en su aposento. Era el 2 de diciembre y el sol de media tarde refulgía en un cielo lleno de un sonriente calor otoñal, mas bien que del frío del

invierno. A escasos centenares de metros de distancia, el general Murray pasaba revista a los regimientos que a poco se opondrían a Levis en su intento de reconquistar la ciudad. El sonido de marciales músicas les negaba atenuado, y con él el distinto tañir de una campana que recordaba la hora de oración. A su llamada, Tonieta, humillada la frente, murmuró palabras de adoración enseñadas por las blancas monjas de la Hermandad de Cristo. Tres años la habían transformado. No el tiempo sólo, sino la maternidad y el dolor de una espera sin esperanza la habían hecho más mujer y menos adolescente. Por fin, había dado por muerto a Jeems y, volviéndole a ver, una indescriptible belleza infundía en su semblante una radiante expresión al revelar abiertamente el misterio de los pasados años.

Narró la captura de Hepsibah por los Mohawks en el Valle Prohibido, su fuga y su posterior captura por los Senecas, sus súplicas a Tiaoga y Shindas y su fracaso de inspirarles compasión cuando, ya ciego, le llevaron a Chenufsio.

—Únicamente Dios pudo guiarme después —dijo—, porque estaba tan desesperada que apenas si puedo decir por qué los hechos se desarrollaron como lo hicieron. Temí por lo que pudieras hacer a tu regreso si hallabas a tu tío ciego y condenado a muerte, o muerto ya, y hasta que entré en la *tepee* de Ah-De-Bah no consideré como una respuesta a mis plegarias el hecho de que un cuchillo de caza estuviese colgado de su cuerda, en la entrada. Con aquella arma corté las ligaduras de Hepsibah y abrí un agujero en las pieles de la tienda, por el que pasarnos, arrastándonos hasta las canoas después de dar a “Paloma Torcaz” mi mensaje para ti. Al vernos perseguidos y alcanzados, mis esperanzas se desvanecieron, pero no fue tan honda mi desesperación como mi alegría al oír la voz de Tiaoga diciéndonos que no abrigásemos temor alguno, que fuésemos a la orilla y que no nos sobrevendría el menor contratiempo. Shindas fue quien explicó lo que se proponían hacer, porque Tiaoga desapareció, solo, entre las sombras. Nos dijo que tres días antes de llegar a Chenufsio habían sabido, por datos que Hepsibah les proporcionó, que su prisionero, ya ciego, era tu tío y mi amado amigo. Era demasiado tarde para salvarle, pues los guerreros estaban malhumorados y exigían el sacrificio en la pira de quien había dado muerte a tres de los suyos. Shindas se adelantó a fin de alejarte del poblado antes de la llegada del prisionero. Mientras Shindas hablaba pude comprobar que en los pechos salvajes latían corazones tan nobles como los que más. Aquellos tres salvajes traicionaban a los Senecas por salvarnos la vida. A la luz de las antorchas, Shindas me mostró unas largas trenzas horriblemente parecidas a las mías y empapó el pericráneo en sangre arrancada de la herida de su propio pecho. Era un trofeo arrebatado por Tiaoga a un indio francés, al que había dado muerte, y me sentí desfallecer al verlo refulgir bajo las rojizas llamas de las teas. Después, Hepsibah y yo proseguimos en la canoa. Horas más tarde, Shindas se reunió con nosotros anunciando que Tiaoga había danzado la danza del fuego con la cabellera en alto ante su pueblo, que nos creía muertos. Shindas nos acompañó hasta que hallamos soldados franceses cerca de Fuerte Frontenac, y cada día curé la herida de su pecho.

Antonieta hizo una pausa como pasando revista a los acontecimientos. Luego continuó:

—Estuve unos instantes con Tiaoga a solas mientras Shindas hacía de nuevo sangrar la herida. Dios debió inspirarle afecto por mí, Jeems, casi tanto como el que sentía por aquella cuyo lugar yo ocupaba. Cuando le hallé parecía tan glacial y tan silencioso en la obscuridad que hubiérase dicho de piedra. Pero me prometió hacer lo posible para que te reunieras conmigo cuando pudiera conseguirlo sin despertar los celos de su pueblo; y luego me tocó por vez primera, como debió acariciar a “Talón de Plata”. Cogió una de mis trenzas y pronunció su nombre en forma tal que jamás le oí pronunciarlo antes. Le besé. Rodeé su cuello con mis brazos y le besé, y me pareció que mis labios tocaban piedra. No obstante, me amaba, y por eso mismo, durante estos años, me he preguntado mil veces: ¿Por qué no te envió a buscarme?

Jeems no podía contestarle que era porque él le había matado.

De igual modo que la melodía de la campana caía como una bendición sobre las Llanuras de Abraham, la paz y la tranquilidad siguieron los pasos de los conquistadores de Nueva Francia. Con una plumada cambió de dueño medio continente, y desde los púlpitos de los Canadás y de las colonias inglesas se alzaron voces de gratitud por la terminación del conflicto. Hasta los vencidos se regocijaban porque durante los meses de agonía final la nación se había visto tan mimada por la corruptela y depredación, que la fe se había entibiado en los corazones y la presencia inglesa fue considerada como garantía de libertad y no como ignominia de vencimiento. “¡Por fin se ha terminado la guerra en este continente!”, predicaba Tomás Foxcroft, pastor de la vieja iglesia de Boston. Como la mayoría de sus compatriotas, no acertaba a prever el aún mayor conflicto que la independencia americana había de provocar menos de quince años después; y el eco repetía: “¡Por fin se ha terminado la guerra!” El sol volvía a derramar su áurea promesa. Los hombres podían disponer de su tiempo, las fronteras reposaban, los salvajes más rencorosos se refugiaban en sus recónditos poblados, las mujeres cantaban y los niños jugaban con nuevas visiones de paz ante los ojos. Tiempos de resurgimiento de una nación en los que los ingleses, entremezclados con los vencidos, transformaban Nueva Francia en Canadá.

En la primavera de 1761, Jeems volvió al Richelieu. Madame Tonteur, subyugado su espíritu y castigada en su malicia, puso en sus manos y en las de su hija los vastos dominios de Tonteur Manor, que ansiaba no volver a ver más. La idea de reedificar su hogar en aquellos trágicos parajes donde se habían conocido y donde sus seres queridos yacían, causaba a Jeems y a Tonieta un deleite que sólo ellos comprendían. Porque las ennegrecidas ruinas de Tonteur Manor y el Valle Prohibido eran su hogar, incluso para Hepsibah Aclaras, y cuando Jeems llegó al consagrado lugar, que abandonara cinco años antes, escribió a Tonieta, que aguardaba en Quebec,

diciéndole que los cerros sonreían en señal de bienvenida, explicándole cuán verdes estaban los desiertos predios y cómo por doquier las flores bendecían la soledad y los lugares donde reposaban los muertos. Con en los le habían acompañado, puso manos a la obra, y en septiembre fue en busca de Tonieta y de su hijo. Una vez más comenzó a elevarse de las chimeneas de las viviendas la espiral de humo y, al llegar otro verano, el mugido de las vacas y el balido de las ovejas coreaba por las tardes el chirrido de las aspas del molino. Frecuentemente, Tonieta cabalgaba con Jeems hacia el Valle Prohibido, hecho tirabuzones el cabello, con una cinta ondeando al viento.

Durante el segundo año, en la época en que los castaños verdeaban en los cerros, llegaron unos forasteros a Tonteur Manor. Dos hombres, una mujer y una niña. Los hombres eran Senecas, y el molinero, que fue quien se encontró con ellos, los observó recelosamente sorprendido, porque, si bien la muchacha era linda y la mujer, blanca, sus acompañantes, talludos y feroces, presentaban inequívocas huellas de un bélico pasado. Su porte era altivo en extremo, pasando junto al molinero sin atender a su orden de darse a conocer, hasta llegar frente al edificio, seguidos de la mujer y de la niña.

Al verlos, Tonieta lanzó tal grito que el molinero corrió en busca de su rifle. Así llegó a Tonteur Manor Tiaoga, para enseñar a Jeems la cicatriz causada por su flecha, y con él “Paloma Torcaz”, Shindas y María Daghlen. Por espacio de muchos años, hasta que pereció en la contienda precedente a la guerra de la independencia americana, Tiaoga visitó con frecuencia el Richelieu, y al pasar el tiempo, el fardo de pieles y de plumas que traía consigo fue agrandándose, porque Tonieta tuvo primero otro hijo, y una hija después, de forma que con tres arrapiezos esperando siempre anhelantes su llegada, el guerrero no carecía de ocupación acumulando tesoros para ellos. Una vez al año, María y Shindas venían a Tonteur Manor, y sus hijos con ellos, cuando su edad les permitió resistir las jornadas de marcha por la selva. “Paloma Torcaz” no regresó a Chenufsio. Tokana, su tullido padre, había muerto el invierno anterior. Se instaló con Tonieta y Jeems hasta cumplir los diecinueve años, contrayendo entonces enlace con un joven propietario francés llamado De Poncy, cuyos descendientes aún contribuyen al incremento de la población del valle del Richelieu.

De un fajo de amarillentas cartas se extractan las siguientes líneas, escritas a Nancy Lotbinière Gagnon por María Antonieta Bulain, en 14 de junio de 1767:

“Mi querida Nancy:

”Sobre Tonteur Manor se ha abatido la calamidad. *Tijo* ha muerto. No puedo abrigar la menor duda de que Dios ha dotado a los animales de alma, porque doquiera que miremos le echamos de menos, y eso que ha transcurrido una quincena desde que le enterramos junto al patio de la capilla. Es como perder una criatura que nos quería, o más aún, que nos custodiaba. La pequeña María Antonieta estuvo llorando hasta quedarse dormida porque no acudía a sus llamadas, y al pensar en él mis propias

pupilas se enturbian. El mismo Jeems, no obstante su fortaleza, cuando pasamos cerca de la capilla hurta el rostro para que yo no vea el cambio de su semblante. *Tijo* era cuanto nos quedaba de otros tiempos... él y Hepsibah, y por éste es por quien más congoja sufre mi corazón. Desde hacía años, el veterano *Tijo* le guiaba en su ceguera, con una cuerda al cuello, y estoy convencida de que se hablaban y entendían mutuamente.

”Hepsibah, apartado ahora de todos, se pasa los días sentado y solo, y cada crepúsculo le vemos tantear por la verja del patio de la capilla como si esperase hallar por allí a alguien. ¡Oh! ¡Qué terrible es la muerte, que nos abrumba de pesar! Pero no quiero descargar sobre ti mi melancolía para no hacerte desear mi silencio más prolongado.

”Aquí disfrutamos un mes de junio esplendoroso. Las rosas...”.

¡Quién sabe si los manchones de la amarillenta página son lágrimas!



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazán, perro lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921),

El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[*] Tiendas indias. <<

[1] Título honorífico concedido en aquella época al propietario más importante de la comarca, de quien por lo general, dependían los habitantes de sus contornos. (*N. del T.*) <<

[2] Guillermo Penn fue un cuáquero que, por disidencias con el rey de Inglaterra, se expatrió y fundó Pensilvania y su capital Filadelfia, que significa «amor fraternal».

<<

[3] Daniel James Adams, padre de Catalina, murió en Pensilvania, en el verano de 1736, en un combate entre los Tuscaroras y los Delawarees. <<

[4] En 1749, la población de Quebec, metrópoli de Nueva Francia, cuya opulencia y cultura hacían de ella el Versalles del Nuevo Mundo, no llegaba a 7.000 almas. <<

[5] *Manor* es la residencia del *seigneur* o barón de la comarca. Algo menos que castillo, pero más que vivienda corriente, (N. del T.) <<

[6] Plato indio compuesto de maíz verde y judías. (*N. del T.*) <<

[7] A mediados del siglo XVIII, la juventud maduraba muy de prisa. Los muchachos eran legalmente mayores de edad a los dieciséis años, y los mejores para casarse las mujeres eran de los quince a los diecisiete. Una muchacha de diez años no era tenida ya por una niña. Tan rápidamente se desarrollaba la juventud, que el hijo del Gobernador Winthrop pudo, a los catorce años, constituirse ejecutor del testamento de su padre. *(N. del A.)* <<

[8] La profecía de Adams fue estrictamente cierta. Inglaterra y Francia no se declararon mutuamente la guerra hasta mayo y junio de 1756, cuando hacia ya varios años que sangrientas matanzas y encarnizados combates venían desarrollándose, sin olvidar la derrota de Braddock y la batalla del lago Jorge. (N. del A.) <<

[9] Los indios siempre fueron conservadores. Mas fue en este periodo de la historia de América cuando dio comienzo la espantosa destrucción de la vida selvática por los blancos. Empleando un implacable sistema de foguero llegaron a matarse mil ciervos en una sola batida, dejando que sus cuerpos se pudriesen, ya que el objeto era obtener sus pieles, que valían de diez a cuarenta centavos la pieza. <<

[10] Bebida compuesta de cerveza, aguardiente y azúcar. <<

[11] Hacha guerrera de los indios norteamericanos, de cuerno, piedra o acero y mango de madera. (N. del T.) <<

[12] Pájaro que, a semejanza del ruiseñor de nuestras latitudes, canta durante la noche.

<<

[13] El tatarabuelo de Tonieta, Abraham Martín, dejaba que sus rebaños se esparciesen por los predios colindantes a su granja, donde se asienta hoy parte de la ciudad de Quebec. En esos terrenos, conocidos con el nombre de Llanuras de Abraham, se riñó la batalla que había de cambiar la historia del mundo. (N. del A.) <<

[14] La intolerancia inglesa en los primeros tiempos, que había sembrado los gérmenes de la independencia americana, se compendió cinco años después de las palabras de Hepsibah en la declaración del general Wolfe, quien escribió desde Louisbourg: «Los americanos son los perros más despreciables, sucios y rastrosos que podáis imaginar; mueren sobre su propia inmundicia y desertan de sus batallones, oficiales inclusive. Semejante chusma es más bien un estorbo que una ayuda para cualquier ejército». (N. del A.) <<

[15] La operación consistía en despojar a la víctima, viva o muerta, de su cabellera, cortando el cuero cabelludo (pericráneo) siguiendo la línea del nacimiento del cabello. Hasta 1637 fue desconocida en Nueva Inglaterra. Los puritanos fueron los primeros en ofrecer numerario por las cabezas de sus enemigos. Más tarde, esos mismos hombres, tan temerosos de Dios, prefirieron cabelleras con las orejas unidas a las mismas. Las primas variaban según las comarcas. Los franceses fueron los primeros en pagar primas por cabelleras de blancos, y los ingleses no tardaron en imitarlos. En la época de esta historia, los ingleses pagaban hasta 500 dólares por una cabellera de guerrero, y 50 y 150 por las de mujeres y niños, incluyendo las de seres nonatos. La tarifa francesa era algo más baja que la inglesa. Durante un dilatado período, el cabello humano era más importante artículo de tráfico que las pieles de animales, y en un *solo lote* los Senecas presentaron y cobraron *mil ciento cincuenta* cabelleras procedentes de caberos de hombres, mujeres y niños blancos, habitantes de las fronteras. Razas cristianas y no salvajes fueron las inspiradoras de tan horribles actos en el sangriento amanecer de nuestra historia, cuando los Estados Unidos estaban a punto de nacer. (N. del A.). <<

[16] Poblador de regiones selváticas, autónomo por necesidad, debido a su aislamiento, y habituado a todos los riesgos. (*N. del T.*) <<

[17] Designase con este nombre en América toda fiesta campestre en la que constituye el número principal una res asada entera sobre una fogata. La palabra en sí es haitiana y significa «artefacto de palos de madera verde, puestos sobre un hueco a modo de parrillas». (*N. del T.*) <<

[18] Personaje del romance de Mrs. Shelley, que con su arte crea una criatura animada, similar al hombre, para su propio tormento. Por extensión se da el nombre a cualquier creación que causa ansiedad o desastre a su autor. (*N. del T.*) <<

[19] Tonieta se equivocaba. Aquellos cuatro blancos debían de ser «El Cazador Negro», David Rock, Pedro Gagnon y Carbanac, durante la épica jornada a «Grandin Manors», donde tenían a sus seres queridos en su intento de adelantarse al peligro que los amenazaba. (N. del A.) Véase El Cazador Negro. <<

[20] No obstante lo que algunos novelistas y poco exactos historiadores nos inducen a creer, los Indios no eran glotones, Minuciosos estudios demuestran que hasta que su contacto con los blancos acarrió una degeneración, la raza india fue un modelo de abstinencia. Es interesante anotar que eran en su mayoría vegetarianos, cuyo alimento principal, durante largos períodos, estuvo compuesto de frutas, nueces, raíces y los productos de sus propias tierras. (N. del A.) <<

[21] El autor alude a la frase bíblica: La sangre de los padres correrá por las venas de los hijos hasta la tercera generación, como indicando el terror de Tonieta ante la idea de verse unida a un indio. (*N. del T.*) <<

[22] La familia de María Daghlen emigró al Oeste, procedente del Valle de Juniata, en 1738. Un año después, Guillermo Daghlen fue asesinado por los Senecas, que aprisionaron a su esposa y a su hija. La madre falleció en Chenufsio cuando María contaba diez días. Al verse obligados los Senecas a devolver a sus cautivos, María Daghlen se negó a renunciar a compartir la vida de su esposo indio y de su pueblo. (N. del A.) <<

[23] Daniel James Bulain y María Antonieta Tonteur se casaron en 27 de abril de 1756, según hizo constar el P. Roubaud después de la matanza del Fuerte William Mary. (N. del A.) <<

[24] Wanonat, a la sazón de nueve años de edad, recorrió los ciento veinte kilómetros de Chenufsio a Kanestio a fines de mayo de 1756. Diez años después, la heroica muchacha Seneca contrajo matrimonio con un francés llamado De Poncy y vivió en el valle del Richelieu. (*N. del A.*) <<

[25] Consta que Jeems Bulain fue uno de los pocos que excavaron las largas zanjas en que se enterraron los asesinados ingleses. Restos de estas zanjas, que conservan aún señales acaso hechas por la pala de Jeems, son claramente visibles hoy día en la hondonada que rodea las ruinas del fuerte. (*N. del A.*) <<

[26] La nota de la copia de las anteriores líneas lleva fecha 12 de diciembre de 1759. Dirigida a Ana St. Denis Rock, en *Tree Rivers*, no llegó a destino hasta marzo de 1760, según nota apostillada (*N. del A.*) <<